

Leonardo Castellani



**Psicología
Humana**

Leonardo Castellani

Psicología Humana

Published by Jack Tollers at Smashwords
Copyright 2012 Jack Tollers.

Indice

Palabras liminares

La realidad del alma: el espíritu del subterráneo

Las funciones: la increíble fauna humana

La integración: el monstruoso marqués de Sade

La unificación: la invisible danza de los gestos

La psicanálisis: un psicoanálisis aceptable

El carácter: el Resentido del año 33

Las ilusiones: los sueños de Teresa Neumann

La presencia: al Hallaj, poeta, hereje y mártir

Los instintos: la filicida de Merlo

Los afectos: el delirio de Juan Jacobo

Las ideas: un suicidio horrible

La sublimación: la vida torturada de Baudelaire

La creación: la adivinación por los sueños

Apéndice: el alma

PALABRAS LIMINARES

Me piden que prologue este libro y mi pregunta ha sido: ¿Por qué yo? Honestamente, mi campo no es la Psicología por mucho que haya estimado al Padre Castellani. Me contestan que la razón del pedido es porque soy el único sobreviviente que conocen que haya asistido al curso sobre cuya versión textual dictada por el autor en 1953 se ha editado esta obra.

La lectura de los originales ha sido para mí una experiencia muy honda porque me ha hecho revivir un momento de mi vida y recordar esas maravillosas lecciones recibidas del Padre.

He dicho que no soy psicólogo y no importa ciertamente pues lo que nos enseñara Castellani era lo que un hombre medianamente culto debiera saber de Psicología y que precisamente no coincide con lo que nos dictaran en el bachillerato sino como la contracara de aquello. Lejos de la Psicología positivista, de la Psicometría y de una Psicología reñida con la Metafísica, las lecciones que siguen demuestran que para ser buen psicólogo se necesita cultivar el hábito y no encerrarse en el método, pero teniendo una base filosófica.

Que es lo que demuestra Castellani enseñando con lenguaje llano —nunca hablaba “en difícil”— aun de las nociones más sutiles del alma. Todo sin neblinas subjetivas (a las que son proclives especialmente los psicoanalistas), transparente, lúcido y todo sobre un fondo de la realidad como es: completa, sin abstraer nada de su contexto.

Para lo cual acude, cuando las circunstancias lo aconsejan, a la anécdota oportuna, el chiste ocurrente, al juego de palabras ingenioso; todos recursos didácticos finísimos que ayudan a entender mejor las cuestiones del alma que se presentan como una imagen y no como productos de puros raciocinios.

Recuerdo que las clases de este curso memorable durante los meses de invierno empezaban a las 18:30 en punto los martes y costaban \$10, lo cual era una pobre retribución a enseñanzas que no tenían precio pero que le venía bien al Padre desheredado por la Compañía y sin un lugar donde caerse muerto. ¡Por suerte vivió 27 años más! El lugar era el Teatro del Pueblo que ya no existe más aunque el edificio de Diagonal Norte a un paso del Obelisco todavía existe. Había que bajar al sótano por una escalera estrecha lo cual le daba el aire de una cueva subversiva, como lo fue originalmente esta sala donde se representaban exclusivamente obras de autores socialistas y anarquistas, con la particularidad de

que después de la función había un debate. En este teatro insólito, el Padre Castellani subía al escenario, que estaba muy alto, con toda energía y se paseaba ágilmente de un extremo al otro mientras hablaba o se detenía frente a un pizarrón donde dibujaba esquemas o escribía nombres y frases que apelaban a la retentiva del público. Su voz modulaba dentro de un amplio registro convirtiéndose en vozarrón viril cuando convenía, adoptando tonos inesperados cuando imitaba a los personajes de los relatos y jamás cayendo en la monotonía.

Mi encuentro con los originales de este curso no podría celebrarlo más pues es para mí como recobrar la memoria de un recuerdo muy caro intelectualmente hablando. Por sus características, leerlo ahora es como estar oyéndolo a su autor con su estilo directo, sin remilgos, sin frases hechas, con ese estilo conversado que tenía su oratoria no dirigida al mundo abstracto sino a cada uno de sus oyentes. De allí que pudiera decirse en verdad que el Padre Castellani daba estas conferencias para todo público, en el buen sentido de la expresión pues aunque fuera heterogéneo cada uno en su nivel recibía su mensaje. Tal vez podría compararse su fecundidad a un mar lleno de pesca la cual pudiera ser recogida con distintos tipos de redes según las especies. Porque nadie se quedaba sin cosechar.

Me acuerdo bien que hablando con mi novia de entonces —que es mi mujer desde hace más de 40 años— le previne de que el Padre era un poco excéntrico y que tal vez le chocara. Para mis adentros yo tenía un poco de respeto humano porque me parecía que no podía presentarlo como un gran profesor por tener esa modalidad. Ella acababa de llegar de Cambridge en cuya Universidad se graduara y después de la primera conferencia me respondió: ‘El Padre Castellani me recuerda mucho más a los buenos profesores que tuve allá que a esos profesores pomposos que son tan comunes aquí. Y es cierto, la falta de convencionalidad es una buena cualidad de los docentes universitarios ingleses —como lo pude comprobar después teniéndolos como maestros y como colegas en Londres— que se caracterizan por tener una soltura de espíritu no muy fácil de hallar entre nosotros.

Estas clases de Psicología ciertamente no se parecen en nada a la lectura de un Tratado, como suelen ser frecuentemente las clases “doctorales”, sino que más bien se asemejan a una visita guiada a un laboratorio; no tenían nada de librecas y en todo caso uno participaba del experimento antes de sacar las conclusiones del caso. Todo lo que decía el Padre tenía una “fuerza tremenda”, eso que él mismo define como “la suprema cualidad de la literatura”. Por lo cual me quedó siempre pendiente una pregunta que me hubiera gustado hacerle: siendo así: ¿por

qué quería y admiraba a Borges?, ya que haciendo aquella afirmación había dado en el clavo de por qué Borges no puede ser considerado un gran autor puesto que toda su literatura carece de esa fuerza tremenda que está necesariamente emparentada con la noción de “mysterium tremendum” que define a la Religión. Vaya uno a saber; el caso es que releéndolo ahora me ha ayudado a descubrir el quid de la cuestión.

Es que muchas cosas que he venido dando por sabidas hasta ahora, como descubiertas por mí mismo, me parece que las aprendí en este curso inolvidable. Algún psicólogo pedante y superficial dirá que la bibliografía que cita Castellani está pasada de moda. El contestaría que sí y remarcaría de moda pero también nos recordaría con von Monakof que “lo que en Psicología no es tan antiguo como el mundo es falso”. Suprema sabiduría de detectar primero lo permanente, lo principal y dejar lo accesorio en segundo lugar.

Es curioso que, cuando hablando de la educación de los sentimientos hace algunas recomendaciones sobre la formación de un seminarista, resulte que todas las virtudes aconsejadas las tenía él en grado sumo: una sólida formación intelectual, educación artística, don de oratoria y hasta cierto histrionismo sin el cual la predicación puede ser poco efectiva: el ideal del hombre completo que él llenaba a las mil maravillas con humildad y hasta una exagerada timidez que sabía vencer cuando era preciso establecer comunicación con un auditorio nutrido y heteróclito.

Porque el Padre Castellani no sólo sabía Psicología teórica sino que daba testimonio de dominar la práctica igualmente. Que es la que demostró en este curso felizmente rescatado para este tiempo y el que venga.

Algún lector se preguntará si este es un libro de Psicología religiosa ya que su autor es un sacerdote y habrá que contestarle que sí, pero de la buena. Nunca cae en el lugar común, ni en la beatería. Al contrario, la combate. Lo religioso en este libro no viene prefabricado ni es, por lo tanto, deleznable. Pero todas sus reflexiones ayudan extraordinariamente al conocimiento del alma, de la propia alma, sin lo cual las virtudes personales pierden todo sustento. Y eso hay que saber agradecerlo porque no hay muchos autores que nos ayuden en ese sentido: una Psicología “desde el alma” en vez de sólo “hacia el alma’.

Patricio H. Randle.

REALIDAD DEL ALMA:

el espíritu del subterráneo

“La Psicología consiste en observar el propio espíritu en vez de observar la realidad de las cosas’ (Chesterton). Pero el propio espíritu ¿no pertenece a la realidad de las cosas? Y el espíritu en general ¿no es la misma realidad de las cosas —o por lo menos, uno de sus elementos más importantes?

Esta conferencia versa sobre el OBJETO de la Psicología, objeto que Chesterton considera como un vano narcisismo, como si fuera la Psicología el vano espejo de una mujer coqueta.

Este reproche de Chesterton es justo respecto a varias Psicologías; porque existen así, en plural. Decir “la Psicología” en singular y con mayúscula es un error hoy día. Porque eso no existe.

La respuesta al reproche es que el espíritu es una realidad, y una realidad formidable. ¡La realidad del alma! —exclama el psicólogo suizo C. G. Jung con asombro. Es el título de uno de sus últimos libros, quizá el mejor de todos. Cree haber descubierto él “la realidad del alma”, negada en el siglo pasado por los psicólogos llamados fenomenistas.

El siglo pasado contempló el intento de una “Psicología sin alma”. Así se llama el libro de Lange (1828-1875), y así podrían calificarse innumerables investigaciones, algunas muy finas, como las de Mewmann sobre la memoria. Descartaban el alma-substancia, sea por prejuicios filosóficos (positivismo) sea por escrúpulos metodológicos (actualismo); pero tenían una falsa noción de lo que se entiende por sustancia.

Naturalmente, no negaban la realidad de la conciencia, del pensamiento, del Yo, pues eso es imposible; pero pretendían estudiar solamente los actos (los “fenómenos”, o sea las apariciones) y ellos no considerados como una corriente continua sino estrictamente como actos, es decir, como una sucesión de apariciones diferentes; y rechazaban con furor a veces la sustancia del alma, considerada como una especie de cascote, o de cogollo, o de hoguera con chispas o de viento, o de aliento, —o de éter. A estas cosas las llamaban “metafísica”, y les causaban una indignación desproporcionada. ¡0 philosophi, non

transcendentes imaginationem! —diría Alberto el Magno.

¿Contra quienes se indignaban en realidad? ¿Contra los metafísicos? No, sino contra los físicos; es decir, contra los “presocráticos”, que realmente consideraron al alma como un viento, como un agua, como un fuego o como una “armonía”; mas los presocráticos ya están muy lejos. También se indignaban contra el vulgo y contra los espiritistas, que consideran al alma como una especie de figura de uno mismo hecha de neblina.

Muchos de estos fenomenistas (y uno de ellos es Jung) fueron lo bastante honrados intelectualmente para estudiar todos los fenómenos y estudiarlos bien; y el resultado fue que tropezaron con algo que no llamaremos “sustancia”, ni menos “espíritu inmortal” sino simplemente “permanencia”. Atención con esta inocente palabra, que va a dar grandes sorpresas. Se encontraron con una “permanencia” de los fenómenos psíquicos que no tiene igual en todos los reinos de la naturaleza; por ejemplo, que un acto de la primera infancia puede resucitar en la pubertad convertido en neurosis.

Pero “resucitar un acto” no es la palabra, porque todos nuestros actos resucitan.

Pero resucitar tampoco es la palabra, porque todos nuestros actos nos siguen, no mueren.

Pero seguir tampoco es la palabra; pues que todos nuestros actos, sin exceptuar uno, nos constituyen.

Esta es pues una permanencia excepcional, una permanencia de disparate. Fíjense: si yo dijera que todas las chispas de un yesquero (o encendedor) constituyen el encendedor; o todos los golpes de un motor de explosión, constituyen el motor, he aquí un disparate. Sin embargo ésa es la muy extraña y muy obvia y muy evidente permanencia del alma.

“En nuestros actos hay algo que permanece”: he aquí una proposición evidente, tanto que no se puede negarla sin afirmarla; porque si yo dijese: “en nuestros actos nada permanece” ¿acaso no pretendería con ella que mi afirmación quedase, permaneciese? Es decir, ¿para qué diría yo eso sino para que esa afirmación fuese oída, entendida, recordada y convertida en norma de conducta?

Tenemos pues que alguna permanencia de nuestros actos es cosa de primera evidencia; la cuestión es saber cómo es esa disparatada permanencia.

Me propongo en estas conferencias hacer Psicología lo más posible por mecho de “hechos”. Los raciocinios abstractos ya están en los libros; lo que se necesita es vivificarlos por medio de la contemplación y la comprensión de la realidad, por medio del análisis de lo concreto. El “objeto de la Psicología” ha sido definido de cien maneras por los autores, desde Aristóteles que decía que era “la forma de un cuerpo físico orgánico que tiene la vida en potencia” —hasta Brentano que dice que es “los actos intencionales”. Son buenas definiciones, pero no dicen nada, sino al final del curso. ¡A los hechos! Vamos a ver la realidad del alma o la “permanencia” del Yo o la importancia de la Psicología en el “espíritu del subterráneo” que dice Dostoiewski, es decir; en el trasfondo de nuestros actos, en el “foso” que dice Santa Teresa, o el subsuelo que dice el ruso. Eso que llaman hoy “Subconciencia” existe; pero es algo mucho más sorprendente y difícil que una polvareda de actos o un montón de fango caliente, como las “solfataras” de Nápoles.

Hay una novelita de Dostoiewski que nos va a servir muy bien para considerar esa “realidad del alma”. Dicen que en esa novelita, incomprensible para el vulgo, Dostoiewski es precursor de Freud; no lo sé. Allí describe un alma abyecta, lo más abyecta que se puede dar; y esa alma es su propia alma. Pero ¡qué permanencia, qué coherencia, qué resistencia mayor que el acero tiene esa alma aparentemente en caos!

EL ESPÍRITU DEL SUBTERRÁNEO

“Soy un hombre enfermo... Soy malo. No tengo nada de simpático. Creo estar enfermo del hígado; aunque mirándolo bien no entiendo de eso, ni sé a punto fijo dónde tengo el mal. No me cuido ni nunca me he cuidado, por más que profeso estimación a la Medicina, pues soy sumamente supersticioso, o por lo menos lo bastante para tener fe en la Medicina. (Mi ilustración me permitiría no ser supersticioso, y sin embargo lo soy...) No, caballero; si no me cuido es por pura maldad: eso es. ¿Acaso no puede usted comprenderlo? Pues bien, caballero, lo comprendo yo, y basta. Sin duda no acertaría yo a explicarle a quién perjudico yo en este caso con mi maldad. Me hago perfecta cuenta de que, no cuidándome, no perjudico a nadie, ni siquiera a los médicos; mejor que nadie en el mundo, sé que sólo a mí mismo me hago daño. No importa; si no me cuido es por malicia. ¿Que tengo enfermo el hígado? ¡Pues que reviente!

Hace mucho tiempo, unos veinte años, que voy tirando así, y ya tengo cuarenta...

Es una novelita extraña, una novelita no muy agradable, inacabada en apariencia; por sus personajes y su estilo y por su acción y por su ambiente, desagradable y sórdida; y sin embargo de una fuerza tremenda, que es la suprema cualidad en literatura. A Dostoiewski se le ocurre poner aquí en contacto esas dos moléculas irreductibles de la química social, el “homo criminalis” y la “mulier prostituta”, a ver si se produce un milagro, por la magia del amor; pero el milagro no se produce aquí, la chispa que ha de saltar más tarde entre Rodión Raskólnikof y Sonia Marmaládofa. Aquí todo es impotencia y miseria, y se resuelve en infinita miseria moral.

El vulgo dice: esto es una obra fallida —un filósofo diría: esto es una pintura de la abyección humana —un psicólogo: no, del subconsciente; un teólogo diría que el genial novelista... teólogo ha compuesto aquí un poderoso símbolo del Pecado, del alma humana en poder del pecado, de las almas muertas, que dijo Gogol: en la primera parte, la descripción del pecado original; en la segunda, la descripción simbólica del pecado actual. La villanía, la abyección, la maldad no ha tenido jamás expresión más viva y completa que en este trozo de autodisección; ya que en un estado de ánimo del todo miserable rayano al suicidio se hallaba Dostoiewski cuando tuvo que escribir forzado por la penuria, este trozo de las “Flores del mal” anticipado. Dostoiewski estaba peor que cuando estuvo en Siberia; había liquidado de mala manera unos desgraciados amores con la aventurera Pólna Súslova, había perdido hasta los últimos cobres en la ruleta, estaba al lado de su primera mujer María Dimitrieffna que agonizaba de tisis, el mundo le era hostil y estaba él mismo enfermo: y para unir el sarcasmo al dolor, su enfermedad no era un romántico aneurisma sino unas almorranas: “no puedo sentarme, no puedo estar de pie”

Monólogo en Cansinos, pg. 1430: el crucificado, el corazón abierto como Jesús,...el corazón con hemorroides...

“Hemos nacido muertos y hace mucho tiempo que nacemos de padres que ya no viven, y eso nos agrada cada vez más. Le tomamos gusto. Dentro de poco querremos nacer de una idea. Pero ya basta con lo dicho”.

De Dostoiewski han tomado mucho los llamados “existencialistas” franceses; pero Dostoiewski no peca contra la esperanza. La misma actitud de confesión del anónimo subterráneo es una actitud de esperanza.

Si el alma humana fuese pura miseria, no podría ver su miseria; y menos dolerse de ella.

Este es el fondo del alma humana, parece decir Dostoiewski ésta es la permanencia de nuestros actos. Pero si eso es el fondo del alma humana, ciertamente eso no es TODA el alma humana: hay una dualidad en ella, puesto que ella puede describirse a sí misma con rabia y con desprecio. Eso es evidente. Yo no voy a decir que hay dos almas (eso fue condenado por el Concilio de Vienne), pero es como si las hubiera. Si el alma no fuera más que bajeza, ni siquiera se daría cuenta de la bajeza; mas si se da cuenta, evidentemente hay en ella una alteza. Esa alteza está invisible en las “Memorias del Subterráneo”; pero ella es la que produce todas las memorias del subterráneo. Una nobleza terriblemente lastimada y herida resuella allí por la herida.

He aquí el célebre “foso” de Santa Teresa, retratada “d’apres nature” por un poeta genial. El alma es comparable a un castillo que tiene Siete Moradas (o círculos de habitaciones) y todo ello rodeado por un foso. ¡Qué contraste! Salimos de un subterráneo para ir a un castillo de diamante, a un palacio de cuentos de hadas. Es la parte noble o alta del alma la que se nos manifiesta en las obras de Santa Teresa, la que estaba oculta en la novela de Dostoiewski; aquí en cambio es el foso el que permanece oculto. Pero en cualquier alma existen las dos cosas.

¡Santa Teresa de Jesús! ¡Doña Teresa de Cepeda y Ahumada! Alma luminosa que ha quedado transparentada en sus obras. En los últimos años de su vida, el alma de Teresa, esa ‘polvareda de actos’ de los fenomenistas, constituía una realidad simplemente milagrosa: el castillo estaba inundado de luz y resplandecía por todas sus ventanas. En las Obras de Santa Teresa editadas por Lafuente, tomo V, hay un extracto del proceso de beatificación con los testimonios de innumerables testigos que mirando a esa mujer desde fuera testimonian la admirable luz que había adentro. Su lectura me dejó antaño la impresión de lo milagroso.

A ver si puedo dar un atisbo de esa impresión de lo sublime que tuve hace algunos años: en esa mujer de 53 años, que empieza a escribir cartas porque empieza a hacer “fundaciones”, hay como tres mujeres, o mejor dicho, como tres hombres —y tres hombres (es decir seres humanos) gigantescos. Primeramente, hay un contemplativo, un solitario, que vive absorto continuamente en la presencia de la Santísima Trinidad, no de Cristo Crucificado o la Virgen de Fátima, sino de la Trinidad Divina, no con visión imaginaria sino con visión intelectual, o sea una asombrosa “presencia” día y noche... ustedes no entienden cómo puede ser eso,

yo tampoco, pero es un hecho histórico.

Al lado de este entendimiento absorto de amor alucinado, que está enteramente solo como un pájaro solitario sobre el techo, hay un corazón que ama a infinidad de personas, hombres y mujeres, monjas y seglares, con el amor más personal, más tierno y más efectivo que se pueda imaginar, que tiene intensidad de pasión y delicadezas de adoración, que es moderado e infinito a la vez, ciego e inteligente, distribuido según los grados de proximidad del prójimo y dentro del cual nadie estorba a nadie, pero hay para todos. En fin, hay un corazón más apasionado y más amoroso que el de Jorge Sand, es decir, Aurora Dupin, que es más libre que un pájaro, más ardiente que un volcán y más regulado que un reloj. Átenme esas tres moscas por el rabo.

Finalmente, al lado del contemplativo ensimismado y de la mujer cariñosa y enamorada existe un gran hombre de acción, como dicen hoy, u hombre de empresa como decían ellos mejor, de altas empresas, como los conquistadores españoles que entonces asombraban a la historia y ella conocía en su misma familia. ¿En qué empresa andaba? En la empresa de fundar una orden religiosa y reformar otra, nada menos. El Dr. Nerio Rojas decía años ha a sus alumnos, entre los cuales estaba mi hermano Luis: —Yo, en el manicomio de Las Mercedes, tengo cinco o seis Santas Teresas de Jesús...’ —es decir, mujeres atacadas de delirio místico. Yo respondí a mi hermano: Decile que las suelte, a ver si reforman alguna orden religiosa. ¡Reformar una orden religiosa es una cosa espantosa, más difícil quizá que gobernar un país! Pues ahí anda la tercera Teresa de Jesús, la de la vida activa, la “monja vagamunda” como la llaman sus enemigos, comprando casas, llevando cuentas y contando ducados (“¡qué baratera me he vuelto!) admitiendo novicias, desechando novicias, poniendo y sacando superiores, calmando riñas y discordias, escribiendo a Roma, viendo al Rey, luchando con el Nuncio, escribiendo libros, esquivando a la Inquisición, viajando por toda Castilla y Andalucía en toda clase de mulas y carretas —con la Santísima Trinidad en la cabeza —para ir a morir al convento de Alba de Tormes, a los 67 años de edad, de un acceso de amor de Dios y de un sofocón que le dio una Superiora terca. Eso se ha dicho. En realidad, hoy se sabe que murió de una enfermedad mucho más prosaica, parecida a la de Dostoiewski.

Esta actividad milagrosa proviene de un alma; y este provenir es el objeto de la Psicología. Pero esa alma no nació así, sino que se fue haciendo así poco a poco o mucho a mucho —a través de un inmenso itinerario y un mundo de dificultades —pasando por momentos tan feos como los que describe Dostoiewski en el subterráneo, con todo el foso desbordado e inundando el alma, que ella no

describe sino con esas palabras, “desborde del foso: con tantas cosas malas de culebras y víboras y cosas ponzoñosas que entraron con él”. No vayáis a creer que Santa Teresa ignora el espíritu del subterráneo; lo conoce como Dostoiewski o quizá mucho mejor porque lo ha resistido más; pero como lo ha vencido y lo aherrojado, no necesita describirlo. Lo que los místicos llaman la “noche oscura” no es sino la operación por la cual el fuego divino del Purgatorio seca el foso o por lo menos lo reduce para siempre. Esa operación es extraordinaria, sobrenatural, se da en contadas personas; la operación natural por la cual el artista trata de domeñar su foso es la creación artística.

(“Oy, domingo de Cuasimodo de este año de 1564 se concertó y dio por hecha entre Juan de San Cristóbal y Teresa de Jesús la venta de ésta cerca del palomar, en 100 ducados, libres de décimas y alcabalas. Dánsele de esta manera los 10.000 maravedís luego y los para Pascua de Spiritu Santo; lo demás para San Juan de este presente año. Porque es verdad lo firmo”). —Falta la firma, que alguien cortó para reliquia. Está en San José de Ávila, en una custodia, el recibo comercial este. ¡Qué diferencia del otro recibo escrito por el escribano Pedro de Villaquirán de dos páginas llena de fórmulas inútiles y pedantería jurídica— Los días malos de Santa Teresa fueron bien malos. Al revés de

todas las mujeres, ella se queja poco: mucho más pondera y exagera San Juan de la Cruz que ella, cuando habla de la “noche oscura”. Mujer se queja, mujer se duele, mujer se enfelma cuando ella quiebre —dice el negro. Esta Avilesa no es así. Veámosla en 1562, cuando con cuatro compañeras funda el Monasterio Reformado de San José de Ávila: ella en su autobiografía no cuenta una palabra de este episodio novelesco que el historiador yanqui Walsh ha desenterrado de los Archivos con tanta maestría: una tremenda pelotera como no se encuentra ni en las comedias de enredo de aquel tiempo.

Las cuatro monjas fugitivas han alquilado una casa grande en las riberas del Adaja que yo he visto. Las monjas de la Encarnación, sus antiguas compañeras, las acusan a las autoridades de “fugitivas”, y las calumnian ante el pueblo de “alumbradas” o quietistas”. El pueblo se amotina y va a sacarlas de la casa y volverlas al convento, un golpe de gente alborotada. Teresa de Ahumada se tranca adentro, los del motín quieren voltear la puerta, Inés del Espíritu Santo se desmaya, las otras lloran, Teresa parlamenta a gritos a través de la puerta con el alguacil, rehúsa abrir si no viene el juez, y cuando viene el juez le presenta por el visillo un breve del Sumo Pontífice, el juez hace retirar la gente pero la gente impide que les traigan comida a las monjas fugitivas y ellas no se atreven a salir del miedo que las apaleen, etc., etc. Esta es una de las muchas tormentas que afrontó la

Conquistadora- Contemplativa-Enamorada; pero esta tormenta no es nada al lado de las tormentas interiores y al lado de las enfermedades corporales (“las más grandes que se pueden pasar según los físicos... los dolores eran insoportables...”); ¡Y cuando se juntan las tres cosas, penas místicas inefables de la Ausencia de Dios, enfermedades corporales, y calumnias y persecuciones interiores... ¡ayúdenme a pensar!, “es casi insoportable...” dice ella modestamente; en realidad es del todo insoportable, sino fuera por la fe, por la gracia de Dios.

¿Por qué la perseguían hasta amenazarla con la hoguera, cosa que la hacía temblar a la pobre señorita, que no ignoraba lo que era la Inquisición? Si me preguntan de qué la acusaban, es fácil: de alumbrada, quietista, inquieta, desobediente, hereje y loca. Pero por qué la acusaban, es otra cosa: la acusaban porque quería hacer un monasterio reformado, es decir, donde se guardase la regla primitiva sin dispensas; o sea, porque quería más encierro, más clausura, más oración y más penitencia; sin censurar a nadie, quería irse a un monasterio más riguroso —aunque claro eso es una censura tácita. “Yo fui muy ruin; pero nunca hice cosas como esas de hablar por agujeros —dice la Santa; es decir hacer agujeros en las tapias para hablar con sus “flirts”, que entonces se llamaban “galanes” —esos ridículos “amores con monjas” de que se burla Quevedo. Ella quería simplemente salvar su alma y no abandonar la “oración” —o sea la vida religiosa; y por querer eso fue perseguida a muerte lo menos 20 años (y su compañero San Juan de la Cruz casi dejó el cuero en Toledo, a rigor de rigores; y al fin lo dejó en el camino de su destierro a Méjico); pero de este empeño y esta persecución salieron dos Ordenes santificadas, la de los Descalzos y la de los Calzados, reformada principalmente por el ejemplo de la otra.

Santa Teresa pasó temores tremendos y tuvo que tener un coraje sobrenatural. No eran temores pequeños, morir quemado no es broma —no eran temores infundados, la Inquisición no era ninguna broma. ¿Por qué desconfiaban de ella? Bueno, en el fondo desconfiaban por una razón teológica que no me toca explicar; pero en la superficie desconfiaban porque tenía fenómenos místicos (“oración extraordinaria”) que no podían ser, según los psicólogos de aquel tiempo (los malos psicólogos). La realidad del alma de Santa Teresa derrotaba a la Psicología vulgar y a la Psicología actualista, o sea, a la falta de Psicología. —En mí pasa esto. —Eso no puede ser según la ciencia; por lo tanto es engaño o es demonio. La primera “relación de mi alma para mis confesores”, es gracioso lo que aconteció: se la dio al clérigo más ‘letrado que había en Ávila, al licenciado Gaspar Daza y a su gran amigo “el caballero santo” Francisco de Salcedo; y ellos volvieron muy decididos con el papel diciendo que “a todos sus pareceres, era demonio”;

que resistiese a todo aquello. Ella decía que era inútil resistir. Entonces decían: “¡alumbrada! Eso decían también los alumbrados”. Y le hacían grandísima presión; y la pobre muchacha pasaba grandísimos aprietos.

Ella decía que era diferente el alma y el espíritu (¡error!); ella decía que las potencias eran diferentes del alma y diferentes entre sí (¡error!); ella decía que sentía a Dios presente sin ver ninguna figura (¡error! ¡imposible!); ella decía que por momentos su voluntad estaba unida con Dios y su entendimiento estaba distraído (¡imposible!); ella decía que su intelecto estaba contemplando a Dios y la imaginación, la loca de la casa, andaba alborotada y vagamunda, y que había que dejarla, no esforzarse por traerla a la fuerza; ella decía que en la oración de quietud no se pensaba nada; ella decía que en la séptima morada el alma se hacía una cosa con Dios como un arroyuelo que entra en el mar o como dos llamas unidas. Y que todas estas cosas eran hechos, que los sentía en sí misma mucho más ciertos que lo que veía con los ojos... ¡Error, imposibilidad, disparate, enfermedad, mistificación, herejía de los alumbrados, pacto con el demonio, como Magdalena de la Cruz que acababa de ser desenmascarada por la Inquisición con gran conmoción de toda España...! Una pobre mentirosa, bruja perversa.

Eran los problemas eternos y los más importantes de la ciencia psicológica los que Teresa descubría en la realidad de su alma y resolvía con su testimonio experimental. Los “medio-letrados” que la aterraban (toda su vida conservó gran repulsión a los medio-letrados) si hubiesen leído atentamente su Aristóteles, no hubiesen dispatado de esa manera. Pero leían a los filósofos modernos, es decir a Duns Escoto y a Durando. El alma es una sustancia enteramente simple, por lo tanto todas esas cosas son embelecocos. Imbéciles. Pero triunfó la realidad del alma de Teresa. Por sus frutos los conoceréis. Las visiones de la visionaria produjeron obras magnánimas y extraordinarias; y toda España y después toda la Cristiandad vio al fin el alma de esta mujer como un gran castillo de diamante con un sol adentro.

La tercer alma que quería mostrarles —o solamente señalarles es la de Helen Keller, una ciega sordomuda. Ella también escribió su autobiografía, que es un libro extraordinario. Lo voy a echar a perder, tocándolo ligeramente pero no hay más remedio.

Helen Keller, muchacha norteamericana nacida en 1880 en Alabama fue ciega-sordo-muda desde los 19 meses de edad: ¿se imaginan ustedes la suma de tinieblas que significan esas tres palabras: ciega, sorda, muda? Pues bien, Helen Keller a los 21 años, en 1901 era doctorada por la Universidad de New York, tenía

cinco doctorados de literaturas extranjeras, sabía griego, latín, inglés, francés y alemán además de los cinco idiomas “instrumentos del sordo mudo: el idioma mímico, el dactilológico, el alfabeto Braille, el alfabeto Ballu y la lectura labial — dirigía una revista para ciegos y una obra para la educación de los sordomudos. ¡Un alma en prisión! —dicen los psicólogos. Esta alma en prisión estaba llena de luz y podía pasearse por el mundo, por varios mundos. Que este milagro se haya verificado, es una cosa que a mi parecer honra a los Estados Unidos.

La primera vez este milagro (la liberación psíquica de un ciego- sordo-mudo) se verificó en Francia. El abate de l'Épée se había ofrecido durante la Revolución Francesa para educar a un “alma en prisión”; pero no obtuvo respuesta de su oferta. Una monja llamada Hermana Santa Medula hizo dos tentativas al fin del siglo pasado con Germana Cambon y con Marta Obrecht, que no tuvieron éxito completo, pero iniciaron el descubrimiento del método. Finalmente, la Hermana Margarita, discípula de la Santa Medula, triunfó completamente con María Heurtin y dejó establecido el método. El caso de María Heurtin conmovió a toda Europa, y los psicólogos escribieron memorias sobre él, incluso el gran Dugald-Stewart. Pero María Heurtin no llegó a la altura intelectual de Helen Keller: no pasó de la escuela primaria, como si dijéramos. La causa es probablemente que Helen tuvo sobre ella un punto de apoyo y un capital inicial preciosísimo: vio y oyó durante año y medio —y quedó lisiada por una enfermedad. María Heurtin era ciega-sordomuda de nacimiento.

Sus padres y las gentes en general la creían idiota. Era una verdadera fiera. Mordía, arañaba, pegaba, tenía accesos clónicos de furor en que se revolcaba por el suelo mordién dose las manos y arrancándose el cabello, que creían era epilepsia y era el alma que se debatía contra su calabozo, el “instinto de expresión” que dice Klages.

“No era una niñita de 10 años la que entraba en Nuestra Señora de Larnay en 1900 sino un monstruo furioso. Desde que se sintió abandonada por su padre y su tía, cayó en una rabia que no cesó durante dos meses: era una agitación espantable, retorcimientos y rodadas por el suelo, puñetazos a la tierra y a cuanto podía alcanzar, todo acompañado de ladridos y aullidos de desesperación que percibían todos los vecinos. Imposible dejarla sola un segundo, de día ni de noche. Para calmarla las hermanas probaron muchas veces cortos paseos con sus compañeras; pero los accesos de furor la pifiaban en ellos, gritaba, se arrojaba a una zanja y se debatía con tal inverosímil energía nerviosa que no se podía hacer reentrar. Muchas veces fue forzoso llevarla por los hombros y las piernas a despecho de sus rugidos; y las Hermanas entraban todas confusas ante la

emoción de los obreros y los labradores que creían se maltrataba a una criatura y hablaban de “atentados...”

“Cada vez que sus manos atrapaban una persona de su entorno, palpaba en seguida la cabeza; y si en lugar de la boina de sus compañeras encontraba la cofia rígida de una religiosa, caía en un nuevo acceso de furibundez”.

Una vez que el cariño dominó un poco esta furia, comenzó el “método”. Es sencillo: primero el idioma mímico, que es universal y es la raíz de todas las lenguas. Había que meter en esa alma oscura la idea del signo. Un cuchillo con el que la fiera gustaba jugar fue aquí el primer “signo.

“¡Esto quiere decir esto!” ‘Eso es un reflejo condicional’, diría Pavlov ¡Dios mío! Es una cosa que desborda inmensamente los reflejos cerebrales: es la “inteligencia”. Helen Keller dice que cuando entendió el primer signo, entendió la “intención” de la maestra, hubo en ella “una explosión de luz”. Imagínense lo que será enseñar por la mano, con signos táctiles, las ideas abstractas, lo que llamaba Sor Margarita “los adjetivos”, como grandeza, pequeñez, espacio —y después infinito, Dios, muerte, inmortalidad. (La idea de Dios llegó mucho antes que la de “inmortalidad”; como enseña la Filosofía). Dios ha dado al hombre tres cosas donde se contienen todas las cosas: la razón, la lengua, las manos. En este caso, las manos sirvieron para recuperar la lengua y la razón.

¡Y hasta qué punto! “En diez años recorrí la inmensa distancia que hay desde el deletreo de una sílaba a la oleada de pensamiento que hay en un verso de Shakespeare” (Helen Keller). Helen Keller conoce cinco literaturas, gusta de los grandes autores, hace juicios exactos y sabios sobre ellos, se regocija en el deleite intelectual y ¡es feliz, es feliz! He aquí el prodigio. El fin del hombre es la contemplación, dice Aristóteles. Helen Keller llega a ser una gran lingüista, y le gusta ¡la Gramática! Una cosa increíble, una mujer sin lengua “que sabe más Gramática que Cicerón y Homero”, dice ella. Con razón dicen que en la Gramática está el comienzo de la Filosofía. Ella se siente feliz y dice: “En el conocimiento hay visión, luz y amor”.

También dice: “Hay felicidad en el olvido de sí mismo”, una máxima de los grandes místicos. Pero no siempre es felicidad su vida. También existe en ella el foso, el subsuelo:

“A veces, es verdad, me envuelve como un soplo helado, una sensación de aislamiento total, y espero sola ante las puertas cenadas y heladas de la vida. Más allá se hallan la luz, la música y la dulce compañía; pero yo no puedo entrar. De

buena gana protestaría yo de su tiránico decreto, porque reinan todavía en mi corazón la indisciplina y la pasión; pero mi lengua (¿qué lengua?) no proferirá las palabras (¿qué palabras?) inútiles y amargas que llegan a mis labios (¿qué labios?) y ellas volverán a mi corazón sin derramarse. Hay felicidad en el olvido de sí mismo...”

Y hay otra maravilla que quiero hacer notar: el foso en esta mujer es reducido, lo mismo que en María Heurtin y Marta Obrecht: estas mujeres enclaustradas son buenas, la maldad parece no tener alcance en ellas. Son “religiosas enclaustradas” como las carmelitas y las catalinas; es decir, Dios las puso por fuerza en esa soledad, y en ese encierro que las contemplativas buscan de grado. El hecho de que estas desdichadas encarceladas (las mudas, quiero decir) consigan como sin dificultad la paz la serenidad y la alegría que a nosotros nos cuesta tanto, parecería una apología de la “vida de las monjas de clausura” que a nosotros nos cuesta tanto comprender: mujeres que no hablan ¡admirable cosa!, que duermen poco y que rezan en latín sin entender lo que dicen, que se encarcelan voluntariamente ¡y voluntariamente se hacen ciegos sordo-mudas! Pues bien, si nosotros preguntamos por qué hacen eso responden con Santo Tomás: “para disminuir los obstáculos de la contemplación; supuesto que en la contemplación está la felicidad. ¡Eso son macanas, eso es contra la naturaleza humana! Pero aparece entonces esta otra demostración empírica brutal, de las desdichadas, que son, como si dijéramos, ‘carmelitas por fuerza’. Estas mujeres lisiadas y privadas casi de su misma humanidad, son buenas, son felices, con grandísima facilidad”.

El alma es una fuerza admirable; y esa fuerza no es una explosión atómica sino una turbina permanente que muele muele muele, corre corre corre, queda queda queda. “*Tout passe, tout lasse, tout casse*”, dicen los franceses. Todo pasa, todo cansa, todo mata; menos el alma, la realidad del alma. Nadie se baña dos veces en el mismo río; pero el río se baña continuamente en el mar y en sí mismo.

Queda pues que lo llamado ‘alma’ es una realidad permanente. Lo sabíamos ya de antes. ¿Para eso hemos evocado el espíritu del subterráneo, hemos explorado el foso de Santa Teresa y el calabozo luminoso de Helen Keller? ¿Para que nos digan que nuestro YO, TÚ, ÉL no es una polvareda de actos, para eso hemos pagado 10\$, para oír la refutación de unos macaneros? El alma es permanente, de acuerdo. Adiós.

Atención, señores: Permanente ¿hasta dónde y hasta cuándo? Ya dije al principio que la cuestión no es disputar por palabras sino entenderse acerca del alcance de las palabras. Hemos admitido la permanencia simultánea del alma, o

sea su realidad —y su permanencia sucesiva, o sea, la sustancialidad; pero la cuestión final, la cuestión brava y la cuestión importante a la cual se ordenan las otras es la permanencia absoluta; ¿o sea, si el alma es o no inmortal! Aquí se nos descubre bruscamente por qué se pelea tanto en torno al OBJETO de la ciencia psicológica —y cómo se pueden inventar cosas tan raras como la de que el Yo es un collar de fenómenos, una polvareda de actos. Detrás de esas cuestiones aparentemente académicas y abstrusas se esconde una cuestión de vida o muerte. ¡Atención! De vida o muerte eterna. Y también de vida o muerte temporal, porque por ninguna otra cuestión se han matado tantos hombres como por ésta. Dicen que los hombres se matan por las mujeres, la plata o el mando; pues muchísimos más se matan por la cuestión de la permanencia posttemporal del alma.

¿No me creen? Las peores guerras que existen son las guerras religiosas; y todas las grandes guerras, las guerras de exterminio, han sido en el fondo guerras religiosas, desde la de Troya, que aparentemente fue por una mujer, hasta la última mundial, que aparentemente fue por el “Corredor Polaco”. Hay dos ideologías que luchan en realidad, además de dos imperialismos o dos emporios económicos; y una ideología es una concepción religiosa del mundo, una Religión, ordinariamente falsa; y el fondo y la raíz de toda Religión es la creencia en la inmortalidad del alma o su rechazo; así como es la raíz principal de la ciencia psicológica.

El duque Cosme de Medicis decía que los que niegan que haya una vida después de la muerte ni siquiera tienen vida antes de la muerte, según a él le parecía. Así también los que niegan la permanencia del alma después de la muerte, se ven obligados si son lógicos a negarla absolutamente.

No tengo tiempo de probar estas proposiciones, pero son obvias: los psicólogos hablan de las tres Raíces de la Psicología, a saber, la Religión, las ciencias naturales y el trato con el prójimo en la convivencia; que dan tres Psicologías, o mejor tres zonas de profundidad y tres métodos, a saber: la Psicología racional o filosófica; la experimental o Antropología científica; la moral o Caractología. Pues bien, de ésta la primera gira toda ella en torno al problema de la perennidad o permanencia póstuma del Yo como sobre un pivote; las otras dos profundizadas topan con el mismo problema. Me dirán ustedes: ¿cómo llega la Psicología experimental al problema metafísico de la inmortalidad? Al topar con la naturaleza enteramente paradójal y misteriosa de la conciencia; véanlo en Aristóteles por ejemplo, o sin ir tan lejos, en los espiritistas” modernos. “¡El Espiritismo es una ciencia!” (Escuela Basilio).

De modo que por el aquél de si el alma muere o el alma no muere, los hombres se matan. Es un hecho, yo deseo hacer aquí Psicología con hechos y no con silogismos solamente. Si estalla la tercera Guerra Mundial (y la última) será una guerra entre una nación oficialmente atea y otras oficialmente religiosas —aunque de hecho exista gente religiosa en Rusia y por el otro lado, la Religión de Occidente parezca más nombre y más rutina que otra cosa. Pero en fin, en el fondo la cuestión debatida con tropas motoradas y bombas etéreas será rotundamente si se debe hacer el paraíso en la tierra sin contar con la otra vida (el alma muere con el cuerpo) o si se debe contar con la otra vida (el alma no muere) para hacer el paraíso en la tierra. Son dos herejías que luchan entre sí; porque la verdad cristiana es que no se puede hacer de ningún modo el paraíso aquí sino solamente en la otra vida —con un pálido reflejo aquí: el reflejo del Sermón de la Montaña.

Así pues ustedes me dirán: Pruébanos la vida perenne del alma y estamos contentos; y venimos el martes próximo con otros 9,90”. “Muéstranos al Padre y ya nos basta! —le dijeron en la La última Cena y El dijo: “Felipe ¿por qué me pides que te muestre al Padre? Felipe, el que me ve a mí, ve al Padre...” ¡Vaya chasco! Así yo me veo obligado a decir: “Señores, miren dentro de su alma y hallarán la inmortalidad del alma”. El diario La Vanguardia me prohibió demostrar la inmortalidad; menos mal que ya no existe. Cuando en 1936 gané por concurso la “cátedra de Aníbal Ponce”, La Vanguardia protestó indignada que habían puesto un cura en una cátedra de Psicología, que en vez de enseñar Psicología se iba a dedicar a probar la inmortalidad del alma, ¡qué espanto! Pues bien, en 15 años no lo he hecho nunca ni ahora tampoco lo haré... ¿Por miedo a La Vanguardia? No — porque es muy difícil: eso se hace no en cinco minutos sino al final de un largo curso muy riguroso; y aun entonces quedan algunos que no ven claro la demostración. Sépase que Duns Escoto, el “doctor Sutil”, ingeniosísimo franciscano, no vio jamás esa demostración que trae Santo Tomás: sostuvo que la perennidad del Yo no puede probarse con la razón sino solamente por fe. Santo Tomás tiene que puede probarse con la razón: ¡pero no a cualquiera!

Les narré el año pasado la singular posición del gran psicólogo Max Scheler en este punto: es escotista por un lado y tomista por otro —y muy confuso por cierto. Dice que ninguna de las pruebas racionales de la inmortalidad prueba del todo, ni las del Fedón, ni las de la Summa, ni las de Kant o Brentano; pero que no es necesario probarla, basta sentirla. Eso sí, para sentirla no es fácil, hay que hacer un esfuerzo doloroso sobre sí mismo (Bergson).

Las pruebas que rechaza Scheler se las puedo decir en 5 minutos; pero dichas

así no sirven para nada, son inocuas, lo mismo que las definiciones clásicas del alma que al principio dijimos. Veamos: los antiguos decían que una cosa simple, como el oro por ejemplo, no se puede descomponer —y una cosa inmaterial, es decir, “incuanta”, sin cantidad, es algo máximamente simple; por ende es inconcebible su muerte. Probaban después que el alma era simple y era incuanta por sus actos, sobre todo los de inteligencia y voluntad. Cuando yo entiendo algo, mi juicio no es una cosa compuesta de tres zoquetes (sujeto, cópula, predicado) sino como un relámpago subitáneo y simplicísimo en el cual se funden los tres zoquetes: piénsenlo; no solamente eso no tiene extensión; como tienen los cuerpos, sino incluso se sale del tiempo, se libera de esa otra cárcel corporal: dos y dos son cuatro para toda la eternidad... Pero ¿no podría ser?... No.

En este trabajo inconcluso, que no fue más que un boceto, parecería se contradice Scheler: pues por un lado dice:

no se puede probar la inmortalidad —y por otro:

no es preciso probar la inmortalidad; ella se siente; y también:

las pruebas que se dan no son válidas...

yo creo en la inmortalidad...

creo fundado en esto y esto...

sin embargo esto y esto no prueba.

¿Es pues la tuya solamente una opinión? No, es una certeza; pero no una certeza científica...

¿Es fe entonces: está basada en la revelación cristiana? No, no está basada en la revelación cristiana, sino en esto y esto. No es fe sino creencia; pero creencia cierta.

Esto es un galimatías, que no se resuelve como lo hace Zubirí diciendo que se trata de una obra póstuma incompleta. Yo opino que Scheler rechaza la demostración tradicional en su formulación defectuosa, tal como la formuló el siglo XVII; y quiere edificar una nueva demostración y no acaba su intento; una nueva demostración que no sería otra que una renovación de los argumentos platónicos informados por la “filosofía de la personalidad de Max Scheler. Al fin y al cabo, lo

que parece probar Max Scheler es que algún elemento de naturaleza religiosa ingresa en la demostración de la perennidad del alma; más que ese elemento de tipo religioso es natural al hombre, y no falta nunca, a no ser que sea viciosamente reprimido.

Sea como fuere, esa demostración aquí y ahora no se puede dar: es una de las cosas difíciles que existen en la Filosofía, la cual es ella misma en sí misma una cosa difícil. Lo que yo pienso hacer es poner, a lo largo de estas modestas clases, los puntales que sostienen esa demostración y tratar de reunirlos todos al final de ellas, en la conferencia sobre la Voluntad.

Que quede puesto el primer puntal o el primer mojón en esta idea simplicísima que hemos perseguido a través del examen de tres almas particularmente claras: la idea de la realidad del alma no ya entendida a la manera del vulgo, más como una palabra que

otra cosa, sino como algo a la vez admirable y paradójal —sorprendente y actualísimo, que se diferencia enormemente de la realidad del mundo físico, en el centro del cual está plantado, a la vez como un esclavo y como un señor.

Oh Gilberto Keith Chesterton, que no fuiste mal psicólogo en tu admirable y copiosa obra, la Psicología tiene por objeto la realidad de las cosas a través de la realidad del espíritu del hombre, que es la cosa más real que existe con excepción del espíritu de Dios; al cual tampoco podemos conocer sino a través de nuestro propio espíritu. ¿Cómo vas a negar eso tú, Gilberto, el más espiritual de todos los ingleses gordos? “La Psicología tiene por objeto observar el propio espíritu en vez de observar la realidad de las cosas..., sí, es verdad, estabas rodeado de pseudos sedicentes psicólogos”, fenomenistas, actualistas, positivistas, paralelistas, psicofísicos, que sustituían el mariposeo literario, el diletantismo científico y el incestuoso narcisismo de la autocomplacencia a la cruda y santa realidad de la verdad de la vida. Contra ellos lanzaste la imprecación y el ridículo; pero cuánta verdadera Psicología no rezuman los 130 tomos de tus obras completas, cuánta observación de la realidad de las cosas que pertenecen al mundo inmenso del espíritu humano —la más paradójal de las paradojas:

a la vez uno y doble,

simple y múltiple,

fluyente y permanente,

bajísimo y nobilísimo,

débil y fuerte,

SIEMPRE APAGÁNDOSE Y SIN EMBARGO INMORTAL.

LAS FUNCIONES

la increíble fauna humana

Hemos visto que uno de los “errores” que encontraban en las obras de Santa Teresa sus “censores” era:

—que el alma es diferente del espíritu;

—que las diferentes funciones o facultades del alma son diferentes del alma y diferentes entre sí.

¡En el nombre de Durando, de Escoto y de Suárez, el alma es una energía enteramente simple y sin partes!

En el nombre de la experiencia, yo siento que mi espíritu está unido con Dios y todas mis potencias están distraídas y desbaratadas. —Eso es enfermedad —o es demonio.

Después de la cuestión de la realidad del alma, y de su simplicidad, aparece la cuestión de la diferenciación del alma —o de sus facultades. Si la simplicidad del alma es evidente su diferenciación es igualmente evidente y estas dos cosas parecen contradecirse: “el objeto de la Psicología es paradójal”.

La “increíble fauna humana” es la prueba irrefutable de que en el espíritu humano hay diferentes funciones, poderes y potencias. Los hombres se diferencian entre sí enormemente; y no solamente por fuera sino también y mucho más por dentro. Hay millones de rostros y cada uno es diferente; hay millanares de millones de almas y ninguna es igual a la otra. Fíjense: la especie humana se considera ser una sola especie; sin embargo hay en ella más variedades que todas las especies de mamíferos, peces y aves juntos. El lenguaje popular expresa eso llamando con nombres de bichos a nuestros semejantes, ¡y no le alcanzan los nombres de los bichos que existen! Zorros, leones, víboras, culebras, águilas, perros, caballos, burros, camellos, otarios, besugos, serpientes, pájaros y pajarones y otra cantidad de nombres abstractos, —como intelectual, voluntarioso, sentimental, impulsivo, imaginativo, sensual— nos sirven para clasificar a las gentes y no nos dan abasto. “Este hombre es inclasificable! ¡Es único! ¡No se parece a nadie!” En realidad cada uno de nosotros es único: “cá cual es cá cual”.

Pero eso ya toca al misterio de la personalidad, y no solamente al problema de las facultades. Sin embargo, la personalidad no se revelaría sin el carácter, y el carácter no existiría sin las facultades.

En un lapso de tiempo que se extiende desde Descartes hasta casi nuestros días se negó la existencia de las facultades o potencias del alma. El catecismo seguía diciendo perseverante: “¿Cuántas son las potencias del alma? Las potencias del alma son tres, memoria, entendimiento y voluntad”; pero Descartes había gritado: “El alma es una y única y no hay en ella ninguna división de partes “. Y tras Descartes, Spinoza; y tras Spinoza, Herbart y después Lipps y Lotze y Balmes negaron sucesivamente esa “vivisección psíquica”, ese descuartizamiento de la personalidad, esa especie de “atlas de la península italiana, toda dividida en pequeños reinos, ducados, marquesados, repúblicas...” como decía Taine.

Nosotros sabemos (y la increíble fauna humana es la prueba de ello) que el alma no es como un atlas de Italia o de Centro América —ni siquiera como un cuerpo con sus manos sus pies y su cabeza, sus órganos y sus miembros— pero que se pueden distinguir en ella diferentes partes potenciales, no ciertamente partes en el sentido vulgar (cuantitativas, integrantes), sino diferentes poderes o funciones; puesto que hay en nuestra conciencia diferentes actos, en nuestra conducta diferentes hábitos y en nuestra convivencia diferentes caracteres. Y puesto que podemos conocer el carácter de los otros, —sea por intuición, sea por introyección, sea por empatía— aún cuando es muy diferente del nuestro, eso prueba que somos UNO en naturaleza y muchos en persona, que en esa diferenciación hay unificación; y que en la unidad de nuestra alma hay diferenciación. De este teorema psicológico sacaba San Agustín un ejemplo para explicar el misterio de la Trinidad divina: “nosotros somos un Yo, un conocer y un querer —decía. Y estas tres cosas son una sola; y sin embargo, el querer no es el conocer.”

Voy a poner dos ejemplos de la diferenciación humana, voy a explicar brevemente el atlas de las facultades, y después, si puedo, voy a referirme brevemente a los hábitos y a sus leyes.

* La Caracterología, que es una parte de la Psicología, se basa toda ella en ese hecho de la inmensa diferenciación humana. (Tengo delante de los ojos cuando escribo un retrato de cuatro criaturas, la mayor de 8 años, la menor de un año —una foto de hace 50 años. Conozco actualmente esos cuatro hermanos; son diferentísimos entre sí: la misma sangre, el mismo ambiente, la misma educación y actualmente más diferentes entre sí que un huevo y una castaña, muchísimo más;

tan diferentes entre sí como lo demoníaco y lo santo).

Les voy a contar dos casos en que dos hombres, puestos en idénticas circunstancias, reaccionan a lo santo y a lo demoníaco, los dos históricos.

Un sacerdote amigo mío fue una temporada capellán de la cárcel de Coronda, la mayor del país y la mejor de Sudamérica. Un día recibió una carta de un padre del Verbo Divino de Formosa junto con la confesión de un moribundo, que decía en suma lo siguiente:

“Estoy por morir. El padre confesor me impone que haga por escrito la siguiente confesión: yo soy el asesino del turco N.N. que fue encontrado muerto y mutilado en tal fecha, en tal localidad, al lado de una laguna. Yo lo maté a puñaladas, lo degollé y lo castré. Yo era comisario en aquel entonces, como lo soy ahora. Acusé del crimen a un polaco vecino, llamado R.R., el cual fue condenado y está actualmente en la cárcel de Coronda. Que Dios quiera perdonarme, etc.”

El Director de la cárcel, puesto en conocimiento de esta carta, exclamó: “Efectivamente, ese polaco está aquí preso desde hace 14 años. Es un santo. Se porta tan bien que lo dejamos habitualmente suelto y ayuda en muchas cosas del servicio. Haré todas las gestiones necesarias para que lo pongan libre. Vaya y dígame de mi parte que se considere desde ya como libre y que me diga en qué quiere trabajar, que yo le buscaré ese trabajo en este pueblo”.

El capellán cumplió la misión y el polaco contestó: que efectivamente era inocente de ese crimen pero que no era inocente de otras cosas; que quería quedarse en la cárcel a cuidar a los enfermos, hasta su muerte, con tal que le diesen la comida. Y con gran estupefacción de todos los presos, del Director y del Capellán se quedó de esclavo perpetuo y enfermero gratuito de asesinos y de ladrones, de la peor ralea de gente que hay en el mundo, de la cual no se puede esperar ni siquiera que dé las gracias.

Este hombre, víctima de una injusticia atroz, se había santificado con ella. Podía no. Podía haberse muerto de horror, podía haberse desesperado. Entonces uno dice: “La tribulación santifica al hombre, el dolor cría las virtudes, etc. etc.”, lo que dicen los beatones cuando no quieren ayudar al prójimo. ¡Espérate un momento!

Otro caso histórico también que trae en su “Note Book” el gran novelista inglés Evelyn Waugh que dentro de poco estará entre nosotros:

Cerca de la cárcel de Dartmoor había una duquesa “filántropo” que se dedicaba

a hacer caridad a los pobres presos. Uno de sus favoritos era un viejito preso de muchos años y acusado de haber estrangulado a una muchacha, el cual protestaba que era inocente; y la duquesa estaba convencida de ello. Tanto hizo, tanto movió, tanto alegó y trabajó a favor de él que consiguió la revocación de la sentencia. Le dieron la libertad en una gran fiesta pública que se hizo en la cárcel con música, versos y discursos, después de la cual el inocente liberado besó la mano de la Duquesa, hizo la venia al Gobernador y salió de la cárcel en una motocicleta nueva que le habían regalado para dirigirse a su pueblo en Yorkshire donde tenía todavía parientes. En el camino encontró una muchacha solitaria que iba también a su casa: la violó y la estranguló. Y volvió a la cárcel.

He aquí dos ejemplos de la increíble fauna humana: dos hombres que en las mismas circunstancias se enderezan de modo muy diverso: liberados ambos de la cárcel, vuelven a ella pero ¡qué diferente!: la cárcel a uno santifica, al otro pervierte. Me dirán que esto prueba el misterio de la personalidad y del libre albedrío, no la diferenciación de las facultades...

También sirve: no hay personalidad sin carácter, no hay carácter sin hábitos, no hay hábitos sin potencias... Estos dos hombres tienen dos “Weltanschauimgen” contradictorias; si un hombre ve una muchacha, y recuerda a la Virgen María y la venera, y otro hombre ve una muchacha se precipita sobre ella y la estrangula, estos dos hombres ven una misma cosa y ven una cosa muy diversa: ven lo mismo pero perciben muy diverso ¿y cómo podría el entendimiento ver lo mismo y percibir diverso si no hubiese en él otra cosa que no es entendimiento —llamémoslo voluntad? Como un hombre está determinado respecto de su último fin, así ve todas las cosas —dice egregiamente Santo Tomás. Tenemos la primera diferenciación funcional y la más fundamental en el hombre: el lado del conocimiento, el lado de la tendencia. El hombre es una cosa que mira y es una cosa que marcha: como una locomotora con un gran faro; y según como marcha, así mira; y según como mira, así marcha. En la próxima conferencia veremos la unión de estos dos elementos esenciales, el movimiento y el conocimiento, en el gesto humano.

Ahora bien, dentro de estas dos grandes parcelas hay muchas distinciones, porque no es lo mismo la sensación que el concepto, la memoria que la imaginación, el placer y el dolor y la razón; ni es lo mismo el instinto que el sentimiento, la voluntad y la pasión:

estas cosas pelean entre ellas muchas veces, y para pelear hay que ser dos y además hay que estar junto. Esas famosas “luchas del alma” que ponderan los

predicadores y que no pueden explicar los cartesianos, suponen que en el alma hay funciones diferentes y suponen que en el alma hay unidad al mismo tiempo; y esto es otra prueba irrefragable de la existencia de las facultades, que no pueden rebatir los antifacultistas.

Ahora pues permítanme que les dé autoritativamente sin demostración, el atlas de las facultades humanas tal como las ve la escuela aristotélica, elaborado pacientemente en 25 siglos de filosofía. Si quieren seguir otro atlas cualquiera, el de Descartes, el de Lange, el de Jung ¡libres! Pero alguno deberán adoptar si quieren estudiar Psicología. “Compadezco a los que dividen el alma para estudiarla; pero más compadezco a los que no la dividen”.

Vamos a verlo en otro ejemplo de la increíble fauna humana: Luis Onceno y Francisco de Paula. Estos dos personajes se encontraron en ese increíble siglo XV, el Renacimiento; y se unieron a pesar de ser más diferentes entre sí que un huevo y una castaña.

FRANCISCO DE PAULA nació en Paula de la Calabria y fue el fundador de la orden de los “Mínimos”. Fue un ermitaño. Convirtió al Monarca francés que hizo la unidad de Francia o por lo menos lo domó; o digamos, lo hechizó.

Hijo de padres ricos, sintió desde jovencito la vocación de la soledad. ¿Era un esquizofrénico o un maníaco-depresivo? No era un maníaco ni un esquizofrénico. Era muy alegre y muy equilibrado. ¿Cómo entonces se fue a encerrar a los 20 años en una caverna que él mismo cayó en el fondo de los grandes fundos de su padre, dejando todo el resto a su hermano menor? Ahí verán ustedes: vocación de ermitaño se llama; yo la tengo actualmente. A los 22 años se convirtió al naturismo; es decir, hizo voto de no comer carne, leche, huevos, vino, ni frutas sino solamente agua, pan y legumbres una vez al día después de ponerse el sol; y guardó ese voto hasta los 91 años de edad, o sea 69 años. Yo me he hecho naturista ahora pero más bien por la fuerza, ¡porque hay un restorán naturista muy barato al lado de casa! —ahora que no soy naturista del todo; porque los naturistas le tienen un furor sagrado al pobre tabaco. ¿Qué les habrá hecho a ellos el pobre tabaco?

Al poco tiempo se le juntaron dos jóvenes compañeros —de vez en cuando un sacerdote iba y les decía misa, nació la orden de los Mínimos, ermitaños que sin embargo viven juntos como los actuales Cartujos y los Camaldulenses. Se multiplicaron las cavernas y las gentes de Cosenza, encabezados por el Obispo, se juntaron y les fabricaron un monasterio, trabajando en su albañilería según cuentan las grandes damas; pues en aquel tiempo había grandes damas aún entre

los calabreses —porque ya había empezado la fama de las curaciones que hacía “el tercer Francisco”. Fíjense: el gran clavo de la vocación de ermitaño es cuando uno se enferma; cuando uno se enferma necesita del prójimo y la soledad se vuelve espantosa; de modo que, como “no hay mejor cirujano que el bien acuchillado”, los solitarios se vuelven fácilmente curanderos, porque tienen que curarse a sí mismos. Empezó la gente, empezando por su propia madre, a venir a pedirle oraciones; después consejos; después curas; y éste empezó a curar de una manera extraordinaria: “don de curación” llamábanlo los primeros cristianos; hasta que el rey más poderoso y temido de Europa lo mandó a llamar; él se negó a ir; y el Papa Sixto IV lo obligó —el que hizo la Sixtina.

Hoy día estaría preso por ejercicio ilegal de la Medicina (a no ser que hubiese curado a Evita Perón); como está presa la pobre Úrsula Von Segmen, por intentar curar los ojos por medio de ejercicios sin anteojos y sin diploma; y lo que es más grave, por curarlos; puesto que si no curara no estorbaría a nadie, pero curando estorba al orden social porque estorba a los ópticos y a los oculistas. Está presa: eso me han contado ayer por lo menos. Ojalá que sea macana.

Esa vocación de ermitaño me hace pensar mucho a mí: es muy rara y Dios me llama a ella. La soledad es contraria al hombre y sólo pueden vivir en ella las bestias y los dioses —y yo no soy dios. Los teólogos la explican en dos patadas, diciendo que la vida del religioso solitario es más perfecta que la vida de los que viven en conventos (con tal que sea un religioso ya muy ejercitado en las virtudes y con dos tercios por lo menos de camino espiritual hechos —es decir, un semidiós), eso enseña Sto. Tomás; por la simple razón de que Cristo dijo “María eligió la mejor parte” y María representa la vida contemplativa. Pero yo digo que hay un misterio psicológico en la vida del eremita, del monaco —es decir del solitario. En los primeros cuatro siglos de Cristianismo, miles y miles de romanos se iban al desierto, a Egipto, la Libia, el Líbano; patricios, cónsules, generales, personas ricas como la matrona Leta y su hija la virgen Eustaquia, discípulas de San Jerónimo por correspondencia: San Jerónimo otro noble ermitaño, ex-secretario del Papa Dámaso, enorme escritor, que se fue al desierto de Palestina a traducir la Biblia del hebreo al latín vulgar, la Vulgata. ¿Qué les pasaba a esa gente? ¿Una epidemia de locura? No.

La explicación psicológica del monaquismo para mí es ésta: a veces la sociedad se pone tan corrompida que para mantenerse honesto (algunas almas) no hay más remedio que disparar. A veces decae tanto el ambiente social que la virtud se vuelve “un castigo en sí misma”, castigo de sí misma, la virtud se vuelve vicio, porque hay demasiado vicio (porque, con perdón de ustedes, una monja que

tuviese que vivir de sirvienta en un burdel de lujo, como pasó una vez en París en calle Malakoff, sería una recontraprostituta para las otras prostitutas); la virtud se vuelve a veces un castigo y una carga insoportable y entonces surge la vocación del monaquismo cuando la sociedad se vuelve toda un burdel como era la sociedad romana del siglo I y II —como veremos fácilmente en la conferencia VI: “El Resentido del año 33”. Dejemos esto.

El ermitaño Francisco III abandona la soledad por orden de Sixto IV y un capricho de Luis XI el Implacable. ¿Quién era Luis Once?

(Tataranieto de San Luis, biznieto de Felipe el Hermoso, nieto de Luis el Testarudo, hijo de Carlos VII el Desdichado, fue el que hizo la unidad de Francia — y no Enrique IV, como está diciendo inexactamente el CLARÍN). Fue un gran político, comparable a nuestro Rosas, y el Papa le dio el título de “Rex Christianissimus”. Mató a su padre a disgustos, envenenó a su hermano Carlos de Berry, tuvo once años en una jaula al Cardenal Arzobispo de París y mandó decapitar a unas 4.000 personas. Como dicen los franceses con feliz frase: “Fue un mal hombre pero un buen francés”.

Este hombre flaco, amarillo, bilioso, de cara de caballo, de piernas débiles de la escultura de Yagey fue un buen bicho; para describirlo no basta un solo bicho, como decíamos antes, hay que buscar muchos: cruel como una hiena, implacable como un tigre, fino como una zorra, taimado como un gato, inteligente como un lince, laborioso como una hormiga, paciente como una araña: le rompían la tela, volvía atrás y comenzaba desde el principio de nuevo una, dos, tres y cuatro veces; a la cuarta vez atrapó a los nobles coaligados contra él en la “Ligue du Bon Public”, encabezada nada menos que por Carlos el Temerario, duque de Borgoña. Era astuto, retorcido, falso, mentiroso, hipócrita, mistificador y comediante ¡gran comediante! como todo gran estadista...

Decía: el que no sabe engañar no sabe gobernar; decía: todo hombre se vende, la cuestión es saber el precio; decía: si mi camisa supiese lo que voy a hacer, la echaría al fuego: las cosas de Estado no han de contarse ni a su camisa (llamaba así a su primera mujer, Margarita de Escocia). Decía: si lo que llevo en el corazón me subiese a la lengua, me cortarían la lengua. Decía: en un buen pueblo debe haber una exigencia hacia la verdad; en un buen gobernante debe haber el hábito de la mentira.

Venció en una lucha de 40 años a dos enemigos: los nobles franceses adentro, Maximiliano de Austria afuera. Era un gran militar, era un tigre, pero le gustaba más

el trabajo de araña: tres veces le rompieron su tela tres veces volvió a comenzar con mayor cautela: era de éstos que nunca olvidan, que nunca perdonan y que siempre aprenden. Su rival, Carlos el Temerario, duque de Borgoña, que era un león, y estaba edificando un gran reino medio francés medio alemán donde hoy está el Sarre, la Alsacia y Dijon —cuando sufría una derrota se mesaba los cabellos, se tiraba al suelo, se encerraba en su tienda y se enfermaba un mes. Luis XI, cuando era derrotado, se encerraba en su aposento y se ponía a pensar por qué cómo iba a hacer la próxima vez; tomaba una gran rata y un gato y los hacía pelear; y se moría de risa viendo cómo el gato, con el cual se identificaba, atrapaba la rata.

El duque de Borgoña, Carlos el Temerario, era un hombre noble, gran caballero, gran soldado, gran poeta, de carácter franco, generoso y violento, que acogió al joven Luis el Taciturno cuando su padre Carlos el Desdichado lo quiso encarcelar o quizá matar por sedicioso. Dos veces complotó contra su padre: la primera vez era jovencito, pero cubierto de gloria militar —su padre lo desterró al Delfinado, él empezó a gobernar allí independientemente del Rey— y se hizo la mano de gobernante, ¡la garra! La segunda vez casi derribó a su padre; Carlos de Borgoña lo salvó y después lo ayudó a coronarse, acompañándolo con sus tropas y entrando con él triunfante en París; y apenas se vio rey, se la pegó. Carlos se indignó y lo venció por la fuerza dos veces; y lo tuvo encerrado en el castillo de Dijon amenazándolo con hacerlo morir de hambre; Luis Once lo engañó dos veces, fue derrotado otra vez, lo engañó por tercera y cuarta vez, y lo hizo meterse en una guerra inútil, absurda y perfectamente insensata con los suizos —los cuales atrincherados en sus montañas destrozaron a los borgoñones y dieron muerte a su jefe, con gran alegría de la serpiente, que sin moverse triunfó del león.

Quesada compara a Rosas con Luis Onceno. Bien. Pero Rosas tenía una proporción mayor de león que de serpiente. O de tigre, si ustedes quieren y son antirrosistas. A mí me parece absurdo ser antirrosista y también ser rosista.

También por la astucia venció al poderosísimo y santísimo Maximiliano de Austria, el abuelo de Carlos V —Maximiliano lo derrotó en campo; pero él se vengó arrebatándole una hija y un hijo, por medio de matrimonios políticos; y después aterraba al austríaco amenazándolo con maltratar a su hija, que era nuera suya; y Maximiliano temblaba porque sabía de lo que era capaz este hombre taciturno, que mandó envenenar a su hermano Carlos de Berry, duque de Guyena, y tuvo once años encerrado en una jaula a la vista de los parisienses al Cardenal La Value, que fue como si dijéramos su Remorino o su Bramuglia por una miseña, por una falta insignificante, por una pequeñísima coima; porque recibió 4.000 escudos por dar

las licencias de decir misa a un sacerdote indigno: coima liviana al fin y al cabo, unos \$ 400.000 de hoy.

He aquí que el mal hombre buen francés ha triunfado y los cimientos de lo que hoy es Francia están sólidamente puestos; al morir Carlos de Borgoña, Luis se anexó tranquilamente la Borgoña; y después siete reinos más, tres de ellos quitados a los españoles, el Rosellón, el Bearne y Cerdeña. Triunfó. Era el rey más temido y admirado de Europa, uno de los hombres más cultos de su tiempo, hablaba latín y griego, llenó de grandes profesores la Universidad de París, la organizó y la favoreció, fundó la primera imprenta. Francia tenía las finanzas más sanas de Europa, tenía muchas divisas (escudos de oro), nadaba en la abundancia; disciplinó el ejército, fundó la marina, fomentó la industria, creó la minería, levantó la agricultura —atención al Plan Quinquenal— llamó a su lado a los hombres más eminentes del reino y de fuera, como a San Francisco de Paula, concedió al pueblo una nueva constitución a base del sufragio para casi todos los cargos públicos como el de burgomaestre, que él creó; fue muy parco en la distribución de dádivas, dones y automóviles -perdón, galardones, quise decir, a sus amigos —lo que llamaban entonces “permisos de importación”— y finalmente obtuvo del Papa el título de Rex Christianissimus. Había salvado a Francia; pero había perdido su alma.

Cayó sobre él un gran temor, una gran angustia, una gran melancolía: tenía miedo de morir. Trasladó al castillo de Plessis su corte ostentosa, corrompida y triste —es decir, sus cortesanas, porque nobles no quería en torno suyo, sino solamente sirvientes de vil ralea ¡y extranjeros! Tenía la idea de que todos los franceses lo odiaban, y no andaba muy descaminado. Rodeó el castillo de murallas, de fosos, de fortines, de trampas de lobos, de centinelas para cortar el paso a la muerte: tenía la idea de que querían envenenarlo, como él envenenó a su hermano el de Guyena; tenía la idea de que su hijo adoptivo, Carlos el Feliz, que fue Carlos VIII y era un pedazo de pan, complotaba contra él como él complotó contra su padre. Hasta que un día se enteró que había en la Calabria un santo cura Curalotodo y ya hemos visto cómo lo hizo venir: mandó a Roma una misión con un argumento de éstos que el Vaticano no resiste, y Francisco de Paula no resistía al Vaticano:

Francisco de Paula quería que lo dejaran esconderse, orar y ayunar; el Papa quería ganarse la voluntad (y los dones) del poderoso y vengativo Rey; el Rey quería no morir; —y Dios quería que la Orden de los Mínimos se difundiera desde París por toda Europa, para salar con el ejemplo de su salvaje austeridad a Europa embriagada de la molicie y la disolución del Renacimiento; más allá del Ródano,

más allá del Rin, más allá de los Alpes, más allá de los Pirineos, hasta Manresa donde yo prediqué este sermón en la Iglesia de los Mínimos, todavía tiznada de las llamaradas con que la atacaron los rojos, y hasta Valls, donde hubo un eremitorio de monjas mínimas hasta la Revolución Española.

Francisco de Paula estuvo en Plessis tres meses, hasta que murió el rey, y después en París al lado de sus descendientes, Carlos VIII, el Feliz y Luis XII, el Padre de los Pobres. ¿Convirtió al feroz Don Juan Manuel? No lo sé. Cuando el Rey tuvo delante a aquel italianito petiso, regordete, rechoncho y vivaracho, muy diferente del soberbio tipo que pintó Alonso Cano en el Museo del Prado, el Rey lo desconoció; y se puso de rodillas delante del lego que lo acompañaba, que era lungo, descamado y apergaminado; le besó la mano y le pidió humildemente que le prolongara la vida. Francisco dijo: 'Soy yo Francisco de Paula, pero yo no soy Dios'. El Rey le mandó presentar 10.000 escudos que el Santo rechazó; — después le ofreció una reliquia, probablemente falsa, "los corporales del Señor San Pedro" (como si San Pedro usara corporales) que el taumaturgo aceptó... sin compromiso. "¡Lo que importa es la salud del alma!" —dijo el Santo; y el rey dijo: "Es un buen hombre"; de donde los franceses empezaron a llamarlo "le bonhomme". Entonces se entabló entre estos dos caracteres tan diversos esa lucha espiritual que Casimiro Delavigne, poeta romántico del siglo pasado, inmortalizó en su comedia dramática, "Louis Onze", que les recomiendo.

No podemos imitar el ayuno de Francisco el III ni su castidad. El ayuno yo todavía me animo pero no su castidad: no solamente cerraba los ojos cuando veía una mujer para no verla sino que no quería que ellas lo viesen: se escondía detrás de las cortinas en cuanto veía una. Allí andaban las cortesanas del Rey todas mustias, con sus grandes crinolinas, sus grandes miriñaques, sus grandes escotes en punta de flecha. Pero a lo mejor no era castidad solamente sino gusto de la farsa; como buen calabrés era un comediante nato y a lo mejor hacía esa comedia para reprenderlas humildemente de andar mal vestidas. Nada impide que un santo tenga buen humor y en general son gente de buen humor. Pero lo que es yo estoy listo si me da por cerrar los ojos y hacer las clases en el Instituto con los ojos cerrados. "Huid de las mujeres, sobre todo las monjas, como si fuesen víboras" —decía a sus ermitaños. Pobres mujeres. ¿Será que en aquel tiempo eran mucho más lindas que ahora? No lo creo.

Bueno: el Rey que primero se reía del calabrés viéndolo con su palo, su tabardo y sus pies desnudos, se confesó con él al morir, diciendo que el "Cosentinus" era el único amigo que había tenido en su vida. ¿Se confesó bien o mal? No lo sé; sospecho que mal. Pero por lo menos, mandó llamar a su hijo adoptivo y le ordenó

tres cosas: 1°, que no hiciese guerra durante seis años; 2°, que viviese enteramente al revés de como había vivido él; 3°, que reparase todos los daños que él había hecho, es decir, que pusiese de nuevo sobre sus cuellos las 4.000 cabezas que él había mandado derribar. ¡Paz en su tumba! (Juan Manuel de Rosas no fue así: la grafología de Rosas, según Susana Calandrelli, no denuncia crueldad alguna, antes bien lo contrario: más bien generosidad, ternura y blandura pampeana de carácter: hay incluso un poco de tango en Rosas).

Toda esta pintura de un sátwico y un rajásico viene para hacerles ver las diferencias infinitas dentro de la unidad humana: estas diferencias vienen de los hábitos, y los hábitos no podrían existir sin las potencias. Fíjense: una energía simple e indiferenciada no podría jamás engendrar idiosincrasias del todo diferentes o aún contrarias; como por ejemplo del agua destilada usted no puede sacar aceite y vinagre —a no ser que sea prestidigitador. Vean ustedes mismos como están diferenciadas las potencias de estos dos hombres: el intelecto de uno —del todo especulativo y dirigido a lo invisible y a lo no existente... para nosotros; el intelecto del otro —del todo práctico, dirigido a los medios

y no a los fines; la voluntad enteramente quebrantada por la obediencia e indiferente a todo, presta a cumplir lo que entendiéndose ser agradable a Dios aunque sea difícilísimo y peligroso; la voluntad del otro fieramente apegada a la unidad de Francia y a su propio poderío —sin vacilación, sin escrúpulo ninguno, sin remordimientos— y al fin quebrantada por el miedo a la muerte; la afectividad, la imaginación, los sentidos, los instintos, etc. —ustedes mismos ya lo ven.

Éste es el prodigio que obran las funciones; la increíble fauna humana; y su estudio pertenece a la Caracterología sobre la cual haré la conferencia sexta. Los hábitos son intelectuales y morales y entreverados, como la virtud de la justicia que es intelectomoral (la prudencia es intelectual, la templanza es moral y los hábitos son tan inmensamente importantes que ellos dan origen a toda educación, que es un mundo inmenso, y toda la ascética y toda la sabiduría y todas las artes y las ciencias y toda la mística. Saber Psicología es un hábito, saber hablar es un hábito, saber nadar es un hábito, ser santo es un montón de hábitos (uno de ellos sobrenatural llamado la gracia) y vestirse por la mañana medio dormido es un hábito (una habilidad) y ser resentido social es un hábito (una idiosincrasia). Pero prolongar las conferencias demasadamente es un hábito muy malo.

Atención: les voy a dar solamente para terminar las leyes especulativas de los hábitos de Santo Tomás-Castellani, las leyes prácticas de William James-Castellani.

Hábito: perfección de una potencia residual al acto: —buena definición.

Hábito: “fisiológicamente hablando, hábito es nada más que un nuevo pasadizo de descarga nerviosa formado en el cerebro, por el cual ciertas corrientes que surgen tienden a escaparse siempre”. (W. James: malísima definición por la causa material).

Leyes de los hábitos:

1°- Hábito supone potencia.

2° El hábito es total: se refiere a toda la actividad psíquica y no sólo a la potencia propia.

3°- El hábito total prima la potencia; el parcial o habilidad no prima. (El saber pintar es primero que la vista, el tener buena vista es después de la vista; de allí la famosa ley de “plusvalía psíquica con minusvalía orgánica” de Adler).

4°- Conviene que el hábito superior forme al hábito de la parte inferior —por ejemplo, la Religión al instinto sexual.

5° El hábito hace al acto firme, fácil, gustoso (los tres grados de la virtud).

6° El hábito crece por la causa que lo engendra —como todo:

Por lo tanto:

1°- El hábito surge por repetición de actos.

2°- La interrupción incrementa los actos (aprendemos a nadar en invierno y a esquiar en verano, lección dormida, lección sabida).

3°-. Un acto intenso vale mil remisos (tremendas consecuencias de esta ley en la Psicología de los instintos, que son hábitos sensitivos nativos).

4°- Acto intenso es el que compromete todo el hábito y así sucesivamente — hasta 12 leyes especulativas.

Leyes prácticas:

1° Haced de vuestros nervios un aliado y no un enemigo.

2° Volved automáticas el número mayor de acciones útiles.

3°- Embarcaos con ímpetu en el crear un hábito difícil.

4°- Ni una sola excepción, ni aún razonable, al hábito incipiente y no arraigado.

5°- Aprovechad prontamente toda favorable corriente.

6°- Mantened el poder de hacer esfuerzo por pequeñas gimnasias cotidianas.

No crean absolutamente nada de estos consejos: son moralina anglosajona. No hagan gimnasia sueca espiritual. Mejor es para los latinos amar una cosa grande y lanzarse a ella olvidándose de sí mismo y de todas las leyes: como Luis XI, la unidad del remo de Francia y Francisco de Paula, la unidad del reino de sí mismo con el reino de Dios.

LA INTEGRACIÓN

El monstruoso marqués de sade

Voy a explicar rápidamente el instinto y su “desarrollo en piezas”; en otra conferencia la “sinéidesis” y en otra (la IX) la “causalidad aglutinada”. Von Monakof las formula definitivamente, pero son cosas conocidas más o menos de antiguo: “En Psicología y en Moral, lo que no es tan antiguo como el mundo, es falso”.

Esta conferencia, en suma, trata de la integración y de la desintegración y explica un trocito del sistema de Constantin Von Monakof, otro de los unificadores fallidos de la Psicología. Monakof hizo un sistema muy simple y muy científico para explicar la anormalidad y la normalidad. La normalidad tiene un solo grado y la anormalidad tiene muchos grados; y en los grados superiores, en los anormales espirituales, se estrella Von Monakof como veremos; porque ningún sistema behaviorista, basado en la sola observación externa, podrá cubrir todo el campo de la Psicología humana, y se le escapan por lo menos dos misterios: el misterio de la santidad y el misterio de la perversidad.

Que son los dos misterios ante los cuales quiso cerrar los ojos el mundo liberal y he aquí que de repente en el siglo XIX los más grandes escritores revientan todos a escribir sobre la perversidad: Dostoiewski, Nietzsche, Víctor Hugo, Kirkegor, William Blake, Edgard Poe, Goerres y Baudelaire y sus discípulos e imitadores. Eso era volver a la tradición de la humanidad: la Biblia, desde Caín y Abel hasta la descripción del Anticristo por San Pablo y San Juan, pasando por Jezabel y por Antíoco y por Herodes el grande y Salomé y los demoníacos y los fariseos del Evangelio, conoce ese misterio.

Hoy les voy a hablar de ese Christie Reginaldo que mañana van ahorcar en Londres... ¿No era que iba a hablar del marqués de Sade? Es lo mismo. —Ya lo sabemos, es un sádico. —No es un sádico, es un sexualmaníaco o sea un perverso, que no es lo mismo. — ¿Es un anormal o no? —Según lo que usted entienda por anormal. ¿Qué es un anormal? Aquí en la Argentina todo varón que no sea carnero, cobarde y común es un anormal. Pero psicológicamente hablando, anormal es el que tiene un desarreglo de las horméteras (o como dicen los médicos, de las glándulas).

Es indigno que un sacerdote hable del marqués de Sade; de acuerdo. Pero si un

sacerdote profesor ha hablado de Santa Teresa, es indigno también que deje de hablar del marqués de Sade. Porque es indigno que un doctor muestre un lado solamente de la natura humana, como hacían los cartesianos, que hacían al hombre demasiado angélico, aunque es peor lo que hacen los freudianos, que lo hacen demasiado bestia.

Es mucho más digno de un sacerdote hablar de Lutero, de Calvino o de Leibnitz o de “la modernización de la Iglesia”; como monseñor Franceschi; pero la verdad es que estos tipos problemáticos como el marqués de Sade arrojan a veces una luz extraña sobre muchas cosas que es necesario saber; porque Dios hizo a los monstruos para que nos riamos de ellos, dice la Escritura; y en esta época que se ha vuelto parecido a un loquero, los directores de loqueros tienen su palabra que decir, y Von Monakof fue un director de loquero: Director del Instituto de Policlínica Neurológica de la Universidad de Zúrich.

El libro de Von Monakof llamado “Introduction Biologique a la Neurologie et la Psychopathologie” (Alcan, Paris, 1928) es un monumento.

Es una tentativa de unificación de la Psicología por debajo, es decir, por lo biológico; por tanto está en la línea de Hans Driesch y de los grandes reflexólogos rusos, pero superados, como veremos.

Von Monakof es el inventor (llamémoslo así) de 4 ó 5 nociones sumamente fecundas en Psicología:

hormé - hormétera - noushormétera

klísis - ékklísis - sinéidesis - desarrollo en piezas,

y finalmente integración y desintegración. Su libro podría titularse: “Esquema sistemático de la desintegración psíquica”.

Se puede decir que el trabajo de toda la vida de Constantino se redujo a comprender lo que es la “integración”, como si dijéramos la “normalidad” (y por eso su deber era tratar de curar anormales o “desintegrados”), pero “integración” para Von Monakof no representa algo estático o definitivo (como para la Psicología clásica), sino algo indefinidamente progresivo, como si la normalidad del hombre consistiese en una serie de integraciones o equilibrios sucesivos en planos diferentes. Pero este investigador (gran hombre de ciencia y por tanto conocedor de sus límites) se inhibe en cuanto toca al plano moral y al plano místico; aunque sabe ciertamente que también estos planos están atados a la fisiología, aunque la

desborden, podríamos decir, infinitamente: los mira desde abajo. El no hace “Alta Psicología” sino modestamente “Introducción biológica a la Psicopatología”.

¿Qué es normal? Palabra equívoca como pocas. Los ingleses han acabado por llamar normal al hombre mediocre, según leo en la hermosa biografía de San Ignacio por Christopher Hoffis: “Esto nosotros los normales no podemos comprenderlo” —dice muchas veces. Según eso, los héroes, los santos y los excelsos serían anormales, como quería Lombroso. Yo me he topado en mi vida con la anormalidad y con el satanismo o demoniosis o perversidad o maldad y sé perfectamente que son diferentes. Ese John Reginald Christie que van a ahorcar el 15, por haber dado muerte a 7 o a 17 mujeres y haber hecho ajusticiar injustamente al camionero Evans, ¿es un anormal sexual o es un perverso? Es un perverso. El tarado sexual es un infeliz, es un débil, que incluso puede ser bueno moralmente y luchar con toda su alma contra su desgracia; aunque también claro está y muy fácilmente puede volverse perverso. Perversión significa una cosa total y su asiento está en el espíritu, no en la psiquis ni en el cuerpo. En la novela de Dostoiewski, Los Demonios, el verdadero y único demonio es Stavroghin, los demás son tarados que se vuelven demoníacos por reflejo participación del jefe; y Stavroghin no es un tarado, es un hombre fuerte que se domina, que hace un acto de dominio propio heroico, digno de un santo, al recibir sin moverse, en público, delante de su madre y de su novia, el puñetazo de Schatof. Así fue también el marqués de Sade.

El marqués de Sade no fue un sádico, eso es lo curioso, no fue un loco, no fue un anormal en el sentido biológico, no fue un tarado en el sentido vulgar; fue algo peor que todo eso, un perverso. Fue un noble del siglo XVIII, el verdadero puente entre el “Ancien Régime” y la Revolución, un escritor laborioso y muy capaz, un político hábil y un hombre capaz de dominar sus pasiones cuando le convenía —e incluso de escribir novelitas morales y piezas de teatro edificantes, a la Addison, para ganar dinero. Y ha habido perversos que han sido sin duda inteligentes, como Tiberio, Ricardo II, Nerón, Luis XI y otros.

Von Monakof diría que en este caso hay una desintegración total o vertebral; y se inhibiría de estudiarla. Pero Klages analizó en lo posible la perversidad; y Aristóteles se siente preocupado ante ella, no la ignora como los “frenólogos” del siglo pasado (a los cuales Edgard Poe y Pío Baroja increpan con mucha razón que no saben Psicología), la tiene presente dentro de su observación y la nombra tres o cuatro veces en la “Ética a Nicómaco”. Aristóteles planteó el problema de las relaciones entre el genio y la anormalidad, que Lombroso y Ferri resolvieron tan chabacana y erróneamente. “¿Por qué será —dice en sus «Problemas»— que

todos los genios han sido melancólicos? —y propone dos o tres hipótesis muy agudas aunque sin resolverse.

Sin embargo, dejaré la alta normalidad para otra conferencia; hay que ver primero la alta anormalidad. La solución aristotélica está en sus principios, está implícita en sus obras.

Se las daré en una frase sin discutirla. Ustedes saben que Lombroso dijo que “el genio y la locura eran parientes”, así suelen resumir a Lombroso, pero dijo mucho más fiero aun, literalmente “il genio e un pazzo”, tesis absurda de resentido social, probada en su obra “L’Uomo di genio” con un montón de bazofia intelectual realmente deleznable. Contra Lombroso se levantaron Joly y Morseilli diciendo: “¡Al contrario, el genio representa el equilibrio perfecto, el tipo ideal humano!”, lo cual está más cerca pero no soluciona el problema aristotélico.

Fíjense desde ya en el poder del resentimiento, incluso en la inteligencia, de que hablaremos en la conferencia VI. Las dos tesis capitales de Lombroso:

“il delinquente nato”

‘il genio pazzo’

configuran una destrucción total de nuestra escala de valores; por tanto una desintegración virtual de la actual civilización y tradición. Si el delincuente es nato, irresponsable; y por tanto el hombre virtuoso tampoco tiene mérito porque también es nato, es decir, irresponsable.

Y si aquéllos que tenemos por cumbre de la Humanidad y tomamos como modelos, los genios y los santos, son locos; es decir, la última carta de la baraja y el desecho de la Humanidad... piénsenlo ustedes.

La brutal nivelación de la Humanidad, mezclada toda en una sola olla de garbanzos para triunfo de un intelectual resentido y engreído, es decir, “producir la confusión total en orden a la irresponsabilidad general” como dijo el Conde de Latour du Pin. (Aquí se escupe).

La solución en dos palabras:

1°. Ha habido genios perfectamente equilibrados, Cervantes, Shakespeare, San Agustín, Hegel.

2. Ha habido genios enfermos y allí se plantea el problema, ¿fueron genios por su enfermedad o a pesar de su enfermedad, Baudelaire, Kirkegor, Santa Teresa?

No han sido grandes por su enfermedad, cierto; no han sido grandes tampoco a pesar de su enfermedad, sino más exactamente con su enfermedad: la tara ha ingresado en la estructura total de la grandeza intelectual o moral, y se ha estructurado en ella, volviéndose grandeza o por lo menos espolín de grandeza o por lo menísimo tinte especial de esta grandeza particular; Baudelaire, si no hubiese sido sifilítico y neurasténico, no dejara de ser un gran poeta, ¿quién lo duda?, pero no hubiese escrito ‘Las Flores del Mal’ sino quizá ‘Las Flores del Bien’; o mejor hubiese añadido en esa Divina Comedia moderna (de que no hizo sino el ‘Infierno’) las dos partes que faltan, ‘Ji Purgatorio’ e ‘Ji Paradiso’. Sin embargo, siendo un poeta, el Purgatorio y el Paraíso están presentes en forma desgarradora en ese ‘Infierno’ neurasténico.

“Yo no soy más que un pobre judío mortalmente enfermo”. (Heine)

“I am wretched and know not why”.

Un gran poeta puede ser enfermizo o enfermicho o enfermo o muy enfermo como cualquier hijo de vecino; y si quiere, puede quejarse, y si se queja, se sabrá quejar por lo mismo que se sabe expresar mejor que otros; y a veces incluso se hará el coqueto con su melancolía. Pero recoger las quejas de algunos genios, mezclarlas con quejas de otros que no lo son y deducir de allí que el genio es loco, y es genio justamente por ser loco, es de una vulgaridad hedionda: es justamente manifestación de esa tendencia del vulgacho a roer zancajos y a rebajarlo todo.

Todos los genios enfermos se han dado cuenta de que para ser grandes necesitaban dominar su enfermedad y no abandonarse a ella y la vida de algunos, como Baudelaire, Beethoven y el Tasso, ha sido un esfuerzo ciclópeo para defender su obra de su mala salud; esfuerzo santificador en el fondo. Recordemos aquella estrofa romántica de Musset:

“Sabed que hay en la vida del hombre una hora oscura

En que se encuentran juntos el genio y la locura.

Dos luchan cuerpo a cuerpo sobre un peñón que pende,

Allí dos han subido... y uno solo desciende...”

(Sachez qu'il est toujours une heure dans la vie

Où le génie humain rencontre la folle.

Jis luttent corps a corps sur un rocher glissant,

Tous deux y sont montés...mais un seul redescend'.)

“Como el arco iris, la poesía

Sobre una oscura base nace y se hace,

Y por eso la Melancolia

Del genio del poeta es base”

(Zart Gedicht, wie Regenbogen,

Wird auf dunklem Grund gezogen:

Darum behagt dem Dichtergenie

Das Element der Melancholie...)

(Goethe)

La normalidad es la integración, un equilibrio dinámico; la anormalidad es la desintegración, siempre que no sea dominada, en estos grados:

neurosis

aberraciones o degeneraciones psicosis

perversión

Las degeneraciones son el fenómeno más interesante de la Psicología patológica, entre las neurosis y las psicosis —a las cuales la Psicología moderna consagra grandísima atención y los psicoanalistas quizá demasiada; cierto es que son las que crean mayores problemas sociales. El “sadismo” es la aberración

sexual más fácil de tratar en público, como ejemplo de todas ellas. Ellas son en resumen:

Inversión

Sadismo - Masoquismo

Voyerismo - Exhibicionismo

Fetichismo

Necrofilia - Zoofilia

Satiriasis - Ninfomanía

El sadismo es una diáscisis y una hiperestesia parcial, producida por una falsa protodiácrisis que proviene de una ékkllisis de la hormétera sexual masculina; o bien, si quieren de otro modo, hay una “causalidad aglutinada entre el objeto de la sexualidad y una de las piezas secundarias de la hormétera sexual “(!)

El instinto en el hombre comporta un gran margen de indeterminación, a diferencia del animal, que está casi del todo fijado, margen que debe llenarse por fijaciones sucesivas bajo el influjo de la razón, influjo que es exterior en la educación e interior por el ejercicio de la razón individual. “Una función inferior es regulada por el mero ejercicio de la función superior”, dice Hughlings-Jackson el gran fisiólogo; y por eso para ver si la cabeza anda bien los médicos investigan ¡el reflejo patelar!

La “hormé” o impulso vital tiene estos 5 impulsos fundamentales, que Von Monakof llama protohorméteras, horméteras y noushorméteras (como si dijéramos preinstintos, instintos y perinstintos) que tienden todos a la vida en su mejor forma posible, es decir, a la “plenivivencia” y a medida que crece la edad se van intelectualizando más y más.

Sobre el eje de los instintos primordiales (que son al fin la conservación de la vida) los instintos se desarrollan por piezas, développement en briques”, desarrollo imbrical, más o menos como se arman las casas prefabricadas; y también se desintegran “en briques”. Von Monakof ha cerrado la discusión de un siglo entre nativistas y empiristas acerca del instinto sexual —ayudado por la filosofía bergsoniana del “devenir” y de la sustancialidad del tiempo en las cuestiones biológicas.

Los nativistas decían que la función sexual aparece de nuevo y bruscamente en la pubertad: el niño es puro e inocente, como ha creído siempre toda la Humanidad y esa sexualidad infantil que han inventado los freudianos es un horror contrario al sentido común. “Qué dificultad hay —dice McDougall, fundador de la “Hormic Psychology”— que una función del todo nueva aparezca cuando una maduración se ha producido, y el cuerpo, ese sostén del alma, ha sufrido cambios profundos, no solamente morfológicos (los “caracteres sexuales secundarios”) sino también endócrinos?”

Eso es no tener el menor sentido de lo biológico —decían los empiristas— creer que una nueva función puede surgir en el organismo armada de todas las piezas como Minerva del cráneo de Júpiter. El instinto sexual existe desde el nacimiento y se va desarrollando por la experiencia; y si no, son del todo inexplicables las perversiones sexuales y otra cantidad de hechos obvios: la “inocencia” del niño es una ciega ilusión materna y un mito creado por el Catolicismo. Freud, que tiene el mérito de haber introducido el factor biológico y el factor irracional en la Psiquiatría, llevó la tesis al extremo: “el niño es un perverso polimorfo”; no solamente existe en él desde el principio el instinto sexual (“el primer acto del bebe es un acto sexual”) sino toda la gama de las perversiones; las perversiones sexuales se explican por una regresión a la infancia; la normalidad del instinto es una feliz casualidad de equilibrio de todas las perversiones, que por suerte se da muchas veces, aunque nunca perfectamente. Como si dijéramos: la salud es un haz de enfermedades —exageración del “método patológico” que podría formularse así: “el enfermo es primero que el sano”— o sea, el enfermo es un supersano. Para poder sostener esta paradoja, Freud inventó la noción de “latencia”.

Las medias-verdades que contienen ambas opiniones están sintetizadas en la correcta y rigurosa teoría de Von Monakof: las horméteras y noshorméteras se constituyen en su momento dado por una especie de fusión de diferentes funciones parciales que hasta aquel momento se iban desarrollando separadamente y dirigidas a otros objetos; es decir, que específicamente no eran sexuales sino en potencia. Las diferentes piezas de la casa prefabricada no son la casa ni se parecen a la casa, hasta que una estructuración las vuelve casa; con la diferencia que aquí las funciones parciales que estructuran una nueva función más compleja continúan por otro lado existiendo con sus propios objetos y diferentes de la nueva función; puesto que en definitiva el objeto especifica el acto y el acto especifica la potencia. Así se elimina el gran lío que se armó Ribot a propósito del sentimiento de la ternura. “Hay una ternura sexual y una ternura asexual específicamente diferentes”, gritaba Ribot. No: hay un sentimiento que al principio

no es ni sexual ni asexual sino potencialmente las dos cosas; la ternura del niño es neutra y llega un momento que esas potencias surgen o no surgen de la mera posibilidad. Pueden surgir las dos; puede no surgir una de ellas: hay solteronas y monjas inexpertas de toda experiencia sexual y dotadas de ternura maternal; hay disolutos sin ninguna ternura que no sea teñida de sexualidad. En suma, todo lo que habrá en el adulto está en el niño pero en potencia, es decir, en semilla. El niño no es un perverso polimorfo, sino un pervertible polimorfo. ¡Y el adulto también! El marqués de Sade se volvió sádico cuando adulto; y se volvió porque quiso.

Así que los diversos componentes funcionales del amor, que enumeramos el año pasado, a saber:

la Libido

el instinto sexual

el instinto de reproducción

el instinto materno

la simpatía sexual

el amor sexual el amor espiritual o amistad conyugal

son los elementos de una lenta y quebradiza integración —a pesar de hallarse presentes en cierto modo (es decir, en potencia) desde el principio. Pero eso no es todo: cada una de esas piezas está constituida por otras piezas potenciales; y la posibilidad de su perversión radica en la desintegración de una de esas piezas: por ejemplo, la tendencia a la agresión, o por lo menos a la iniciativa y al dominio, propia de la sexualidad masculina, de donde por monstruosa hipertrofia surge el sadismo; así como hay una tendencia a la pasividad o al padecer en la sexualidad femenina, de donde brota la perversidad opuesta del masoquismo; —que puede darse también en los varones (Juan Jacobo Rousseau) aunque raramente. Que entre la lujuria y la crueldad hay un misterioso cortocircuito, lo han sabido todos los grandes moralistas, desde San Agustín hasta Baudelaire. La estulticia y la crueldad son dos hijas de la lujuria” —dice Santo Tomás; pero la crueldad es también hija de la soberbia; y ése es el caso en los grandes pervertidos como en Donato Alfonso Francisco de Sade.

No es necesario detallar aquí el proceso oscuro y la serie de tramos por los cuales uno de los componentes secundarios del instinto toma el sopravento, se

vuelve eje de estructura y acaba por involucrar en sí mismo toda su impulsión tremenda. Esta hipertrofia, en suma, depende de una detención primero, y después de un crecimiento desviado en consecuencia: el instinto experimenta en la infancia una especie de susto que lo detiene; pero como la hormé no puede detenerse, la hormétera se tuerce y busca su camino por el lado de uno de los componentes que no está asustado. Esta torsión se complica a veces con la mixtura del otro instinto de poder, a veces torcido él también en forma de resentimiento social, porque en el hombre los instintos no son piezas separadas sino manifestaciones de la conducta total; y finalmente puede llegar a la “desintegración mental que es la que da los grandes perversos o demoníacos: Stavroghin, Sade. De modo que hay como tres grados de sadismo: el sádico vulgar, que es un tarado y un débil, al cual pertenecen los vulgares pellizcadores, arañadores, pinchadores y mordedores de mujeres; el “sexualmaníaco, en el cual la lujuria se vuelve obsesión de asesinar; y por último, la demoniosis, que ya es sadismo mental, odio gratuito y ansia fría de destrucción. Lean las Memorias de Trotsky si quieren conocer este sadismo mental, la crueldad fría, calculada y destructora.

Lo que llama la atención del vulgo es el sexualmaníaco este Reginaldo Christie, que van a ahorcar mañana y su ilustrísimo predecesor Jaime el Destripador, que escapó a la horca y a la policía y que ha hecho escribir tanto acerca de él: incluso en el último Caras y Caretas. Este destripador mató a 11 mujeres (o quizá 20 como había prometido), todas prostitutas, de una manera fulminante y obscena en el plazo de 3 meses (una vez dos en un día), aterró a Londres, se burló de la policía, escapó de la red de 10.000 pesquisas que lo buscaban ansiosamente y desapareció para siempre en la bruma de Whitechapel sin que hasta ahora se haya sabido quién fue. Dorotea Sayers en “Great Unsolved Crimes” propuso una hipótesis bastante ingeniosa acerca de la identidad del asesino gratuito y diabólico; y también Conan Doyle; pero la verdad es que nadie sabe nada. Esta impunidad es uno de los caracteres de la gran perversidad: éstos no son ni locos, ni débiles mentales, ni idiotas: son responsables. En la Argentina el “Petiso Orejudo”, en Italia el “Monstruo del Tirolo”, en Alemania el “Monstruo de Düsseldorf”, y en Hungría el increíble Bela Kiss, “el Hombre Misterio de Europa”. Hay muchos hoy día. Aquí hay un aviso moral a las mujeres coquetas o inmodestas; muchas veces no saben a quién están excitando. León Bloy escribió unas páginas furiosas acerca de esto.

El Dr. Antonio Suco de Montevideo, en una galería de “Personalidades Patológicas”, donde hay un estudio sumamente superficial de la perversidad, pero casos clínicos bien observados, nana uno que nos revela el “modus procedendi” y en cierto modo la psicología de estos felinos —designado con las iniciales M. C. A., murió en la cárcel de Montevideo: degolló dos mujeres en las circunstancias

más increíbles: en un burdel, en la cama, perfectamente saciada su sexualidad normal (digamos), conversando tiernamente con su víctima le venía el impulso de matar; y mataba si la otra era “tierna, cariñosa y buenita” y si no, no. “Usted sabe, hay mujeres que son más buenas’... (“La angustia ante el bien”, que dice Kirkegor). Degolló la primera, cumplió su condena en la cárcel y lo largaron (jamás hay que largarlos), no lo capturaron hasta mucho después del degüello de la segunda. El perverso constitucional no se corrige nunca; y solamente la pena de muerte quebranta a veces su conciencia como se vio en el caso del monstruo del Tirol, Guido Zingerle, que también mató tres mujeres después de someterlas a terribles torturas en Julio de 1950. El marqués de Sade tuvo una muerte dulcísima, tranquila y sin enfermedad el 2- XII-1814. Escribió un hermoso testamento en el cual da gracias a la madre Naturaleza de haber nacido.

Bela Kiss de Budapest mató 40 mujeres, escapó de la policía de Hungría y después de toda Europa, y probablemente se vino a la Argentina, donde si vive actualmente debe tener 74 años. Para tranquilizar a mis alumnas de Psicología de la Escuela Normal de Salta, yo escribí una novela policial, “El Enigma del Fantasma en Coche”, donde lo mato: lo hago matar a patadas por una mujercita salteña; por eso no les cuento la historia, ya está contada allí. Lo cierto es que Scotland Yard, la policía inglesa, que fue la última que estuvo sobre sus rastros, informó que el Hombre Misterio de Europa probablemente se había escapado a la Argentina. ¡Qué honor para nosotros!

Pues bien, Donato Alfonso Francisco de Sade fue peor que todos estos y no mató a ninguna mujer, a lo más pinchó a una con un cortaplumas; y no fue sádico constitucional, a pesar de su leyenda. ¿Qué fue pues? Fue el genio maléfico que unió mentalmente la lujuria desatada del siglo XVIII con las orgías de sangre de la Revolución Francesa; entre la maldad del Antiguo Régimen y el Nuevo Régimen fue el puente; fue un noble corrompido y un revolucionario lógico y consciente. Fue la culminación y la clave de arco del Enciclopedismo. Su obra literaria ha sido llamada el Himalaya de la Pornografía; y sin embargo no es pornografía común, es Filosofía en su mente, es la culminación de la obra de Diderot, de La Mettrie y de D’Holbach; un instrumento consciente de destrucción de la sociedad que primero le festejó su vida libertina y después lo encerró 14 años en la Bastilla (donde escribió sus novelas atroces) injustamente, por lo menos desde el punto de vista legal y desde el punto de vista de él. Es el resentimiento social llevado al frenesí, el mismo resentimiento social que produjo el guillotinado en masa y las matanzas de Septiembre. ¿Hay hombres que con sus propias manos no derraman sangre y son peores que los asesinos?

En la Bastilla escribió este prototipo del cortesano de Luis XV sus descomunales novelas “Justina o los desastres de la virtud” - “Julieta o las delicias del vicio” - “La filosofía del tocador” - y “Diálogo de un cura y un ateo en su lecho de muerte”. Como ven por los títulos son obras de tesis, donde mezcladas con las más horripilantes obscenidades que se hallan no en la tierra sino en las sentinas del Infierno se tropieza cada momento con pedantescas disquisiciones filosóficas del más puro Enciclopedismo: “*Le flambeau de la philosophie*”. Cuenta los más horrorosos crímenes y las aberraciones más asquerosas con una especie de furia —en rigor describiendo las cortinas rosadas y rococó que escondían la vida secreta de su época— e intercala continuamente sermoncitos filosóficos como el siguiente: “La naturaleza ha creado a los hombres para que sirva a sus placeres todo cuanto hay sobre la tierra... Tanto peor para las víctimas que tienen que proporcionarlos. El mundo se arruinaría sin esta suprema ley de equilibrio. Sólo por el crimen se conserva la naturaleza y recobra los derechos que le ha arrebatado la virtud... No hay ningún crimen contra la naturaleza. Un hombre puede hacer injusticia a otro; pero nunca puede hacerlo la naturaleza. Matar se llama a transformar las formas de la naturaleza. La Filosofía no existe para consolar a los débiles sino para hacer justicia al espíritu y despojarlo de prejuicios. ¿Qué tiene que ver la ternura con el amor? ¿Agranda nuestras emociones? Al contrario, amortigua el goce, pone límites corporales al placer en favor del prejuicio moral. Es estulto, como ven. Pero la estulticia es la hija de la lujuria; y éste es un noble francés del siglo XVIII, cuya lujuria no reposa sobre una base de degeneración física sino sobre una robustez constitucional notabilísima, comparable a la de su enemigo Napoleón, que por medio de un certificado médico falso, lo metió en el manicomio de Charenton otros 13 años (1801- 1814), hasta que murió; lo cual prueba que no había crímenes legales que achacarle. El conde de Maistre había proferido desde Rusia, con su estilo hierático y lapidario, el resumen de ese terrible espectáculo que fue su país en su tiempo: “Donde quiera que se ve un desborde de lujuria, es seguido de una orgía de sangre”. El erudito alemán Eugene Duhren encontró en 1904 una obra perdida del marqués de Sade, “Los 120 Días de Sodoma”, donde el narrador se propone hacer contar por diversos relatores, a la manera del “Decamerón” de Boccaccio, 600 aberraciones sexuales; de las cuales no contó sino 400 porque se le acabó el papel. Se creyó que esta obra, enciclopedia de la crueldad obscena y de la obscenidad sanguinaria, había sido inspirada por los horrores de la Revolución. Pues bien, no, fue escrita en la Bastilla. Fue inspirada por l’Ancien Régime. Existe una obra bibliográfica del poeta Guillermo Apollinaire, “El Infierno de la Biblioteca Nacional de París”, donde enumera simplemente, como fichas bibliográficas, las novelas pornográficas del siglo XVIII conservadas en la gran colección de la calle Mazarino, que no son todas las que existieron; y no transcribe todas sino las principales. Son como 200

páginas de títulos que el leerlos produce asco, horror y al fin uno se desmaya. Es simplemente inimaginable la inundación de barro en que chapoteaba aquella elegantísima corte del Rey Cristianísimo; pues bien, Sade es simplemente la cresta de la ola.

Los dos crímenes por los cuales se aprisionó a Sade son falsos: el segundo, por el cual lo atraparon, consistió en haber dado bombones de cantárida (“bombons Richelieu”) a las pupilas de un prostíbulo de Marsella, para divertirse con el aquelarre que siguió. Sus enemigos dijeron que dos mujeres habían muerto; es falso. El primer crimen imputado, de cuya sentencia se libró huyendo a Italia, y después haciéndose conmutar la sentencia de muerte por una multa de 50 francos, fue también falso. Le achacaron (y la imputación está en la carta de la delicada marquesita de Deffant al poeta inglés Horacio Walpole) —le achacaron lo siguiente: que había encontrado a una pobre señora que le pidió limosna, le había propuesto el empleo de ama de llaves, la había llevado a su casa y obligado a desnudarse amenazándola con una pistola, la había tajeado todo el cuerpo con una cortaplumas y le había puesto una pomada mágica, diciéndole estaría curada al día siguiente; después de lo cual ella huyó tirándose por una ventana. Esto resultó el cuento de una prostituta; y la verdad es que el marqués le había hecho unos cuantos tajos con un cortaplumas para probar un unguento mágico de un napolitano que le había prometido curaba todas las heridas de repente: para hacer la prueba. Esta no es la actitud de un sádico; es la actitud de un noble prepotente del siglo XVIII, dueño de vidas y haciendas y seguro de que la ley y la justicia están al servicio de su clase social. No es sexualidad desviada o no desviada sino estulticia y prepotencia. ¿Por qué pues lo persiguió la justicia? Por instigación de una magistrada, la presidenta de Montreuil, su suegra, que lo odiaba ferozmente, ¡y con razón! El joven marqués, después conde, era un niño mimado y un lujurioso; y la sociedad le celebraba su libertinaje, como a un Don Juan o un Casanova. Se enamoró de la hija menor del “presidente” de la Cámara Judicial, Cordir de Montreuil, Luisa; y las dos familias lo casaron con la hija mayor Renata. El se dejó casar; y después sedujo a su cuñada Luisa y se escapó con ella a Italia. La madre juró venganza eterna; y las dos hijas se lo disputaron encarnizadamente toda la vida.

Los autores franceses hablan de “mártir de amor”, de “santidad del amor conyugal”, a propósito de la mujer legítima Renata, que lo acompañó o persiguió toda su vida incansablemente; hasta que cansada se retiró a un convento. ¡Qué mártir de amor! No es amor virtuoso, sino pasión humana ciega y terca —pasión animal. Sade fue querido toda su vida por una cantidad de mujeres corrompidas o tontas; y fue pervertido por un sacerdote, su tío el abate de Sade, descendiente de

Laura del Petrarca, que le enseñó bien la literatura, y le quitó la fe en Dios.

He aquí la clave de la psicología del marqués de Sade: no fue un tarado fisiológico, fue un “enfant gaté”: mimado por sus padres hasta los 4 años y abandonado después; mimado por su abuela hasta los 10 años; mimado por su tío, el elegante abate Desade, hasta los 15; mimado en el liceo Louis le Grand por su talento y su aspecto de querubín; mimado por las dos hermanas Montreuil, que se enamoraron perdidamente de él; mimado por la naturaleza, que le dio una constitución física robustísima que resistía a todos los excesos; mimado por la sociedad noble de su tiempo, que no solamente toleraba sino que celebraba como hazañas sus lujurias y las magnificaba en leyenda; mimado por la magistratura y el gobierno hasta que bruscamente e injustamente es atrapado y metido en la Bastilla 14 años y después en Charenton 13 años más por el despotismo y no por la ley — de modo que el niño mimado engendró al colegial vicioso; el colegial vicioso, al tenientillo disoluto; el tenientillo disoluto, al adúltero aprisionado; el adúltero aprisionado, al resentido social; el resentido social, al pornógrafo revolucionario; el pornógrafo revolucionario, al político ateo y materialista; y todos éstos juntos, al perverso mental, al hombre fríamente destructor, calculadamente malhechor e inteligentemente enemigo victorioso de la justicia y de la sociedad. “Pido que se me permita salir de Charenton para poder comulgar todos los días. Hay gentes malvadas que me han atribuido el libro infame y estúpido llamado “Justina...” no se puede concebir calumnia más infame”.

El mismo con gran lucidez dio la clave de este proceso en una novela edificante llamada “Alina y Valcour” en una página que no tengo tiempo de leer. Es la psicología del niño mimado, mimado por todo y por todos, en un hogar deshecho. “Emparentado por mi madre con la más encumbrada nobleza de Francia... tan pronto como pude pensar, vi que la naturaleza y la suerte se habían unido para desbordarme de dones. Este prejuicio risueño me hacía señoril, despótico y brioso. Todo el mundo debía rendirse ante mí; el universo halagar mi gusto; a mí me incumbía manejarlo a medidas de mis caprichos. Les refiero este rasgo de mi niñez para mostrarles los principios tan perniciosos que me infundieron con inconsciencia”. Este echar la culpa a los demás de sus perversidades, aunque sea verdad, es también perversidad.

Como ven esta conferencia va o puede ir contra los médicos- psicólogos, que son plaga en nuestra época y el más desgraciado es Lombroso, maestro de Ingenieros, que dicen que el delincuente es un enfermo, el santo es un enfermo, el hombre mediocre es el hombre sano y todos somos buenos. Estos hablan de amorales y son ellos los amorales. Hablan de “locura moral” y la locura moral no

existe; y ellos adolecen de zoncera moral.

Lo demoníaco existe en el mundo: yo lo he topado. Los psicólogos lo llaman perversidad o satanismo, poco importa el nombre. Voy a describirlo, tomándolo no solamente de ese espíritu agónicamente religioso que fue Kirkegor, sino también del ateo Klages, del ateo Nietzsche, del cismático Dostoiewski y de mi propia experiencia.

Hoy día se cree en general que lo demoníaco es cosa de tiempos idos. La mentalidad liberal (el racionalismo, el modernismo religioso) cree que todos los hombres son naturalmente buenos; pero no tampoco demasiado buenos, una cosa así más o menos:

El misterio de la santidad y el misterio de la perversidad, no tienen ojos para verlos. Sin embargo, nunca ha campado lo demoníaco tanto como en nuestra época, aunque sus manifestaciones sean más bien espirituales que corporales: esa apología de la homosexualidad, por ejemplo, que hoy se hace desembarazadamente y es coronada por las Academias internacionales y propagada por las grandes editoriales, es demoníaca. Belloc escribió: “Tengo miedo de la época que se viene, no tanto por su lujuria como por su crueldad”.

Muchos de esos casos de “histeria”, de esos casos de “epilepsia”, de esos casos de “manía” que se tratan en los manicomios (sin poder curarlos desde luego), habría que ver si son una desintegración del psiquismo simplemente o una desintegración de la persona; y en ese caso, qué raíz tienen.

Pero concretándonos a lo demoníaco espiritual sus características son las siguientes:

1°- el mutismo, la reserva absoluta, el encierro del alma. El Evangelio habla de hombres que tienen un demonio mudo. El demoníaco no puede abrir su interior a los demás, y lo que es más curioso, ni siquiera a sí mismo: no puede examinarse, no puede juzgarse, no puede mirarse siquiera, corre una cortina de humo entre su mente y su corazón. En vez de pedir con el pobre Baudelaire: ‘Dios mío, dame la fuerza y el coraje de mirar mi corazón sin asco’, él pide todo lo contrario. Y lo más notable es que a veces habla muchísimo, esa cortina de humo es una cortina de charla intranscendente y falsa. Pero revelarse a sí mismo no puede, su interior es tiniebla.

2°- La proyección malvada de sí mismo: el demoníaco acusa a los demás de sus propios pecados, se descarga de ellos en el prójimo, a veces por medio de las

calumnias más inverosímiles. Ese refrán español: ‘Dijo la sartén a la caldera: quítate allá, culinegra’ se cumple aquí de la siguiente manera paradójal: ‘Dijo el cuervo a la AZUCENA: quítate allá, negra!’ Sus pecados gravísimos, que él no puede ver, los ve en el vecino; y cuanto más santo sea el vecino, con más facilidad.

3° (Y que las comprende a todas) —La angustia ante el Bien: como el santo se angustia instintivamente ante la maldad, el demoníaco se angustia instintivamente ante lo santo, lo huele desde lejos con ese instinto que se llama “hierognosia”. El Evangelio narra que cuando Cristo pasaba los demoníacos gritaban: “¡Vete de aquí! ¿Por qué nos molestas? ¿Qué tenemos que ver contigo? ¡Sabemos quién eres, oh Santo del Señor!” Los psicólogos alemanes llaman “Lebensrachen” o rabia contra la vida a un fenómeno que, aunque raro, es bien conocido y no ha escapado a los grandes novelistas, como Poe, Dickens y Dostoiewski. Dickens en su libreta de apuntes cuenta que un día en Roma, en la plaza España, radiante de sol, de luz y de colores (puesto que en esa ancha teoría de escalones de 30 metros están los puestos de flores) un viejo se acercó a una florista y la mató a puñaladas. Interrogado por el juez, dijo que no la conocía ni le importaba quién era, sino que le dio rabia tanta felicidad. El psicólogo español Oliver Brachfeld explica diciendo que es el resentimiento llevado al extremo del crimen gratuito; el famoso ‘complejo de inferioridad’ llevado al paroxismo y a la locura. Eso es demoníaco; lo cual se ejerce todavía más frecuentemente en el sacrilegio gratuito, o sea, en el odio frenético, secreto e irrepreensible de algunos sujetos hacia la bondad, el orden, el amor y todo lo que sea santidad; la furia del marqués de Sade.

Esa “angustia ante el Bien”, calzada en una soberbia infinita, se manifiesta en las siguientes formas:

1°- el demoníaco no hace crímenes groseros: los hace hacer por otros, los inspira.

2°- el demoníaco vierte continuamente un veneno invisible; donde él está se producen perturbaciones, incluso sociales.

3°- el demoníaco atrae a la gente y la repele a la vez; tiene un misterioso poder de fascinación.

4°- el demoníaco hace acciones enteramente incomprensibles, cuya motivación escapa a todos; el marqués de Sade salvando de la guillotina a sus suegros.

5°- el demoníaco distingue al santo, y lo señala con su desprecio infinito y su

odio gratuito.

6°- el demoníaco odia gratuitamente: ésta es la gran señal, pero su odio es frío, contenido y calculador por lo mismo que es infinito y espiritual.

Todas estas características se hallan en Stavroghin, el personaje de Dostoiewski; y se hallan en el caso histórico del marqués de Sade; y se hallan en muchas personas que quizá tratamos todos los días y a las cuales desconocemos mientras una súbita explosión de maldad gratuita no nos las descubra. A los demoníacos antiguos los conocían poniéndole cerca una reliquia de un santo muerto; pues muchísimo más se irritan poniéndoles cerca un santo vivo.

“Esto es Religión o Superstición, no es Psicología...”

Pues los psicólogos modernos no supersticiosos lo dicen. He aquí como hace Klages la caracterología del “perverso” —siguiendo a su maestro Aristóteles: “El perverso carece de móviles de liberación; así llama al mutismo, a esa cerrazón y concentración en sí mismo, a ese continuo retraimiento y mentira continua; a ese no poder darse.

“El perverso está mutilado de toda la región media del psiquismo, o sea de la afectividad y la fantasía creadora”: de ahí su crueldad impasible y casi inconsciente. “Sine affectione, abs que foedere, sine misericordia” —dice San Pablo, describiendo la perversidad del mundo pagano; y crueles, inconsiderados e impiadosos describió Cristo a los fariseos, que cuando El estuvo en la Cruz se dieron sobre él una verdadera orgía de crueldad...

El perverso es un hombre de intelecto frío, a veces muy grande, y de instintos poderosos, conectados directamente con el intelecto sin pasar por el afecto; que es lo que llamaría Von Monakof la desintegración máxima. En una novela de Gaborian, “Los chantajistas”, el juez dice a un criminal:

—Pero usted destruía a esa mujer, le hacía el daño mayor que se puede imaginar...

—Sí, tenía que destruirla...

—Y usted pretende que la quería...

—Sí, la quiero.

Sí, la quiero para mí, como una cosa que me pertenece para destruirla en el ara de mi egolatría, de mi soberbia demente:

La maté porque era mía,

Y si ella resucitara,

Otra vez la mataría.

Jesucristo trató de demoníacos a los fariseos; los cuales lo trataron de demoníaco a él, desde luego, en virtud del principio de la proyección malvada de sí mismos. “Vosotros os llamáis hijos de Abrahán, y sois hijos del demonio; el cual es homicida desde el principio; y por eso queréis matarme...”

El pueblo llama a los malvados “hombres sin corazón” y es exactamente eso: el instinto unido brutalmente y sin amortiguadores ni “sinéidesis” al intelecto, a veces poderoso, como en Tiberio, en Ricardo III, en Sade: ésa es la característica psicológica de la perversidad. Por eso los perversos triunfan muchas veces en esta vida: Jack-the-Ripper y Bela Kiss se burlan de la policía; Ricardo III y Tiberio reinan; Sade es glorificado por la Revolución Francesa y la Asamblea Constituyente lo libera por decreto de la Bastilla y lo hace uno de sus miembros. Hasta en el manicomio de Charenton triunfa, su pobre mujer se desvive por él, es visitado por grandes damas, y moviliza a los locos y los dirige contra el Director, que pide a Bonaparte que se lo saquen de allí. No es loco el que es capaz de gobernar a locos.

La existencia del misterio de la perversidad explica una “contradicción” del Apóstol San Juan. Como ustedes saben es el Apóstol del amor, que no cesa de repetir: “amaos los unos a los otros” dice que hay que amar a los enemigos, dice que hay que amar a los pecadores y que hay que rogar por todos, y a poco hecho salta diciendo que hay algunos a quienes ni “Ave” hay que decirles, ni saludarlos siquiera; que hay que apartarse de ellos; ¡y que no hay que rogar por ellos! Hay un pecado de muerte —dice— y por éste yo no ruego —y no digo que roguéis por él...” ¿Cuál es este pecado? —“Quizás la apostasía”, dice Nácar-Colunga. —“Es el fariseísmo”, dicen otros con más acierto. Pero el mismo Juan lo dice en la misma Epístola 1: es el odio gratuito, y más cuando está escondido detrás de ese mutismo espiritual que es la hipocresía:

“El que no ama permanece en la muerte”.

“El que odia a su hermano es homicida”.

“El que dice que ama a Dios y odia a su hermano, miente...”

Resumen: he hablado de muchas cosas: de los “normales” de los instintos y su integración; de una aberración sexual, el sadismo; de los sexualmaníacos o grandes sádicos; de los perversos; de los demoníacos. Ante estos últimos se estrella el Conductismo, la Reflexología y la Psicología psiquiátrica: hay que pedir auxilio a la Caracterología y hasta a la Teología. Lo que he querido hacer es (nada más) dejar establecido el hecho de su existencia; pues la Psicología que elimina este hecho se pueriliza y se imposibilita para comprender una enorme cantidad de cosas humanas, ante las cuales hace grandes esfuerzos por cerrar los ojos.

“El hombre cuando es bueno es 10.000 veces más bueno que el mejor animal; el hombre cuando es malo es 10.000 veces más malo que el peor animal” —dice ARISTÓTELES.

LA UNIFICACIÓN

la invisible danza de los gestos

Creo que es el último curso que daré en mi vida, porque mi salud anda aflojando mucho. En fin, Dios dirá.

Por suerte la materia de esta conferencia es noble y limpia: no hay horrores como en la última. La materia es difícil y árida, por ser muy técnica: es Psicología lingüística. Pero creo que la he agarrado. Es la “Psicología del gesto”, que viene a ser Psicología del lenguaje, Psicología de la expresión y Psicología del conocimiento en su génesis; pero es también una tentativa de unificación de la Psicología, dentro de las escuelas llamadas “behavioristas” o conductistas, basadas en la observación externa, de mucho rigor científico, pero de un alcance limitado.

Si yo les dijera que la vida psíquica es “una invisible danza de gestos” ¿lo creerían? No, hasta que lo explique; y quizá alguno dijera —No, yo no hago gestos. Yo soy un gentleman inglés, como José Luis Borges y como Scalabrini Ortiz, impasible, impertérrito y aristocrático; yo no soy napolitano ni judío para andar gesticulando. Yo soy como Talleyrand, que decía Napoleón que si venía uno de atrás y le daba una patada en el trasero mientras estaba hablando con él, en la cara no se le conocería.

Yo soy de aquellos lores de una estirpe gloriosa

Que vivían sus vidas de célibes ahítos...

Que hacían en sus yates lejanas correrías...

Que encerraban sus joyas en barriles de ron...

Que por cazar leones vendían sus castillos...

Y en Bombay o en Calcuta perdían su tesoro.

Y caían a Londres... Y en los clubs elegantes,

Donde los contertulios les daban ya por muertos,

Con empaque de lobos curtidos en los puertos,

Y ahora propietarios de famosos diamantes,

Sumidos en profundos sillones relataban

Sus heroicas andanzas de cansancio y esplín,

Y un día, a media noche, bajaban al jardín,

Y ante una escalinata de mármol, se mataban...

Sí, pero para cazar leones hay que hacer gestos y grandes. Lo que hubo en esos hombres que crearon el Imperio Inglés es que se reservaban para los gestos grandes y reprimían las ‘muecas’ y los ‘ademanos’, que son los gestos chicos. Pero, señores, vivir es gesticular si se entiende gesto en el sentido especial (que voy a explicar) en que lo entiende Marcel Jousse, fundador de la ‘‘Psicología del gesto’’ en su notabilísima memoria titulada ‘‘Le style oral rythmique mnémotechnique chez les Verbo-rnoteurs’’ o hablando en vulgar: El gesto, instrumento de la expresión, padre de la lengua, y fenómeno central de unificación psicológica’.

Les dije el año pasado que ha habido muchas tentativas de unificar la ciencia psicológica (de reducir a una todas las Psicologías) y que todas han fallado: Pavlov, Kostyleff, Carlos Bühler, Freud, Klages, Max Scheler... Yo he elegido para mi programa tres tentativas de unificación, que me parecen las más interesantes: la unificación por debajo (Von Monakof), la unificación por el centro (Marcelo Jousse), la unificación por la cúpula (Max Scheler). Estoy pensando en este momento en la Psicología como en un gran edificio laberíntico que nadie lo entiende; y en tres grandes arquitectos que quieren comprenderlo, uno por los cimientos (la fisiología), otro por las paredes (la conducta), otro por el techo (el espíritu).

Las paredes de nuestra vida psíquica son los gestos, entendida esta palabra en sentido amplísimo, que comprenda desde los reflejos cerebrales hasta los ademanes mutilados y envarados del hombre civilizado, estos movimientos vagos y monótonos que estoy haciendo yo ahora con las manos. ¿Es lícito eso? Perfectamente. Un gesto es un movimiento vital (‘‘la vida es movimiento’’, vita in

motu) y todo movimiento vital puede llamarse gesto, y de hecho, así lo llamaron los latinos:

“virginibus tiriis ¡nos est gestare pharetram”;

así lo llamaron los franceses:

“chanson de geste” - “gesta Dei per francos”;

y así lo llamamos nosotros:

“San Martín en Guayaquil hizo un hermoso gesto”.

De modo que el gesto es parcial (mueca), partitotal (ademán) y total (actitud, conducta, behaviour). Reír y llorar, son gestos, ponerse de rodillas, gritar, correr tras una pelota y cargar con la lanza en puño sobre el enemigo; y también la sensación es un gesto (un curioso movimiento nervioso de ida y vuelta), la emoción es un gesto (una conmoción de las entrañas acompañada de derrames endócrinos) y analógicamente, y en cierto sentido, hasta la idea, en el momento de formarse es un gesto, sí señor. ¡No me interrumpen, filósofos escolásticos, llamándome materialista, porque los puedo aplastar con textos de Aristóteles y no tengo tiempo...! Vosotros decís: “conocer es reflejar el alma las cosas como un espejo” ¡Error! Conocer en su génesis es imitar el alma las cosas, moverse como ellas, haciéndose como ellas como un actor y no como un espejo; puesto que “el alma conociendo se hace todas las cosas” y “el hombre es el más imitador de todos los animales e IMITANDO CONOCE” y finalmente “el poeta es un mimo especializado, que conserva el poder mimético de la infancia”, y de yapa, “todas las bellas artes se basan en la imitación”. ¡Palabras del viejo Aristóteles, bajad la cabeza! — “El artista es un mimo especializado”, sí señor, desde Tomás Simari, que mima cuatro voces a la vez, hasta Paul Claudel que hizo “muchas personas con sus voces en mi corazón diferentes...”

El gesto así entendido consta de cuatro elementos:

Explosión energética (cuerpo)

Ritmo

Mímesis

Contenido (alma)

Y así entendido uno puede gritar con Marcel Jousse: ¡En el principio era el gesto! En el principio del conocimiento está el gesto mímico - en el principio de las bellas artes está la danza - en el principio del sentimiento está el gesto somático - en el principio de la lengua está el gesto rítmico proposicional - y en el principio de la literatura y la poesía está el estilo oral rítmico y mnemotécnico de los verbomotores...

¿Y para qué sirve todo eso? Para resolver el problema de la vivienda, no; pero sí para resolver innumerables problemas psicológicos, de los cuales enumero unos cuantos; 15:

1°. El problema de la esencia de la poesía: la polémica de Ernesto Palacio y Tomás de Lara contra Leopoldo Lugones en 1935. ¿La esencia de la poesía es la rima, como decía Lugones? ¿Qué demonio es la rima, que transforma la expresión humana de prosa en poesía?

2°. ¿Qué les pasa a los que tienen el baile de San Vito?

3°. ¿Qué les pasa a los epilépticos?

4°. ¿Cómo se puede explicar —psicológicamente— el cumberlandismo, el weissismo y la telepatía?

5°. ¿Qué les pasa a los afásicos —o mudos mentales que no tienen ningún defecto en la lengua? ¿Y cuál es la psicología del charlatán y del tartamudo?

6°. ¿Por qué la lengua de los sordomudos es la misma en todo el mundo —y qué relación tiene la lengua de los sordomudos con nuestra lengua?

7°. ¿Por qué la poesía ha decaído en nuestra época, y los versos no son más que “juegos estéticos refinados e inútiles” —como decía Jousse, siendo así que antes eran importantísimos socialmente; los vates eran semi-divinos y eran semi-advinos?

8°. ¿Cuál es la solución de la contienda actual entre la poesía clásica y la poesía ‘modernista’?

9°. ¿Por qué el teatro ha sido barrido por el cine?

10°. ¿Qué le pasa al Evangelio? El Evangelio, libro de Dios según los cristianos,

no vige más entre los cristianos. Los protestantes lo leen; pero se enzarzan después en interminables disputas. Los católicos, según mi experiencia, no lo leen. Hace tres años que voy a la iglesia (antes no iba a la iglesia, estaba en la iglesia, de espalda a los fieles, haciendo gestos), y en estos tres años no he oído explicar, ni recitar ni citar el Evangelio de Cristo... (he ido a misa todos los Domingos, a pesar de que se dice por ahí que no voy a misa. No voy todos los días porque no puedo).

11°. Dice la ciencia moderna (Strauss, Paulus y Harnack) que los Evangelios son libros escritos 20, 30 y hasta 50 años después de la muerte de Cristo por sus discípulos; y por tanto no es posible contengan las palabras textuales de Cristo —ni se puede fiar uno mucho de la relación de sus milagros.

Si esto es verdad, toda la religión cristiana cae por su base.

Aquí podría parar porque con este problema hay bastante¹ pero quiero mencionar también problemas estéticos, críticos y pedagógicos.

12°. ¿Cuál es la razón del gran poder que tiene el gran actor y el gran orador sobre el público? ¿Y Napoleón?

13°. ¿Qué han sido nuestros payadores?

14°. ¿A qué se debe la profunda decadencia de la educación pública, que todos dicen ya no educa sino instruye, y a veces ni siquiera instruye?

15°. ¿Por qué hacen tantos gestos los perláticos, los niños, los locos, los napolitanos, los judíos, los grandes actores, los grandes oradores y los grandes estadistas? ¿Por qué baila toda esa gente?

A las 15 preguntas susodichas hay una respuesta complexiva, que se ha de explicar después por medio de ejemplos, y retomar en forma científica al final. Puede ser ésta.

La civilización se ha ido alejando en forma paulatina de la fuente de la expresión, la cual se ha ido como algebrizando.

La fuente de la expresión es el gesto. La literatura escrita se ha alejado enormemente de la fuente de la poesía: la fuente de la poesía es el estilo oral. Y en consecuencia, siendo la expresión el medio universal del conocimiento, y sobre todo de la comunicación, al encanijarse y artificarse la expresión, ha adolecido la

comuni3n y se ha debilitado la convivencia. No hay un solo gesto en nosotros que sea ya espont3neo; no hay un poema hoy d3a que sea necesario.

Escuchad: los libros m3s grandes de la Humanidad no fueron libros: fueron recitados de estilo oral.

—Esos recitados de estilo oral —la Biblia, el Kor3n, el Talmud, los poemas hom3ricos— no son ni prosa ni verso.

—Nosotros no vivimos ya esos libros, ni acaso podemos entenderlos, si no es por medio de la ciencia o la reviviscencia.

—Los sacerdotes hoy d3a leen el Evangelio (no todos) pero no lo cantan, no lo danzan; no pueden recitarlo ya como cuando se cre3, como una danza r3tmica de gestos mim3ticos.

La educaci3n poda nuestros gestos y hace bien; deben podarse para dominarse; pero tambi3n poda de m3s y nos mutila: nuestra expresi3n es “etriqu3e, guind3e, amenuis3e”... somos seres trabados, envarados, enterecidos, engarabitados, congelados... —Totita! sentate derecha, te digo. —Nen3, no se come de esa manera — Bicha ¿qu3 es ese modo de re3r? —Pabilo, los varones no lloran.

—Saltar y gritar para agradecer la bicicleta! Dale gracias al t3o como la gente — Esos chillidos por favor, querida! —No soples en la sopa! —Esa pollera! —Cuando vas a dejar de hacer muecas con la boca y fruncir la nariz! —Mañuñi, querida, no me abrazes en la calle, ya tienes 9 ańos... La educaci3n nos pule, pero a veces nos mutila, y quiz3 nos resiente. ¡Ved ese orador que levanta cada medio minuto el brazo derecho como un mango de bomba! ¡Ved ese visitante que no sabe qu3 hacer con el sombrero, ni con las manos cuando le quitan el sombrero! ¡Qu3 diferencia con un italianito borracho narrando en un boliche c3mo salv3 la vida en Vittorio Veneto, mimando la batalla con la voz, las manos y todo el cuerpo: danzando su esperanza, su resoluci3n y su julepe!

La civilizaci3n es muy buena; pero la civilizaci3n de hoy d3a oprime a la naturaleza, la empobrece y la deforma.

Clar3n, 15 - VII - 1953

Clar3n en Londres - ‘Osificaci3n de las maneras inglesas’ (por Jacinto Miquelarena)

Londres, 11 de Julio de 1953 (De nuestro corresponsal, por vía aérea). —Se ha dicho alguna vez que una de las mayores desgracias que le puede ocurrir a cualquier italiano del Sur es perder una mano; con pérdida de la mano pierde la mitad de sus medios de expresión. Si pierde las dos es un mudo para siempre.

Posiblemente, los ingleses exageran el frenesí gesticulante y aspaventero de los pueblos con costas al Mediterráneo, en la proporción que los latinos o griegos excesivos creen que las maneras de los británicos han alcanzado la osificación. “Nosotros —piensan y aún escriben los ingleses— apenas nos permitimos levantar moderadamente un hombro o los dos, en prueba de escepticismo, pero esto es una mera insinuación anatómica comparada con las convulsiones de un torso continental en las mismas circunstancias”. En ninguno de los bandos se exagera demasiado, sin embargo. En Inglaterra sólo se habla con las manos para mentir o como profesión. (El primer caso es el del pescador con caña que siente la necesidad deportiva de magnificar el tamaño de su trucha; el segundo caso es el de los que, agitando brazos y manos en innumerables ángulos y direcciones, con la ayuda de guantes blancos para destacar su alfabeto en la distancia, se transmiten el curso de las apuestas en un hipódromo, por cuenta de los “bookmakers”.) Todos los demás ingleses, que no estén separados entre sí por más de cincuenta yardas, se hablan sin necesidad del subrayado de movimientos gimnásticos. A más de cincuenta yardas prefieren escribirse.

Mientras conserve mi oído en un estado de sensibilidad aproximadamente bueno y siga teniendo fe en mi idioma —tan agraviado por quienes le ayudan gratuitamente con el cuerpo—, prefiero el estilo británico porque es más cómodo. El grito no ensordece tanto como el aspaviento. Lo que da el grito es calor.

Últimamente, una nota del ‘Times, en la que considera los dos sistemas, tan distintos, de cambiar oratoria con un semejante, parece levantar en Inglaterra la nostalgia de otros tiempos en las islas, si se juzga por el teatro clásico; los tiempos en que se agitaban espadas, se barría el suelo con la pluma del sombrero ante una dama, se agarraba uno el corazón con la mano para expresar el dolor que abría en él la flecha de Cupido y los caballeros, golpeaban ferozmente las espaldas de otros caballeros en prueba de amistad. El “Times” no parece encontrar tan ridículo ese mundo espasmódico y supone que el inglés, como el pingüino ante el vuelo del albatros, se siente asombrado frente a lo meridional por atrofia progresiva de sus miembros auxiliares de expresión. Personalmente, aunque en cierto modo me autorice el “Times” a ser otra cosa, prefiero ser pingüino. Es una descansada vida...

Es verdad: es una descansada vida volverse pingüino, que es lo que llaman también acomodarse. Hay muchos pingüinos en la Argentina, ahora que tenemos la Antártida; y es mucho más cómodo ser pingüino que ser mono. Pero el hombre es mono por naturaleza; y cuando quiere volverse pingüino se convierte en un mono triste... “La isla de los Pingüinos...”

—Vean la cinta de la coronación de Isabel II° y verán como la educación inglesa suprime las muecas y los visajes en gracia de las posiciones y las actitudes, en búsqueda del gesto total de las grandes liturgias de la autoridad, del honor, de la lealtad, de la adoración de Dios, del respeto de los valores y las jerarquías.

Un amigo marxista que estaba al lado mío me decía: “¡Que jure Churchill! ¿Por qué no jura Churchill?” ...

Trasladémonos a un medio de “estilo oral” (Palestina, año 780 de Roma, 30 de nuestra era) y contemplemos un nabí (o recitador), un recitado y el auditorio, que es del todo diferente a esto que hay ahora en el Teatro del Pueblo. ¡Aquello sí que era Teatro del Pueblo!

Un hombre que ha pasado la noche orando en la montaña, ha cruzado el lago, y se ha parado en la orilla sobre la barca; a su lado sus “meturgemanes” y en la playa 5.000 hombres, sin contar las mujeres y niños. ¿Quién es? Es un nabí y un rabbí: doctor, recitador, improvisador, payador, trovador, profeta, poeta, historiador, legislador, religioso y periodista: todo eso iba junto entonces. Dice Kirkegor que Jesús de Nazareth no tuvo oficio, que era un mendigo. Exagera; tuvo un oficio honorable entonces y necesario. No cobraba por sus conferencias, está bien; pero otros “nabihim” cobraban, lo mismo que los sofistas griegos y el payador Higinio Cazón. Cuanto mejor nabí es un nabí, menos cobra; y los más grandes no cobran nada. Jesús recibía limosnas y la ponía en el Banco, que era Judas. Este hombre tenía por oficio ¿recitar la Ley? No. La sabía de memoria, pero no la recitaba: eso a los meturgemanes”. El inventaba, improvisaba; y lo que era tremendamente grave, reformaba la Ley. El recitador de estilo oral es un compositor nato, el meturgemán como una imprenta viviente y el auditorio es como un papel animado de una memoria portentosa; y eso, aun hoy día en el Afgán, en Argel, en Túnez, en Abisinia, en Madagascar, en el Sahara, en el Líbano, como entonces en Palestina y Siria: en todos los ambientes en que no hay ni imprenta ni escritura.

Y entonces ABRIÓ SU BOCA (dice el meturgemán Mateo y HABLÓ. “Abrió su boca” es decir, hizo el gesto o grito previo al recitado, demandando atención.

¿Qué dijo? —Por ejemplo:

Recitativo 1

SEMEJANTE ES la Malkoutáh de los cielos

A un hombre —que cavando un campo— encontró un tesoro,

Y lleno de gozo, fue,

Vendió todo lo que tenía,

Y compró aquel campo...

Recitativo 2

SEMEJANTE ES la Malkoutáh de los cielos

A un mercante —que mercando joyas— encontró una perla,

Y fue,

Vendió todo lo que tenía,

Y compró aquella perla preciosa

(Jesús de Nazareth, repetido por San Mateo, XIII, 44-46.)

Recitativo 3

No arrojéis vuestras PERLAS a los chanchos,

No mostréis vuestros TESOROS a los perros,

Que no entienden,

No sea que los pisoteen,

Y a vosotros os atropellen,

Porque no entienden...

(Jesús de Nazareth, repetido por San Mateo, VI, 6)

Recitado 4

Cuando queráis orar, decid —Oh Padre, el de los cielos,

Tu nombre sea loado, que tu Malkoutáh venga,

Que tu voluntad se haga en la tierra como en los cielos.

(Jesús de Nazareth, repetido por San Mateo, VI, 9-10)

Recitado 5

Dáanos hoy a todos el pan por venir,

Remite nuestras deudas como remitimos lo que nos deben,

no nos dejes venir en prueba y libranos del Malo.

(Jesús de Nazareth, repetido por San Mateo, VI, 11-13)

Recitado 6

Porque si remitís las deudas del prójimo,

El Padre os remitirá vuestras deudas,

Y si no remitís vosotros las deudas del prójimo,
El Padre, el de los cielos, no os remitirá vuestras deudas.
(Jesús de Nazareth, recitado por San Mateo VI, 14-15)

Mateo VIII

Un recitado de tres recitativos

A

Y descendió Jesús de la montaña,
E iban tras él turbas ingentes,
Y he aquí un hombre sobreviene,
Y estaba lleno de lepra.

B

Y vio a Jesús,
Y cayó rostro en tierra,
Y gritó hacia Jesús,
Y él le dijo:
Rabbí, si tú quieres,

Puedes hacerme puro.

C

Y se conmovió Jesús,

Y extendió la mano,

Y lo tocó a aquél,

Y le dijo:

Si yo toco siquiera su ropaje,

Yo seré curada.

D

Y de golpe cesó el flujo de sangre,

Y fue curada de ese mal.

En esos medios incultos (más cultos que nosotros) donde no hay libros, todo ha de guardarse de memoria —todo lo necesario para la vida de la nación... para la salvación del alma: ellos están dotados de una memoria extraordinariamente preparada. ¿Cómo puede ser que Jesucristo haya hablado a 5.000 hombres? —dijo Harnack— Mateo, hijo de Alfeo está mintiendo... Es muy sencillo: vaya a un oasis del Sahara y escuche como Luis Massignon a un cha'ir recitar al poeta Al Hallaj, que murió hace nueve siglos, y verá cómo los beduinos retienen de memoria el poema. Jesucristo improvisa su recitado de hoy, el producto de su oración de anoche: sus discípulos lo encajan literalmente por las orejas en el corazón, y desparramándose después entre la turba:

—literalmente con ese balanceo binario o ternario,

—poniendo atención a la palabra-broche o sea la rima,

—uniendo un recitado con otro por medio de la repetición,

—equilibrando los esquemas rítmicos menores y mayores.

En suma, guardando las sutiles y naturales leyes del estilo oral, basadas en el ritmo respiratorio y en la mnemotecnia, esos verbo-motores que no comprendemos los verbo-lectores:

repiten al pie de la letra (de la voz) los meturgemanes el recitado inventado por el nabí.

Y la gente exclama: “Nunca hombre ha hablado como este hombre” (no en el sentido en que lo decimos nosotros) y salían todos sabiéndose el recitado en parte o del todo. ¿No lo creen? Escuchemos al etnógrafo árabe P. Cheitko:

Recitación del sermón de Qouss: (Obispo cristiano del Najrán, Arabia, anterior a Mahoma y al cual conoció Mahoma):

Oh hombres, entended y comprended:

Lo que vive muere, lo que muere pasó,

Lo que debe de ser, será.

Noche tenebrosa, cielo constelado,

Olas levantadas, estrellas cintillantes,

Esplendor y oscuridad, equidad e iniquidad, Alimentos y bebidas, vestido y montura.

¿Qué veo? Los hombres se van y no vuelven más.

¿Su lecho les gusta tanto que no se levantan más?

¿O, abandonados, no tienen quien los despierte? (Sigue un centenar de esquemas rítmicos binarios y ternarios) En aquellos que han corrido los primeros

En los siglos, tenemos espectáculos —

Empujados al abrevadero de la muerte,

No fueron ya traídos arretro.

Yo vi mi pueblo deslizarse hacia ellos,

Los grandes, los pequeños, todos.

Y yo dije: yo a mi vez,

Donde va mi pueblo, yo iré.

Un gran sabio alemán, von Harnack, se levanta y dice: Esto es mentira: una niña hebrea de 15 años embarazada, una madre soltera o quizá (si eso es posible) casada pero virgen, va a visitar a una vieja también embarazada, hay un breve diálogo entre ellas, y la niña grita de golpe:

“Magnificat anima mea Domínium...”

No es posible: este himno es una pura maravilla: hay en él 14 citaciones de la Escritura, del cántico de Ana y del cántico de Habacuc —hay una composición maravillosa, digna de un gran poeta, de acuerdo a una métrica que no conocemos bien todavía, pero que es sutil y maravillosa. Esta niña no ha estudiado en ninguna Universidad alemana y no sabemos siquiera si sabe leer. ¡Esto lo ha inventado Lucas, el meturgemán de Pablo de Tarso! Y si ha inventado eso, pudo haber inventado todo el Evangelio.

¡Necio! Cualquiera mujer malgache improvisa hoy día hermosos himnos guerreros, religiosos o amorosos, combinando los cuchés o frases que atesora su riquísima memoria. En esas lenguas la unidad lingüística no es la palabra sino la frase: hablan con 300 o 400 cuchés perfectos, como Sancho cuando habla con refranes o como los campesinos de Castilla la Vieja que yo he oído hablar con frases hechas exquisitas y certeras; cambiando algunas palabras según su inspiración “sacando de su tesoro lo nuevo y lo viejo “; y han estado aprendiendo esos clichés desde chicos, como los niños atenienses los poemas homéricos y los niños ingleses los dramas de Shakespeare; y en el momento de la inspiración, no tienen que hacerlo todo, como nosotros en nuestros versitos de máquinas de escribir, sino solamente combinar lo viejo en forma nueva.

“Semejante es el reino de los cielos a un escriba docto...”

Oh, Harnack, si el himno de la Niña Myriam (traducido Virgen María) es genial, es que puede ser que esa niña haya sido genial; y sobre todo es una niña de estilo

oral; no es una civilizada, es una primitiva como dices tú; no es una universitaria alemana con anteojos, es un producto puro y fresco de una cultura más fresca y de una natura menos mutilada que la nuestra.

Perdonen que los atosigue con cosas cristianas; podía hacer lo mismo con textos musulmanes, con textos judíos, con textos malgaches, que trae el P. Jousse. El P. Jousse fue un hombre de un medio oral, un pastorcito de cabras en un valle perdido de la cordillera del Jura; que los jesuitas trasladaron de golpe a un medio de estilo escrito superrefinado y mistificado, un noviciado jesuítico y después la Universidad de París. Se encontró diferente de los demás, chocó con su medio: no se daba, no concordaba, no pensaba como los otros y era porque no hablaba como los otros; y sin embargo hablaba francés; pero hablaba el francés de la “Chanson de Roland”. Andaba triste y mortificado, sin entendimiento ni amistad con sus compañeros, como el corso Bonaparte en la escuela militar de Saint-Cyr, era un hombre gestual en un medio palabrero. Hasta que de repente, estudiando Teología, hubo como una explosión de luz en su cabeza: descubrió el estilo oral.

Tuve el privilegio de escuchar las clases y conversar con el P. Jousse dos años. En la Guerra del 14 fue teniente de artilleros y tropezando con las tropas malgaches, aprendió el malgache y coleccionó recitados malgaches. Invitado a dar conferencias en E.E.U.U., vivió con una tribu de pieles rojas, aprendió el sioux y coleccionó recitados en sioux. Vuelto a Francia, oyó a Dumas y a Paul Janet en la Sorbona y juntó cuanto libro de fisiólogo, psicólogo, etnólogo, explorador, esteta y crítico literario pudo hallar ¡en París! y elaboró para su doctorado una memoria curiosísima, un libro único en el mundo, que se llama: *Le style oral rythmique et mnémotechnique chez les Verbo-Moteurs*”, un libro tan denso que de él se podrían sacar lo volúmenes de glosas. Inventó la “Psicología del gesto”. Murió sin acabar su obra. Tiene pocos discípulos. En la Argentina no se ha hablado nunca de él hasta hoy. Marañón en su libro “Gesto de la libertad” (Bs. As.) parece haber oído de segunda mano...

El estilo manual. —El lenguaje viene del gesto. Cada una de nuestras palabras, créase o no, es un resumen infinitamente elaborado de un gesto natural: ellas son ahora muy artificiales —y no solamente las del francés sino también las del español.

Teóricamente al menos, la primera etapa del lenguaje ha sido el “estilo manual, aunque de hecho quizá nunca ha existido el estadio manual puro, anoser en los sordomudos, sino siempre acompañado de sonido; sin embargo existen actualmente tribus salvajes en que la lengua es predominantemente manual, y los

pocos gestos orales o palabras no tienen sentido sin el gesto manual; en forma que hay tribus de pieles rojas que no pueden hablar de noche sin encender una hoguera. Pero ¿a qué ir tan lejos? A un napolitano, si lo atan de pies y manos, no puede hablar. El estilo manual corresponde a la escritura jeroglífica.

Pero el estilo manual persiste en la danza, madre de todas las bellas artes: la expresión directa de las emociones es el gesto y no la palabra; y la danza es belleza creada con la expresión directa de las emociones; medio de excitarlas a la vez y de gobernarlas; de expresarlas y de purificarlas. Danzas guerreras, danzas religiosas, danzas eróticas, los tres sentimientos más poderosos del hombre, tienen en los pueblos “primitivos” su expresión natural y su educación efficacísima en las danzas. Entre nosotros los desfiles militares son una danza guerrera mecanizada, la misa solemne es una danza religiosa congelada; —y los bailes son una expresión miserable del erotismo moderno; hablo de los esquemáticos bailes de salón, no de las antiguas danzas criollas (“malambos, zambas y gatos —bailes de bailar con botas” —dice Martín Fierro) que son una cosa excelentísima y muy educativa. En el Colegio Nacional nos hacían leer el “Contrato Social” de Rousseau; más nos valiera nos hubieran enseñado el malambo. Yo no sé el malambo; —la verdad es que tampoco leí el “Contrato Social”.

El estilo escrito —Según los egipcios, el dios Anubis, cabeza de Gavilán, inventó la escritura. Cuenta Platón en el Theéteto, que cuando la invención llegó al Faraón Amenofis, el rey dijo: “Oh dios, tu invención es muy grande pero temo que los hombres van a perder la memoria”. Efectivamente, hoy día los hombres y los pueblos tienen una memoria de papel; es decir, prácticamente no tienen memoria sino prestada.

Los argentinos son un pueblo triste porque son un pueblo mudo; no sabe hablar. ¿Cómo que no sabe hablar? No sabe hablar; sabrá balbucir, sabrá charlar, sabrá parlotear: no sabe hablar. Yo escuchaba en Livorno las conversaciones de las viejas campesinas toscanas, escondido detrás de una pared, para sorprender el gesto proposicional toscano, que es el verso endecasílabo —así como del español es el octosílabo, y del francés es el heptasílabo; y les aseguro a ustedes que aquellas conversaciones eran un poema, eran una ópera, eran un centelleo de ideas y de imágenes como nunca he escuchado en la Argentina; —ano ser al poeta salteño Juan Carlos Dávalos cuando estaba alegre.

No seamos pesimistas; somos inteligentes aunque ignorantes y tenemos un gran porvenir; esforcémonos en tener memoria. Les voy a dar una receta: algunos amigos dicen que yo tengo una memoria fenomenal; lo que pasa en realidad es que

yo sé aprender, sé la Psicología del gesto. En vez de escribir un sermón en estilo escrito y tratar de aprenderlo línea por línea y tardan 7 días en aprenderlo y al final abandonan la predicación por cansancio, yo les voy a decir lo que hay que hacer: hay que hablar el sermón primeramente y después ponerlo por escrito; y después no aprenderlo como la gallina que toma un sorbo y levanta la cabeza, sino repetirlo todo entero de memoria con grandes gestos salga como salga y después leerlo; y repetirlo de nuevo, ya más ajustado —y así sucesivamente. En medio día se puede aprender fielmente un sermón. Eso sí, el sermón tiene que estar escrito en estilo oral; es decir, tiene que ser danzado; es decir, vivido y no solamente pensado. ¿Cómo retiene en un momento Anita Lassalle los papeles de sus representaciones? Simplemente porque comienza a representar en el momento que comienza a leer.

Permítanme ahora que vuelva al comienzo, resuelva brevemente el primero de los problemas propuestos y repita ampliándolo el análisis del “gesto”.

Frases de Lugones certeras:

“Verso difiere de prosa por el predominio del elemento musical”.

“Objeto comunicando de la prosa es la noción; del verso es la emoción.” Son los mismos vocablos y no significan lo mismo.

“Nuestro idioma es principalmente una creación de la poesía”.

“Negar o desdeñar el verso es infructuoso”.

“Quien no lo entiende, no es completamente culto. Desconoce o menosprecia la mitad del lenguaje, y la mitad más preciosa, por su mayor y más profunda vitalidad...” Frases de Lugones falsas: “De los elementos musicales del verso, cantidad silábica, acento y rima, la tercera, consonante o asonante, es esencial; pues sin ella el verso deja de existir o se vuelve prosa”. (El Grillo, pág. 21, Babel, 1925).

“La rima es lo que determina (al poeta) su verso”.

“Es lo que primero se le presenta al componer, sugiriéndole el sentido de su frase”.

“Un poeta sin rima es un mendigo lastimoso”. Etcétera. Borges, hoy día continúa el macaneo de Lugones: crítico agudo pero excéntrico, de mucho ingenio

pero deficiente preparación: “El Martín Fierro no es epopeya sino novela”.

“El Martín Fierro es un producto literario, no es un producto natural de la tradición argentina”.

“El Martín Fierro está escrito en sextina y no en décimas”.

“El Martín Fierro no es un épico porque no es epopeya”.

“El Martín Fierro es pasible de muchas interpretaciones, por eso es novela”.

“La epopeya es la preforma de la novela”.

“Hernández fue espiritista”. Respuesta a su pregunta: La esencia del lenguaje poético no consiste en la rima sola, ni en el metro solo, ni en el acento solo...

Esos son elementos del verso moderno escrito.

La esencia de la lengua poética consiste en aproximarse a las fuentes naturales del instinto de expresión. La explosión energética —Si investigamos cómo un cuerpo viviente se arregla para producir movimientos hallaremos que el método es siempre el mismo: utilizar ciertas substancias digamos explosivas: azúcar, grasas, hidratos, que semejantes a la pólvora de cañón, aguardan solamente una chispa para detonar. —Son los alimentos, principalmente las substancias ternarias exotérmicas. Un montón de energía potencial está allí encerrada, fabricada por la vida, presta a liberarse y convertirse en movimiento -energía que en definitiva viene del calor solar. Ha sido robada al sol por las plantas. Un animal que se alimenta de una planta —o de otro animal que se ha alimentado de una planta —o de otro animal y éste es el hombre: “es el que sabe llorar

y es el que los come a todos”, traslada a su cuerpo un explosivo que la vida ha fabricado y que sirve para fabricar vida, incluso vida espiritual —sirve para llorar. Y ese horno continuo en que quemamos azúcar para producir movimiento y vida. No es continuo —porque está sujeto a la ley del ritmo y es espiritual por la ley de la mimesis. Procede por explosiones rapidísimas e invisibles.

¿Creen ustedes que es fantasía o exageración? Un grito nos hace temblar de pies a cabeza.

¿Creen ustedes que un silbido nos hace temblar igual? El temblor es tan tenue que no lo percibimos; pero existe. Y existe ¡oh asombro! en la visión; puesto que

cualquier sensación nuestra es total y es dinámica. Y hasta nuestras ideas verdaderas son motrices.

El doctor Nuel ha probado experimentalmente que la visión, esa cosa que parece un espejo, no es una fotografía sino un movimiento, un proceso complejo de sutilísimos reflejos cerebrales y musculares. Una foto viviente, es decir una mimesis, como esas máquinas admirables y perfectas en que se echa 20 ctvs. y sale un chocolatín.

¿Qué será de nuestra civilización desmemoriada, desvitalizada, mecanizada, burocratizada, envarada, enterecida, engarabitada y congelada? El porvenir guarda sus secretos; pero el cine, la radio, la televisión, y sobre todo el 'libro hablado', que ya está inventado pero no industrializado (yo he visto en Francia 'Las Provinciales de Pascal en una película así de grande) pueden producir una vuelta saludable a las fuentes de la expresión (y pueden no producirla) y que resuciten las grandes liturgias vivas del amor, las grandes liturgias vivas de la adoración a Dios, las grandes liturgias vivas de la sociabilidad.

Yo no lo veré —o lo veré.

Quizás sea necesario que vuelva el Recitador del lago de Genezareth.

LA PSICANÁLISIS

una psicanálisis aceptable

La Psicanálisis es un gran movimiento psicológico de nuestros días, que cuenta con hombres de ciencia y de buena voluntad, y que ha hecho grandes descubrimientos, por lo menos parciales. Por lo tanto, si hay en él grandes verdades, si da resultados en muchos casos y si responde a una necesidad presente, tiene que poder ser integrado en una Antropología sana y asentado sobre la verdad filosófica. Y no digo sobre una antropología verdadera y completa”, porque la ciencia del hombre es tan inmensa que estará siempre en progreso (o en retroceso), es decir en movimiento. Pensar que Freud o Santo Tomás de Aquino han creado un sistema antropológico completo, inmutable y rígido para todas las edades es superstición: es no tener idea de lo que es la ciencia y lo que son los límites del entendimiento humano.

Mandrioni me pregunta por carta y de palabra cuál es mi juicio sobre Freud y si mantengo mi posición de 1939... —la muerte de Freud y el artículo en “La Nación” - y después no viene a mis conferencias. Es la tendencia del argentino a que le den las “recetas”. Mi posición en 1939 era la de Dalbiez-Maritain: distinguir tres planos en Freud: el método terapéutico, la Filosofía y el plano medio de la Psicología. “En el método, Freud aparece como un investigador genial; en la Filosofía, aparece casi como un demente, o como dice Wittels, “camina desnudo”. En el plano psicológico Freud aparece como un psicólogo intuitivo de penetración asombrosa, pero viciada por lagunas insalvables y prejuicios fortísimos...”

Pero actualmente existe en el mundo intelectual, sobre todo en Francia y en Alemania, un rechazo total de Freud, incluso del método, al cual se considera no sin razón, inseparable de su filosofía. En las vitrinas hay un libro llamado “Allers o el Antifreud” que representa este movimiento de repulsa total; y podría citarles muchísimos otros, como el de René Biot “¿Los psicanalistas deben ser fusilados?” y “La interpretación de los sueños” de Oliver Brachfeld, donde apostrofa a Freud llamándolo “hiena hedionda”. El movimiento está encabezado en Francia, si no me engaño, por el Dr. René Biot, jefe del llamado “grupo de Lyon”, que es un verdadero sabio. Los moralistas y los teólogos son los más irritados: los primeros tienen al freudismo por un virus de corrupción de las costumbres peligrosísimo — Max Scheler fue el primero que lo dijo— y los segundos consideran al freudismo

como una de las partes virtuales de la gran herejía contemporánea. Como les expliqué el año pasado hablando de Bergson, existe en estado de preñez una gran herejía informada todavía teológicamente (aunque no del todo) que si toma cuerpo orgánico y visible será la última y la más temible de todas. No me toca a mí aquí hablar de ella. Belloc la llamó el “aloguismo”, en su gran libro “Las Grandes Herejías”.

Por tanto, si Freud existiera solo, yo no tendría inconveniente en aplicarle la terrible frase de la Escritura “más le valiera no haber nacido”; pero Freud es el principio del movimiento psicanalítico, que ha hecho ya mucho camino en 60 años y ha dejado caer muchísimo lastre espúreo; aunque también se ha lanzado muchísimas veces a campo traviesa y se ha internado en las marismas. Muchos psicanalistas menores como Rank, Fromm o Suifivan parecen creer que ellos deben inventarlo o descubrirlo todo, como si un hombre pudiese crear el mundo; y basados en sus experiencias psiquiátricas, muy valiosas a veces, después de rechazar la mitología freudiana o la mitología adleriana, inventan una nueva mitología o sexual o asexual o semisexual que es tan parcial, exclusiva, limitada, y discutible como las anteriores, con una nueva terminología confusa y un nuevo método terapéutico. Sin embargo, a través de toda esta confusión no se puede negar que se han hecho progresos y descubrimientos grandes; como por ejemplo, la noción de “discernimiento” de Sullivan, que tiene una importancia capital. A saber: la curación del neurótico ¿cuándo se produce? ¿Cuándo se encuentra el recuerdo del trauma infantil? (primera posición freudiana) No. ¿Cuándo se produce la reviviscencia emotiva de aquel suceso doloroso? —(segunda posición freudiana). Tampoco. ¿Cuándo el enfermo se purga de sus emociones morbosas por medio de los gestos adecuados en virtud de la “transferencia”? Tampoco. La curación se produce cuando acaece el discernimiento, no teórico solamente sino activo; o sea en virtud de un proceso intelectual-sentimental que Hutchinson equipara al proceso de la creación artística. ¿Eso es un descubrimiento? Sí, es el descubrimiento de una verdad vieja. “En Psicología y en Moral todo lo que no es tan viejo como el mundo, es falso”. En Psicología descubrir significa redescubrir. Que el conocimiento es “cathártico” se sabía desde Aristóteles; mas aplicar esa “cátharsis” a la cura de trastornos psíquicos, eso es redescubrir.

El neurótico está sano cuando puede de nuevo pensar libremente, por raro y paradójal que esto parezca. O sea, diciéndolo en términos de la conferencia anterior, la integración se produce en el espíritu bajo el influjo de la luz intelectual. ¿Del entendimiento conceptual solamente? No señor, sino de todo lo que en el hombre es luz y discriminación, inclusive la “Sinéidesis” o conciencia biológica.

Pero lo difícil es conseguir eso: lo difícil es curar, lo cual en la práctica psiquiátrica significa dirigir, luchar, aguantar y hasta exorcizar. La antigua función religiosa de la “dirección espiritual”, abolida prácticamente en el mundo de hoy, ha reaparecido en forma de bandadas de “psicólogos”, “psicanalistas”, curanderos, magos y “goetas” que responden a una necesidad eterna; y están dificultados, cuando son buenos, por falta de luz y la falta de caridad, que son una de las condiciones de nuestra época.

La Psicología no existe sin la experiencia, sin una gran experiencia. Los libros con la experiencia valen mucho, los libros sin la experiencia no valen nada. Yo he hecho cuatro psicanálisis en mi vida, dos de ellos, quizá tres, seguidos de curación, de los cuales voy a leer y consultar uno; he perdido los papeles del principal, del que tenía mayor material de estudio. No me atrevo a decir que yo curé; me atrevo a decir que yo escuché, tuve paciencia y dirigí. Tres de los casos eran neurosis leves, que casi se hubieran curado solas:

“nubat puella et cessabit hysteria”, decían los antiguos. Y a veces, se aumentará, si se casa mal.

En rigor, no hay neurosis leves, pues toda neurosis que no se cura es grave. “Toda enfermedad de la cabeza es grave”, decía Hipócrates.

Este caso es desabrido para exponer en público porque se trata de una inversión sexual acompañada de neurosis de ansiedad; pero tiene la ventaja de que el protagonista murió ya, es desconocido, no tiene parientes aquí, la etiología de su enfermedad se hizo enteramente clara y fue seguida de curación.

La curación se produce por un proceso de “discernimiento, no ciertamente conceptual sino digamos sentimental, acerca del pasado, sí, pero sobre todo acerca del presente (aficiones y relaciones) y del porvenir (propósitos e ideales) —discernimiento que se concreta en estas palabras vulgares: ‘no quiero pecar, quiero salvar mi alma, quiero cambiar de vida’. La curación es facilitada por un arraigado sentimiento religioso, una religiosidad muy sólida a la española, una gran sumisión al médico y una gran capacidad de renunciamiento y resignación. Un psiquiatra diría este caso es un juego de niños: sin embargo lo escuché más de un año. En suma, se produjo una “sublimación”. ¿Sublimación de la Libido o del Imperium?

No es la Libido sola la que preside la integración o desintegración del psiquismo humano; no es el Imperium tampoco solamente. ¿Son los dos a la vez? “La lujuria es la soberbia del cuerpo; la soberbia es la lujuria del alma”. De Sanctis propone

esta solución. Pero no sirve: la unificación psíquica no puede ser producida por dos cosas divergentes, la división sí, en todo caso. “Cuando algo se vuelve uno, ello es en virtud de una cosa una...” ¡Lo que da la unidad tiene que tener unidad! Los primeros psicanalistas no se engañaron al buscar el factor unificante de la vida psíquica a fin de curar esas patentes desintegraciones que son las neurosis, y al suponer que ese factor debía ser único y no múltiple.... En lo que erraron fue en buscarlo del lado de la tendencia y en la región más inferior de la tendencia, la “instintiva”; sin embargo tenían también razón al notar que el desorden estaba allí, en lo instintivo, en lo subterráneo, en lo inconsciente. Mas en lo inconsciente hay muchos impulsos, hay cinco grandes impulsos fundamentales. Estos impulsos se resumen en el ansia de vivir y vivir plenamente: el placer mismo, cualquier placer que sea, es el epifenómeno de una actividad plena.

“La ascética cristiana enseña que hay que ir contra los instintos...”

Un momento: eso es otra cosa, de la cual no se trata aquí. Aquí se trata de componer los instintos descompuestos: una cosa es componerlos y otra es reprimirlos.

¿La religión debe entrar en la Psicanálisis? Clara Thompson, López Ibor, Freud se levantan contra el pobre Jung acusándolo de transformar la Psicanálisis en ‘mística’.

Un momento: la religiosidad sí, la religión, no. Si hay un instinto religioso (perinstinto) como prueba Von Monakof, la religiosidad ya está dentro; y si puede ser un factor positivo en la curación ¿por qué voy a rechazarla?

Pero querer meter la religión de afuera con el fin de curar una neurosis es falsear la religión. En ese caso, la religión no tiene acción y estorba —se vuelve neurosis.

Jung está bien; el que no está bien es Pfister.

A Jung le gritan: “¡Usted quiere meter la religión dentro de la medicina!”

Él dice: “Ya está adentro. Muchos pacientes son religiosos”.

—Y si hay alguno no religioso ¿qué hace usted?

—“No hay ningún hombre que no sea religioso en algún modo...”

Y después determina lo que quiere decir, y va a converger con Von Monakof.

“Yo vine para que tengan vida y que la tengan plenamente...”. La plenivivencia en su grado mínimo se reduce a la necesidad de satisfacción y a la necesidad de seguridad.

Todas las necesidades del hombre se reducen psicológicamente a la necesidad de satisfacción y a la necesidad de seguridad, que simplificadas brutalmente dieron la Libido y el Imperium.

El hombre necesita satisfacer el hambre, también el hambre sexual, también el hambre de cariño, aprecio y aprobación, y también el deseo de mandar o por lo menos de valer, de ser útil (que se convierte acaso en deseo de obedecer), y también el deseo de trascender sus limitaciones corporales y temporales (realizarse en función de trascendencia), o sea el deseo misterioso de superar la muerte o dominar el miedo a la muerte; razón por la cual, como veremos, se suicidó Kiriof. Todos estos deseos tiñen todas las cosas de un valor y las convierten en “valores”; y todo hombre se fabrica o por lo menos recibe y acepta una “escala de valores”: con esa “escala de valores” debe contar el médico de las almas. Esto en lo que respecta a la necesidad de satisfacción.

La necesidad de seguridad está unida con ella y surge de ella: es su aspecto negativo, su otra cara. El hombre es el animal que sabe que ha de morir y que puede morir en cualquier momento, que puede prever y previvir con su fantasía todos los peligros y amenazas que existen, y aún los que no existen; y que siente la inseguridad desde que nace por ser el animal más desvalido y desarmado que existe; de modo que si es una barbaridad decir con Freud que “el primer acto del niño (que es el llanto) es un acto sexual”, no lo es tanto decir con Adler que el primer acto del niño es un grito por la seguridad. Pero hoy no se necesita discurrir mucho acerca de la seguridad y de las torturas de la inseguridad en ésta época. Todos las conocemos; y los Gobiernos multiplican los “seguros sociales” para asegurarnos; pero la gente no se tranquiliza porque dicen: “Y del Gobierno quién nos asegura?”, y muchos ponen su seguridad en el dinero, y para ganarlo no reparan en medios, y aparecen el agio y la especulación, los inspectores y la cárcel y aumenta la inseguridad general; y se desparrama en todas direcciones, de lo económico a lo político, de lo político a lo religioso, de la vida pública a la familia, de la familia a todas partes. En el fondo del problema proletario está la inseguridad. Yo no digo que ella explique toda la Psicología del proletario, sería pueril, pero es el torcedor más espantoso que hay en el fondo de la pobreza; que no es pobreza ya, porque pobreza con inseguridad es miseria; no es la pobreza que Cristo predicó

bienaventurada. La pobreza es el Purgatorio; la miseria es el Infierno. Y el elemento fundamental de la miseria es la inseguridad; y el neurótico es un hombre fundamentalmente INSEGURO —“está a la miseria”.

Esto lo han visto finalmente los psicoanalistas. Freud ponía el origen de las neurosis en un trauma infantil; su mirada se dirigía al pasado y toda su especulación era biológica. Adler se fue al otro extremo, al futuro: la causa de la neurosis era un falso ideal de vida, toda especulación es en lo cultural, lo educativo, lo pedagógico: “todos los problemas de la vida son sociales: hasta nuestra consciencia es un producto de la sociedad...”, tesis que había de llevar hasta el paroxismo el dramaturgo Pirandello. Jung notó sabiamente que el ambiente familiar tiene una gran importancia, quizá más que el famoso “trauma”: porque es el punto de convergencia, en él se realiza como la síntesis de lo social con lo biológico...

¿Por qué en algunos niños la herida psicológica no se cierra y en otros, en la inmensa mayoría, sí? Es una evasiva y un círculo vicioso decir con Freud que en aquellos niños existe ya predisposición o sea “constitución neurótica”, puesto que eso es poner la neurosis antes de la neurosis y entonces la causa real es la constitución neurótica y no el trauma, que sería solamente la ocasión. No.

Los futuros neuróticos se traumatizan psicológicamente a causa del ambiente familiar. El mal ambiente familiar causa la herida, y la agranda y la impide cicatrizar o enquistarse, haciéndola sangrar continua e invisiblemente como en un diabético o en un hemofílico. Y si ese suceso lejano ejerce realmente causalidad es porque se mantiene virtualmente y se reproduce en otro suceso análogo que resucita la situación antigua. Hemos aquí trasladados al presente. Son las dificultades actuales y los síntomas actuales los que deben ser tratados —sin perderse en interminables investigaciones del pasado, “en busca del tiempo perdido”. Freud mismo confesó que no había que apurar hasta el fondo la interpretación de un sueño.

Pero el presente es una función del porvenir, en el sentido de que nuestros propósitos, esperanzas, aspiraciones e ideales configuran formalmente nuestras acciones presentes. El motor que mueve el alma no está detrás sino delante, el presente es la realización puntillista del futuro; y nuestros actos no son retroactivos, son avanteactivos; hasta cuando borramos un pecado por el arrepentimiento no suprimimos el pasado sino incorporándolo al futuro lo corregimos; por eso no hay arrepentimiento sin propósito. Aquí tiene razón Adler, y tiene razón Von Monakof cuando acusa a Freud de “asocianista”: porque Freud concibe la curación de la neurosis como la descarga (por medio de la expresión)

de una cantidad de energía sexual aprisionada y diríamos podrida, el drenaje de una cloaca atascada: imagen material y burda que no representa la realidad dinámica y paradójica del alma. De modo que los psicoanalistas actuales han ido alejándose de Freud en una serie de posiciones en la que la experiencia clínica fue reuniéndose poco a poco con el sentido común. Por ejemplo:

1- La Libido no es la única causa de neurosis: ver neurosis de guerra

2- El ansia de dominio no es la única causa de neurosis: hay neurosis de simple inseguridad.

3- El trauma infantil no es forzoso: hay neurosis ‘de situación’.

4- El pasado no interesa supremamente, sino en cuanto puede iluminar el presente.

5- El presente es ininteligible sin considerar su proyección ideal en el porvenir.

6- La intervención y la iniciativa del médico deben ser mayores, el médico no debe haberse pasivamente, como un espejo, sino activamente como un padre, una madre o un camarada.

7- Y el tratamiento debe abreviarse...

En suma, la Psicanálisis se convierte de una especie de magia en una especie de reeducación. Se trata de una reeducación, de una readaptación. He aquí el acceso al sentido común.

¿El psicoanalista debe ser autoritario o debe ser cariñoso? ¿Debe hacer lo que el enfermo sugiera, o imponerle su voluntad? ¿Debe confiarse con él hasta intersicanalizarse ambos o debe mantener reserva? ¿Debe encarnar al padre o a la madre? ¿O a Dios? ¿Debe hacerlo irritar adrede o debe evitar que se irrite? ¿Debe decirle todo o callar una parte? ¿Debe adelantarse al enfermo, o seguirlo, o andar a la par? Son todas preguntas sin sentido, si se pretende hacer una tabulación rígida y mecánica que sirva para todos los casos; que es lo que hacen por ejemplo Reich y también Hesnard en Francia. Hay que hacer lo que convenga en cada caso particular para llegar a una cosa muy sencilla de decir, que es la comprensión mutua, que debe comenzar por el médico y terminar en el paciente en el resultado del “discernimiento”: “Conócete a ti mismo”. ¿Nada más? Nada más. ¡Conócete a ti mismo y resígnate a ti mismo!

“O mon Dieu, donnez moi la force et le courage de contempler mon coeur et mon corps sans dégoût”

Todo este conjunto de tendencias primarias debe llamarse la aspiración a la plenivivencia, porque como dice Aristóteles: “en el viviente, el ser es vivir”.

Y la mejor cura de una neurosis (sino la única) consiste en la sublimación del instinto que está descentrado; puesto que según la ley de Hughlings-Jackson “toda función superior por su mero ejercicio controla y regula la función inferior”. Para muchísimos hombres el ejercicio de la actividad intelectual es preservativo o remedio antineurótico. “El artista nato si no crea se enferma”.

Lo que hace la unidad psíquica en el hombre, el equilibrio psíquico, la NORMALIDAD es la plenivivencia, con todas las restricciones, privaciones y podas que la naturaleza exige (puesto que en nosotros un impulso contraría a otro impulso, la “seguridad” por ejemplo sacrifica a la “satisfacción”, y sobre todo con todas las restricciones, privaciones y podas que la sociedad, a veces brutalmente, nos impone: “todos los problemas del hombre son sociales”. Y esta plenivivencia no es una cosa meramente tendencial sino que al revés tiene su raíz y su forma en la parte cognoscitiva, intelectual, contemplativa. “A mí déjenme contemplar a Dios y me basta con el minimum absoluto de satisfacción diferente”, dice el ermitaño, del cual hemos contemplado un ejemplo; y ese género de vida casi inhumano, al cual se han arrojado muchos hombres, ha hecho sus pruebas: es la prueba límite. El hombre puede vivir con casi nada si puede (y lo dejan) CONTEMPLAR.

Todo esto es muy bonito; pero no enseña cómo hay que curar una neurosis. La Psicanálisis es una terapéutica y por lo tanto usted debería enseñarnos una terapia. No se puede enseñar en una conferencia: hay manuales, que tampoco sirven. Lo que voy a hacer son tres observaciones;

- 1- sobre el enfermo,
- 2- sobre el médico,
- 3- sobre el ambiente.

“El enfermo de los nervios es el enfermo más desamparado que existe” —me decía mi finado hermano Luis. Para los tísicos hay grandes sanatorios gratuitos, y a los sifilíticos se les consagra mucha atención; el neurótico está desamparado a veces de su familia, que lo trata de enfermo imaginario; de los médicos vulgares, que tienen que deshacerse de él porque no tienen tiempo, y a veces no tienen el

saber necesario, puesto que un diploma de médico no asegura la ciencia psicológica; y de la sociedad, que tiende incluso a burlarse de ellos, porque hoy día el débil es barrido y el neurótico es eminentemente débil, a pesar de que con frecuencia es un hombre valioso, a veces superior intelectualmente. Desdichado del neurótico que no tiene mucho dinero; menos mal que las neurosis son menos frecuentes en los pobres. Y desdichado del neurótico que no hace la resolución heroica de hacerse médico y enfermero de sí mismo, o porque no quiere o porque no puede. La primera condición para curarse un neurótico es que quiera curarse... Hay neuróticos que no quieren de veras curarse e incluso que viven de su neurosis, la cual algunas veces (es verdad) es un escudo defensivo contra la sociedad. En el mundo pintoresco y abigarrado de los adivinos, los espiritistas, los curanderos, los “supranormales”, los inspirados, los videntes, los teósofos... hay muchísimos histéricos, en quienes el síntoma histérico del desdoble de la personalidad ¡les sirve de “gagnepain”! —Un quirólogo o quiromántico... Mr. Lack es un histérico. Conozco a Mr. Lack, a Marchesini y a Marcó del Pont y los tres me han decepcionado: no me adivinaron nada, y los tres son neuróticos. Existe el fenómeno psicológico que se llama el “aprovechamiento de la enfermedad”, que es muy natural, en virtud del “complejo de compensación”. Los histéricos engañan porque primero se engañan a sí mismos, aunque nunca del todo.

Lo primero con un neurótico es que haga la resolución de ser su enfermero; siendo así que su tendencia instintiva es echar su carga sobre el médico o sobre el prójimo. Lo segundo es que haga un gran acto de resignación: pues si espera un paraíso en la tierra, (como muchos esperan en virtud del complejo de compensación) están listos, y he aquí que nuestra época nos engrupe a todos con el cuento del paraíso en la tierra. El no creer en la otra vida hace nacer irrimediablemente la necesidad del cielo en esta vida; y también la sospecha del infierno en esta vida, como decía mi abuela Doña Magdalena, no sin sabiduría: “Oh, el infierno está en esta vida”. Lo tercero es darle ánimo y confianza; y él es un desanimado crónico. Lo cuarto es entenderlo, y eso se dice pronto: sólo el amor entiende a las personas; para aprender matemáticas o metafísica basta el intelecto, para aprender a las personas es necesario el amor... y el intelecto. Lo quinto es hacerle caridad: la hay todavía en el mundo, aunque escasa. Para curar una neurosis de situación, hay que sacar al enfermo de la situación patógena, y eso puede exigir sacar muchos pesos del bolsillo. (Les dije ya que alguna vez el neurótico no es neurótico, sino que más bien lo son todos los que lo rodean; pero como los otros son más... “Usted no padece de insomnio; lo que pasa es que a Usted no lo dejan dormir,..

El MÉDICO de neuróticos no puede serlo cualquiera. No se puede imaginar sin

experiencia lo difícil, engorrosa y aún peligrosa que es esta terapia: para empezar, cuando se habla de un tratamiento psíquico no se habla de días, sino de meses y de años; y los freudianos ortodoxos exigían 6 sesiones semanales.

El médico psicológico debe ser un hombre espiritualmente fuerte y estar en una situación segura y desahogada: no se puede dar seguridad si no se tiene seguridad. Uno ve a veces que una neurosis es curable, y tiene que arrojar al enfermo, por carecer del tiempo y de la situación necesaria para emprender la misericordia de dirigirlo. No saben el mal que han hecho a muchas personas (a la sociedad y a la Nación) los que me arrojaron injustamente de una situación segura a una situación de zozobra: a mí puede que me hayan ocasionado un bien (que Dios saque de esto un bien para mi alma), pero a algunas personas las han privado de un bien.

Para curar una neurosis hay que manejar barro, hay que tener las manos muy sanas: puede que yo no las tenga. Las imprudencias de un psicanalista necio o charlatán pueden ser desastrosas, incluso para él mismo, pero con seguridad para el enfermo; y ojalá que no conociera yo casos en que la temeridad de un curandero de espíritu ha causado consecuencias fatales. El que quiere salvar a uno que se ahoga, tiene que saber nadar mucho; y lo mejor es que esté atado con un cable a la orilla y disponga de una barca. En la cura psicanalítica se establece esencialmente una relación interpersonal de tipo afectivo entre enfermo y médico, que puede dar las reacciones más sorprendidas e indeseables: es sabido que la famosa “transferencia” de Freud puede originar reacciones de irritación y de odio y acusaciones desaforadas y calumniosas, “fantásticas”, pero no por fantásticas menos peligrosas. (El pobre P. Pérez Acosta creo que sucumbió a una de ellas). La Psicanálisis es una cosa tan delicada de manejar como el hipnotismo o las drogas heroicas: el que quiera usarlo debe estar muy bien asentado y muy bien definido.

El AMBIENTE de nuestra época no favorece la cura de las neurosis, al contrario. Pierre Janet y Freud dijeron que la indisciplina de las costumbres (la falta de castidad) era la causa de la epidemia de neurosis de nuestro tiempo, “no de balde la Psicanálisis nació en dos capitales famosas por su frivolidad, París y Viena”, dice Janet. Más que la falta de castidad se podría decir la falta de caridad. El siglo es duro y la lucha por la vida en las grandes urbes es atroz, y en todas partes.

En este mundo enemigo

De nadie hemos de fiar:

Cada cual mire por sigo,

Yo por migo y tú portigo,

Y el que cae en el luchar,

Que lleven a enterrar.

De manera que la curación de la neurosis es rara, y como un milagro, y no es casi nunca total. ¿Qué se va a hacer? Con este “mundo enemigo” solo se puede llegar a compromisos, como el armisticio de Corea. ¿Es nuestra cultura actual enemiga del hombre, como dice Freud? Por lo menos está terriblemente deshumanizada, como dice Alexis Carrel.

“Tú dices: Yo soy rico,

Me he enriquecido

Y de nada necesito...

Y no sabes que eres un indigente,

Un desdichado,

Un miserable,

Un ciego,

Y un desnudo”,

dice el Apokalipsis, refiriéndose justamente, según nuestra interpretación, a nuestra época, “la Iglesia de Laodicea”, “el juicio de los pueblos”. Vean la cinta de la coronación de Isabel II mirando afuera y adentro y verán el cumplimiento de este paso del Apokalipsis.

Todo esto parece bien triste y desconsolador. Pero hay que tener confianza en la “sinéidesis”, en el ansia curativa de la naturaleza, que sabe más que los más inteligentes creadores de sistemas. Muchísimos lacerados se curan por sí

mismos, sobre todo si son pobres y pacientes. Lo que hay que hacer es ayudar en todo lo posible a todo el que está en aprieto al lado nuestro. “Ese que está allí cosido a puñaladas, a quien no conoces y además es judío, ése es tu prójimo”, dijo Jesucristo, el Buen Samaritano número uno.

EL CARÁCTER

el resentido del año 33

Tiberio fue un Emperador romano, del cual el Dr. Gregorio Marañón ha escrito una hermosa biografía con el nombre de “Historia de un resentimiento”. Que un Emperador sea un resentido social, y un Emperador a quien todo le fue bien, y que no tuvo que mover un dedo para conseguir el Imperio del mundo civilizado, que sea un caso típico de gran resentido, eso es raro pero no inverosímil: pues el “sentimiento mixto” llamado hoy día “resentimiento” con nada se cura, con nada se apaga y no se sacia con nada. Tiberio tuvo la distinción histórica de ser el responsable último y uno de los responsables capitales de la crucifixión de Cristo, el año que hoy numeramos 33 y que era el 780 de Roma y el 75 de su edad. Cuando Cristo dijo: “Dad al César lo que es del César” y cuando le gritaron ante el pretorio: “No queremos otro Rey sino al César”, “Este es enemigo del César y el que lo absuelva es enemigo del César” —de Tiberio se trataba; y no es casualidad que Cristo haya muerto bajo el cetro de un gran resentido.

Hemos de considerar hoy el fenómeno del resentimiento. Esto es Caracterología, saltamos a otro sector de la ciencia psicológica, abandonamos lo biológico, que linda con la Fisiología para ir a lo espiritual, que linda con la Ética. Voy a hacer la definición nominal, el ejemplo, el análisis y el remedio del resentimiento.

Resentimiento no es sentimiento, es diferentísimo estar sentido con una persona y estar resentido; sin embargo, aquí se usa comúnmente resentido por ofendido, herido o rozado; y por lo visto en España también, porque la Enciclopedia Espasa incurre en ese vulgarismo ya hoy inaceptable, y define resentimiento en el sentido en que los alemanes antes de Nietzsche decían “Nachgefühl” y los franceses “bouder” o “bouderie”. “Enfant boudeur” es el niño emberrenchinado, “empacado”, el niño que hace morros, o “está de monos”; y ése es el sentido que da a la palabra ese gran diccionario, diciendo que es “a manera de venganza suave y amorosa con que se reclama de nuevo el amor retirado” —una especie de coquetería— “y en el fondo un acto de amor”. Eso es “sentirse” y está en la antípoda del resentirse, que es un veneno y no una coquetería, que no es amor sino odio, o más exactamente es ira ulcerada, a veces mezclada de envidia y *ainda mais* de soberbia y encima a veces de pereza, puesto que los vicios

capitales son amigos de llamarse unos a otros. El “*ressentiment*” en el sentido técnico y nietzscheano es un veneno psicológico, es un veneno activísimo sutil e invisible, es un veneno que está untado por todas partes hoy día y nosotros nos untamos y untamos a otros, como en la peste de Milán descrita por Manzoni, que el vulgo creía que había untadores de la peste.

En español existe la palabra “encono”, “enconado” que corresponde exactamente al significado técnico de la palabra “resentimiento”. Quizá el Espasa define bien allí. El resentimiento es como una herida enconada y después gangrenosa.

Por las circunstancias especiales del mundo, son innumerables hoy día las personas, los grupos y las clases expuestas al contagio del resentimiento. Max Scheler dice con humor que los más expuestos al resentimiento son los curas y las solteras; y los menos expuestos los militares y los ricos, sin embargo, Tiberio fue militar y rico; pero están además los judíos y todas las minorías raciales oprimidas —Shakespeare retrató el resentimiento en Shylock— los hombres de color en Norteamérica, los mestizos en Sud América, los proletarios en los países capitalistas, y los intelectuales hoy día en todas partes. Todos los que sin culpa propia y sin remedio posible están puestos en una condición de desigualdad o de iniquidad o de opresión (aunque sea más imaginada que real), están expuestos al contagio —como los bastardos en la Edad Media, por ejemplo, el Edmundo de “El Rey Lear”, el Yago de “Otelo” y el Ricardo III. El gran Shakespeare; gran buceador de abismos psicológicos, retrató al gran resentido por lo menos 4 veces.

¡Siempre amigos, don nación!

No se me vaya enojao.

Si en algo va resentido,

¡Hábleme po'l'alambrao!

El paisano Mariano Pitos usa aquí “resentido” por “sentido”: así el verso octosílabo CONSTA. Les voy a recitar ese cuentito criollo —que quizá algunos conozcan— creo que no pierdo tiempo; porque es una sublimación del “resentimiento” criollo contra los ingleses, resentimiento sublimado en humor popular y cazurrería campesina. El resentimiento crea humorismo, *dice Marañón*:

En un tren de Buenos Aires - Hacían viaje juntitos

El inglés mister Churchill - Y el gaucho Mariano Pitos.

El inglés iba pensando - En un negocio arriesgado,

En ganar 30.000 pesos - Prestando 10 al Estao.

El gaucho con la nariz - En el vidrio iba mirando

Los palos que vienen, pasan - Y se pierden disparando.

Hasta que dijo al inglés - Como se suele en los trenes:

“Güenas tarde, don nación-Y el inglés respondió: “Buenes!”

Y lo interrogó el Mariano - “Usté que ha de ser versao

¿No me sabría decir - Pa qué sirve ese alambrao

Con esos palos altotes - Y dos alambres en yunta,

Enhorquetaos en el palo, - Bien cerquita de la punta?

¿Será de juro la chacra - De algún gringo dormilón

Que por sonso y descuidao - Lo trampió el alambrador?

¿O será tal vez la estancia - De algún criollazo ladino,

Que quiere pastiar sus vacas - En los campos del vecino?

Lo miró el inglés y dijo: - “Oste’ no comprender pién:

Esta ser la que se llame - Teleg-ráfe de la tren.

¿Es del tren? —dijo Mariano— ¿Y para qué ese trabajo,

Si el tren refala muy bien - Por esos fierros de abajo,

Y dispara y se asujeta - Y vuelve a salir armao,

Sin importarle ni un pito - Los alambres del costao?

¡No entender! —dijo el inglés - Osté suponer así:

Osté ser jeife en La Plate - Yo ser jeife en Itatí.

End yo por esa aparáte - Poter a ostet avisar:

¡Tengue cuidade en la vía, - La tren la voy a largar!

Ah sí —contestó Mariano, - ¡Sí ya me habían contao

Que los puebleros hablaban - Gritando en un alambrao!

Pero el que me embrome a mí - Debe de ser muy baquiano,

Yo no soy ningún cachorro, - Ya soy perro viejo, hermano.

Y ansí, para asigurarme - aunque nunca lo creí,

Dejé un pión en las casas - Y yo a dos leguas me fuí.

Y en la mismísima alambre - Con el hocico arrimao,

Ahí no más le pegué el grito: -¡Ciriaco!, ¿mi has escuchao?

Pero el muchacho no oyó - Ni palabra ni bufido.

¡Y éso que se había ensartao - Un alambre en cada oído!

¡Oh brute! —dijo el inglés - Osté no cómprender nade.

Si esta país no ser ínglich, - Nunca ser civilizade.

Más bruto sos vos —le dijo - El nieto de Martín Fierro,

Inglés cara de matungo - Tuito afeitao a lo perro.

Y volvieron a callar - Y el tren andaba y andaba,

Hasta que llegó al Azul - Donde el míster se bajaba.

Tomó pues su "Water-proof" - Y su gorra con cuadritos,

Y al verlo bajar, riendo - Le gritó Mariano Pitos:

¡Siempre amigos, don nación! - No se me vaya enojao.

Si en algo va resentido, - ¡Hábleme po'l'alambrao!

Resentimiento sublimado en humor; porque Mariano Pitos, ante un representante de la civilización técnica, se hace el tonto y chichonea...

El resentimiento por suerte puede sublimarse, aunque Marañón diga que el resentimiento de suyo es incurable. Puede sublimarse, por ejemplo, en quijotismo, en hambre y sed de justicia; y el pasaje difícil desde este veneno sutil a la caballería andante suele ser el humor. Pero su remedio específico es la generosidad. Y su definición es: una especie de rencor abstracto y generalizado, una herida de injusticia que se vuelve úlcera; y la úlcera, tumor; y el tumor, septicemia y aun cáncer. “Lo que los niños no pueden soportar es la injusticia — dicen los pedagogos. ¡Y los adultos tampoco! Y así del gran resentido al perverso no hay más que medio paso. Y un ejemplo es, entre tantos, Tiberio, el Gran Resentido del año 33 de Cristo.

Y con esto queda definido el “resentimiento” en el sentido actual: el encono.

II

No debe ser casualidad pura que Cristo fuese crucificado —el crimen más bárbaro y cruel de la Humanidad, aun naturalmente mirado— bajo el Emperador Tiberio, hombre fríamente cruel que no perdonó ni a su propia madre, y gran inteligencia política por otro lado. Ciertamente que Tiberio no lo crucificó ni tampoco el procónsul Poncio Pilatos; pero no hubiese sido crucificado sin un Pilatos, ni Pilatos se hubiese conducido como se condujo sin un Tiberio. Y así entraron el César en el Evangelio y Pilatos en el Credo, como los perros en la misa.

Gregorio Marañón ha subtitulado “Historia de un resentimiento” su magno trabajo caracterológico e histórico acerca de Tiberio; la Historia buena, si bien se mira, no es sino Psicología aplicada, Marañón antepone a esta biografía, mechada de hermosas reflexiones morales, un capítulo de reflexiones en torno al resentimiento, —ingeniosas y amenas aunque no profundas— encabezadas por esta frase de Unamuno: “Entre los pecados capitales no figura el resentimiento y

es el más grave de todos”.

Marañón ha hecho un retrato completo y bien equilibrado de Tiberio y de su tiempo y que merece fe; entre la corriente moderna iniciada por Voltaire de defender a Tiberio como un gran político calumniado por los cristianos y la porción de toda la tradición histórica anterior, encabezada por Suetonio, Tácito, y Veleio Patérculo, que lo pinta como un monstruo frío, cruel, verdugo y asesino, y un hombre esencialmente doblado, Marañón vindica a esta segunda posición aunque defiende al sucesor de Augusto de haber sido un anormal sexual en sus últimos años —leyenda inventada por el pueblo como la del marqués de Sade, que obedece a una ley universal de la psicología colectiva, la cual corporiza los vicios espirituales y representa míticamente la perversidad de la manera que le es asequible— y reconoce que Tiberio fue, si no un genio político, un buen administrador, un militar feliz y un gobernante firme; lo cual no era poco en aquellos tiempos y menos en estos. Tiempos de Política grande. Los romanos inventaron la Política grande. No se escribían entonces muchos tratados de Política, (¡ninguno!) como “La Revolución de los Gerentes” o “La inevitable derrota del Comunismo” —tratados pretenciosos escritos por un hombre con la mentalidad de un muchacho de 14 años— pero la gran tradición romana del gobierno, en medio de la cual creció Tiberio, tenía el hábito del manejo de los grandes resortes de la paz y de la guerra. Hoy día estamos inundados de tratados políticos y de genios políticos, sobre todo en la Argentina —¡hay cada genio político en los cafés!— y el mundo parece moverse como un ciego: Churchill gana la guerra pero pierde el Imperio y deja a Europa como digan dueñas, Hitler obtiene victorias resonantes pero pierde la guerra y hunde a su nación, Mussolini da un empujón enérgico a Italia y la deja después más empantanada que antes... Dos hombres afiliados a teologías contrarias, pero claras y extremosas, en los dos extremos de Europa, Stalin y Franco, guían lentamente a sus pueblos por una línea recta... ¿a dónde? Quizá a un encuentro apocalíptico ante el cual desfallece el corazón y la imaginación retrocede aterrada. Parecería que se ha cumplido la profecía del Apokalipsis que dice:

“Y el quinto Ángel vertió su copa,

Y cayeron tinieblas sobre el trono de la Fiera,

Y los hombres no veían lo que hacían (Roosevelt y Truman),

Y se mordían las lenguas de rabia,

Al ver que no podían entenderse”.

Tinieblas y confusión de las lenguas. Carlos Schmitt dice que la Política consiste en establecer la relación amigo-enemigo. Hoy ya ni siquiera sabemos quiénes son nuestros amigos y nuestros enemigos, ¿se quiere mayor confusión? ¿Quiénes son los amigos de la Argentina: Inglaterra, Norteamérica, España, Chile o Rusia? Todos son nuestros amigos —decimos. Cuentos. Eso no es Política, eso es oratoria. “Sabemos quién es el enemigo!” —me diría Penella de Silva. El y yo y los que han leído su hermoso libro lo -aben quizás; las masas no lo saben... En tiempo del Imperio Romano y en tiempo de la Cristiandad Europea se sabía claramente cuál era el enemigo: la Barbarie, la Contracivilización, la Antitradición, la Frontera siempre atacada y siempre defendida; la Frontera, como dice Martín Fierro. Hoy día no se ve la frontera...

“Y vi un ángel que bajó

A secar el río Éufrates

Para dar paso a los ejércitos del Este...”

El Éufrates era la frontera tradicional del Imperio. Después de Tiberio se rompió en mil pedazos. Hoy día también la frontera tradicional del mundo occidental está rota en mil pedazos; y no solamente la frontera geográfica, sino también la frontera jurídica y la frontera religiosa. Tiberio joven defendió valientemente la frontera; pero ya viejo y Emperador rompió la frontera jurídica con sus crueles asesinatos y abrió irremediablemente la puerta a todos los excesos monstruosos de un Nerón, de un Calígula, de un Domiciano. “Tiberio, para conservar las leyes, destruyó las costumbres” —dice Montesquieu; y Álamos de Barrientos, el gran comentador de Tácito, anotó en una página: “La razón y el alma de las leyes pueden destruirse, por atenerse sólo a la letra’. Desdichado bicho este Príncipe de la “gens Claudia”, los grandes rivales dinásticos de la “gens Julia”, hijo de Tiberio Claudio Nerón, y de Livia, segunda mujer de Augusto; “hijastro e hijo adoptivo” de Augusto, tío abuelo del emperador Claudio, tío abuelo de Nerón, bisabuelo de Calígula, si no me equivoco; pues como dice Marañón, se pierde uno en aquellas complicadas contradanzas matrimoniales que originaba el usual divorcio; y la paternidad de varios príncipes, como el de Druso 1, hermano de Tiberio y padre del gran Germánico, es dudosa, a causa de los usuales y descarados adulterios. Tiberio nació en una familia toda barajada y con tremendas deshonoras familiares. El ambiente familiar alterado que decíamos la otra semana, caldo de neurosis y perversiones, lo volvió resentido incurable. Marañón absuelve a Tiberio del

achaque de perverso sexual que le colgó la antipatía de su pueblo en sus últimos años; y quizá exagera un poco la serie de injusticias que gravitaron sobre su niñez, originando su amargura permanente y oculta y su crueldad de resentido típico. Pero no hay duda que esas calamidades fueron reales y muchas, y que el “diagnóstico retrospectivo” de Marañón es certero. ¡El mal ambiente familiar! Esas desgracias incomprensibles y funestas para el niño, esas desavenencias o discordias o escándalos o vicios sucios de los padres, que se filtran no se sabe cómo hasta su conciencia aunque se trate de ocultarlas, que impregnan las paredes y el aire de una casa; y después, cuando adolescente reflexivo y ya sensibilizado, esas injusticias contra las cuales no hay nada que hacer, situaciones dolorosas o humillantes impuestas por la fuerza sin una palabra de explicación, impuestas por las personas más allegadas: la madre, el padrastro omnipotente Emperador, el hermanastro Druso de dudosa paternidad: ese veneno fatal le tocó a Tiberio, el cual se encontró desde niño en una situación realmente trágica, que sin embargo no era excepcional. La política no es para los niños; tuvo una madre politicona. He aquí los hechos:

— desterrado y perseguido con su familia cuando tenía dos años;

— pasa con su madre Livia a poder de Augusto, el perseguidor de su padre, cuando tenía cuatro años;

— y se cría en el palacio imperial, al lado de un padre enfristecido y afrentado, y de su hermanastro odioso, sofocando sus sentimientos bajo un silencio impenetrable, sin poder confiarse ni a su madre siquiera.

¡Este niño vulnerado tenía necesidad de una tempestad de besos y caricias de su madre una noche siquiera; y su madre durante la noche regulaba hábil y fríamente sus caricias al primer Emperador de Roma a fin de que su hijo fuese el segundo Emperador y «el más desdichado de los hombres», como dijo él antes de morir. El instinto maternal no es el amor maternal, y ¡ay de los hijos de madres puramente instintivas!

Sus dos frases últimas: —¿Te acuerdas, César...? —No, no me acuerdo de nada de lo que he sido. Y antes de morir: Después de mí, que el fuego haga desaparecer el mundo.

Su padre Claudio Tiberio Nerón, que los historiadores califican de romano ejemplar, no aparece empero muy limpio ni íntegro delante de nuestros cánones morales: amigo y favorecido por Julio César, almirante de su flota, se apresuró a unirse al partido de sus asesinos en contra de Octavio, el futuro Augusto; y

después de ser desterrado y perseguido, se apresuró también a reconciliarse con él cediéndole su propia mujer embarazada de seis meses, con un escandaloso divorcio y nuevo matrimonio, que obtuvo la aprobación solemne de los Pontífices, siempre ganosos de congraciarse con el poder; pero no con la aprobación de la calle, que sospechó con gran fundamento que el niño Druso 1, nacido 3 meses después en palacio ("*trimensuos filios felicibus*", los felices tienen hijos a los tres meses", decía el pueblo en son de mofa), era hijo adulterino del joven triunfador de la guerra civil, el sobrino y heredero del César. ¿Fue Augusto quien impuso despóticamente esa combinación matrimonial afrentosa, fue el marido Claudio el que ofreció a la famosa beldad Livia como rescate de su destierro, o fue la voluntad de la beldad, una de las mujeres más ambiciosas que han existido, varonil y llena de pasión política, transida de odio a la familia rival de los Julios y tan fría y calculadora en amor como apasionada en política?

Las tres hipótesis pueden ser verdaderas, aunque la tercera parece la determinante. El niño es el sacrificado en estos enjuagues de adultos; el niño para el cual la madre, con instinto maternal pero sin amor maternal, soñaba con la púrpura imperial, la cual le consiguió, para desgracia de ambos.

La madre lo subió al trono del Universo en una lucha implacable que duró 52 años; y Tiberio la hizo morir en la desgracia y en la soledad. Tremenda justicia de las cosas. Rompió con ella apenas subido al trono, y no la visitó en sus últimos siete años, le prohibió casarse con su ministro Seyano —al cual al fin cortó la cabeza—, rehusó pronunciar su oración fúnebre. La arrogante Livia sucumbió víctima de su ciega ambición y de su ciego instinto materno, no comprendió jamás a su hijo. Riñeron apenas subió al trono: la viuda quería reinar como antes y más que nunca, y enojada ante la inesperada resistencia del hijo mayor hermético y taciturno, le enseñó imprudentísimamente una carta de Augusto (cosa prohibida: ¡jamás hay que hacer uso de cartas antiguas y menos en riñas!), en la que Tiberio era llamado "*amarus atque peticax*", es decir, amargo y enconado. Jamás perdonó Tiberio a su madre esa ofensa; porque un resentido no perdona nunca y nada ofende tanto como la verdad. No fue una madre desnaturalizada; fue una madre instintiva.

Creo que el cínico divorcio de su madre, sospechoso de adulterio, fue el choque determinante del resentimiento de Tiberio, como lo prueba su conducta posterior.

En toda comunidad organizada existen ciertas instituciones o formas que la constituyen o la cohesionan y que se consideran válidas independientemente del querer, los propósitos, las intenciones o los gustos de los individuos comunitarios,

los cuales si las violan son objeto de sanción, proscripción o reprobación. La forma del matrimonio, por ejemplo, una de las primordiales, es considerada en toda comunidad natural como un lazo objetivamente santo —“un sacramento” en lenguaje eclesiástico— una forma vital en la cual el individuo entra para ir al futuro agrupado en generaciones; forma independiente de la suma de agrado o desagrado, dicha o duelo, placer o dolor, utilidad o inutilidad que puede alcanzar a una pareja en particular o a muchas o a todas. Cuando una comunidad alza su mano parricida a la forma vital del matrimonio y la destruye por el divorcio, la comunidad deja de serlo y se convierte en sociedad (en el sentido bajo de la palabra); la convivencia se transforma en “contrato social”; el siglo XVIII, en siglo XIX, con la Revolución Francesa en medio; el Imperio soñado por Julio César, en el “Imperialismo” de Tiberio y Nerón. Por eso cuando la moral cristiana se alza contra el divorcio, se alza contra una cosa muy seria: contra la decadencia no sólo sociológica más aun psicológica y aun biológica de la comunidad. Muy bien ha hecho Monseñor de Andrea en romperse contra el divorcio; aunque a decir verdad no se rompió mucho —nunca se ha roto mucho Mons. de Andrea— rompió una lanza. ¡Bien podían romper otras lanzas, ellos que tienen la cátedra segura y la autoridad necesaria, en pro de otras formas vitales amenazadas hoy día por el botaratismo contemporáneo, puesto que el matrimonio no es la única forma vital que existe!

Basta este ambiente familiar deshonorado, entristecido y sin amor para explicar el terrible carácter del futuro Emperador, duro como una piedra, inhumano, tortuoso, hipócrita, refractario al agradecimiento y a todos los “móviles de la liberación”, al afecto, a la ternura, a la unión familiar. El carácter del gran resentido que es intelectual —instintivo sin sentimientos— como si estuviese amputada toda la parte media del psiquismo; sin corazón, como dice el pueblo con mucha razón; y en el caso del resentido, con mal corazón, con el corazón envenenado.

Pero el veneno continuó obrando en la adolescencia y juventud. Salió un muchacho inteligente y fuerte; gran militar, pero guerrero de verdad y no de uniforme, como lo era toda la nobleza romana; gran orador, a lo cual tendía la educación de entonces; gran político, criado y curtido en el Palatino y la Curia, gran Taller de manejo de asuntos públicos; de gran raza en suma, como lo muestran sus retratos de mármol, aunque ya están allí los labios fruncidos y apretados del hombre enconado, ‘boca jesuítica’, dice Gregorobius; pero detrás de esas ventajas, que a un hombre normal lo hubiesen satisfecho, desahogado y abierto, subsistían las causas secretas del resentimiento: desprecio e incompreensión con su madre; odio a su padraastro imperial, el cual parecía inclinarse a la gente Julia y cuyo “testamento” era el congojoso enigma del bando de los Claudios; inquina a la

mayoría de sus parientes; y después las injusticias de la lucha política: sus émulos lo insidiaban, se desconocían sus éxitos, le escatimaban los honores del “triumfo” (la solemne recepción que decretaba Roma a los generales victoriosos), lo retiraban del frente de las tropas cuando la campaña prosperaba: cónsul dos veces, tribuno, general en Germania, donde venga la derrota de Varo, consigue por fin el solemne “triumfo” el año 11 d.C. y vuelve a Germania hasta la muerte de Augusto, hace una finta de rechazar el testamento consagradorio, con una carta al Senado alegando que no era para Emperador por su carácter (lo cual era verdad en parte) y finalmente se entroniza con gran júbilo de su madre, toma con fuerza las riendas del inmenso Imperio que conocía perfectamente y reina con dureza y con éxito inaudito durante 23 años, y mata dos o tres millones de súbditos en los dos años en que Cristo predicaba en Galilea la fraternidad divina de los hombres. El año 33, cuatro antes de su muerte, le llegó una comunicación oficial proconsular de la crucifixión de un tal “Crestos” o “Cristos”, rebelado contra las autoridades legítimas, que le llamó mucho la atención porque contaban de aquel judío cosas extraordinarias, por ejemplo, que después de muerto, o después de una muerte aparente, se había escapado volando en una nube, gran acto de magia. Tiberio, que odiaba todas las religiones, se interesó muchísimo por esta nueva religión y quiso averiguar cómo se hacía para volar en una nube. No pudo averiguar nada cierto. Los “crestianos” llegaron a Roma más tarde.

Un Obispo estaba enseñando el Catecismo a los chicos para la confirmación; y les dijo: “Los cristianos deben respetar y venerar a las autoridades constituidas”. Y un chico dijo:

—¡Qué lindo es ese crucifijo de oro que tienes colgado al cuello!

—¿Qué dices?

—Nada. ¿Quién lo mató al pobre Jesús?

Las autoridades constituidas mataron al pobre Jesús. Si el Cristianismo hubiera nacido para apoyar a las autoridades constituidas, sobra el Cristianismo; bastaban los Pontífices romanos que dictaminaron para Augusto que le era lícito divorciarse de Escrubonia y casarse con Livia separándola del marido embarazada de seis meses “si el embarazo era cierto; y si no, no”. ¡Valiente casuística de Pontífices acomodaticios!

Las crueldades de Tiberio ¡no hay tiempo para describirlas! y son demasiado conocidas; segó cabezas y sembró destierros a granel, “no se puede negar que durante dos años Roma fue inundada de sangre” —dice Pellegrino, uno de sus

defensores, no sólo entre la “gens Julia” sino entre sus mayores amigos y allegados (Seyano, Nerva, Pisón), refractario a toda gratitud y aun enconado por los beneficios, como es propio del gran resentido: “en mi juventud viví tristemente bajo la ESCLAVITUD del agradecimiento”, palabra abismática de Robespierre; y no sólo por necesidad política, como Rosas, sino simplemente por gusto, por maldad, por temor al pueblo; porque el resentido, siendo duro, es cobarde: permitió que la plebe amotinada, con abominable salvajismo, hiciera pedazos al noble Pisón, acusado del envenenamiento de su primo Germánico, constándole que era inocente; y que diera muerte atroz a los dos tiernos hijos de su favorito Seyano, violando antes el verdugo a la niña apenas púber, porque las leyes romanas (que tenían un misterioso respeto a la virginidad), prohibían que las vírgenes fuesen ejecutadas. Tiberio se reía de las leyes romanas, siendo el Supremo Legislador, y se reía de la religión romana, siendo un Pontifex Maximus; y de toda la humanidad en general cuando estaba en sus accesos de temor morboso y de rabia blanca, y lo estaba siempre.

La más innoble delación, el espionaje de las conversaciones privadas, las venganzas y las insidias clandestinas sembraron por muchos años el temor y la tristeza en Roma, a la cual el tirano silencioso dominaba desde Capri, sin atreverse a volver a ella sobre todo en los dos años trágicos 31 y 32, la conspiración de Seyano. Años 31 y 32, Roma estaba ensangrentada y aterrada, ‘las gentes recelaban de sus parientes, temían de las conversaciones privadas, temblaban aun de las cosas mudas, como las paredes y los tabiques’, dice Tácito; y en Galilea resonaban las palabras más misericordiosas que el mundo ha oído. Pero el terror de Roma era menor que el terror del César, que acabó sus días en estado parecido al de Luis XI, pero diferente. El terror del resentido viene de que no conoce a las personas; y por tanto debe desconfiar de todos como de enemigos. Y no puede conocer a las personas, porque carece de “identificación afectiva”, no puede salir de sí mismo y meterse en otro, EMPATÍA; carece de móviles de liberación y abunda en móviles de retracción.

Todos los rasgos del gran resentido campean en él:

1°, el resentido suele ser inteligente;

2°, el resentido es tímido, cobarde y cauteloso;

3°, es taciturno, mistificador;

4°, es escéptico y no se entusiasma por nadie;

5°, es insaciable en su venganza perenne;

6°, es generoso con los lejanos y malo con los próximos; afecta amor a unos, que es simple odio disfrazado a otros: así Tiberio vivía entre sus soldados en Germania y los halagaba demagógicamente para hacer despecho al cuerpo de oficiales, a los generales y a los nobles.

Finalmente es propio del resentimiento, después de haber permeado concéntricamente todas las capas del psiquismo llegar al entendimiento; al cual tuerce y deprava, haciéndole invertir las “tablas de valores”, efecto sutil e inesperado de una pasión dominante, que es un descubrimiento de la Psicología moderna: Nietzsche descubrió este efecto sutil del resentimiento, y Klages y Max Scheler lo teorizaron con gran ingenio. “El resentimiento y la moral”, el mejor libro de Max Scheler, es una noble corrección de Nietzsche y un profundo y denso estudio de los efectos intelectuales del resentimiento en nuestros tiempos, sobre todo en los intelectuales, en las ideologías y en las masas.

Permítanme les lea, sin comentario alguno, para que vean la sutileza con que este hebreo (propenso al resentimiento él) vincula un aspecto importante del mundo que vivimos con la pasión del resentimiento:

“La suplantación del hecho del Cristianismo genuino por la civilización moderna, movimiento que desfigura y groseriza al Cristianismo, fue tomado por Nietzsche como la auténtica Moral cristiana; y ésta como el origen de la civilización moderna. ¡Extraño error!”

“Cristianismo-social es un absurdo; cristiano es también social”.

“Todos los intentos para sacar de la Moral cristiana programas político-sociales, nuevos principios para el reparto de la riqueza y el poder, han nacido de esa turbia amalgama entre Utilismo y Moral cristiana”.

“Y al contrario, cuán nobles son, justamente en el sentido moral, aquellas formas del Socialismo que no esperan su triunfo ni de la “Humanidad” ni del “Amor”, sino de la organización de puros intereses económicos y de una lucha leal entre las clases... La Moral cristiana prohíbe el odio de clases, pero no una lucha de clases, leal y consciente de sus fines”.

“¿En qué medida el resentimiento ha cooperado primero en la estructura de la sociedad cristiana y después de la moderna sociedad burguesa? Nuestro juicio en esto discrepa considerablemente del juicio de Federico Nietzsche”.

“Nosotros creemos que los valores cristianos son susceptibles, con extraordinaria facilidad, de transformarse en valores de resentimiento y han sido considerados así con frecuencia, pero que la semilla de la Ética cristiana no ha germinado sobre el suelo del resentimiento. Creemos por otra parte que la semilla de la Moral burguesa, que comenzó a desplazar a la cristiana desde el siglo XIII hasta su acción suprema en la Revolución Francesa, tiene su raíz en el resentimiento”.

“Cuanto más larga y profundamente medito sobre esta cuestión, tanto más claro veo que la raíz del Amor cristiano está por completo libre de resentimiento; pero que, por otra parte, ninguna idea es más apta para ser recogida por un resentimiento preexistente y aprovechada en pro de sus tendencias, simulando la emoción correspondiente. Esto con frecuencia llega hasta tal extremo que ni el ojo más perspicaz es capaz de discernir si está delante de un auténtico Amor o sólo ante un resentimiento que se ha apropiado la expresión del Amor”.

Max Scheler avizora con perspicacia, como un zahorí, el regato subterráneo de encono que alimenta muchas ideologías contemporáneas, incluso la ideología nietzscheana, y muchas herejías medievales, e incluso muchos movimientos cristianos, como la Reforma por ejemplo, el Cristianismo burgués y el socialcristianismo o democristianismo, al cual este hebreo convertido tiene una antipatía instintiva, y yo también. Por ejemplo, hubo una herejía medieval, la de los catharinos que negaba inocentemente un dogma insignificante: que “en el cielo los santos son desiguales en méritos y mercedes; porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas” y “una estrella de otra estrella difiere en claridad”. ¿Qué mal puede causar el decir que todos los santos del cielo son iguales?, contra la copla de un pueblo andaluz que tenía por patrono a San Pantaleón y cantaba:

Glorioso San Pantaleón,

San tazo de cuerpo entero,

Y no como otros santuchos

Que ni se ven por el suelo,

la cual me recuerda otra copla aragonesa, de Orihuela, en honor de San Roque, que dice:

So - so - so - berano San Roque,

De - de - de - devino señor,

Que - que - que - que fuiste elegido

Pa - pa - pa - pa madre de Dios...

Los catharinos iban contra el sentir popular que pelea por la gloria de sus santos y dice que donde está la Virgen del Pilar no levanta cabeza ninguna otra virgen del mundo; y eso parece purificar de superstición la Religión: catharós significa puro o purificado. Pero de ese inocente dogma de igualificar los santos en el cielo, salían dos consecuencias para la tierra:

1°- como el Reino de Dios en la tierra debe ser imitación del Reino de los cielos, resulta que aquí también los santos deben ser iguales; y por tanto los cristianos que son desiguales (que tienen mando, honores o bienes terrenos) son cristianos impuros;

2°- que estos impuros cristianos si quieren purificarse deben desprenderse de todos sus bienes y ponerlos en manos de los jefes de los “puros”, los cuales por pura caridad y con todo desinterés tomarán la tremenda carga de administrarlos en favor de los cristianos puros; entre los cuales ellos, los jefes, por haberse purificado a fondo, son impecables.

Hubo una tremenda guerra civil entre puros e impuros (albigenses y cristianos) que amenazó con descuartizar a Europa meridional; porque los albigenses, que nacieron de los catharinos, que nacieron de los maniqueos, se apoyaban en el resentimiento social de los pobres contra los ricos; en el resentimiento político de los nobles del Sur de Francia contra el Capeto y en el resentimiento nacional de Pedro I de Aragón contra Francia. Max Scheler hace ver cómo en el Medievo los eternos conflictos sociales se larvaban en herejías religiosas; así como hoy día las herejías religiosas se disfrazan de cuestiones sociales o políticas; es decir, de ideologías laicas; conforme al aire del tiempo.

Hemos entrado ya en el análisis del resentimiento, y en la parte más difícil, sus efectos intelectuales.

Si Tiberio hubiese escrito libros (escribió dos libros que se han perdido), seguramente la torsión del entendimiento amargado sería patente en ellos, como lo es en el ‘De contemptu mundi’ de Inocencio II, o el libro “De Spectaculis” de Tertuliano, o las “Institutiones Christianae” de Calvino. Pero esa torsión puede

verse en su actitud hacia todas las religiones, a las cuales persiguió menos la cristiana, que todavía no llegara a Roma; al contrario, como les dije, en su ánimo supersticioso y dado a la magia, a la hechicería y al ocultismo, despertó una curiosidad enorme de conocer a esos magos que podían volar después de muertos; —pero persiguió a los druidas galos, a los cultores de Isis egipcios y a los judíos, expulsándolos de Roma y embarcando 4.000 para la Cerdeña con el pretexto de colonizar, pero con la intención de que el clima insalubre los diezmará, como los diezmo. Despreciaba altamente a la religión oficial de la cual era Pontífice Máximo; y vejaba a los sacerdotes, arúspices y adivinos.

Sus actuales panegiristas, como Pellegrino: “Tacito ha calunnjato Tiberio”, “In difesa di Tiberio” (1933, 1934) o los enciclopedistas del Setecientos, Ihne: “Plea for the Emperor Tiberius”, aducen el hecho de su rehúse a que le erigiesen templos como prueba de su ánimo magnánimo y adverso a la adulación; pero la manera violenta con que rechazaba las adulaciones (pues en verdad las rechazaba) muestra la desconfianza del resentido (que teme le tomen el pelo cuando lo alaban) más bien que la modestia del magnánimo. Una vez que un Senador le quiso besar las rodillas lo rechazó de tal manera que se fueron los dos al suelo; porque de puro soberbio, como bien dicen, puede un hombre cesar de ser vanidoso. En fin, cierto es que rechazó toda adulación, lo cual es lustre de un Gobernante, pero en fin, eso era tradición en los Gobernantes romanos hasta entonces. Un enciclopedista, Amelote de la Houssay, escribió un panegírico de la “Moral de Tiberio”, basado en su desprecio de la “flatterie”... No basta el desprecio de la “flatterie” cuando es un desprecio general de todo.

La moral de Tiberio, reconozcámoslo, tenía las virtudes de su clase y sobre todo las virtudes del resentido, las virtudes de Robespierre y de Torquemada: el puritanismo, la regularidad y la corrección burocrática, la disciplina, la sobriedad y la castidad del soldado (castidad que se explica por su frigidez, no es raro encontrar castos entre los crueles, antes nombré a dos), la observancia legal del fariseo y la FILANTROPÍA, que no es lo mismo que la caridad: hacía donaciones ostentosas cuando el incendio del Monte Cello, o en las hambres que pasó Roma; pero era tacaño para la caridad individual e incluso escatimaba el viático a sus servidores; ¡la filantropía! que justamente como sustituto de la caridad en nuestra época, Max Scheler denuncia como uno de los frutos más típicos del resentimiento. La filantropía es la beneficencia de la cantidad; la caridad es la beneficencia del corazón.

Sus soldados lo idolatraban; pero su camaradería con el soldado es sospechosa ante la falta de camaradería con su “staff”, con sus iguales. El

pertenece a la más rancia aristocracia de Roma; pero aborrecía a la aristocracia, no solamente a la aristocracia advenediza y corrompida de los Herodes Agripa y los Mesalino Cota, sino a toda la aristocracia, por ser aristocracia. Yo no soy muy del barrio Norte, porque soy del barrio Sur, vivo en Boedo; pero hay algo que decir en pro de la aristocracia verdadera, del patriciado; no solamente cuando es puro e íntegro (en ese caso no necesita defensas, se impone por sí mismo), sino incluso cuando está decaído; no cuando está del todo corrompido, en ese caso es una peste, como los cortesanos de Luis XV.

Cuando me encuentro raras veces con gente del barrio Norte me gustan, no solamente sus buenas maneras (eso a todos nos gusta, menos a los resentidos), sino otra cosa más honda, que es su sentido de los valores: la aristocracia como clase es esencialmente la conservadora de la selección y la avizoradora de los valores reales: incluso equivocadamente, incluso como manía o como pose, investigan dónde está lo mejor, aunque sea en libros o en muebles. Una buena señora de alta alcurnia, que no tiene mayormente que hacer con la Filosofía, le pregunta a uno repentinamente: ‘Vale Nimio de Anquín? ¿Vale más que Francisco Romero? ¿Qué tal es Marcos Victoria como filósofo?’. Es una actitud absurda en ella, pero es una actitud heredada, el gesto de la clase dirigente que necesita saber, necesita discriminar, necesita escalonar y jerarquizar; en suma necesita conocer lo mejor; y eso significa “áriston”, lo mejor. La prueba de esta función de la aristocracia es que los más grandes revolucionarios, como el corso Bonaparte, cuando están en el poder, quieren volverse aristócratas.

Si quieren ver esta cualidad de la aristocracia real, de la aristocracia de vieja cepa, lean la novela policial de Dorotea Sayers ‘Cloud of Witnesses’, que es el panegírico (o la oración fúnebre) más pintoresca de la decaída aristocracia inglesa, la cual ella conoció de cerca como institutriz que fue, institutriz sin resentimiento. Hay allí una familia noble, el duque de Denver, llena de defectos y rarezas, pero que en un momento de apuro cumple una hazaña que sólo ella puede hacer, y la cumple tanto con sus virtudes como con sus defectos, con su idiosincrasia aristocrática, y el simpático y excéntrico detective Lord Peter Wimsey, salva de la decapitación a su hermano el duque de Denver, que está a punto de ser condenado a muerte por error por la Cámara de los Lores, con ayuda de su hermana intelectualoide y socialista, de su cuñada mojigata, de su frívola madre, de su aturdido sobrino y de su robusto cuñado, el Inspector Parker, hombre del pueblo incorporado a la familia ducal por ese proceso de selección tan necesario —la sangre nueva— y tan bien estudiado por Ernesto Palacio en ‘Teoría del Estado’. La sangre es más espesa que el agua. Lo mismo que el Quijote solemniza el ocaso de la caballería, esta novela y otras muchas iluminan con los

hachones fúnebres del arte el crepúsculo de toda gran cosa que muere, la agonía de la aristocracia de casta en Europa; como Virgilio iluminó el crepúsculo del Imperio Romano.

Aquí tienen el análisis psicológico escueto del “sentimiento mixto” del ENCONO. Definición real: el resentimiento es un “sentimiento mixto”, una auto intoxicación psíquica, un estado psicológico permanente que, por razón de la represión innatural de ciertos afectos y emociones que de suyo son normales y constituyen el fondo de la natura, produce últimamente una propensión a ciertos engaños en los juicios de valor y apreciaciones morales:

- 1°- indignación por una injusticia,
- 2°- represión violenta,
- 3°- TRISTEZA,
- 4°- sed de venganza,
- 5°- desplazamiento del afecto - abstracción,
- 6°- irradie sentimental,
- 7°- contaminación intelectual.

Hemos saltado bruscamente del 1° al 7° término. Desmenuzar este análisis pediría otra disertación. Una cosa sola quiero destacar: la INJUSTICIA produce el resentimiento y a través del resentimiento deshace la convivencia: en virtud del sentido moral del hombre y de su necesidad de justicia. Una injusticia no reparada es una cosa inmortal, un veneno que roe y se expande; por eso los resentidos suelen ser inteligentes y no carentes de sentido moral; pues cuando más moral se vuelve uno, más se agudiza en él el sentido de la injusticia. En los últimos tiempos, según Cristo, sobreabundará la injusticia y por eso se deshará la convivencia y el hombre será el lobo del hombre, puesto que donde la Vulgata dice: “y como sobreabundará la iniquidad, se resfriará la caridad en muchos...”, el texto griego dice “injusticia”, que es el nombre mismo del Anticristo, y no dice caridad sino “convivencia”, “*agápee*”, que significa “convivencia”, la raíz a la vez y el fruto del amor; y no dice en muchos sino en la mayoría, en los más: *toón polloón*.

El remedio: Marañón yerra cuando dice que “el resentimiento es incurable, porque su único remedio es la generosidad y el resentido es esencialmente

ingeneroso”; y yerra también Séneca Estoico cuando dice que el remedio es fácil. “Si te infieren una injusticia, no te vengues —dice Séneca; —si el heridor es poderoso, ténle miedo; si el heridor es débil, ténle lástima...” Esta reflexión estoica, suministrada a un hombre bajo el peso de una injusticia real y seria, tiene la virtud de ponerlo singularmente furioso. Justamente porque el heridor es poderoso, se engendra el resentimiento.

Los remedios filosóficos finamente elaborados por Séneca y Boecio son remedios tópicos, no remedios radicales. Cristo elevó esos remedios a una altura sublime al mandar amar a sus “enemigos”, acto supremo de generosidad; pero este remedio es una síntesis sobrenaturalmente difícil. Se necesita Dios y ayuda, como dicen los españoles, ayuda de todos los medios humanos disponibles: yo sublimé una tremenda pasión de resentimiento escribiendo mi “Martín Fierro” y tres libros más, aun inéditos. No se pueden imaginar los retorcijones, los dolores de parto, las convulsiones que produce en el corazón el resentimiento. Atención, no hay que confundir esto con el tolstoyismo, el gandhismo o el budismo, que son una parte de la síntesis. Cristo no dijo: “No hay enemigos”; Cristo no dijo: “Amad a vuestros enemigos más que a vuestros amigos”, como San Alfonso Rodríguez o Santa Teresita. Cristo dijo: “Amad a vuestros enemigos”, pero no dijo: “Poneos en las manos de vuestros enemigos”. La palabra “enemigos” es un toque de soberano realismo, y el verbo “amad” es un toque de soberano idealismo en el remedio sintético de Cristo. Pablo de Tarso, que pudo ser un gran resentido...

Al decir que el resentido es ingeneroso, Marañón enuncia una verdad común; pero al decir que lo es “constitucionalmente”, yerra. El resentido puede ser constitucionalmente generoso antes de ser resentido: Tiberio lo fue; porque fue de gran raza. Hay muchos rasgos de generosidad en Tiberio joven —y no es verdad que “su frente abombada muestre las características del raquitismo’, entre paréntesis— y aun en Tiberio adulto, cuando una emoción fuerte barría momentáneamente la superestructura del vicio del encono. Cuando murió el primer Druso en plena juventud y en plena gloria, de una caída de caballo y no de veneno como dijo la plebe, Tiberio el hermanastro de los gestos antipáticos, corrió a su lado haciendo muchas leguas (200.000 pasos, dice Plinio), se deshizo por salvarlo y su dolor fue espectacular. Tiberio amaba tímidamente a la virtuosa Antonia, su cuñada, que fue siempre su amiga ejemplar hasta que murió, cuando estaba ya loco y comida la cara de úlceras sifilíticas o leprósicas. ¡Hélas, si Tiberio se hubiese casado con la altísima Antonia, en vez de la inepta Vepsania y la disoluta Julia! —dicen los historiadores. ¡Hélas, si Tiberio hubiese tenido por madre en vez de Livia a Agripina Primera., la historia de Roma y del mundo sería otra! “La mujer no hace ordinariamente grandes obras de arte, de ciencia o de gobierno, pero

hace al varón”. Pero estas lamentaciones son pueriles: a la madre no la elegimos y a la mujer... la mujer nos elige: el matrimonio es un acertijo. Augusto creyó haber acertado políticamente cuando casó a Tiberio con Vepsania y a su presunto hijo Druso con Antonia; y erró el acertijo.

No crean quise decir antes que solamente el Cristianismo tiene el remedio del resentimiento; la generosidad existió entre los paganos y al lado de Tiberio, las grandes figuras de Antonia, de Nerva y del jurisconsulto Cayo Terencio, no me dejarán mentir: tanto que su magnánimo discurso al Senado al ser condenado a muerte le valió el indulto, porque conmovió a Roma y Tiberio tembló; mas si lo hubiera matado era lo mismo, porque el discurso era inmortal, y los Tiberios no matan nunca del todo a los Terencios. Pero el Cristianismo tiene los ejemplos más grandes de sublimación del encono ante la injusticia, en Quijotismo y “hambre y sed de justicia”. Sean por ejemplo la vida de los “Dos Juanes”, Juan de Ávila y Juan de Dios, dos resentidos sociales típicos, el primero hijo de morisca e hijo natural, el segundo “mattoide” y maltratado en un manicomio, que se vuelven el primero Apóstol de Andalucía y el segundo protector de los locos y fundador de una orden que mató o amortiguó la barbarie en los manicomios.

El más sublime ejemplo de sublimación del resentimiento es Pablo de Tarso: hombre sensibilísimo a las ofensas personales, había algo en él que lo exponía mucho a ellas: o bien era epiléptico como dicen los racionalistas o era petiso y feo como dice el Crisóstomo; en fin, llevaba “un aguijón en su carne”, como confiesa él. Sentimos su alma en sus cartas sangrando por cien heridas y trémula de indignación, armada de invectivas terribles: con una llaga que no cicatriza.

“Esto que me ha pasado jamás cicatrizará” —se oye decir a veces... Todos llevamos llagas en el alma o al menos cicatrices tiernas. “Sí que cicatrizará”, es la respuesta vulgar, a veces falsa. Tiene razón el herido muchas veces, como notó Aristóteles, hablando de los “dolores grandes”. La respuesta exacta es: “Conviértete en un llagado de Dios, deja atrás a los hombres, sangra hacia arriba. Sé místicamente cruel contigo mismo”, como Pablo de Tarso.

Esa llaga siempre abierta nos hace solidarios del dolor del mundo, nos establece en comunidad con todos los que sufren; y hacerse solidario del dolor del mundo fruto del pecado fue la razón de tomar carne (y aguijón en la carne) el Verbo de Dios, el Hombre sin pecado. Pablo de Tarso decía que llevaba en su cuerpo las llagas del cuerpo de Cristo; y que su vida real estaba escondida con Cristo en Dios... “¡Para mí vivir es Cristo y morir es lucro!” Hombre en medio de los hombres, capaz de interesarse por todo lo que es humano, lleno de virtudes

sociales, o como dicen hoy, de “humanismo”, ganándose el pan con sus manos y predicando la salvación con desinterés supremo y en medio de injusticias y molestias indecibles, el Apóstol de los romanos llevaba escondida su llaga secreta, como Tiberio, que era sin embargo la razón de su fuerza... "*cum infirmor tunc potens sum*", mi debilidad es la razón de mi fuerza.

Nunca fue más fuerte que cuando, atadas las manos, inclinó el cuello a la seguridad del verdugo. Entonces fue saciada su hambre y sed de justicia, y las palabras de sus cartas, pasadas de sangre, se volvieron eternas...

LAS ILUSIONES

los sueños de teresa neumann

Hoy día hay muchos ilusos y pocos ilusionados. Hay muchos que tienen ilusiones imbéciles y muchos que tienen ilusiones ilusorias pero pocos que tienen ilusiones iluminadas. Nos pasaron una circular diciendo que teníamos que referirnos en clase al “Plan Quinquenal” y yo dije: “Esto entra en el capítulo de las ilusiones”. Efectivamente, si el Plan Quinquenal está bien razonado, es una ilusión iluminada: las ilusiones iluminadas son las que encierran una realidad profunda. Santa Teresa cuando decía que sentía a Jesucristo días enteros al lado de ella, a un metro de distancia, a la izquierda, tenía una ilusión iluminada. “Está de pie o sentado, de qué color tiene los ojos?” —No veo nada, pero siento que está. En cambio, esa monjita de la cual han publicado un tomo de revelaciones las monjas del Sacré Coeur, que está hablando con la Superiora y ve al diablo, tiene ilusiones ilusorias.

Para hacer un poco de Psicología de los sentidos y Psicología de la imagen, vamos a tratar el problema de las ilusiones, primero por Psicología explicativa y después por Psicología descriptiva: entramos en la Psicología particular después de haber hecho seis clases sobre puntos de Psicología general; sobre tentativas incompletas de Unificación de la Psicología: Von Monakof, Jousse, Freud... y en estas también veremos dos escuelas nuevas, los “estructuristas” en la primera y los “personalistas” o “fenomenólogos” en la segunda.

El problema de las ilusiones es el problema central de la Psicología de los sentidos y de las imágenes: una ilusión es una imagen que se vuelve sensación, o sea un fantasma. Es muy importante, porque hay muchos ilusos y pocos ilusionados; tragamos muchos fantasmas (en el cine, por ejemplo) pero somos impotentes a fabricar fantasmas, a ver a Jesucristo entero y verdadero al lado nuestro o a predecir el futuro. Dice el hebreo cabalista y católico y gran novelista Abellio en su libro “Les yeux d’Ézéchiél sont ouverts” que se aproxima una época de profetismo, en que vuestros ancianos profetizarán y vuestros niños y niñas tendrán visiones, como en Lourdes y en Fátima; pero yo no los veo a los profetas, será que los matan apenas comienzan, o que nadie les hace caso, como a Casandra. Lo que veo es una gran cantidad de pseudo-profetas, como Toynbee, que profetiza que nace ahora una nueva religión, superior al Cristianismo y

después una nueva época próspera y feliz, un milenio, o como Hitler, que profetizaba la paz por mil años, yo lo oí con estos oídos que se ha de comer la tierra —como se lo comió a él.

La ilusión es un error del sentido, o mejor del intelecto en el sentido, puesto que el sentido nunca yerra acerca de su objeto propio, la delusión son los errores de los locos, por ejemplo creerse Mussolini o Napoleón Bonaparte; la alucinación es una ilusión total y con índice de presencia, como en los ensueños, en los deliriumtreméticos y en las visiones de los santos, que son iluminaciones. De modo que el problema de las ilusiones comprende desde las comunes decepciones sobre las cuales edifican su sistema los estructuristas —el vino dulce que parece amargo al febricitante, la miga de pan entre el índice y el anular cruzados, el bastón en el agua que parece roto: las tres ilusiones de Aristóteles, ilusión del sensible propio, del sensible común y del sensible accidental o estructural —pasando por los lapsus o actos fallidos que han dado tanto que hacer a Freud,

NO LEAN ESTO - HOMBRES SIN FE, ESPERANZA, AMOR.

CLAUSURADO DEFINITIVAMENTE

hasta llegar a los más altos fenómenos de la vida mística... ¿Cómo? ¿Las visiones de Santa Gertrudis mezcladas con el delirium tremens? No mezcladas sino emparentadas por debajo, por el mecanismo o automatismo psicológico: el aparato es el mismo, es el aparato de conocer que tiene el hombre; lo que ese aparato conoce o mal conoce es otra cosa, el contenido; y si está descompuesto o sano también es otra cosa, La natura es la misma, en buena Psicología: en Psicología descriptiva.

Max Scheler, Spranger, Dilthey han llamado Psicología explicativa a la Psicología que pretende explicar el psiquismo por medio de una descomposición en elementos fisiológicos o mecánicos (y no psíquicos); por ejemplo, las explicaciones de Spencer y de William James por medio de corrientes, de contactos, de choques, de interruptores, de reductores, de polígonos, de centros; etc. Esto no es Psicología explicativa, es mala Psicología, charlatanismo, superchería; es abusar de las palabras llamar Psicología explicativa a una cosa que declaradamente no explica nada: Psicología pseudoexplicativa o pseudoanalítica.

Llaman Psicología descriptiva, a la buena Psicología, a la de ellos; pero describir es menos que explicar, mas ellos hablan de la descripción fenomenológica, que no es descripción ordinaria sino descripción por los rasgos

esenciales en orden a llegar a las esencias, o sea el método de Aristóteles en la Ética a Nicómaco, en que dice que contemplará los hechos de modo que en ellos se transparente el principio, o sea las esencias o definiciones. Este es el mejor método que hay, el más profundo, evidentemente; pero no excluye sino que más bien supone el análisis somero de los hechos psíquicos y su descripción superficial y no esencial.

En realidad, Max Scheler analiza continuamente y no se puede filosofar sin analizar; lo que rechaza en verdad son los falsos análisis a lo W. James: como decir que la alucinación consiste en una explosión causada por un bloqueo de la corriente nerviosa en un recodo de su recorrido: esto es una simple aberración científica y una superchería pueril; explicar cosas psíquicas descomponiéndolas en elementos mecánicos que ni la conciencia nos da ni la experimentación puede constatar.

Esta mañana he examinado y tengo un empacho de la Psicología pseudo explicativa, con la cual se atosiga a los alumnos: “La memoria es una actividad psíquica que se refiere al pasado, al presente y al futuro; al pasado, ‘memoria mnemónica’; al presente, ‘memoria consciente’; al futuro, ‘memoria proyectiva’”.

He aquí el resumen de la adquisición principal de la teoría estructurista: es una teoría exacta y sólida acerca de la percepción sensible. “La percepción es la sensación con todo lo que lleva detrás prendido; y lo más importante de esto es la estimación y el significamiento, o sea la intervención de la voluntad y el afecto por un lado, y del intelecto por otro lado”* (Castellani, Psicología de la Estructura, Apunte).

“Los estímulos sensibles externos son estructurados por nuestra psiquis para hacerlos percepciones; lo único que tenemos son percepciones, en que intervienen con los sentidos externos, la memoria, la fantasía, el intelecto y el sentimiento; o sea, ‘todo acto psíquico es total’, como dijo el viejo Aristóteles. Y así un cazador ve una liebre en un cascote, un chico miedoso ve un hombre en un sobretodo colgado, y el Capitán del mercante Oklahoma vio ‘un enorme submarino alemán’ en un submarino regularcito. ‘No hay pequeños lobos’, dicen en Francia; pues todos los que han visto un lobo, han visto un lobo grande; y quiera Dios no hayan percibido un lobo en una perra” (Castellani, Jauja N° 20, Agosto de 1968, pág. 34).

¿Qué es la percepción sensible? ¿Es lo mismo que la sensación? Sí: es la sensación con todo lo que ella lleva detrás prendido; y eso no es nada menos que

toda el alma de arriba abajo; pero no prendida propiamente sino incluida o interesada. Nuestra alma está “asomada a los sentidos”. Nuestra alma está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes; y no en la hipófisis como dijo Descartes, en el cerebro como dijo Platón o en el corazón como dijo Aristóteles. ¡En la sangre! —decían los hebreos. No está mal.

Antes de abordar el estudio de las ilusiones (por medio de las cuales se redescubrió esta teoría exacta de la percepción) voy a leer simplemente una lista de teoremas aristotélicos acerca de los sentidos constatados por la moderna Psicología estructuralista.

1°- Nada hay en el intelecto sin pasar por el sentido; excepto el mismo intelecto —añadió Leibnitz.

2°- Los sentidos son cinco: “cinco sentidos tenemos...” Titchener yanqui, en su “Test-book of Psychology” dice que tenemos 17 sentidos. La copla y el catecismo y la Buena Psicología afirman cinco. Le podemos conceder a los yanquis un sexto sentido: el sentido del dólar.

3°- El tacto es la raíz de la sensoriedad.

4°- Los otros sentidos son “tactos especializados”.

“Los inteligentes son friolentos”: Aristóteles, Baudelaire.

“El trabajo manual educa la inteligencia”.

“*Sensible man*”, llama el inglés al inteligente.

5°- Doquiera hay sentido hay apetito.

6°- Doquiera hay sentido hay placer y dolor.

7°- El placer y dolor no son sensaciones puras.

8°- La vista es el sentido más sutil y diferenciado.

9°- El tacto es instintivo, la vista es intelectual”.

10°- El ESPACIO es una sinestesia u objeto común de los sentidos (solución al problema de la percepción del espacio).

11°- El sentido tiene objeto propio, común, estructural.

12°- NUNCA YERRA ACERCA DE SU OBJETO PROPIO.

13°- NOS ENGAÑA A VECES; PERO MÁS NOS ENGAÑARÍA SI NUNCA NOS ENGAÑASE... (proposición paradójal que explicaré en la conferencia próxima).

14°- La sensación no está ni en el cerebro ni en el órgano ni en el estímulo, sino en todo junto (solución a un extraño problema del siglo pasado).

15°- La sensación no es del alma ni del cuerpo sino del compuesto.

16°- La sensación consta de mimoimpresión y mimoexpresión.

17°- No es extensa ni es inextensa sino INTENSA (solución a otro espinoso problema, en el cual erraron Balmes y Bergson).

18°- El sentido está ordenado al intelecto.

19°- El intelecto está asomado al sentido.

20°- El intelecto completa y corrige al sentido.

El intelecto engaña cuando yerra el sentido.

El afecto es causa del error del sentido.

21°- No se dan sensaciones aisladas, se dan percepciones.

22°- La percepción sensible es fuertemente instintiva: es decir, subjetiva y biológica.

23°- Sin embargo, está ordenada al conocimiento.

24°- La ilusión es una percepción deformada; la visión es una percepción dirigida;

la alucinación es una percepción sin objeto.

25°- La “catharsis de los sentidos” de Platón, de los Vedas y de San Juan de la Cruz no es un mutilamiento sino una ordenación.

*“Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las oscuras cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores
Color y luz dan junto a su Querido!”*

Este es el culmen de la vida mística, la incorporación de la vida sensorial a la vida intelectual. La mística hindú (la de los yoguis, no la de los Vedas) es incompleta porque tiende a una aniquilación de los sentidos, lo cual es antinatural y puede volverse por ende diabólico. Los místicos cristianos predicaban la muerte de los sentidos; pero es una exageración pedagógica, como esa de que hay que amar a los enemigos más que a los amigos”. En realidad lo que se quiere obtener es el dominio de los sentidos y después una especie de resurrección. ‘No me hables, no me hables, ya sé lo que me dices’ —decía llorando San Ignacio y golpeando con su báculo a una florecita. Veía la Belleza o la Bondad de Dios en la florecita. ¿Era un visionario? No, no era un visionario. ¿Era un vidente? No, era un SUPERVIDENTE... Los que tienen visiones se dividen en visionarios, videntes, y supervidentes. Las visiones, según Sta Teresa, pueden venir de Dios, del Diablo o de la naturaleza: hay que tener cuidado.

Hay tres clases de ilusiones:

ilusiones imbéciles,

ilusiones ilusorias,

ilusiones iluminadas,

pero los psicólogos dan otra clasificación, que les pongo allí en el pizarrón.

La sensación nunca se da sola o pura, la percepción es la sensación “con todo lo que lleva detrás prendido”, como dijo el Jacha y como digo yo para que se acuerden los alumnos; es la “asimilación cognitiva de lo presente”; los ensueños

son percepciones normales sin objeto; la alucinación es percepción anormal sin objeto; la creación artística es percepción sin objeto provocada; las visiones imaginarias, percepción sin objeto dirigida; el sentimiento de presencia es una percepción sin imagen y la visión intelectual, conocimiento sin percepción.

Los sentidos llegan a producir esa cosa tan extraordinaria que son los fantasmas, por ejemplo, o las visiones de Teresa Neumann o la sensación de que yo no existo o que no tengo cuerpo o que mi cuerpo es de vidrio, a causa de lo que lleva detrás prendido, y como el origen de esta frase es también una ilusión se las voy a contar. Es una frase del Jacha.

Don Ramón Ibarra, alias "el Jacha," era un paraguayo macaneador, peleador y chistoso que había trabajado de hachero en los obrajes de La Forestal y andaba por Reconquista haciendo changas. El origen del nombre es el siguiente:

Un día cayó a mi casa a pedir trabajo, todo flacón y sucio y vestido con dos arpilleras. Mi madre estaba considerando un grueso rollizo de quebracho de más de una vara de diámetro que estaba tumbado en el patio desde tiempo inmemorial y no hacía más que estorbar; y dijo a don Ramón si era capaz de sacarlo y llevárselo.

—¿Y no juera mejor picarlo leña? —dijo el hachero.

—Pero ¿se puede? Mire que es madera como fierro —dijo mi madre, por no decir: “¿Pero usted puede ese trabajo con la pinta que tiene?”, que es lo que estaba pensando.

—¿Y cómo no, señora? —dijo el paraguayo, bajando del hombro el hacha—. ¡Yo tengo confianza por mi hacha!

Estaban los tres chicos Castellani, que se pusieron a reír y lo bautizaron el Jacha.

A las dos horas el rollizo había desaparecido en un montón de astillas.

El Jacha era bravucón. Un día estaba tomando con un paisano boliche de Ventura, se mamaron bien los dos, empezaron a bravuconear, después a amenazar, después a insultar y después sacaron los cuchillos y se atropellaron. El Jacha era bravucón pero cobarde. Quería batifondo, pero no hasta el fin, por lo cual vio con alegría que se levantaban todos los presentes a desapartarlos. Pero da la casualidad que todos lo sujetan al Jacha, mientras al otro solamente uno o

dos, que era un paraguayo grandote, y forcejeando parecía que ya no más se iba a soltar. ¡Amigo! Cuando ve eso, el Jacha empezó a los gritos:

— ¡Asujetelón! —decía—. ¡ Asujetelón! ¡Asujetelón al otro! ¡Asujetelón al otro, que yo, mal que mal, me sujeto solo!

Una noche el Jacha se iba a caballo para Ocampo, y se paró en la pulpería del Sombrerito, donde había una punta de paisanos hablando del tigre. Parece que había en las inmediaciones una bestia malísima que ningún paisano ha visto pero que ponderan muchísimo lo mala que es, y que llaman una tigrapanda. El Jacha dijo que teniendo él su facón y su poncho no le teme ni al diablo, cuantimemos a un tigre o dos.

Estaba Sandalio, que sabe imitar el bramido de todos los animales, y estaba el bestia de Mascazzini. Salieron despacito del boliche y se emboscaron en el camino. Tenían una calabaza vacía con una vela adentro y dos buracos imitando ojos de tigre. Se escondieron en un matorral, y apenas cayó el Jacha al trotecito y bastante alegre con unos vasos de vino, le sacaron la cabeza de tigre y empieza Sandalio a bramar que daba miedo ¡Amigo! El Jacha volvió riendas, clavo espuelas y atropelló pa donde pudo. Tomó su famoso tornado, un caballo esplendido, que estaba lo más tranquilo ¡y cuándo, si hubiese sido de veras tigre! Pero el Jacha pilló un julepe tan grande que lo hizo atropellar por el monte, por un arbolito de espina-corona, que tiene unas espinas duras y tamañas, desgajo una rama entera del encontrón y la rama le quedó prendida del poncho todo por arriba de la espalda y el cogote. Se agachó el Jacha y empezó a castigar al tornado con toda el alma. Pero a cada salto del animal, saltaba la rama, y se le hincaban las espinas al Jacha, y el Jacha se agachaba y castigaba mas fuerte. Quien sabe donde hubiera ido a parar, si al pasar por la pulpería no salen todos los muchachos levantando los brazos gritando:

—Don Ramón! ¡Dónde va! ¡Paresé, paresé!

Pero el Jacha, cada vez más agachado y pegando más fuerte, contestó:

—¡Sí, paresé, paresé! ¿Y esto que llevo acatrás prendido?

Con la mamúa el pobre Jacha andaba creyendo que llevaba el tigre en ancas.

Así que propiamente hablando no hay errores de los sentidos, el entendimiento es quien juzga y por tanto el entendimiento es quien yerra; los sentidos sienten y en el sentir no puedo equivocarme, es una cosa inmediata. A mí me duele el pie y el

médico me dice: “A usted no le duele el pie, a usted le parece que le duele el pie; esos son nervios. Y yo digo: “A mí me parece que me duele el pie, tiene razón, doctor; pero yo siento que me duele el pie”. Y lo mismo pasa cuando le duele a uno el alma. Los amigos le dicen: “A usted no le duele nada”. Y a uno le duele más que antes.

El estructurismo fundado por Wertheimer, Koehler y Koffka, se ha edificado en torno al problema de la percepción sensible, y por ende al problema del conocimiento, que en el hombre comienza por la percepción sensible, o “sensación”, y su comienzo y punto de apoyo son las llamadas “ilusiones de los sentidos”. Esta es una escuela muy interesante, que ha aprovechado todo lo aprovechable de la Psicología Experimental alemana, desde Wundt hasta Neumann y Lipps, descubriendo o redescubriendo dos grandes principios que iluminan la enorme y caótica masa de los experimentos, a saber: el principio de totalidad, que “el todo es antes que las partes” o, como dicen ellos, el todo es mayor que la suma de las partes.

Y el principio de la ESTRUCTURA, “que el conocimiento es activo y no meramente pasivo”, que “el alma conociendo se hace en cierto modo todas las cosas” (Aristóteles), que el conocer es un “gesto mimético” (Jousse), que ellos expresan diciendo que “no conocemos cosas sino estructuras”, proposición peligrosa —que si se completa con esta otra de Wertheimer: La percepción es independiente del estímulo, se vuelve falsa. Como está influenciado por la filosofía kantiana, el estructurismo camina al filo de un abismo, del llamado subjetivismo; pero hay que reconocer que los más grandes entre ellos, Koffka, Koehler, Gemelli, se han librado de ese error. El alma conoce por medio de estructuras, en parte productos de ella, pero que son signum quo y no signum quod, son lo CONQUE se conoce, no LO QUE se conoce: Vemos las cosas por medio de un espejo; y también las vemos por medio de los anteojos; pero en el primer caso, primero vemos el espejo; y en el segundo caso, no vemos primero los anteojos: signum quo o sea medio CON QUE. Aquí aparece el gran error de Descartes, que trabaja a toda la Filosofía moderna: Descartes creyó que percibíamos primero nuestras ideas y después las cosas, “pienso luego existo”, primero nuestro pensar y después nuestro existir. No. Percibimos las cosas por medio de nuestras ideas. La reacción existencialista que dice: “Primero es el existir”, tiene razón en este punto.

Es una vuelta atrás de la Psicología cartesiana que era atomista (asocianista) a la Psicología totalista, que es la Psicología perenne, con la cual se pueden explicar y describir las visiones de Teresa Neumann.

Las visiones de Teresa Neumann son cosa conocida para ustedes; si no, les recomiendo el libro de Frank von Lama, que está traducido al francés y sería tiempo de traducir aquí si nuestros traductorísirnos editores sirvieran al interés del país y no a su propio lucro; es decir, a la estupidización del país.

Teresa Neumann es una muchacha de Baviera (ahora no tan muchacha), cerca de Munich, de una aldea cerca de Oberammergau, que desde muy jovencita, después de una curación que ella dice milagrosa y atribuye a Santa Teresita, empezó a tener visiones. ¿Qué ve? Ve la Pasión de Cristo todos los Viernes, o mejor dicho, la vive, con una inmensa compasión, siguiendo todos los pasos del Via Crucis como si fuera un miembro del séquito desarrapado que sigue las ejecuciones, equivocándose a veces acerca de las personas (enojándose con Simón Cireneo y enterneciéndose con Poncio Pilatos), sangrando por la frente y por ojos (esto es verdad, yo he visto fotografías) y abriéndosele llagas en las manos y en los pies en el momento de la crucifixión — repitiendo frases que oye en arameo, en griego y en latín coloquial (según dice), frases que ella no puede saber ni nadie, ni siquiera un profesor alemán, pues el latín coloquial se ha perdido y sólo nos quedan algunos trozos en Plauto y Terencio... frases que han resistido la crítica de los profesores alemanes: es una “Mädchen”, una campesina robusta sencilla y alegre: cuando la vio Monseñor de Andrea estaba jugando con un ternerito.

No la vi: leí el libro de Von Lama —un periodista alemán que estuvo dos años al lado de ella, se convirtió del Protestantismo y se volvió su traductor e intérprete, lo mismo que al lado del lecho de la inválida Catalina Emmerich el gran poeta Clemente Brentano... Oí en París una conferencia de un monje benedictino profesor de Psicología contra Teresa Neumann, cuyo resumen tengo todavía entre mis papeles: estaba animado de un verdadero “furor theologicus” contra la vidente —mas todo el fondo de su argumentación contra ella consistía en que él no había podido someterla a una experimentación científica, que su padre y su párroco la tenían secuestrada, y que eso de que hace ya 20 años no come nada y se alimenta de la hostia consagrada es filfa, porque cuando duerme y cuando se baña nadie la vigila y entonces puede comer a escondidas; que las dos hermanas dominicas que la vigilaron durante 15 días por orden del Papa, no son dos hombres de ciencia y además fiada impide que una histérica pueda ayunar 15 días... etcétera. También leí (y lo tengo aún) el notabilísimo opúsculo del Dr. Oppenheim contra Teresa Neumann, el cual presenta el caso de una cliente suya histérica, a la cual él por medio de hipnotismo podía hacer sudar sangre de los ojos y brotar unas pequeñísimas llagas o excoriaciones en el dorso de las manos; demos que sea verdad esto, aunque el libro no tiene ninguna seriedad científica, afirma bajo su

palabra sin ninguna prueba o constatación para el lector; y tiene menos autoridad que los casos de estigmas que trae el Dr. José Ingenieros en su libro “Historia y Sugestión”, uno de los cuales por lo menos es falso, es inventado...

Monseñor Franceschi vio a Teresa Neumann y me dijo que a su parecer es sobrenatural, es decir, que eran visiones de Dios. Se basa en que esa vidente tiene la “hierognosia”, o sea que ella conoció que él y Monseñor Panico, que fueron a verla vestidos de civil, eran sacerdotes; lo cual no prueba la hierognosia, pues ambos tienen una fachada tan sacerdotal (es decir, frailuna) que cualquiera conoce que son sacerdotes aunque vayan vestidos de bailarinas del Colón. Pero es cierto que (dicen) Teresa Neumann distingue el agua bendita de la no bendita, las medallas benditas de las no benditas, una hostia consagrada de las sin consagrar —y eso es hierognosia— ¡y a los endemoniados! ¿Hay endemoniados hoy día? Aquí entre nosotros mucho me temo que sí; y pido a Dios no encontrarme con ninguno de ellos ni siquiera en el colectivo... ¡No hay endemoniados hoy día! Yo no sé: pero cuando yo tenía 9 años, había en Las Toscas a dos leguas de la chacra de Daggaro una muchacha italiana que veía cosas ocultas, encontraba cosas perdidas, bramaba ante el agua bendita y hablaba idiomas desconocidos cuando estaba en el trance; caía en un estado cataléptico y entonces hablaban por su boca dos voces en español purísimo y ceceante, siendo así que ella no sabía más que friulano y cocoliche. Yo la vi; estaba en trance, con los ojos cerrados, y cuando nos acercamos yo y mi hermana Muñeca, dijo: “Estos son los hijos del finado Castellani” —siendo así que no nos conocía ni podía conocerlos. ¿Me puedo fiar de un recuerdo mío de los 9 años? Sí, porque lo conservo vivísimo; y a los 14 años conté todo esto al P. Parola, y me dijo que eran las señales de los posesos que trae el ritual romano. El cura de Las Toscas quiso echarle los exorcismos, y lo sacaron corriendo las dos voces revelando en voz alta sus pecados ocultos; y proclamando que no saldrían de ella si no los conjuraba el Obispo de Santa Fe. Por supuesto que era la sensación de la comarca, iba mucha gente a pedirle remedios y a encontrar objetos perdidos, que ella veía; pero si eran robados no quería denunciar a los ladrones, de modo que no le servía de nada al comisario. Seguí oyendo de ella hasta los 14 años.

Estas cosas se llaman Metapsicología y los vuelven locos a los psicólogos. Han existido siempre y en todos los pueblos, no las han inventado los cristianos ni los judíos: Aristóteles y Plinio traen casos de mal de ojo, de curar de palabra, o sea ‘ensalmos y de posesión, o sea tener un Dios adentro.

Me perdí de Teresa Neumann. Teresa Neumann se horroriza ante algunas personas, y dice que huele a las que están en gracia o no están en gracia de Dios,

como San Felipe de Neri o el P. Pío de San Giovanni Rotondo. Las visiones de Teresa Neumann se parecen a las de Catalina Emmerich, del siglo XIX, que veía toda la vida de Cristo; a la de la beata Taigi, del XVIII, que veía el Apokalipsis; a las de la beata María de Agreda, la consejera de Felipe IV, del XVII, que veía la vida de la Virgen; a las de Santa Gertrudis, del XVI, que veía la Pasión; a las de Santa Catalina de Génova, del XV, que veía el Purgatorio; a las de la reina de Suecia, Santa Brígida, del XIV, que veía toda la vida de Cristo —que cruzó toda Europa predicando con un gran séquito para ir a ver al Papa, el cual la honró (hoy día la meterían en un manicomio); a las de Don Bosco; a las de Holzhauser; a las del sueco Swedenborg —y a las de otros muchos; —pero las que he nombrado han quedado perfectamente documentadas por escrito. ¿Qué caso hay que hacerles? ¿Lo mismo que al Evangelio? No. ¿Ningún caso? El que quiera no hacerles ningún caso, no peca, a no ser que las desprecie por soberbia, o mejor dicho por estupidez, es decir, por racionalismo.

Yo no pude ver a Teresa Neumann, y eso que fui desde París para eso. Fue así: había una orden severa del General de los Jesuitas que ningún jesuita pudiera ver a la Vidente; yo me deshice para ser exceptuado, por ser doctor en Teología y en Psicología y no hubo caso. Obedecí con obediencia ciega; y ahora me arrepiento de no haberla visto a escondidas: ya que soy tan rebelde, una rebeldía más o menos... ¿Por qué había venido esa orden? Me contaron esto: un jesuita de Pullach fue a ver a la vidente y ella le dijo: “Dígale a su General esto y esto de mi parte” —¿Cómo le puedo decir yo eso al General?— Dentro de un año lo verá; tenga coraje y dígaselo —de mi parte— Es imposible... El no pensaba ir nunca a Roma; y al año lo llaman de Roma: le dijo al General lo que le habían encargado, y al General le faltó tiempo, tiempo para sentarse al escritorio y mandar una orden de interdicción absoluta a la Asistencia de Germania. ¿Qué le había dicho el tipo? No lo sé. A lo mejor lo mismo que quería decirle yo cuando me llamó a Roma, y no me dejó hablar el muy bárbaro.

Monseñor Franceschi me contó que a él le habló Teresa Neumann de cosas tan ocultas de su conciencia que ni su confesor las sabía... ¡Qué diferencias con las adivinaciones estériles, pavotas y muchas veces dañinas de Mr. Lack! —el gran vidente de Bs. As.! Y lo curioso era que el párroco de Neuborg, que traducía el dialecto “münchenois” de Teresa al francés, no entendía esas cosas y decía: “Yo no entiendo esto; dice esto; yo no lo entiendo”. ¡Pero yo bien lo entendía! —dice Monseñor Franceschi. Lo dejó robustecido y consolado. Le dijo: “No se angustie por escribir mucho —consejo de alta crítica literaria— porque se enfermará y perderá la dulzura de la misa”. A otros no los deja consolados sino aterrados; como a un padrecito andaluz que yo vi en Innsbruck y me disuadió de ver a la

Neumann porque a él lo había aterrado; y después yo pensé y consideré la vida de ese padrecito y vi que estaba bien y que era santo que lo dejaran aterrado los santos.

¿Qué es esto, señores? Digamos provisoriamente que son como ensueños creadores dirigidos; es decir, tienen una cosa parecida a nuestros ensueños; pero no incoherentes y vanos si no parecidos a la creación del artista; pero no creación artística ordinaria sino extraordinaria y dirigida, puesto que tienen conocimientos extraordinarios. Por lo tanto, las visiones son una cosa emparentada con estas otras cinco cosas normales, y no muy lejos de esta otra cosa anormal, la alucinación. No les ocultaré que toda una escuela psicológica actual (Pierre Janet, Leuba, Ingenieros) dice que son meras alucinaciones. “¡Estos son todos anormales!” Santa Teresa, doctora mística y gran experta en Psicología, diría: “Los hay, pero no todos; y a la otra escuela psicológica (Segond, Myers) que dice: “Estos son todos supranormales” les respondería: “Los hay, pero poquísimos: uno entre mil”.

¿No es materialismo o irreverencia confundir estas cinco cosas en una sola categoría de fenómenos? No en una sola categoría de fenómenos sino en una sola analogía de fenómenos: el mecanismo psicológico es el mismo en todos los casos y está basado en la misma naturaleza humana, compuesta o descompuesta. Como si dijéramos, todas estas personas tienen aparato televisivo, compuesto o descompuesto, que no es otro sino el aparato de conocer del hombre; ahora, lo que ven depende del transmisor, y de acuerdo al transmisor (al televisor) lo que ven y la calidad y la especie de la visión son diferentísimas en uno que tiene ‘delirium tremens’ por ejemplo, y en el poeta Baudelaire que crea un mundo poético nuevo o en Teresa Neumann que vive la pasión de Cristo. Los transmisores son tres según Santa Teresa: o el ángel bueno o el ángel malo o la naturaleza; o compuesta como en el artista o descompuesta, como en el visionario.

Estoy considerando aquí el aparato, no el contenido, que consideraré en la próxima conferencia, y el aparato no es otro sino la percepción humana, ese algo tan sencillo y tan complejo a la vez; y en el análisis de la percepción todo esto se homologa y se emparenta. Quedémonos por ahora en esta noción, que la sensación humana, un acto que parece tan simple (y lo es) comporta empero la acción de todas las otras potencias del alma, y que el alma es un ser abierto y no cerrado, abierto a todas influencias, incluso invisibles. Vamos a concluir con la explicación de las visiones por vía de análisis: pero antes hay que hacer una advertencia acerca de la Psicología explicativa o analítica.

Hoy día está mandada a archivar la Psicología explicativa por las escuelas personalistas o totalistas. Max Scheler dice que la Psicología explicativa no explica nada, puesto que para explicar descompone los fenómenos que son simples y totales en partes artificiales y ficticias; y después cree explicar algo armando de nuevo estas piecitas que ella misma ha inventado. Eso es verdad de muchos psicólogos asocianistas y fisiologistas del siglo pasado, William James, por ejemplo Pocha añadir Max Scheler que las partes que crea ese falso análisis del acto psíquico no son psíquicas; por tanto son de imposible constatación. Un ejemplo James dice, para explicar la alucinación:

“Aplicando esto al cerebro y al pensamiento (ESTO es una comparación que hace con una corriente de agua por cañerías), si tomarnos una serie de procesos A, B, C, D, E, asociados en círculo entre sí en este orden y suponemos que la corriente a través de ellos es muy rápida, habrá pequeña intensidad por doquiera hasta que, por ejemplo una pausa ocurra en E. Pero en el momento en que la corriente es cortada dondequiera, pongamos entre C y D, el proceso en C debe crecer en intensidad, y podemos concebir que explota o revienta de manera que produce en la mente una sensación en lugar de una idea” (!) (PRINCIPLES, II, pg. 122).

Todo el capítulo que se llama “The neural process in hallucination” sigue por este estilo: la alucinación consiste en una corriente que se atasca, un caño que revienta y una idea que se convierte en sensación. Ya hemos visto esto el año pasado en Spencer: esta especie de ingeniería psíquica hecha por hombres que no son tampoco ingenieros: estos son pseudo-análisis que no explican nada no prueban nada y no sirven para nada.

Pero un análisis que utilice conceptos psicológicos y no imágenes mecánicas y que no pierda de vista nunca la totalidad que disecciona, es posible y útil; aunque no sea lo más alto de la Psicología. Este análisis hacemos de la percepción para encontrar allí una primera explicación del fenómeno de las ilusiones.

La percepción es la sensación con todo lo que lleva detrás prendido; y lo más importante de esto es la estimación y el significamiento, o sea la intervención de la voluntad y el afecto por un lado, y del intelecto por otro lado, en la percepción de las cosas. “No percibimos cosas sino estructuras” dice Wertheimer kantianamente... No. Percibimos las cosas estructurando los estímulos de acuerdo a nuestro propio espíritu; lo cual no es deformar las cosas sino asimilarlas. Supongamos que Napoleón, Goethe y un labriego miran un campo: los tres ven el mismo campo, pero cuán diversamente estimado y significado. Napoleón dirá “Excelente posición

para un regimiento”. Goethe dirá: “Este paisaje me recuerda el estado del alma en que compuse el Diván”. El labriego dirá:

“Pésima tierra para remolacha”. En cuanto a la estimación, puede que uno diga: “¡Qué esplendido!”, y otro diga “¡Que desastre!” Tienen la misma sensación los tres, no deforman el campo, ven el mismo campo, pero perciben diversamente, simplemente lo interpretan o construyen dentro de un conocimiento superior. Pues bien, esa estructuración del conocimiento sensible es la que hace posible, tanto los errores de los sentidos, como los ensueños de la fantasía, como la encarnación del conocimiento intelectual en visiones, en cuyo proceso pueden entrar influencias supranaturales. Si Pavlov puede hacer ver fantasmas a los perros por medio de una comente eléctrica al cerebro, si un hipnotizador puede hacer ver fantasmas al hipnotizado, si el poeta tiene naturalmente “sueños cosmirreveladores”, a fortiori el Creador de la naturaleza puede producir visiones, o sea, sueños reveladores de verdades sublimes; sea directamente, sea por medio de sus ministros los ángeles. “Hizo a los vientos sus enviados; y su ministro es el fuego veloz”.

Los místicos enseñan que las visiones imaginarias son secundarias y peligrosas; no son la cumbre de la vida mística, son una etapa inferior —a cargo de los ángeles—; no son la unión con Dios sino el roce del alma con un espíritu, el cual roce ordinariamente arruina el cuerpo, porque los espíritus puros con respecto a nosotros son como fuego veloz; y finalmente, según Santa Teresa, hay que rechazarlas y resistirlas en cualquier caso todo lo posible, puesto que pueden ser del Diablo o de enfermedad; si son de Dios, ya se impondrán ellas contra toda resistencia.

Creo que las visiones de Teresa Neumann son de Dios; en cambio no creo que sean de Dios las visiones de Sor Dina Belanger ni las de sor Josefa Menéndez.

Dicen que las visiones no son necesarias para la fe; no, pero son necesarias para la esperanza; y por la esperanza la mayoría de los hombres llega a la fe: quiero decir que hoy día a la fe le falta el soporte de la imaginación y quizá ésa es una de las causas de que languidece y muere: ‘el intelecto sin imagen y la imagen sin intelecto se reparten hoy el mundo’; el pensar figurativo, el pensar simbólico, el pensar a la vez lo abstracto y lo concreto, que es el pensar más alto del hombre, ha sido desplazado, por el pensar abstracto desecado y desencarnado en Filosofía y Teología, y en los indoctos por el excesivo cine, radio, televisión y circo. Pidamos a Dios el arte de ver visiones: de tener ilusiones iluminadas, sin las cuales no podemos vivir, o por lo menos no podemos caminar. Las ilusiones iluminadas son los vestidos de la esperanza, son la estructuración concreta del Ideal.

Elbio Botana me habló por teléfono un día (no lo conozco personalmente) y me dijo esa frase que está también en su libro “El Pan y la Viña”: “Odio a los hombres que tienen ideales” —¿Por qué? —Porque los hombres que tienen ideales son los verdugos de la Humanidad. —¿Qué ideales? —Por ejemplo, el ideal fascista —Eso no es ideal, eso es ideología: aprendamos castellano, caro amigo.

El ideal es la concreción del Último Fin en un ensueño, en una ilusión; sin ideal no puede dar un solo paso Elbio Botana ni yo; y con malos ideales podemos dar muchos malos pasos.

LA PRESENCIA

AL HALLAJ, POETA, HEREJE Y MÁRTIR (858-922)

Una de las consolaciones de la vida es encontrar los espíritus fraternos que están escondidos en el universo; pero encontrar un espíritu fraterno en un pueblo semítico y a mil años de distancia es un poco extraordinario. Eso es lo que le pasó a Mr. Luis Massignon con respecto a Al Hosayn ibn-Ghazour Al Hallaj. Nos sirve de ejemplo hoy.

La clase anterior comencé el problema de las ilusiones, alucinaciones y visiones. Expliqué solamente el primer esquema, la percepción según los estructuristas, que nos da la condición de posibilidad de todos esos fenómenos análogos, y eso en forma somera y remota; y puse este cuadro de todos los fenómenos, muy heterogéneos entre sí, que tienen que ver con el "índice de presencia."

LA PRESENCIA

1° Introducción. "Lo que hay de común en todos esos fenómenos dispares, patológicos o no, es el "índice de presencia" positivo o negativo. "Llámase índice de presencia ("índice de presencia" – "sentimiento de presencia" - "sentimiento de realidad" - "función de lo real" - "objetivación", y "creencia". Desconfiad de las cosas que tienen muchos nombres.) a la propiedad que tienen los contenidos representativos de serenos reales o presentes —o irreales o ausentes". Cuando veo a mi madre ella me es presente; cuando la recuerdo solamente, me es ausente. Esa diferencia ¿qué es? Es el índice de presencia.

El problema psicológico del índice de presencia cubre todos los problemas concernientes a la percepción sensible; y cubre toda la etapa de la Psicología asocianista o explicativa, desde Guillermo Wundt que lo planteó en 1879 hasta Joseph Maréchal (1908) que lo resuelve, o mejor dicho sintetiza todos los pasos y soluciones parciales en un espléndido trabajo titulado "El sentimiento de presencia en los profanos y en los místicos", opúsculo de 110 pgs. incluido en el primer tomo de sus "Estudios sobre la Psicología de los místicos", que constituye una de las mejores "introducciones a la Psicología" que se pueden recomendar.

No expliqué sino uno de los esquemas, la teoría de la percepción según los estructuristas; y no lo apliqué a las visiones sino en general, diciendo que allí

estaban las condiciones de posibilidad de que una imagen se vuelva sensación — pues eso es una visión. A saber: si dentro de lo que llamamos sensación hay memoria, imaginación y conceptos invisiblemente incluidos, integrados o “estructurados”, ya se comienza a ver cómo esos otros elementos cognitivos, que de suyo no tienen índice de presencia, pueden adquirirlo robándolo a la sensación, por decirlo así: si yo a un hipnotizado le digo: “Frente a usted está el retrato de Perón”, puede que no vea nada; pero si pintarrajeo una hoja con cualquier color y se la pongo delante, lo verá con toda facilidad, sirviendo de punto de apoyo la sensación a la imagen interna para producir la alucinación, o sea la imagen con índice de presencia. De modo que muchos defienden (y yo defendiendo) que no se da nunca alucinación, sin un apoyo sensorial (o sea que todas las alucinaciones serían en el fondo ilusiones grandes); —contra Wertheimer que dice “se puede dar percepción sensible sin ningún estímulo” —tesis ultrakantiana, casi berkeleyana.

De manera que, someramente hablando, las visiones de una Catalina Emmerich o Teresa Neumann se presentan al psicólogo como sueños creadores dirigidos.

De manera que en las creaciones del poeta es el intelecto, o mejor dicho la parte más profunda del alma, la que dirige o “estructura” los sueños de la fantasía, no sobrepasamos lo natural; pero en las visiones en que aparece algo que supera las facultades naturales, es menester admitir la intervención de una causa superior al hombre.

No todas las visiones que se cuentan o se imprimen tienen este carácter ciertamente. Tengo aquí dos libros de visiones, uno impreso en Barcelona, contiene las de Dina Belanger; y el otro impreso en Buenos Aires, las de Josefa Menéndez, que me merecen un juicio muy severo.

Yo no creo que estas visiones sean de Dios o del ‘ángel’: porque no hay nada en ellas que pruebe eso, al contrario. ¿Son pues del Diablo? No: “de la naturaleza”, como dice Santa Teresa: son sueños piadosos (ni creadores ni dirigidos), favorecidos por una disposición un poco patológica, lo cual no prejuzga nada acerca de la honestidad de las soñadoras, que pueden ser excelentes mujeres; incluso tal vez santas: aunque eso yo no lo creo.

Pero aun cuando en las visiones imaginarias aparecen elementos extraordinarios, ellas no constituyen lo esencial ni lo supremo de la vida mística sino una etapa intermedia que algunos místicos sobrepasan y otros no sobrepasan, conforme a su vocación particular. La cumbre de la vida mística —o sea la santidad— está constituida por una unión intelectual con Dios, que no es un

simple recuerdo o una imagen, sino una presencia permanente y como substancial en el alma, que produce efectos estupendos, en sus palabras y sus obras; como por ejemplo, un sentimiento de identificación con Dios, que parecería sacrilegio, como en esa palabra de Al - Hosayn ibn - Ghazour Al Hallaj: “Yo soy la Verdad, o este verso de un poema suyo:

¿El camino hacia Dios? ¿Qué camino?

Camino supone dos personas,

Y aquí ya no hay dos personas.

Los estados de la vida mística son un misterio para los psicólogos, que se arman grandes líos con él: si hablo tanto de cosas religiosas no tengo la culpa yo, hay centenares de libros hoy día que hablan de esto, y muchos bastante mal por cierto. No les ocultaré que hay una escuela psicológica (Pierre Janet, Leuba, Ingenieros y tantos otros) que ante Teresa Neumann exclama: “Todos estos son anormales.... La madre Teresa, Doctora Mística y gran experta en Psicología diría: Los hay, pero no todos.

En cuanto a los estados místicos superiores, la perplejidad de los psicólogos es aún mayor: Mr. Enrique Delacroix, mi profesor y decano en la Sorbona, en su curso sobre la “Psicología de los grandes místicos cristianos” hace recurso a la “Subconsciencia” y a la “Intuitividad propia de algunos espíritus”, es decir, se refugia en la oscuridad; Mr. Ernesto Recéjac, en su tesis sobre los “Fundamentos del conocimiento místico”, racionaliza aún más esos estados y se satisface con esta conclusión sibilina:

“He aquí el trabajo interior del misticismo: la Voluntad aspirando a lo Absoluto, luchando contra la conciencia empírica y apoyándose a la vez simbólicamente en ella, ansiando prescindir incluso de los símbolos, llega al fin a una inconsciencia donde no subsiste más que el deseo, con una seguridad de pureza moral que... equivale a la posesión de lo Absoluto”.

Estas palabras abstractas no nos dicen absolutamente nada acerca del MILAGRO de la vida y la obra de Al Hallaj, gran poeta místico, gran predicador de la religión interior y del amor puro de Dios, y mártir de esa misma predicación el año 922 de Cristo y 309 de la hégira musulmana.

Cuando leí las obras de Luis Massignon acerca de Al Hallaj tuve la impresión de un milagro, o mejor dicho de dos milagros psicológicos, que me impresionaron tanto, o quizá más, que si hubiese visto levantarse a un muerto o desinflarse rápidamente un hidrópico, como vio Alexis Carrel en Lourdes: un milagro psicológico es la vida religiosa de Al Hallaj, y otro, la conversión de Luis Massignon ante la vida religiosa de Al Hallaj, un mártir separado de él por 10 siglos de distancia, un “sufí” de la ciudad de Bagdad, durante el califato del Califa Al - Moktadir, en plena flor del Imperio Muslim. ¿Al Hallaj hizo milagros en vida?... Pero éste que hizo 1000 años después de muerto es mucho más grande.

Luis Massignon era un joven profesor de árabe del Colegio de Francia, dedicado al estudio de la poesía mística árabe, que es muy copiosa e importante —es un mundo—, que quiso aprender bien el árabe y tomó el medio más eficaz posible: desapareció de París y se fue a vivir entre los beduinos del África francesa, como Charles de Foucauld, adoptando sus vestidos, sus hábitos, sus costumbres haciendo la vida de ellos; y siendo ateo (o agnóstico mejor dicho) e hizo mahometano; los católicos de Francia, entre los cuales nació, no lo hicieron creer en Dios; y los beduinos de Argel, sí. Allí encontró la tradición del mártir Al - Hosayn, figura radiante de belleza y de leyenda entre los musulmanes, y se entusiasmó por él, se apasionó, y le dedicó su vida y sus estudios; y el estudio exhaustivo, inmenso, rigurosamente científico que hizo de esa extraña figura para arrancarla de la niebla y de la distancia, lo convirtió al Catolicismo. Luis Massignon es un verdadero sabio, no muy conocido: no está en la enciclopedia Espasa; sus obras son pocas pero monumentales: “La Pasión de Al - Hosayn ibn - Ghazour Al Hallaj, mártir místico del Islam”, dos volúmenes de más de 1.000 páginas erizados de textos en árabe; “El Diwan de Al Hallaj”, todas las poesías (o mejor dicho recitados orales) que se han conservado, recogidos, reconstituidos y traducidos, un resumen de su obra grande; “Cuatro textos inéditos de Al Hallaj”, y varios trabajos de Historia de las Religiones y Psicología religiosa, todos densos, profundos, rigurosamente científicos y de una inteligencia extraordinaria.

La poesía del “extático” de Medina llevó a Massignon al alma del “extático” nacido en 854 en el nordeste del Golfo Pérsico. He aquí un recitado de Al Hallaj:

¿Te invocaría yo, Eres Tú,

Si Tú no me hubieses invocado: Soy Yo?

Entre yo y Tú se arrastra todavía un Yo que me atormenta.

¡Ah! Quitá por favor por medio de tu Yo divino

Mi Yo de entre nosotros dos.

¿El camino que lleva a Dios? ¿Qué camino?

El camino es entre dos,

Y ahora en mí no hay dos.

El que recitó estos versículos murió por afirmar que él y Dios no eran dos. En el amor humano hay eso, según esa copla de Catamarca que dice:

Tú eres una y yo soy uno,

Una y uno suman dos,

Pero la mujer y el hombre

O son uno o nada son,

es señal que eso no es imposible. La muerte de Al Hallaj fue referida por escrito por un testigo presencial, su hijo Hamde: condenado como hereje por el dictamen de los juristas y sentenciado a muerte por el Califa Al - Moktadir, fue sacado de la prisión donde languidecía 8 años hacía y arrastrado al lugar del suplicio. “Le cortaron las manos y los pies, después de haberlo flagelado con 500 azotes...”. Con sus muñones ensangrentados se embadurnó de sangre la cara, antes de que lo crucificaran; conforme a lo que él había cantado:

Muchos van en peregrinación a la Meca —hacen bien.

Yo voy en larga peregrinación al Amigo que está en mí.

Ellos llevan corderos a sacrificar —hacen bien.

¿Yo?, yo llevo mis venas y mi sangre.

Lo crucificaron —dice su hijo— y yo lo oí hablar con Dios en éxtasis. A la tarde vino la autorización del Califa para decapitarlo; pero como era tarde, lo dejaron para el otro día. Pasó la noche en la cruz y lo encontraron a la mañana todavía vivo. Dio un gran grito: “Lo que quiere el extático es al Único, solo con él”. Después

recitó un versículo del Korán: fue su última palabra. Le cortaron la cabeza, vertieron petróleo sobre su cadáver, y lo quemaron. Las cenizas fueron dispersadas a los cuatro vientos desde lo alto de la Manaráh, el “Minarete”.

¿Por qué lo mataron? Luis Massignon ha reconstruido minuciosamente el proceso; para eso no sólo permaneció años enteros entre los beduinos de Argel, sino que hizo viajes a Constantinopla, Mesopotamia, Siria, Egipto y Palestina: en el siglo X el gran Imperio Musulmán no solamente escribe sino que tienen una literatura riquísima; todo esto está rigurosamente documentado y la minuciosa reconstrucción de Massignon produce una certeza absoluta. Un seminarista me preguntó: “Lo canonizaron?”. Yo respondí:

No lo canonizaron ni lo canonizarán, pero el proceso de canonización está hecho por Luis Massignon en forma perfecta”.

¿Por qué lo mataron? Las acusaciones contra el místico árabe son numerosas y guardan una curiosa analogía con el proceso de Jesucristo. Se pueden reducir a tres cabezas: delitos comunes, delitos políticos y finalmente el gran delito religioso de “haberse hecho igual a Dios”. “Nosotros tenemos Ley...”.

La primera acusación fue de haber hecho milagros públicos que eran supercherías o escamoteos; acusación que se vuelve después delito de magia negra”, o sea tener “yinnns” a su servicio. Al Hallaj había hecho un viaje a la India y a la China, a los 45 años; pero fue para predicar entre los musulmanes, no para aprender la ciencia de los fakires. ¿Qué milagros eran éstos? No consta: probablemente curación de enfermedades. “Tiene demonios; y por virtud demoníaca hace prodigios. Al Hallaj le dijo a un amigo lo siguiente: “Oh Tahir, lo que ves y oyes no es prestidigitación ni un poder sobrenatural que yo tenga: son escenas reales con muchos personajes en los cuales Dios pone el acorde...”. Pero no negó que en esas escenas de sugestión colectiva, en las cuales algunos enfermos se levantaban sanos, el director de orquesta era él.

Pero en esta acusación de magia, apunta la querrela capital contra Al Hallaj: hacía milagros públicos, por lo tanto iba contra el Korán, pues el último milagro público es la revelación del Korán; se atribuía una misión divina confirmada con prodigios y por lo tanto iba contra la misión de Mahoma. ‘Hay un solo Dios y Mahoma es su (solo) profeta”.

Hallaj es acusado además de rebelarse contra el poder político: cuando lo arrestaron en 914, el pregonero por orden de la policía gritaba: “Este es Al - Hallaj, el predicador de los Kármatas”: la Kármata era una especie de masonería que

profesaba una religión universalista, puramente filosófica y filantrópica y encabezaba un movimiento social-político solapado y oculto. “Ha predicado que no hay que pagar el tributo al César, subleva al pueblo desde Galilea acá”. Le fue fácil al místico probar que era falso; y esta acusación no fue retenida en el proceso.

La acusación capital, que le acarreó la condena, era religiosa: herejía y sacrilegio: usurpar los derechos divinos del Imán, único competente para dirigir la predicación y el culto; ponerse por encima de toda autoridad temporal o espiritual; en fin, ponerse en el plano trascendente, en el plano de Dios, el cual no puede compartir su poder con ningún hombre, sea Imán, sea Sufí, sea Profeta... “Este se ha hecho Dios y según nuestra ley debe morir, pues ningún hombre puede ser Hijo de Dios...”. Al - Hallaj no decía que él era el hijo de Dios; decía que él estaba unido a Dios. ¿Dijo él esa exclamación fulgurante que para nosotros es bien conocida: “Aná al Hakk”: Yo soy la Verdad? Sí, la dijo, pero ¿en qué sentido? En el sentido de la afirmación del estado místico supremo, la unión transformante; en el mismo sentido en que Santa Teresa dice que su alma era uno con Dios, no solamente como un arroyuelo que corre al mar, ni como un arroyuelo que ya se mezcló al mar, sino como las llamas de dos cirios que se juntan en una sola llama (en un solo acto) sin que los dos cirios se fundan en un solo cirio —en una sola sustancia. Los místicos cristianos han orillado siempre el panteísmo, y también lo orilló Al Hallaj. Jamás dijo: “Yo soy Dios”. Dijo: el que me ve a mí, ve a Dios. Tampoco dijo como Cristo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” dijo: “Yo soy la Verdad”.

El núcleo del proceso fue la unión mística con Dios (transformada en acusación de haberse hecho Dios), unión mística que el Cristianismo admite como posible, y también el Islamismo en sus esferas espirituales y esotéricas; porque no vayan a creer que Al Hallaj surge solo, abrupto y aislado en medio de una religión exterior y ritualista; él es el continuador, el representante y la cumbre de una larga escuela de grandes ascetas y místicos, escuela que poco a poco había elaborado una complicada y refinada doctrina teológica, apoyada en el Korán: Al Hallaj no iba contra el Korán sino contra la masa de interpretaciones, comentarios y tradiciones humanas que rodeaban el Korán... En nombre de la religión interior no iba contra la religión exterior (“a la cual hay que respetar y

practicar”) sino contra el abuso de hacer de la religión pura exterioridad, o sea contra el fariseísmo”. Esto conviene hacerlo pero aquello no omitirlo: la misericordia y la justicia. “Los ritos del no son lo esencial de la religión; son los medios, son los instrumentos que Dios nos da para llegar a Su realidad...” Al Hallaj mismo hizo tres peregrinaciones a la Meca, no una; y en la tercera, permaneció dos años en el lugar santo, —como yo en Roma.

El conflicto entre la religión externa y la religión interna de Al Hallaj es un conflicto eterno: el caso de conciencia de Al Hallaj es en cierto modo el caso de conciencia de todos: puesto que caso de conciencia fue, ya que antes de estallar exteriormente en cárcel y cadalso, había estallado interiormente en duda y perplejidad: su venerado maestro Jonayd, al separarse él de la escuela tradicionalista, le había dicho: “Para mí, Ibn Ghazour, yo veo en tus palabras mucha presunción y muchas expresiones inútiles... ¿Qué cadalso mancharás con tu sangre?”; y más tarde, cuando se había convertido en expectación del Islam: “Tú has abierto una brecha en el Islam que no puede taparse sino con tu cabeza.” El era islamita, y quería permanecer en la religión de sus padres, creía que Mahoma era profeta, el profeta de los árabes, y rogaba a Dios con pasión por la comunidad musulmana, como San Pablo por la comunidad israelita; pero sentía en sí una MISIÓN... ¿Qué misión? Predicar el amor de Dios. “Oh Dios, enséñame tu nombre y gracia para cumplir en la Revelación la Misión...” En la revelación de Mahoma, la misión de Cristo. Conoce a Cristo solamente por el Korán y la tradición mística de la escuela de Tirmidhí: Cristo y María aparecen en el Korán a través de una dulce luz, luz tamizada de errores ciertamente, pero no de irreverencias, como en el Talmud. El Korán niega que Cristo sea Dios naturalmente (“Alah an Alah”, hay un sólo Dios), pero afirma que Cristo nació virginalmente de María por obra de Dios, aunque no es el hijo de Dios; como ciertamente no lo es en el sentido en que él entiende hijo: “los dioses de los paganos engendran hijos de mujeres mortales, no el Dios único y verdadero” —dice el Korán; pero Al - Hosayn clamaba: “Cuando el espíritu de un hombre se ha desasido de todas las ligaduras carnales, viene a él el Espíritu de Dios, el que engendró a Jesús en el seno de María”.

Cumplir la misión de Jesús dentro de la revelación de Mahoma, ¡no es posible! A no ser a la manera de Jesús, que cumplió la misión de Jesús dentro de la revelación de Moisés —¡pero de qué manera! Pronto relampagueó en la mente de Al Hosayn que no había solución a su conflicto a no ser la heroica: cumplir su misión aunque fuese violando la Ley aparentemente, y cumplir también la Ley sujetándose a las sanciones por sus violaciones aparentes. ¿Creyó Al Hallaj que Cristo era Dios? Lo creyó de una manera implícita, con fe implícita, como dicen los teólogos. Nosotros creemos muchos dogmas con fe implícita, puesto que no siendo teólogos, no conocemos todos los dogmas, decimos que creemos “cuanto cree y enseña la Santa Madre Iglesia”, ¡y cuánto enseñará en el curso de los siglos! Así Santo Tomás de Aquino creyó con fe implícita en la Inmaculada Concepción, a la cual opugnaba. Así creyó Al Hallaj en la divinidad de Cristo, del cual dice que es el “sello de los Santos”, mientras que Mahoma no es sino “el sello de los Profetas”.

El acto de fe sobrenatural de Al Hallaj, que sin duda se produjo, siguió un curioso camino: el Korán dice que Cristo fue el sello de los Santos es decir lo más grande en santidad, el Santo de los Santos; la escuela teológica de Al - Tirmidhí había llegado a la conclusión de que Jesús era mayor que Mahoma, que es el sello de los Profetas; porque el Profeta es un hombre que tiene un mensaje de Dios y el Santo es el hombre unido a Dios, el Santo es el hijo y el Profeta el mensajero de Dios; de modo que la profecía puede darse en hombres pecadores, independiente de la santidad personal. Pero Al Hallaj tenía experiencia de lo que era la unión en su último grado, la séptima Morada de Santa Teresa, y entonces él vio que si Cristo, era el sello de los Santos, tenía más santidad que él, una unión con Dios más alta, entonces tenía la unión con Dios más íntima que es posible. ¿Tenía Cristo la unión hipostática, es decir personal, en una sola persona? Eso él no podía saberlo, pues no se puede saber sin el Evangelio, ya que es un misterio absoluto, que sin la revelación de Dios no podemos saber ni siquiera si es posible. Pero al afirmar que Cristo tenía con Dios la unión más íntima que es posible, Al Hallaj afirmó la unión hipostática con fe implícita.

Aquí tenemos un pobre hombre despedazado antes de que le cortaran las manos y los pies —y la cabeza: despedazado por el conflicto entre su religión legal y su religión interna. El Islam se había convertido en una religión casi del todo externa (como algunos conventos de hoy día), estaba sujeta al poder político, al Kaly-fah, el Soberano Señor de los creyentes, consistía en ritos y en ceremonias, en la profesión de fe. Alah-an-Allah y en oraciones vocales dichas automáticamente; y he aquí un hombre con la misión de predicar el puro amor de Dios, que en su tercera peregrinación a la Meca, sentado sobre su alto camello blanco, con el “soúf” o froc de lana blanca de los “Sufíes” o ascetas, blanca la barba y blanca la cabeza, recitaba cadenciosamente esta oración a los peregrinos:

¡Oh guía de los extáticos, Rey glorioso!

Yo te sé trascendente por encima de todos los conceptos,

De todos los que te han concebido.

Tú me sabes impotente

Para la acción de gracias que mereces.

Ven en mí a agradecerte a Ti mismo;

Es la mejor acción de gracias,

No hay otra.

Yo me he vuelto Aquél que ama,

Y Aquél a quien amo se ha vuelto Yo.

Somos dos espíritus en un mismo cuerpo,

Y así, verme a mí es verle a Él,

Y verle a Él, es verNOS.

¡Ya te van a dar VERNOS! “Felipe, ¡el que me ve a mí, ve a mi Padre!” Decir esto delante de musulmanes era muy grave: al volver de la Meca lo tomaron preso. Era atribuirse una autoridad religiosa superior a las autoridades legalmente establecidas. Era como si Mons. De Andrea se parase un día en el púlpito de San Miguel y dijese: “Yo soy más que el Papa” —y lo confirmase con un milagro. ¡Ya te van a dar Papa!

Cuentan que cuando Mons. Pacelli estuvo en Bs. As., entre otras cosas que le mostraron de la gran ciudad...

Al Hallaj tuvo una suerte horrible; sin embargo la fe nos dice que no puede ser malo tener una suerte parecida a la de Jesucristo. Fue muerto por haber recibido quizás la “unión transformante”, la muerte mística, aquello que San Pablo llama “ser arrebatado al tercer cielo”; algo sumamente raro que los teólogos dicen es próximo a la visión beatífica, tan próximo que algunos como el P. Maréchal, y San Agustín, y Santo Tomás, enseñan es la misma visión beatífica, pero con estas restricciones, que tomo de San Agustín:

1°, una vista directa de Dios pero fugitiva.

2°, que no se puede recibir en la tierra sino en estado de raptó, es decir de “casi muerte”: “si estaba en el cuerpo no lo sé, si estaba fuera del cuerpo, no lo sé” — dice San Pablo.

3°, que no es íntegra y saturante, es decir, no tiene la plenitud que tendrá en la otra vida.

Es la presencia de Dios en forma total, la absorción del espíritu humano por el Espíritu Supremo. ¿Puede el espíritu humano ver a Dios directamente? Si no hubiese sido revelado no podríamos saber ni siquiera si es posible. Pero si es posible, ello es debido a que el intelecto humano está hecho para el SER, y todo lo que es SER constituye su objeto, y por tanto aspira al conocer indefinidamente, y por ende aspira al Ser sin límites. Todo lo que es realidad, todo lo que es real es su comida, su bebida y su deseo inextinguible; y de ahí viene ese “sentimiento de lo real” o “función de lo real” de que hablan los pobres psiquiatras; y de ahí viene también que los sentidos nos ilusionen y también nos iluminen; y de esto también procede el que “los sentidos a veces nos engañan; pero más nos engañarían si nunca nos engañasen.”

*

De las alturas de la mística teología volvemos a las pobres triquiñuelas de los psiquiatras: al “índice de presencia”. En la operación de nuestros sentidos las cosas del mundo externo nos son presentes, por la sencilla razón que accionan sobre nuestros sentidos, los cuales reaccionan por ser vivientes y a la impresión responden con la expresión; pero he aquí que a veces los sentidos perciben sin que haya cosa presente, en la ilusión y la alucinación; y al contrario, a veces las cosas percibidas no nos parecen presentes, cobran la irrealidad del recuerdo, como en el llamado síndrome de Kraepelin. ¿Qué es esto? ¿En qué consiste la ‘presencia de las cosas?’

Se podría hacer otra conferencia con la elegante solución de este importante problema: exponiendo por el método genético las etapas de esa solución, el impasse final y la inversión de los términos del problema, que proporcionó la respuesta verdadera y fecunda.

Brevemente: si a un quídam le preguntamos: “Cuando usted ve a su madre y cuando usted recuerda a su madre ¿es lo mismo?” “¡¡¡NO!!!” “¿Qué diferencia hay?” “¡Que cuando la veo, mi madre está allí! Y cuando la recuerdo mi madre no está”. Esta es la respuesta del sentido común, y es el caso normal; o mejor dicho, vulgar.

Pero la cuestión es que tal vez la madre no está. Y uno la ve —visiones y alucinaciones; —y el caso más curioso del síndrome de Kraepelin en que la madre está y no se la ve como real, como presente, le parece una cosa irreal ausente y solamente recordada. Es la “semialucinación negativa”, que ustedes conocen, por lo menos por la literatura: el Licenciado Vidriera de Cervantes. Quizá hayan tenido

alguna vez, cansados de los nervios, lo que llama Bergson “el sentimiento de lo ya-visto”, como yo tuve una vez: todas las cosas que uno ve y siente parecen solamente recordadas: parecen ausentes, descoloridas, indiferentes, irreales, vistas antes, parecen sombras, memoria, ecos —un mundo abolido.

Yo no sé de qué mundos, de qué astros soy oriundo.

Solo sé que yo vengo de un país abolido...

Diré mi juventud en versos, que abolida...

todo ello acompañado de un ligero sentimiento de angustia. Es el principio del síndrome de Kraepelin, que Bergson ha analizado agudamente en una elegante obrita. A causa de estos fenómenos y todos los demás, Wundt dijo: “No admito el criterio del OBJETO para distinguir la sensación y la imagen; ése es un criterio lógico, no psicológico”. Pero el síndrome es mucho más terrible: todo y perpetuamente parece que no existe, que es un puro y vacío recuerdo.

Los aquejados de delirio melancólico experimentan a veces esto, y lo expresan como pueden: unos dicen que son de vidrio, que son de aire, que no tienen cuerpo, que no tienen nada, que no existen... Otros dicen que nada existe. Lo que quieren expresar es que lo que perciben está desprovisto de “presencia, no los afecta, no los toca, no los interesa más: el mundo se “les hace humo”, como me decía un enfermo.

La viejita Roselie Pepin... *“Je n’ai rien... je n’ai plus de meubles... Tous ont de meubies, moi non pas... On m’a tout volé... -Je n’ai pas de fils!... Ils ne sont plus mes fiis... Ils ne m’aiment plus, ils ne m’embrassent... C’est comme s’ils ne m’embraissaient pas... Ils n’existent pas... -Je n’existe pas... Je n’ai pas de corps - Ce n’est pas un corps ça, c’est creux.. -Je n’ai pas de bouche... Ce n’est pas une bouche ça, c’est un trou”* —Así decía esta viejita del Santa Ana, afectada de delirio melancólico. Quería decir que ella sentía débilmente su cuerpo (la cenestesia bloqueada), no sentía el afecto a sus hijos (la afectividad bloqueada), y percibía débilmente todo el mundo externo (la percepción bloqueada), y sufría terriblemente, dos tentativas frustradas de suicidio seguida de una que tuvo éxito. ¿Qué le falta a su conocimiento?

Les voy a dar rápidamente las soluciones falsas o semifalsas sin discutir las, divididas en dos grupos, los que buscaban la solución en una cualidad de las representaciones y los que la buscaron fuera de ellas, en la intervención del afecto, en el “belief”: los asociacionistas primero y después la escuela escocesa. La

sensación difiere de la imagen:

por una intensidad mayor (Ribot, Hume, Spencer): falso;

por una complejidad mayor (Janet-Raymond): falso;

porque es más maciza, tiene tres dimensiones (Janet): falso;

porque es coactiva, se impone, nos fuerza (Fechner, Berkeley).

Esto es verdad, pero es simplemente ponerle otro nombre al problema: en efecto, la sensación es coactiva y la imagen no; pero eso es justamente lo que llamamos índice de presencia. Las cuatro soluciones asociacionistas no hacen sino trasladar el problema; y las tres primeras son desmentidas por los hechos.

Los escoceses le pusieron un nombre nuevo: "belief", "creencia" y dijeron: "En su carácter esencial, la creencia es un paso de nuestra natura activa, es decir, de nuestra voluntad". Son palabras de James Mill, a las que se adhirieron Stuart Mill, Bain, y el yanqui William James. Estos tocaron un elemento de la solución: es evidente la influencia del afecto (por vía del interés y de la atención) en aumentar o disminuir la realidad o la irrealidad de las cosas. Los afectos producen las ilusiones: el amor vuelve al amado no solamente descollante sino absorbente hasta llegar, para el "amoureux fervent", a no existir en el mundo nada fuera del objeto amado. El afecto integra ciertamente el sentimiento de presencia; pero de ahí a afirmar con el pragmatista yanqui Lloyd Royce que "la última razón porque el hombre, en su vida cotidiana, cree en la existencia de un mundo externo, es su voluntad de poseer el mundo externo", media un abismo, un absurdo.

Llegamos a un impasse: la Psicología explicativa no podía explicar la cosa más obvia del mundo, la presencia o la realidad de lo que conocemos. W. James rozó la solución dos veces sin caer en ella: citó una frase de Spinoza: "Todo objeto no contradicho es ipso facto puesto como realidad", y una frase de Tomás de Aquino: "Todo conocimiento de por sí se objetiva, si otro no lo impide", "*s'altro no'l nega*" (Dante).

La solución estaba tranquilamente en un verso del Dante. El problema era un problema falso, culpa de Descartes. Había que invertir los términos. En vez de preguntar: ¿Qué es lo que hace que la sensación tenga índice de presencia?, había que decir: ¿Qué es lo que hace que la imagen y el concepto no lo tengan? Porque todo conocimiento se objetiva, si otro no lo impide. Hay un caso de un delirium tremético, citado por La Vaissière, que tenía alucinaciones tremendas:

estaba escribiendo y veía un elefante en su cuarto. Entonces decía: “No puede ser, porque un elefante no cabe por la escalera”, y el elefante desaparecía. La imagen era reducida por el concepto, cosa que no alcanzaba a hacer la sensación. Si de día no soñamos es porque la sensación es efectivamente más intensa que las imágenes y por eso automáticamente las reduce; nos dormimos, y ausentes los reductores, las imágenes nos dan sus zarabandas y sus circos de ensueños. Y si sabiendo que Dios está presente aquí, no lo vemos, es porque la sensoriedad y la imaginativa y la intelectual nos lo impiden.

Por eso silbamos de noche cuando tenemos miedo: el silbido espanta a los fantasmas.

Respuesta: “Todo contenido representativo es esencialmente intencional, es decir, tiende a ponerse como realidad: el que muchas representaciones internas dejan de ponerse se debe a lo que Taine llamó reductores; es decir, a la oposición de otros elementos dotados de mayor “índice de Realidad”. Así se forman en nosotros, por reducción, por una serie de experiencias, la mayor parte amargas, por un trabajo de crítica instintiva y de equilibrio, los tres mundos de “lo real”, “lo imaginario y ‘lo posible”, el atlas de la realidad y la irrealidad, de la posibilidad y la imposibilidad. El que tiene ese atlas, tiene el intelecto maduro; a veces tan maduro que no puede ver a Dios; y entonces Dios para mostrársele tiene que romperle el atlas por medio de un sueño o una visión; o hacer que un loco, o un tenido por loco, le diga las verdades del barquero, como Teresa Neumann al General de los Jesuitas.

La presencia de Dios” absoluta y permanente de los grandes místicos no es anormalidad, sino algo que responde a lo más hondo de la tendencia del hombre. El intelecto ha nacido para poseer el ser, el ser sin límites; la voluntad ha nacido para poseer el bien, el bien sin límites; la fantasía ha nacido para ver la belleza, la belleza sin límites; y entonces, cuando los sentidos están muertos y los afectos purificados, se produce una transparencia total en la cual la chispita de Intuición de lo Absoluto que tenemos en el fondo del alma, invade todas las facultades, crece como un incendio, ordena todo el hombre hacia lo alto y lo inunda de luz.

Luce intellettuale piena d'amore,

Amor del vero Ben, pien di letizia,

Letizia che trascende ogni dolore.

¡Oh lámparas de fuego,

A cuyos resplandores

Las oscuras cavernas del sentido,

Que estaba oscuro y ciego,

Con extraños primores

Calor y luz dan junto a su Querido!

Si el P. Maréchal resolvió científicamente el problema psicológico del “índice de presencia” es porque él mismo tenía el don de la presencia continua de Dios.

LOS INSTINTOS

LA FILICIDA DE MERLO

“Razón”, 5°, 26 Abril 1953.

“Una señora mató a sus dos hijitas y quemó la casa: murió carbonizada: desavenencias con el esposo”.

Mariano Acosta, calle Esquina 115, cerca de MERLO.

Ana B. de Infante, 22 años, casada con José Infante, 27 años. Mató a tiros a sus dos hijas, Ana María de 7 años y Azucena de 4, después se roció con kerosén y se quemó viva con casa y todo.

No tiene importancia. Una loca, evidentemente. Sí señor, una loca. Recuerdo que mi madre me dijo en 1937 en ocasión de que otra mujer había envenenado con cianuro a 3 hijitos y yo le dije que evidentemente era una loca, mi madre dijo:

*“Una mujer que no es mala —
ni loca puede hacer eso”,*

con las cuales palabras yo hice un romance después, pues da la casualidad que son dos octosílabos: estilo oral español. Gesto proposicional el octosílabo.

“Una mujer que no es mala, ni loca puede hacer eso.”

Puso en una copa de agua tres pulgaradas de arsénico,

En tres sillitas sentaba sus tres bebitos pequeños;

el mayor tiene tres años, el menor no alcanza a medio.

Los tres esperan callados de su madre el alimento.

Alguien estaba invisible sentado en el quinto asiento.

Estos tres son hijos míos, hago delios lo que quiero.

Famoso viaje, hijos míos, éste que estamos haciendo:

Desde mi seno a la cuna, de la cuna al cementerio.

Y a las tres pobres criaturas, que la miran sonriendo,

mezclándoselo de azúcar, les distribuyó el veneno,

y toma después su parte. —Y dicen que no hay infierno.

Crítica dedica un número para historia del suceso.

Es un plato extraordinario para un diario moderno.

¡Ay, Argentina, Argentina, qué cosa te estás volviendo!

¡Una mujer que no es mala,

ni loca puede hacer eso! Que lo lleven al Juzgado su cadáver frío y negro,

que lo juzguen por jurados como si tuviera aliento,

que si hay alguien que lo entiende, salga al frente a defenderlo,

y que el Juez juzgue justicia. Que lo arrojen en el fuego,

que ni las cenizas tuyas infecten cristiano suelo,

que las lleven a esconderlas en el medio del desierto,

que el jefe de la República dé un decreto

de que se borre su nombre y se avenge su recuerdo,

y reparaciones se hagan a Dios por un año entero;

pues una mujer no mala, ni loca puede hacer eso,

Y hay que salvar a la Patria de eso que se está volviendo.

Son los antiguos los que hablan por mi boca, el coro de Eurípides en que los ancianos mandan que se hagan sacrificios lustrales colectivos contra el pésimo presagio que es ese crimen, que con sola su imagen mancha. Los antiguos sabían eso, que las imágenes manchan: los latinos a los parricidas o matricidas los cosían en un cuero de vaca con un perro y una víbora y todo el pueblo procesionalmente los echaba al mar; tradición que se conservó largo tiempo en los Abruzos y es la base de la tragedia de D' Annunzio, *“La figlia di Jorio”*. Cuando se descubrió el tremendo sacrilegio del padre Mazzolo, (que al fin y al cabo mató a una hija, alma y cuerpo, puesto que nos llaman padres a los curas), yo le escribí desde Salta al Dr. Arturo Sampay que el clero debería purificarse como cuerpo, hacer grandes procesiones de penitencia, sacrificios lustrales y desagravios a Dios. La carta corrió (lo cual yo no había premeditado) y el clero chico se mostró dispuesto, pero el clero grande no se movió. La verdad es que el clero argentino no existe como cuerpo: existen sacerdotes sueltos.

De Lugones dicen sus amigos que se suicidó porque se volvió loco. Evidentemente. De todo suicida se puede decir eso, como de Kiriflof. Pero el psicólogo se pregunta por qué le dio esa locura, ‘la determinación psicológica de sus actos’, que también la tienen los actos de locura. No vayan a creer que un loco puede hacer ‘cualquier cosa’, como dice la gente. Un loco ni un cuerdo no pueden hacer sino lo que está dentro de su naturaleza —y un loco puede hacer menos cosas que un cuerdo: está más fuertemente determinado.

Las mujeres locas que hacen esto están determinadas por el “complejo de Medea”.

Mi cocinera, no la de ahora, sino de otro tiempo cuando tenía cocinera, me dijo a propósito de una “Medea” de éstas: “Tanto ir al cine, ¡áy tiene lo que ganan!” —¿Qué tiene que ver el cine con éste crimen?—. “Si hubiera ido a la Iglesia todas las veces que fue al cine, no le hubiera pasado esto!...” Mi cocinera era correntina y no iba jamás a la Iglesia. Pero eso probablemente se lo oyó a su madre y su madre a su abuela.

Medea mató a sus tres hijos por odio a Jasón, su marido, que la había abandonado. Desde entonces, el crimen de Medea, que impresionó tanto a los poetas de aquel tiempo, se ha renovado muchísimas veces; y ha impresionado a los poetas de todos los tiempos: desde Eurípides hasta Jean Anouilh: hay unas 10 tragedias clásicas con ese tema, la más conocida la de Séneca el Trágico. Los poetas cristianos tuvieron repulsión a ese tema: Shakespeare, Lope y Racine lo evitaron; Corneille escribió una Medea imitando a Eurípides —y otros dos poetas

franceses menores. Jean Anouilh en nuestros días estrenó una Medea', que sigue fielmente el esquema de Eurípides; relleno con literatura moderna. (No me convence mucho la pieza de Anouilh, me parece que hace la Psicología de los celos, pero no la Psicología del crimen y el sacrilegio; de la MUJER, no de la MADRE —que es la Psicología difícil en el caso de Medea). ¿Cómo un instinto tan fuerte como el materno puede ser vencido? Respuesta sencilla y previa; no es vencido sino más bien revertido.

Los poetas se espantaron de este fenómeno y buscaron su motivación antes que los psicólogos. Séneca hizo que Medea se matara junto con sus hijos pero Eurípides más sutilmente la hizo desaparecer en un carro de fuego; y todos atribuyeron el caso a una venganza de la diosa Venus, es decir la furia del amor — es decir, al desenfreno de una pasión.

Pero este desenfreno es demasiado grande y milagroso, para poder vencer al instinto materno. Puede que detrás esté realmente la diosa Venus real, es decir el Diablo. *“Omnes dii gentium daemonia...”*

Hay madres colectivas como la Patria, la Iglesia, la sociedad; cuando estas madres matan a sus hijos suceden grandes desastres colectivos. Cuando la Iglesia mató a Juana de Arco y a Savonarola, vino después la tremenda revolución religiosa que diezmó, debilitó y dividió hasta ahora la Europa; y cuando el siglo pasado el Obispo Morgades prácticamente mató al poeta Verdaguer, empezaron en España las matanzas de curas que culminaron en la sangrienta guerra civil y así se podrían señalar en la historia otros varios ejemplos de sacrilegios seguidos de desastres colectivos: digamos el desastre del pueblo judío después de la muerte de Cristo. Lo que pasa es que el sacrilegio pertenece a la categoría de lo sacro, y el sentimiento de lo sacro es lo más profundo y total en el hombre, puesto que definíamos la religiosidad, con Von Monakof, como la reacción del hombre ante el universo: es un instinto básico, pero el más fuerte, pero sí el más hondo y total.

*

Volvamos a nuestra Medea.

Vamos a ver la segunda aberración de los instintos que se llama CAUSALIDAD AGLUTINADA.

El instinto más fuerte en el varón es el instinto de conservación; y el varón se

suicida. El instinto más fuerte en la mujer es el instinto maternal, y la mujer mata a sus hijos, lo mismo que la chancha, la gata y la coneja, aunque por suerte, muy más raramente. El varón se mata muchas veces por el honor, por una cosa que pertenece al instinto social, “*noushormétera*”, es decir, que un “perinstinto” vence a un instinto, lo cual es asombroso.

La mujer mata a sus hijos ¿por el instinto herido del amor sexual? No, sería ligereza decir eso. ¿Los poetas no lo dijeron? No, no lo dijeron así, pero ¡aunque lo hayan dicho! Esa herida del amor despechado pone en acción todos los otros instintos en la mujer, porque la mujer reacciona emocionalmente en forma mucho más total que el varón, no se emociona “por piezas” —se emociona explosivamente. Así como cuando camina, la mujer camina con todo el cuerpo y el varón solamente con las piernas; así cuando se emociona, la mujer se emociona con todo el alma de golpe. La Psicología de la mujer está más fuertemente centrada, la del varón, más desligada. El hombre puede desligar y desliga fácilmente el amor y la religión; la mujer, más difícilmente.

¿Qué son los instintos? Los instintos son los cauces (subterráneos) de nuestra vida afectiva. Los psicólogos los definen “hábitos sensitivos nativos”, “propensiones nativas vitales de la tendencia sensitiva” o “el sentido de la especie” (Schopenhauer) o “la memoria hereditaria de la especie” (Hering), definiciones provisionales. Los instintos no accionan inmediatamente (subterráneos), sino por medio y a través de una emoción. La gallina que huye, grita, recoge a sus pollos y se pone en actitud de furia al ver un puntito en el cielo... —es presa de una violenta emoción de miedo e ira. Esta emoción puede cegarla en tal forma que es capaz de irse furiosa (como yo he visto) y matar de un picotazo a un pollito sobre el cual el halcón ha pasado rozando, confundiendo las dos imágenes por un corto circuito que llama Von Monakof ‘causalidad aglutinada’. Hay algo en ella, una potencia que se llama estimativa o valorativa que le hace valorar aquel ser que sus sentidos perciben (no la percepción sino el ser) como algo adverso y dañino para ella; y de inmediato surge la emoción y a través de la emoción el instinto. Ley de James: *“todo instinto se actúa por medio de una emoción”*. Ley de Monakof: *“la emoción instintiva desata todas las otras emociones, pues todas son solidarias; y todas ellas se reducen al fin a “klísis y “ékklisis” —movimiento positivo y negativo— amor y odio.”*

Las emociones fundamentales son 11:

DEL CONCUPISCIBLE

Amor - odio,

deseo - aversión,

delectación - tristeza.

DEL IRASCIBLE

Esperanza - desánimo,

audacia - temor,

ira.

De estas emociones básicas se forman todas las otras, naciendo otra cosa mucho más compleja, intelectual e interna que son los sentimientos, que son a la emoción lo que el Arco Iris es al arroyo; todo es agua, pero es otro estado del agua; todo es vida afectiva, pero el sentimiento no es la pasión; el sentimiento del vino que tiene mi amigo A. Graffigna no es la pasión del vino de un borracho. La inmensa variedad de sentimientos que existen, que son más numerosos que la variedad de los colores, se reducen todos en definitiva al amor y al odio —o por lo menos contienen en sí mismos como núcleos esas dos funciones elementales e inevitables, klísis y ékklisis: la atracción del bien sensible, la repulsión del mal sensible. El bien es el ser, el conservar su ser y aumentarlo; el mal es el no-ser, la mutilación o supresión de mi SER.

Los antiguos probaban que todas las pasiones, afectos o emociones se reducían a esas once fundamentales (que los estoicos redujeron a 4, Descartes redujo a 7 añadiendo una, la “admiración”, y Lange intentó reducir a 5), de la siguiente manera:

El AMOR es la atracción general del bien. Según que esté ausente o presente tenemos:

el deseo, afecto del bien ausente;

la aversión, afecto del mal ausente;

delectación, afecto del bien presente;

tristeza, afecto del mal presentes.

Pero todo bien, para ser dinamogénico —para ser tal— supone un obstáculo —por lo menos una *distancia*. Lo que tenemos sin duda no lo consideramos bien; ni pensamos en ello. La salud se aprecia después de pérdida —dice la gente. Ahora bien, el obstáculo suscita el grupo de pasiones de la ira: que es la “movilización de fuerzas contra el obstáculo”.

Un bien arduo, posible de alcanzar, suscita la *esperanza*;

si es imposible, la *desesperación*.

Un mal arduo, ausente, posible de vencer, suscita la *audacia*;

si se lo considera invencible, el *temor*.

Si el mal está presente, aparece la *ira*.

Y todo esto no de acuerdo a cómo la cosa es en sí, sino como nos aparece a nosotros —a través de esa función cognitiva que hemos llamado “estimación” o “valoración”, que los antiguos en el hombre lo llamaban “razón particular”; y los modernos, con Max Scheler, “*intuición emocional del ser-para-mí*”. Puede un obstáculo parecerme invencible y una empresa imposible, ir a ver un amigo, y salir de la visita cambiada la desesperanza en aliento. “Todas las emociones son reversibles” menos la ira —LEY DE AMBIVALENCIA.

¡Cuánto hace en las pasiones la opinión! Muchísimas pasiones nuestras están basadas en opiniones, y no nuestras, sino de otros. ¿Acaso no aborrecemos a una persona por un chisme que nos trajeron de ella, y es mentira? Y en tiempo de la guerra, los que se peleaban a muerte en favor o en contra de los alemanes ¿qué sabían de los alemanes la mayor parte de ellos? Conozco a algunos que entonces amaban ferozmente a los alemanes y ahora los odian ferozmente. Y así hay algunos que rechazan a Dios, porque tienen una opinión errada de Dios; y hoy día hay muchísimos. Borges por ejemplo, cuando blasfema, me parece que blasfema en católico y no en judío. Una blasfemia de Borges: “No amo a la Virgen María porque es virgen: me revientan las vírgenes. Un judío hubiese blasfemado al revés: ‘No me gusta la Virgen María porque no es virgen’, y esta reflexión me la hizo un judío librero amigo mío. Odia a Dios porque cree que Dios se parece a un vejete con chiva o se parece a algunos de los sacerdotes que lo predicán —o mejor dicho, que no lo predicán; o bien cree que se parece a San Ignacio de Loyola —a

lo que él cree que fue San Ignacio de Loyola. “Toda nuestra apreciación de las cosas depende de nuestra apreciación del fin, y nuestra apreciación del fin depende del enderezamiento de nuestra voluntad”, dicen los filósofos.

De modo que hay esta escalera:

Nuestra conducta depende de nuestra estimación de las cosas.

Nuestra estima de las cosas depende de nuestra estima del fin.

Nuestra estima del fin depende del enderezamiento de nuestra voluntad.

La enderecera de nuestra voluntad depende de nuestro consentimiento al Amor Absoluto.

De modo que Santo Tomás decía: “Así como estamos dispuestos respecto al último fin, así juzgamos de todas las cosas”; y Jesucristo en otra forma: “*Si tu ojo es sano, todo tu cuerpo será resplandeciente*” —si tu ojo admite la luz, la luz entrará en tu cuerpo tanto que llegará un día a brotar de él; o sea, psicológicamente, el entendimiento produce los sentimientos.

¿Qué tiene que ver todo esto con la filicida de Merlo? —o con Medea que entra en escena retorciendo sus manos ensangrentadas:

“nec filios coram populo Medea trucidet”.

¡Señores míos, es la teoría de las pasiones! Y las pasiones son fuerzas, pero pueden ser furias que lleven al hombre a dónde no pensó, soñó ni quiso... El amor es la emoción fundamental y el amor sexual es la pasión central en el hombre, incluso en el hombre-cura o mujer-monja, los cuales se definen como curas o como monjas, no por la “virtud de la obediencia” de los jesuitas sino por la renuncia al amor sexual, que los constituye en un estado especial, de “perfección”, dicen los católicos; de “anormalidad”, dicen los ateos. He dicho esto no por hacer chistes sino para echar un cabo desde ya entre el instinto sexual y el instinto religioso.

El amor es la emoción fundamental, la klísis, el movimiento general hacia el bien. El amor sexual tiene los siguientes grados o escalones —o “piezas mejor dicho:

la sensación de voluptuosidad o Libido,

el instinto sexual,

el instinto de reproducción,

la simpatía sexual,

el amor sexual,

el instinto materno —y paterno (Mourgue),

el amor de amistad o espiritual.

Y por encima del amor conyugal espiritual, que es el último de todos, (pero en el verdadero amor es también el primero, porque en el verdadero amor “el alma envuelve al cuerpo”), por amor del amor espiritual conyugal existen otra cantidad de amores espirituales, como el amor a la Patria por ejemplo, que pese a Freud, no tiene nada que ver con la Libido; y por encima todavía existe el amor místico de Dios, que es un misterio; que escapa ordinariamente al psicólogo, por más redes que le eche éste para atraparlo.

Estas siete “piezas” (briques) de la emoción fundamental-central que actúa el tercer instinto, cuando se integran adecuadamente, dan la normalidad; pero no siempre se integran adecuadamente: a veces una pieza se va por su lado y se hipertrofia y entonces surgen las “aberraciones”, como por ejemplo, si la Libido se queda sola (“no se integra en función superior”), aparece la aberración del “narcisismo” o de la “masturbación”, o de la misoginia; si el instinto sexual “no se integra en la función superior, pueden aparecer el “donjuanismo”, e incluso la inversión sexual; y así siguiendo: esto cuando una pieza se va por su lado. La “simpatía sexual” no integrada en amor sexual produce los caracteres ridículos de Stepan Trofimovich y Bárbara Petrowna de Dostoiewski, “panchoamor”. El instinto se parece entonces a un feto que se volviese puro pie o pura mano o pura barriga o pura cabeza. La pura-cabeza es la perversión máxima: Tiberio, Luis XI. Incluso el instinto religioso puede aberrarse y se abyerra.

Hay otra falsa integración, que llama Monakof “causalidad aglutinada”. Les pongo este ejemplo que Von Monakof trae en la página 179. Un individuo aventurado en una falsa ruta, sexual por ejemplo (onanismo, coitus interruptus, perversión sexual), experimenta a la zaga de la voluntad sexual un sentimiento de descontento, malestar, angustia que él atribuye, por causalidad aglutinada, a otra causa cualquiera: exceso de trabajo, escasez de plata, mal genio de la señora,

persecución del jefe —o simplemente ¡el General Perón! Se produce una especie de corto circuito —un transporte emocional; causalidad aglutinada es pues, una causalidad falsa, falsa según la lógica, pero que existe en Psicología; lo que llamamos a veces “la lógica de las pasiones”, la lógica ilógica o paralógica de la vida afectiva: la gallina que mata al pollito contaminado de halcón.

Otro ejemplo de causalidad aglutinada es cuando se atribuye al amor maternal lo que es puramente instinto maternal o incluso sexual: son dos cosas distintas. El amor maternal es algo nobilísimo, es el instinto integrado en el amor espiritual bajo la luz de la razón; pues todos los instintos en el hombre son de suyo informes, comportan un ancho margen de indeterminación a cargo de la razón colectiva (social) y personal; pues el hombre, en cuanto al instinto, es una especie de marsupial: nace incompleto; lo cual no es sino un caso particular de la ley de Hughlings-Jackson: “Toda función inferior es regulada automáticamente por el funcionamiento de la función superior” (reflejo patelar). Así pues el instinto maternal (que es algo animal —y es ciego) pasa en muchísimos casos por amor maternal, el cual es vidente, iluminado, humano y aun divino, si quieren. Así una madre que instintivamente evita toda molestia, disgusto y aun trabajo a su bebe (hijo único de madre viuda), lo expone a contraer el llamado “Síndrome adiposo-genital”, que es una calamidad. Voy a decir una especie de blasfemia para los románticos: “Una inmensa cantidad, quizá la mayor parte de los hombres que han sido profundamente desdichados en la vida, lo han sido por causa de sus mamitas (sin excluir la responsabilidad personal), las cuales no querían hacerles ningún mal, al contrario. Pero se lo hicieron”. Esto parece demasiado severo. ¡Quisiera Dios que sea mentira! “Esta vida tan triste que me has dado”, escribía Campoamor a su madre.

Aquí pueden corregir ustedes la frase romántica de Víctor Hugo: “El amor materno es divinamente bestial”. NO. El amor materno es humanamente divino; el instinto materno es bestialmente humano.

El instinto materno solo no corta el cordón; considera a los hijos como una “prolongación de la madre”, como en efecto lo han sido antes de nacer —ésta es su característica. Pretende que sean como es la madre, que sientan igual, que sepan igual, que hagan igual, en suma, la mujer los mira como una propiedad suya y no como personas humanas, incapaz de despegarse de ellos. Ustedes conocerán el caso de madres que resisten a que se casen sus hijos varones (a veces muy sutilmente), David Lawrence lo describió en su novela autobiográfica “*Sons and lovers*”.

Es un caso típico de aglutinación de instintos. Es una desgracia. Las mujeres afectadas de esta desgracia, que son estultas y necias —y desdichados de los hijos si no existe el padre o existe un padre trifónico— miman y atormentan por turno a sus retoños —o por lo menos los maleducan o retardan, en su incapacidad de ver la criatura de Dios, fresca, nueva y personal que está allí, y en su manía nefasta de infundirles a la fuerza sus maneras, sus sentires, sus nociones, su idiosincrasia, sus gustos, su voluntad y a veces hasta sus pasiones y vicios. Por suerte, los niños tienen grandes defensas en su propia “síndéresis” —y el caso extremo de esta aberración es raro. Mas cuando se da, es una cosa casi diabólica por lo dañina e incurable.

A una mujer que miman a su hijo (gter), dígame usted que no ama a su hijo sino que en realidad se ama a sí misma, ¡y verá! Aunque fuera una santa (nunca es una santa) no lo creerá.

Adler se ha especializado en el estudio del “niño mimado”, y los descubrimientos de Adler son para hacer llorar a gritos. Pero peores son los casos de los niños neurotizados por las discordias de los padres o hechos arma del uno contra el otro.

No hemos perdido de vista a la Princesa de Colquis. Todas esas siete piezas que constituyen la integración del amor cuando armonizan, están en ella aglutinadas formando un sentimiento mixto.

Sentimiento mixto: mezcla y no combinación de dos instintos; mezcla turbia que viene de defectos de diferenciación de los objetos de dos instintos (como probó Pavlov con sus perros), o sea, en definitiva, de una falla del conocimiento.

Analicemos a Medea conforme a los principios de la Psicología y siguiendo a Eurípides:

Medea se enamoró de Jasón, el capitán de los Argonautas y le salva la vida, traicionando a su padre y dejando perecer a su hermano. Lo ama de un modo total, lo cual está muy bien; pero también de un modo absoluto, es decir lo ama como a un Dios; colusión del amor sexual y el misticismo religioso como en las trágicas heroínas de Dostoiewski (p.e. Lizabeta Nicoláievna), que comunican a su amor una proyección desmesurada y como infinita, lo cual no es sino instinto religioso. Medea era atea y espiritista, es decir, maga; Medea se vuelve idólatra. Medea tiene hijos y esos hijos no son tampoco seres terrenos sino dioses por un lado, y prolongación de ella por otro. Toda su vida está englobada en ese amor aglutinado, en donde concurren todos los instintos, incluso el instinto de dominar; sus hijos le sirven para dominar y manejar a su marido. “Ufana, alegre, altiva, enamorada ¡qué

feliz es Medea!” —dicen las doncellas del Cáucaso, de la Cólquida y de Corinto.

Una mujer cree que estar en posesión de un gran amor es ser feliz; y no se equivoca del todo. Pero ¡ojo con los amores aglutinados!

De repente viene el derrumbe: el marido se manda a mudar. El héroe es atraído por nuevas empresas —o bien por el amor a la paz como quiere Anouilh. Jasón no cree que la felicidad sea el amor sino la gloria. A un varón realmente varón lo acaba por cansar vivir sumergido en leche y miel. Jasón no es un malvado, pero abandona a su mujer de repente, “a un mandato del destino”, como decían los antiguos. Pero para la mujer eso es el terremoto, el conflicto supremo, y el reventón de la úlcera. Eneas se casa con Dido, pero después el Destino, Júpiter y Mercurio, le mandan que vaya a fundar a Roma y Eneas abandona a Dido, reina de Cartago; Dido se suicida. Pero Medea no se suicida enseguida. Su amor, que era mayor que ella, se convierte en odio: ambivalencia de las pasiones, que decía Aristóteles; klísis y ékklisis del instinto, que dice Monakof.

El amor tiende a la unión, la aversión tiende a la separación, el odio tiende a la destrucción; el odio es el amor dado vuelta; ojo Descartes, que te has equivocado cuando pusiste que el odio era simple negación del amor y lo borraste del cuadro de las emociones, tendrías que vivir en nuestros días para saber si el odio es negativo o positivo. El odio es una pasión positiva que tiende a la destrucción de un no-valor, así como el amor tiende a la unión con un valor para crear un valor superior; y Medea odia ahora con tanta fuerza como amó, tiende con toda su natura apasionada y aglutinada a la destrucción del héroe y de todo lo que le toca. El héroe ya no está allí. Pero Medea es una cosa de él y sus hijos son una cosa de ella; se produce otro aglutinamiento afectivo; Medea se odia a sí misma por ser una cosa de Jasón y se desprecia porque Jasón la ha despreciado; y la venganza, que es el efecto del odio, y la vindicta, que es tendencia a la justicia atropellada, y el hastío de todo, que es la sinéidesis de una pasión llevada al extremo, encuentran de golpe un objeto y un punto de aplicación atroz: los hijos.

Como se escondió para dar a luz, Medea se esconde para matar.

“*Nec filios coram populo Medea trucidet*”: mata a sus hijos y se mata, destruye todo; y el propio instinto materno dado vuelta concurre al sacrilegio, como en la gallina que confundió en una las dos imágenes del pollito y del halcón.

Alguno dirá: “esto está bonito, pero al fin son suposiciones”. No; esto es el análisis somero (que podría prolongar mucho más, pero ustedes han visto lo

principal) del “complejo de Medea”, o sea, es verdad científica, fenómeno basado en la natura humana y que se ha repetido innúmeras veces en el mundo, y por tanto no es casualidad sino ley.

Esta lección debía versar sobre los instintos y ha versado sobre las emociones y sobre su raíz que es el amor, palabra que tiene siete significados verdaderos y 70 falsos; pero es que los instintos normales se actúan por medio de la emoción; cuando un instinto se actúa directamente y no a través de emociones, tenemos al perverso, al cual con mucha certeza la gente llama “hombre sin corazón”, pues efectivamente el perverso, como Tiberio, Nerón o Luis XI, es un ser de poderosos instintos y de poderoso entendimiento, a veces, pero que tiene extirpada la región media del psiquismo, los afectos: “hombre sin corazón” o como los llamó San Pablo: *“sine affectione, absque foedere, sine misericordia”*.

Los instintos capitales son cinco, adoptando la división de Von Monakof, que es muy cómoda. Freud y Adler dicen que los instintos humanos son uno solo y William James dice que son innumerables, y enumera 17; éstos tienen razón también, pero la razón que tienen es poca. Evidentemente, todos los instintos tienden a una unificación bajo un emperador (la “integración por piezas”) que puede falsearse bárbaramente en la integración aglutinada que hemos visto; y por otro lado, al pasar el instinto por el prisma del conocimiento y el filtro del afecto, se descompone en tantos instintos derivados (subinstintos) que enumerarlos es imposible. Pero pueden ser reducidos a sus cabezas:

El impulso de la “hormé” es ser (y ésa es la hormétera formativa), que es el “protoinstinto”, y ser bien y conservarse en el ser, y ése es el instinto conservativo), y ser completamente (y ése es el instinto reproductivo o conyugal), y ser más (y ése es el instinto social o de dominio), y finalmente ser siempre (y ése es el instinto religioso). Pero todos estos impulsos no son independientes sino diferenciaciones de la hormé, y por tanto hay compenetración entre ellos; (y así por ejemplo, también el instinto reproductivo aspira a ser siempre, como el religioso: “la inmortalidad no personal del plasma germinativo”), y el instinto religioso aspira a ser más, porque aspira a la perfección, y también al dominio, cosa que escandalizaba tanto a Nietzsche: “la religión la inventaron los curas para dominar ellos”, y esta compenetración es la que justamente fundamenta la posibilidad de la aglutinación, el terrible peligro del sentimiento mixto”.

¿De modo que ahora salimos con que la religión es un instinto? Yo no digo la religión, sino la religiosidad; y no digo que sea un instinto sino un “perinstinto”, una “noushormétera”, vulgarmente: que la religión tiene raíces instintivas. Eso ¿no lo

habrá inventado algún beatón —ya que todos sabemos que la religión es una creación social? Eso no lo inventó nadie; lo descubrió entre otros muchos Von Monakof, que es ateo. Para ver si la religión tiene o no raíces instintivas, no tienen más que fijarse en las aberraciones de ese instinto (todos los instintos tienen sus aberraciones), por ejemplo, el fanatismo, el fariseísmo y el falso misticismo; ese tremendo “sentimiento mixto”, mezcla de instinto sexual y sentimiento religioso, que dio origen, por ejemplo, a la herejía quietista de los “alumbrados”. Las guerras universales y más crueles de la Humanidad han sido guerras religiosas, y las guerras son cosas del instinto, cosas del animal humano. ¿Y no sería mejor entonces extirpar la religión para que no haya más guerras? No sé si se puede extirpar la religión, pero la religiosidad no se puede extirpar, como no se puede extirpar la sexualidad o la autoridad; y la religiosidad mal aplicada, la religiosidad aglutinada y convertida en idolatría, es la causa de las grandes guerras; y esta Gran Guerra con que nos amenazan ahora, entre Estados Unidos y Rusia, es una guerra religiosa y una guerra de idolatrías. Los Estados Unidos dicen que defienden la civilización cristiana y los rusos dicen que defienden la persona humana, y en realidad lo que están frente a frente no son esas dos cosas sino dos herejías cristianas: una herejía cristiano-judaica (el Comunismo) y una herejía cristiano-romana; porque el Capitalismo es una herejía romana, fueron los antiguos romanos, los paganos, los que inventaron el culto de la propiedad privada’ —“jus uti et abuti”, como decían ellos.

Pero todo esto ya es Teología.

Después de esto, ya podemos dar la definición científica del instinto, cuya definición vulgar ya sabemos, son los cauces subterráneos de la vida afectiva. (Si son cauces, ya está dicho que son subterráneos, pero no está demás repetirlo —pues si dejan de ser subterráneos, dejan de ser cosa buena). *“En un ser provisto de sistema nervioso se puede definir al instinto como una fuerza propulsora latente salida de la “hormé”, que realiza las síntesis de las incitaciones internas del protoplasma con las excitaciones actuantes desde el exterior en vista de un proceso sapiente, que asegure por medio de actos adaptados, los intereses vitales del individuo al mismo tiempo que los de la especie”.*

Estas últimas palabras nos descubren la inmensa excelencia y el inmenso peligro de los instintos: son los servidores de la especie más que de nosotros, es decir, son la trama y el cañamazo y la ley del destino. El destino manda, dicen; manda por medio de los instintos. Feliz el que tenga sus instintos “integrados”. Pobre del que no los tenga bien integrados. Pero aún a ese mismo no hay que desanimarlo: existe algo que puede mucho, que los antiguos teólogos llamaban “el

instinto del Espíritu Santo”; y Von Monakof, al fin del capítulo que trata del “*Problema de las Psiconeurosis*” titula un párrafo de este modo:

“Esfuerzo creador de la sinéidesis hacia un orden nuevo en el caso lesiones psíquicas; el paso de las horméteras a las noshorméteras —de los instintos a los perinstintos”, o sea la “sublimación de los afecto”, de que hablaremos en la próxima.

Esta definición nos da también la clave de lo que llaman los anglosajones “la higiene de los instintos”, palabra popularizada por McDougall. La única higiene de los instintos es que ellos se conviertan en sentimientos, es decir, se sublimen. Para no tener malos instintos hay que tener buenos sentimientos. El amor verdadero, por ejemplo, es antes un sentimiento que un instinto; en el amor verdadero el alma envuelve al cuerpo. ¿Y cómo se hace para hacer brotar buenos sentimientos? Eso depende de la educación, de la educación intelectual ante todo, pues los sentimientos son pasiones intelectualizadas; de la educación moral después, que retiene a los instintos el tiempo necesario para su transfiguración (la cual educación moral prácticamente en el niño se reduce al pudor y a la docilidad), de la educación en sentido amplio, que lo comprende todo, vida de familia, religión, ciencias, artes y civismo (o “cultura ciudadana”), lo que ve, lo que oye, lo que respira el niño, hasta los carteles de los cines. Yo creo que en una nación civilizada no habría que poner carteles de cine que dijese: “Prohibida para menores de 18 años”, tienen un mal efecto educativo. La mayoría de las cintas deberían ser aptas para todos, sobre todo teniendo en cuenta que muchos robustos descamisados y muchas distinguidas encamisadas son mentalmente menores de 18 años, y las pocas vistas que no fueran para los chicos deberían llevar un cartel que dijese: “Apta solamente para médicos, magistrados, maestros y obreros jefes de sindicato”, con lo cual podrían verla todos los adultos, sin escándalo de los chicos; pues la mayor parte de la Argentina son maestras y todos los obreros son o se sienten jefes de sindicato.

Pero me estoy metiendo en cosas que atañen a la Municipalidad. Me hacen acordar de la anécdota de un gringo amigo mío que había edificado en su lote una “prefabricada”, y se topó con un inspector que le intimó su casa no estaba en línea y ‘mordía sobre la calle. Nicola le ofreció mil pesos, y el inspector (por milagro) los rechazó y le dijo: No, amigo. Aunque yo quisiera hacer la vista gorda no serviría; porque éste es un asunto que atañe a la Municipalidad...” —Cataño a la Munichipaldá?— dijo Nicola — Ma entonces ¡todo arreglado! ¿Cataño a la Munichipaldá? ¡Ma é paesano mío! ¡Le dico do parola, e basta: a Cattaneo que stá a la Munichipaldá!

¿Qué vamos a hacer con este país tan bien educado que no nos entendemos entre vecinos cuando hablamos?

La educación de los sentimientos es sumamente importante; y ¡oh Dios mío, cómo está de ausente o descuidada en la escuela pública, empezando por el Seminario! Cuando fui profesor del Seminario quise dar 5 conferencias sobre la educación de los sentimientos (por lo mismo que yo me sentía un ineducado en ellos) y el Rector oyó la primera y no me dejó seguir, todavía conservo los papeles. Claro que es fácil querer reformar el mundo sin reformarse a sí mismo primero, pero en fin, las conclusiones de mis conferencias eran ciertas y conformes a la Ciencia Psicológica. Eran siete conclusiones, que son aplicables a todo el mundo:

1- El seminarista necesita una fuerte educación intelectual; si es casa de estudios, que se estudie.

2- El seminarista necesita educación artística: el arte es uno de los caminos más obvios de la sublimación de los instintos.

3- El seminarista necesita aprender a hablar en público: la oratoria es un arte, arte necesario al sacerdote.

4- El seminarista necesita teatro: para aprender oratoria y para expresar las emociones, que es la manera de educarlas.

5- El seminarista necesita vida familiar.

6- El seminarista necesita aprender un trabajo manual.

7- El seminarista necesita menos meditaciones y más liturgia, menos disciplina farisaica y más comunicación con el “staff” del Seminario, menos piedad palabrera y sentimentaloides y más obras de misericordia corporales.

Es un buen programa de “educación de los sentimientos” (que no es educación sentimental), que se resume en definitiva en estos sencillos principios psicológicos:

1- Para sentir bien, lo primero es pensar bien; los sentimientos son pasiones intelectualizadas.

2- La expresión de las emociones es el medio natural de la catarsis de las

emociones; si usted reprime demasiado la expresión de la emociones, los instintos se repliegan sobre sí mismos.

3- La sublimación no se produce si los dos términos que han de unirse están demasiado lejos”, por ejemplo, con pura devoción a la Virgen, y sin deportes, amor a la familia, amistad fraterna, poesía y trabajo, no formará usted la castidad, necesaria al sacerdote. Aparecerá Mazzolo, y si no se repara lo de Mazzolo, no se destruye la imagen de Mazzolo, aparecerá otro Mazzolo. Nada lo impide: el amor al Ser Absoluto SOLO no impide a Mazzolo.

Y el amor al Ser Absoluto, el amor al Ser Absoluto, el amor al Ser Absoluto... necesita fundamentarse sobre otra cantidad de amores para ser simplemente posible; el amor al Ser Absoluto solo, es falsificado.

Aspiramos a lo Absoluto

Desde el fondo de nuestra mente.

Tan solo el Amor Absoluto

Nos domina absolutamente —dijo Goethe.

Hay muchos Santos que nacieron perversos y se hicieron Santos, como San Luis Gonzaga y Charles Baudelaire, y hay muchos perversos que nacieron para santos y no se hicieron santos. Todo depende quizá del consentimiento o no consentimiento que en el fondo de su alma uno da o no da al Amor Absoluto, por lo menos según la cocinera correntina: si la filicida de Merlo hubiese ido a la iglesia tantas veces como fue al cine, no hubiese matado a sus hijos. Pero ¿quién le enseñó a esta pobre mujer de Merlo la existencia del Amor Absoluto?

El cura tiene que haberle enseñado o la señorita profesora de religión... Quién sabe. Vivimos en una época tan oscura que es posible nacer y vivir muchos años en un país cristiano y no enterarse de la existencia de un Amor Absoluto, trascendente pero no excluyente a todos los amores humanos. Se puede ser en la República Argentina tan miope, supersticioso e ignorante como Medea. Se puede no conocer al Amor Absoluto sino como un viejito con chiva, un hombre con melena rubia peinada al medio mostrando un corazón, o San Ignacio de Loyola vestido de Gran Inquisidor —no fue amigo de la Inquisición San Ignacio de Loyola— como le pasa, por ejemplo, a mi cofrade a quien quiero y admiro, Jorge Luis Borges.

LOS AFECTOS

EL DELIRIO DE JUAN JACOBO

Esta conferencia ha sufrido una severa mutilación porque me salía triple tamaño de lo justo. En consecuencia parece un potpourri de cosas; pero en realidad tiene unidad; puesto que no trata sino de las pasiones, si son buenas o malas y qué son; el amor, raíz de las pasiones; el placer, término de las pasiones, si es bueno o malo y qué es; el delirio afectivo de Juan Jácome y el delirio afectivo de los argentinos.

Tenemos que hablar de los afectos o pasiones en sentido general; o sea de la vida afectiva, que comprende también el placer y el dolor y los sentimientos y desemboca en la voluntad, habiendo nacido en los instintos. “Llamo pasión a todo lo que termina en gozo o tristeza”, dice Aristóteles. Todo esto con el ejemplo de J. J. Rousseau referido a nuestra época y nuestra nación: Rousseau es el padre del sentimentalismo argentino.

Nuestra época es pasional. Nuestra época es también cruel. ¿Puede darse esa contradicción? Puede darse puesto que de hecho se da. ¿Puede ser que un individuo sea a la vez afectivo y duro, sentimental y despiadado? Ciertamente: basta que sea egoísta. En la Física no puede darse que una cosa sea dura y blanda a la vez, pero en la Psicología, sí. Hay algunos que tienen la cabeza dura y el corazón blando, y éstos son los santos; hay otros que tienen la cabeza blanda y el corazón duro, y éstos son los imbéciles. Más aun, analizando psicológicamente se ve que, así como hay un lazo invisible entre la lujuria y la crueldad que se manifiesta en el sadismo, así como vimos una estrecha relación entre la extremada liviandad del siglo XVIII y las orgías de sangre de la Revolución Francesa, relación que está simbolizada en el marqués de Sade, así también hay una estrecha relación entre el sentimentalismo de nuestra época y los actos de inhumanidad y crueldad que marcan el comienzo de la ERA ATÓMICA: el sentimentalismo manifiesto en la poesía, en la novelística, en el teatro, en el cine, en las revistas, el periodismo, el TANGO... e incluso en la vida política y la religión; la crueldad y la dureza despiadada manifiesta en actos tan tremebundos que no necesito mencionarlos. ‘Lo que me espanta en la época que se aproxima, dice Hilaire Belloc, no es tanto la corrupción de las costumbres como la crueldad...’ Panchoamor no es bueno; es bondadoso a ratos, pero no es bueno; Panchoamor es blando.

DEFINICIONES:

1. Afectos: tendencias o inclinaciones generales sensitivas; es la “pasión” en sentido cartesiano, esto es, tomada en sentido abstracto.

2. Pasión: la afectividad en concreto, es decir, fijada y diferenciada: amor concreto (al dinero, a la ciencia, a los pájaros). Es la “pasión” en sentido kantiano, “Leidenschaft”.

3. Emoción: actualización de una pasión o un sentimiento.

4. Sentimiento: pasión intelectualizada. El amor (tendencia al bien) se vuelve sentimiento cuando ese bien, de una manera u otra, ingresa en la esfera intelectual (Tomado de los apuntes de Psicología de Castellani).

A propósito de “era atómica”, permítanme que les lea una carta que dirigí ayer a un padre benedictino, Martín Altolaquirre, que me consultaba acerca del 20 de Agosto y la gran Pirámide de Gizeh. Un chiquilín me paró en la calle y me dijo: — Padre, ¿es cierto que mañana se acaba el mundo? —¡No! —Bueno, entonces deme una estampita. El temor que cubre nuestra época se desahoga a ratos en espasmos de euforia y de esperanza, basadas en la superstición. Prosperan los pseudo-profetas, los profetas eufóricos, sacerdotes o no sacerdotes; y sacerdotes de la religión o sacerdotes de la Ciencia, que es hoy día la verdadera religión de las masas. Por aquí anduvo un sacerdote muy elocuente y afamado, el P. Lombardi, a quien yo tengo por pseudo-profeta, que tiene grandes éxitos en las masas italianas predicándoles un siglo de paz, de dicha y de bienandanza basado en el democristianismo, en la bondad o en la bondadosidad (que no es la caridad) y en el Primado de Italia, “il primato italiano”; nación según él elegida por Dios para dominar al mundo, por lo menos en lo religioso. Esto no está en la Escritura Sacra, como no está que Inglaterra sea la nación elegida y mesiánica, como quiere Davidson... y Mister Lack.

El único pueblo que consta que ha sido elegido es Israel, el Israel de Dios, el cual desconoció al enviado de Dios y fue castigado, y cuando se reintegre en su elección volverá la paz, pero precedida primero por una Gran Agonía: ésta es la profecía ortodoxa. “El Hogar” y “La Razón” se especializan aquí en profecías eufóricas con disparates descomunales; “La Razón” se especializa además en los milagros de la Ciencia Moderna, lo mismo que el Instituto Nacional de Energía Atómica, que está en la Avenida Alvear.

LA GRAN PIRÁMIDE

(carta al P. Martín Altolaquirre, OSB)

"Hoy he estado todo el día encorvado sobre el enorme libro de Davidson y Aldersmith *"The Great Pyramid: its divine Message"*, porque el fatídico 20 de Agosto de 1953 (ayer) es la penúltima fecha fatídica de la Historia antes de 1992 que sería la última, según estos *piramidólogos*. La gente anda encuriosada, pues "El Hogar" y otras revistas y diarios anunciaron para el 20 algo descomunal, que ciertamente no se ha visto, aunque puede ser un suceso oculto, como 'el nacimiento de un Mesías', me dijo ayer un judío en un restaurán. "¿O del Anticristo?", le pregunté Yo.

La lectura de Davidson me ha dejado dudoso: su estudio detenido pediría mucho tiempo y muy variados y difíciles conocimientos. Las conclusiones provisorias que he sacado son las siguientes:

1°. Los descubrimientos astronómicos encerrados en la geometría del enorme monumento son indiscutibles, y son una pura maravilla, pues tener esos conocimientos unos 3.000 años (entre 3.500 y 2.000) antes de C. y cifrarlos todos ellos con ingenio súper humano y exactitud minuciosa en una mole geométrica de piedra, destinada a ser un mensaje de una civilización adelantadísima y agonizante a otra civilización adelantadísima y agonizante, es cosa de milagro.

2°. El simbolismo religioso coincidente con la revelación hebrea contenido en las medidas aritméticas de la larga, quebrada y bifurcada galería interior, que marcaría en cada uno de sus accidentes la fecha del Diluvio, del Éxodo de Israel, del Nacimiento y la Pasión de Cristo, no parece imposible y parece probable por las pruebas suministradas.

3°. Las determinaciones datales que siguen, como 1914 gran guerra y comienzo del período de tribulación universal, 1918 armisticio y nacimiento de la U.R.S.S., 1928 (Reino de Israel?), 1939, 1945 y las dos últimas de 1953 y 1992 me dejan dudoso: pues se basan en la determinación previa del punto 1914 y el llamado "descubrimiento de la pulgada regia o polar": 1,0011, un poquito mayor que la pulgada inglesa, del cual no puedo juzgar si es auténtico o artificioso. Ciertamente que estas predicciones dejarían chiquita por su exactitud a la revelación hebreo-cristiana.

4°. Finalmente, las conclusiones proféticas de Davidson, que él apoya en una selva espesísima de datos e índices, acerca del pre dominio providencial de la raza anglosajona (nuevo pueblo elegido), su alianza y fusión con Israel, la derrota de Rusia (“el rey del Norte” de los profetas hebreos) y una apocatástasis (o restauración) milenarista sin Anticristo ni agonía del mundo, todo eso me parece imaginación y fanatismo, y claramente heterodoxo en dos puntos: a) en el fijar con exactitud la fecha de la Parusía, 1992; b) en la concepción de la Parusía diferente de la del Apóstol Juan.

En suma, Davidson, que es un gran hombre de ciencia, se convierte al final (como Newton en su famoso “Apokalipsis”) en un pseudo profeta, que quizá allana o prepara el camino del Anticristo. El concibe la salvación del mundo y restauración de todas las cosas (que los cristianos creemos y esperamos) en términos políticos y patrioterros; y en términos mundanos y eufóricos, sin las penas, plagas y castigos que el Apokalipsis nos predijo y enseña, y que están incluso en las visiones de los niños de Fátima. Esto es simplemente lo que llaman los teólogos católicos “milenarismo carnal”.

Pongo estos ejemplos de sentimentalismo para que vean cómo hoy hasta la religión está tocada de afectividad suelta; y la afectividad es como el agua: si se rompen los caños o los cauces, pantano a la orden. Davidson no es un cualquiera, es un científico y un investigador tenaz, sin embargo termina su libro, de una erudición portentosa, erizado de logaritmos y ecuaciones, con una borrachera de euforia y patrioterismo (pasión de la esperanza), diciendo que todo se arregla ya ya, pronto, bien y solito, si todos los pueblos del mundo siguen a la raza elegida, con elección grabada en granito, desde el año 3.500 a. C., a la raza anglosajona, que el 3.500 a. C. no soñaba todavía en existir.

La afectividad suelta es un gran mal; y exacerbada, como en Rousseau, es una enfermedad grave y sumamente dolorosa: enfermedad endémica en la Argentina, que nació bajo el signo rusioniano, y aun ahora en los Liceos hacen leer a los míseros rapaces de el “Contrato Social” por razón de que Mariano Moreno lo leyó cosa que no hacen en Francia; Bréhier, en la Sorbona leyó y comentó en el curso 1932-33 un capítulo de ese libro nítido por fuera y contradictorio por dentro, indigerible para todos, no digo para un muchacho. Las pasiones, los pies de los afectos, son buenas para mover pero no son buenas para guiar: cuando andan sueltas son excelentes para extraviar; fíjense: un caballo que está pastando en la vía, si lo espanta el ululato del tren y se asusta mucho, es capaz de lanzarse a dispararle al tren derecho por la vía en vez de salirse tranquilamente, y así un potrillo blanco se nos echó arriba del auto cerca de San Antonio de Areco; y a eso

le llaman los psicólogos “la paradoja de la emoción” (Alberto Palcos) o la causalidad fragmentada o aglutinada. “Los pies de los afectos”, dice San Agustín: los pies no sirven para mirar.

Por estos y otros ejemplos, los estoicos dijeron que las pasiones eran malas:

“Echa los gozos,

Echa al temor,

Rehuye la esperanza,

Mata al dolor

Gaudia pelle - Pelle timorem,

Spem que fugato - Nec dolor adsit,

Cantó Boecio; y Marco Tulio Cicerón dijo que los afectos eran morbos, enfermedades del alma, lo cual repitió Séneca, Boecio, Pedro Gassendi, Kant, Fichte y Leuba; y ciertamente tienen razón cuando los afectos andan sueltos o exacerbados. Todas las pasiones son malas y hay que llegar a la “ataraxia”, apatía o impasibilidad... dicen los estoicos.

Pero los románticos se fueron al otro extremo y dijeron que *en la pasión exaltada consiste la vida:*

Porque la vida más afortunada

Sin la pena que exalta y transfigura

Fuera tormento para el corazón,

Que pediría a gritos la lanzada

Y la ventura de una desventura,

Porque la vida ¿qué es sin la pasión?

Y la poesía argentina repite hasta el hastío esta idea, nuestra poesía que “está

todavía en el romanticismo y no tiene mensaje, por lo cual con razón no interesa para nada en Europa” como afirmó Vintila Horia en un Congreso de Poetas en Santander, afirmación que debe ser atenuada. Fíjense como ataca la “Pena de Muerte” en 1860 un poeta tan discreto como Ricardo Gutiérrez:

LA PENA DE MUERTE

Cuando ya el alma que animó la carne,
en los claustros del cerebro encerrada,
sube como la estrella matutina

y en la esfera de Dios posa sus alas,

Cuando cernida en la armonía eterna
del infinito amor que a Dios iguala
ama a los hombres que dejó en el mundo
como al hermano de su hogar amaba.

¡Ah, con qué inmensa y horrorosa angustia
gemirá la conciencia desolada
de aquéllos que en la vida de la tierra
con ley de muerte al semejante matan!

¡Ni por toda la gloria de este mundo,
ni por la parte que el Edén me guarda,
mi mano escribirá mi nombre humilde
al pie de las sentencias de matanza!

La pena de muerte se puede atacar o defender (personalmente yo creo que ahora es mejor que no haya pena de muerte en la Argentina), pero no se puede atacar o defender así. En cuanto al “Misionero” de Ricardo Gutiérrez es un monumento al descamisado de sentimentalismo: tres poemas al Misionero hay entre nosotros, Gutiérrez, Almafuerde y Mario Bravo, y no tienen nada que hacer con el misionero real; y el Misionero de Almafuerde es un puro delirio, la flor del sarmientismo. Sarmiento es todo pasión y sentimiento del principio al fin, y cruza en diagonal toda nuestra literatura para terminar en Mallea, o para no terminar, mejor dicho. No digo que todos estos escriban mal digo que escriben como Rousseau, no con la cabeza sino con las tripas, que si escribiesen con el corazón, menos mal.

Los que escribieron con la cabeza entre nosotros es una línea débil: Mitre, que es un buen escritor (en prosa), Hernández, Joaquín González, Lugones. Los demás son borrachos, como Joaquín Castellanos, que no probaba el vino pero era un borracho psíquico, incluso los poetas sacerdotes, como Luis N. Palma de Paraná y Luis Santamarina de Lobos, que no tienen nada de Fray Luis de León.

Ya van tres noches de festín: en ellas,

Ávido el corazón de un algo inmenso,

Toda la vida en el placer condenso,

Y aun tengo hambre de placer y amor.

Quiero beber mi juventud de un sorbo

Del goce en la frenética locura,

Como en la furia de la sed se apura

Una copa repleta de licor.

¡Todo esto me enseñaron de memoria a mí cuando chico! Menos mal que yo me defendía leyendo el “Caras y Caretas”. Ahora ya no hay esa defensa: las revistas argentinas en general se hacen con una fórmula fácil: muchas fotos, mucha propaganda, un cuarto de ciencia moderna, un cuarto de americanadas, un cuarto de religión y un cuarto pornografía, sancochado todo en almíbar de sentimentalismo, y no sentimentalismo argentino, no, ni siquiera yanqui: ¡sentimentalismo hollywoodense! Y el cine argentino, lo mismo. Estas revistas de

ahora con 1/4 de religión sentimental y 3/4 de bazofia intelectual creo que son más dañinas que las revistas crudamente antirreligiosas que había antes.

Basta de exordio, y de críticas: veamos someramente las bases de la Psicología de las pasiones y el remedio del delirio afectivo.

1- Rousseau no fue “un loco rematado toda su vida”, como dice Menéndez Pelayo, y también Lamaître y Faguet.

2- Rousseau no tuvo delirio de persecución, puesto que fue en realidad perseguido. Tuvo “delirio afectivo”; es otra cosa.

3- Rousseau no se suicidó de un pistoletazo a la cabeza, como dice la “Apologética... “. “Fin funesto de todos los perseguidores y enemigos de la Iglesia...” Eso es mala apologética.

4- Rousseau tuvo realmente cinco hijos, o por lo menos Teresa Levasseur, su concubina, tuvo cinco hijos y él los metió en la Inclusa, como cuenta en sus “Confesiones”; no es una mentira inventada para “posarla” de hombre viril, y defenderse de la acusación de masoquista e impotente, como defiende Jules Lamaître.

5- Finalmente, Rousseau con su “Emilio” y su “Nueva Eloísa” hizo algunos bienes a la sociedad de su tiempo, cualesquiera sean los daños que por otro lado produjo. Su pedagogía, por utópica y sentimental que sea, contiene elementos sanos y una buena dosis de humanidad y sentido común. Claro que para educar a un muchacho como al utópico Emilio primero tiene que ser millonario y después terminará el bachillerato a los 30 o 40 años.

LAS CONFESIONES (1750)

“Si yo fuese uno de esos hombres mal nacidos, sordos a la voz de la naturaleza, dentro de los cuales jamás brotó sentimiento alguno de justicia y humanidad, esta dureza (de abandonar sus hijos) hubiera sido muy natural; mas este fuego de corazón, esta sensibilidad tan viva, esta facilidad de tomar cariño a las personas, la fuerza con que me subyuga, el profundo dolor que me causa la necesidad de retirarlo, la benevolencia hacia mis semejantes, el amor ardiente de lo grande, de lo bello y de lo justo; este horror al mal de cualquier género que sea, esta imposibilidad de odiar y de hacer mal ni de quererlo siquiera, a nadie; esta ternura, esta moción dulce y pura que siento en presencia de todo lo virtuoso, de todo lo amable y generoso ¿pueden conciliarse en una misma alma con la

depravación? No; lo siento y lo digo abiertamente, no es posible. Jamás, ni un solo instante de su vida ha podido ser Juan Jácome un hombre sin sentimientos, sin entrañas, un padre desnaturalizado. Habré podido engañarme, pero no endurecerme. No diré mis motivos porque diría demasiado, puesto que si han podido seducirme a mí, podrían seducir también a los jóvenes que me leen... Me contentaré con decir que, al entregar a mis hijos a la educación pública por serme imposible educarlos por mí mismo al destinarlos a ser obreros y campesinos mejor que aventureros caballeros andantes de la fortuna, creí hacer un acto de ciudadano y de padre, y me consideré como un miembro de la República de Platón...”

“Mi tercer hijo fue también entregado a la Inclusa, así como los dos siguientes, pues fueron cinco los que tuve. Este proceder me pareció tan bueno, tan sensato, tan legítimo que si no me jactaba de ello, sólo fue por respeto a la madre, pero lo conté a todos los que sabían nuestras relaciones...”

¡Haga lo que haga Juan Jácome es bueno, y todo lo que haga es amoroso; él es sustancialmente bueno, bueno por naturaleza, confirmado en gracia. La doratura que hace de sus relaciones con Mme. de Warens y la canonización de esta mujer que fue de lo último, es todavía más repelente a mis ojos...

Porque el buen dorador tú mismo lo eres,

dice Lugones. Rousseau es el buen dorador. Su sofística es inconsciente. Es la sofística de la pasión. ¿Qué pasión? El narcisismo.

En el cuadro de la corrompida sociedad del siglo XVIII en el cual él se movió, aparece como un moralista sensato y un buen predicador. Que su ejemplo no apoyase su doctrina es otra cosa; su doctrina representa quizás el esfuerzo de un gran escritor por salvar una situación que ya no tenía salvamento. Al lado de la furia destructiva de un Voltaire, del materialismo brutal y salvaje de un Diderot y de un Barón D’Holbach, Rousseau aparece como un hombre moderado, moral y hasta religioso. El terrible ataque que llevó en nombre de la religión natural a la religión católica y a toda religión revelada en la “Profesión de fe del Vicario Saboyano”, contenido en el tomo IV del “Emilio”, debió haber sido contestada con estudios teológicos y no con persecuciones, pero el clero francés del Setecientos no tenía teólogos ni siquiera buenos escritores: con política y política mala querían suplir la falta de saber.

Yo le tenía un odio feroz a Rousseau, “odium theologicum” y además odio de florentino, de hombre del siglo XVI con bisabuelos en Florencia; y escribí en

“Canciones de Militis” un artículo que levantó inofensivas polvaredas entre algunos profesores normales.

También cuando pasé por Ginebra escribí un epigrama “delante de la estatua de Rousseau”, inspirado en una frase que me dijo el “chicherone” italiano que me acompañaba:

“Se equivocó, pero fue un hombre grande”

— ¿En que fue grande, diga, chicherón?

— Monsinore, fue grande y extragrande En todo lo que no se equivocó.

— ¡Oh chicherón, diga una cosa!

— ¡Mande!

— ¿En lo qué fue que no se equivocó?

— ¡Oh Monsiñor, eso lo ignoro yo!

Pero después estudié su vida, debiendo explicarla en Salta (¡los benditos programas!) y mi repulsión se trocó, si no en estima, al menos en admiración y conmiseración: admiración por su estilo claro, natural, elocuente y patético; conmiseración por su vida perseguida, que en realidad fue muy desdichada y no por culpa suya del todo. Nació en ambiente muy insalubre; vivió 66 años (1712-1778), y a los 10 años era un masoquista (sin culpa), a los 20 años un resentido social, a los 30 años tenía los pies de los afectos desollados y no podía disparar y a los 40 años era un volcán: un hombre que nadie podía soportar porque él no soportaba a nadie, con el intelecto envenenado por esa contravaloración del resentido que hemos analizado: un enemigo callado y cauteloso de la sociedad, de toda sociedad. El abate Mably, que lo convirtió al Catolicismo y lo protegió un poco, no supo llevar su caridad hasta el fin, y prevaleció la ternura equívoca y depravada de Mme. de Warens, una harpía temible y corrompida que tampoco lo protegió hasta el fin, “blanda y dura a la vez”, que se lo sacudió de encima cuando se hizo molesto... y viejo.

Entonces comienzan las “fugas” de Rousseau, de Ginebra a Italia, de Italia a Inglaterra, de Inglaterra a Suiza, de Suiza a Francia —a todas las regiones de Francia; y sus tormentosas rencillas con cuantos intimaba, aunque fuesen sus protectores; nunca protectores del todo, ciertamente. La corrompida nobleza de

aquel tiempo lo alojaba en sus palacios por tener a mano el lujo o el adorno de un gran escritor, como Victoria Ocampo; pero no eran capaces de ver detrás del escritor (y les hubiese convenido verlo), al hombre, todo sensibilizado, todo lastimado desde la infancia. La pobre sirvienta Teresa, madre de sus cinco hijos, con quien casó en su lecho de muerte, vio al hombre, hasta demasiado, y

fue fiel y devota, pero no tenía los medios de curarlo o calmarlo: En cuanto a los cinco hijos de Rousseau, los 5 expósitos, ¡se vinieron a la Argentina, supongo yo!, nadie sabe de ellos. Su vida una tormenta de pasiones, disimulada astutamente bajo un manto de ecuanimidad, bondad y cordura; pero nunca dominada ni asimilada por la inteligencia, como en el Dante por ejemplo, es hombre tormentoso pero mucho más inteligente que tormentoso. Se puede ser tormentoso con tal de no convertirse en atormentado, y eso es un milagro de la inteligencia. Rousseau no sublimó sus pasiones en su obra literaria sino que simplemente las ocultó detrás. Por eso, escribiendo como un clásico, es el padre del romanticismo latino. Las posiciones centrales de su doctrina son todas paradojas de resentido:

“Todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales”.

“La naturaleza hace bueno al hombre, la sociedad lo deprava.

“El salvaje es puro y sencillo, el civilizado es malo”.

“Los espectáculos, las bellas artes y las ciencias corrompen las costumbres”.

“La educación no debe ser positiva sino negativa: no hay que enseñarle cosas al niño sino impedirle que contraiga vicios: que aprenda solo en contacto con la naturaleza...” Detrás de estas proposiciones está el carácter de Rousseau: hiperemotivo, hipersensible, hipertímido e hiperpasional: entendimiento guiado continuamente por la sentimentalidad y el subjetivismo. Eso es malo. Hoy en el trolebus 302 no me dejaban repasar mi conferencia dos mujeres jóvenes que conversaban; me puse a escuchar y en la conversación estaba toda mi conferencia. Hablaban bien, con gracia, sobre todo cuando criticaban los vestidos y el maquillaje de las actrices: argentinas hijas de españoles, hablaban con esa dulzura que notan los españoles en nuestro hablar, que por cortesía llaman dulzura, pero es blandicia: ellos hablan más recio y más rápido que nosotros; hablaban de una obra de Casona y una dijo: Está tomada del Emilio de Rousó —Yo no sé, yo no lo leí. —Yo sí— debía ser alguna maestra normal —está toda sacada de Rousó. Y ellas dos estaban sacadas también de Rousseau, pero no en cuanto al rechazo de los espectáculos, porque pasaron lista de todos los espectáculos de la semana y estaban sobrenutridas de teatro, cine y radio. Finalmente analizaron “David y

Bethsabé”, reconstrucción histórica, y apareció la religión sentimental. Contra los estoicos y los románticos, las pasiones no son en sí mismas ni buenas ni malas. Todas dependen del amor: son malas si es malo el amor, son buenas si el amor es bueno. El amor es la atracción general del bien; no del bien como está en sí, sino como es aprehendido o valorado por nosotros, que a veces vemos un mal como bien, bajo capa de bien; y ese error práctico lo causa justamente el indominio de la afectividad. No se ama sin antes conocer y no se ama sino el bien, amar es querer el bien y querer bien y querer hacer el bien al amado: bene velle. Esos tres significados tiene el adverbio bene. La voluntad perversa (querer mal) es el amor de un falso bien: no se puede amar el mal en cuanto mal (contra Max Scheler), es algo contradictorio; y se ama el mal a causa de un error, como enseñó Sócrates. No se puede amar bien si no se puede salir de sí mismo (Rousseau no podía salir de sí mismo) y el amor replegado sobre sí mismo es egoísmo y dureza (contra Ortega y Gasset, que dice que el amor no es movimiento): el amor es un movimiento producido por un valor hacia la creación de valores más altos. “Eher Vater sein, kein Mann ist Mann”, antes de ser padre ningún hombre es hombre, dicen los alemanes. El buen amor es un movimiento hacia arriba. “El amor es un movimiento, pero es un movimiento circular”, dice Aristóteles, cosa que no ha entendido Ortega: vuelve sobre sí mismo; es decir, el que ama quiere también su propio bien, aunque es sacado de sí mismo por otro bien que percibe. No podemos amar una cosa que no es bien para nosotros; por eso Dios no puede amar a los hombres, dice Aristóteles: “¿Qué bien puede esperar de los hombres?” Pero Dios refutó a Aristóteles haciéndose hombre, y hombre necesitado; asumió nuestra pobre humanidad, y se solidarizó con todas nuestras necesidades, y... “todo lo que hicieréis con cualquiera de estos pobrecitos, conmigo lo hicisteis.” “Amor meus pondus meum, quocumque feror eo feror...” El amor es nuestra ley de gravedad. El amor llaga. “¿El amor llaga?”, se pregunta Santo Tomás en la SUMA TEOLÓGICA, 1-II, q.27, a.5. El buen amor no llaga, dice él, porque siendo unión con un bien, etc...; pero luego, cediendo a sus recuerdos trovadorescos de noble tudesco, dice: “Eso en cuanto a su término, pero en cuanto a su movimiento, se puede decir que llaga, porque el Amado está en el Amante en forma de herida, o sea de ansiedad, deseo, esperanza y temor, ‘licuefacción, fruición, languidez y fervor’”. Esta es la base solidísima de una Psicología de la vida afectiva, base rota en el siglo XVII por Descartes, por lo cual esa Psicología está todavía por escribir, como dicen todos los que escriben sobre ella, Ribot, Fouillé, Stendhal, James... Alberto Palcos. La confusión actual sobre la Psicología de los afectos es extrema; no hay sino ver la interminable discusión moderna acerca de la definición del placer y el dolor, el gozo y la tristeza, (léanla en el manual de Roustan), que son las dos pasiones terminales; problema perfectamente resuelto ya hace 25 siglos, en la Ética a Nicómaco. “El placer es una actividad moderada”, dicen los escoceses. No

siempre. “El placer es un índice de la dirección hacia la vida “, dicen Bergson y los evolucionistas. Innegable.

“El placer viene de una plenitud “, dice Klages. Bien, y Aristóteles ha reunido esas tres notas, “Actividad, Plenitud y Vida” en la exhaustiva discusión que contiene ese libro, “el más grande que ha salido de una mano puramente humana”:

“el placer es un epifenómeno de cualquier actividad vital en su ejercicio pleno”.

“Epifenómeno” o irradie o halo o aura: no es un acto, no es una cualidad, no es un movimiento, es algo sobreviniente o mejor dicho concomitante al acto, “como a la juventud la lozanía”, dice Aristóteles: de aquí el error de los que buscan el placer por el placer mismo, que acaban por arruinar al mismo placer; puesto que el acto busca el objeto, y cuando la facultad está bien dispuesta y el objeto es perfecto, el placer sobreviene, viene solo, no hay que premeditarlo; por ejemplo, si hay un entendimiento bien formado y hay una ciencia perfecta, el saber es uno de los gozos más grandes que existen: un júbilo; pues han de saber ustedes que existen placeres corporales o deleites, placeres psíquicos o alegrías, placeres espirituales o gozos, júbilos o embelesos...

“Ahora con menos placeres soy más feliz” me decía un amigo. Sin algún placer no se puede vivir; pero dichosos aquéllos que tienen la felicidad barata.

“De cualquier actividad o facultad vital”; por eso son heterogéneos, variados y diferentísimos entre sí los placeres; y por eso hay placeres malos, los que nacen de una potencia inferior con detrimento de una superior. “Toda la moral se reduce prácticamente al gobierno de los placeres”, dice Aristóteles.

“En su ejercicio pleno”, si yo oigo una conferencia por encima o por debajo de mi capacidad, tengo un dolor, me aburro. Es decir, el placer sobreviene cuando se da adecuación o armonía entre las fuerzas de la facultad y la perfección del objeto: leer el “Contrato Social” no da ningún placer y causa un dolor a un chico de 5 años; un amigo mío me contó que aborrecía el Quijote de Cervantes hasta los 24 años a causa de que lo obligaron a leerlo en la escuela primaria. El exquisito poeta valenciano Wenceslao Querol, cuando estaba por morir, llamó a sus hijos y les dijo: “Hijos míos, tengo que revelaros un secreto vergonzoso: yo soy académico de la lengua ¡y me revienta la Divina Comedia!” —traducida por el Conde de Cheste, naturalmente. “El placer es el acompañante de la operación perfecta “, dice Santo Tomás: la operación perfecta o plena supone una armonía entre la potencia y el objeto, y esta armonía o plenitud es lo que llamó míseramente Hamilton “actividad moderada”; no siempre es moderada o mediocre la actividad que da placer, mas

siempre es armoniosa, plena.

La definición aristotélica molesta a los predicadores cuyo oficio es ir contra los placeres y predicar el ascetismo por medio del miedo al Infierno: y efectivamente en esta definición aristotélica se apoyaron los epicúreos para construir su ingeniosa moral hedónica fundada sobre la máxima: “el que sigue al placer sigue a la naturaleza, y el que sigue a la naturaleza no puede errar...” ¿Qué naturaleza? ¡En el hombre la naturaleza está rota en dos! —decía Platón respondiendo a los cirenaicos, precursores de los epicúreos. Pero es respuesta floja. “NO puede errar el que sigue a la naturaleza ordenada”, responde Santo Tomás con más sabiduría; y a esta respuesta hubiera adherido Aristóteles, que notó en el psiquismo no una rotura o una grieta sino una extraña labilidad, sobre todo con respecto al placer. De ahí su asombro ante el hombre, ‘animal desmesurado’, como lo llama: de un lado, teóricamente, el placer debería llevarnos al bien; de otro, prácticamente, nos atrae constantemente al abuso, al exceso.

Y así el Estagirita, al mismo tiempo que da esa definición naturalista, optimista, del placer, siembra su obra máxima de principios ascéticos tan severos como los de Platón, o mejor dicho, los mismos que Platón. De modo que los epicúreos apoyaban su moral del placer en Aristóteles viejo; y los estoicos, su moral del ascetismo en Aristóteles joven; y en realidad Aristóteles no está tampoco partido en dos; y en su libro mejor, “La Ética a Nicómaco, está su definición psicológica optimista del placer, equilibrada por los principios del más equilibrado ascetismo. He aquí esos principios:

1°- “Saber la teoría de la virtud, oh Sócrates, es diferente de aprender la práctica de la virtud”. Esta práctica se llama áskeesís, es decir, entrenamiento.

2°- “El hombre virtuoso debe encontrar su propio equilibrio personal, diferente en cada hombre”.

3°- ‘Debe alejarse del vicio a que es más inclinado, aunque sea con exceso al principio”.

4°- “Con respecto al placer, debemos hacer como para enderezar un árbol torcido, que lo torcemos al revés, lo doblamos de más al otro lado”.

5°- “Con respecto al placer, debemos hacer como los ancianos de Troya con respecto a Elena, que estaban siempre maldiciéndola, cuando estaba ausente por lo menos; porque cuando estaba presente, no podían maldecirla y exclamaban: ‘Realmente esta mujer vale la pena de una guerra’”. Con esto, quedan justificados

los predicadores; por lo menos los predicadores como el P. Massillon, del cual es fama dijo Luis XIV: “Cuando lo oigo predicar me aterro, pero cuando lo veo comer me consuelo”.

6°- “Convencerse de que la virtud perfecta es difícil y pide mucho esfuerzo, constancia y hasta tropezones”.

7°- “Encontrar el justo medio en cada caso pertenece al hábito de la prudencia”.

Esto dijo Aristóteles. ¿Diría mejor un asceta cristiano? Muchos psicólogos modernos condenan el ascetismo cristiano, algunos reputándolo simplemente enfermedad, anormalidad, masoquismo, “culto del dolor”. Toman al ascetismo en un grado más alto, el ascetismo de los cartujos o el feroz ascetismo de algunos místicos, que es un instrumento o un efecto del estado místico, lo toman separado de ese estado interno, y lo juzgan desde afuera; como un sordo que juzgara a uno que baila sin oír la música. El principal de estos es Pierre Janet, en su libro, “De la angustia al éxtasis”. Dice Janet: *“Yo no condeno el dominio de las pasiones ni las privaciones en orden a ese dominio: yo ahora tengo ganas de ir a paseo, y me privo del paseo para escribir este libro que va a ser la cumbre de mi vida y mi gloria imperecedera, pero eso no es ascetismo. Ascetismo es el culto del dolor por el dolor, como en Santa Teresa, en San Pedro de Alcántara y en Simeón el Estilita”*. ¡Sordo del demonio! Esos tres que nombras hacen lo mismo que tú: se privan de cosas que valen más que un paseo, pero es para hacer con sus vidas una cosa que vale más que un libro. *Privarse del valor-placer, sabiendo que es un valor, para alcanzar un valor mayor, eso es ascetismo.*

¿Entonces el ascetismo es un buen negocio, diríamos en esta época de negocios? No, es un buen juicio: es un sentimiento, una pasión alta que vence a un instinto, una pasión baja.

Otros persigan placer y caudales,

Mujer mudable y olvido en el vino;

Escojan otros un blando destino,

Colchón que halague sus carnes mortales.

Busquen aquéllos marfiles, vitrales,

Joya que adorna, manjar que se embucha,

Y adoren todos al áureo becerro.

Yo a una quimera más alta me aferro:

Quiero una vida de amor y de lucha,

Coraje y fervor, luz y fierro.

“Que el niño tenga placeres buenos, es decir que encuentre placer en las cosas nobles, eso es casi toda la educación”, dice Aristóteles. No la tuvo Juan Jácome Rousseau, el gran educacionista maleducado. La madre fue una danzarina de costumbres ligeras que murió al darlo a luz; el padre lo abandonó a los 7 años, disparó a Italia perseguido por estafa; lo crió, bajo la tutela de un tío, la Señorita Lembercier, la cual lo ponía a dormir en su cama y le pegaba y pellizcaba por gusto, cosa que poco a poco le iba dando gusto también al niño, hasta que un día le dio una paliza (ojalá que hubiese sido con un palo), le dio una tanda de palmadas en el “sedere” teniéndolo sujeto la cabeza entre sus rodillas; y el niño, que tenía entonces 8 años, sintió de repente un placer misterioso y tremendo, y quedó arruinado para toda su vida. “Dotado de una sensualidad ardiente, desde la tierna infancia conservéme libre de toda impureza hasta la edad en que se desarrollan los temperamentos más fríos y tardíos”, dice él; es decir, falsa castidad, retardo del instinto desviado; y añade: “contemplaba con ardientes ojos las mujeres bellas que se me repetían en la fantasía con insistencia, sin otro objeto que gozar a mi singular manera, a la manera de mademoiselle Lembercier”. Masoquismo. Esto no es el ascetismo de los Santos. Esto no es tampoco la “operación perfecta” de Aristóteles y Santo Tomás. Esto es una operación del instinto sexual mala, prematura, torcida.

Hemos recorrido muy por encima la afectividad en su raíz, que es el amor; en su término, el gozo y la tristeza... Faltan las otras dos pasiones principales, la esperanza y el temor. ¡Cuánto no quedaría aún por decir! —para el año que viene. Las pasiones no son patología; pero pueden volverse patología: una pasión desatada es como una enfermedad; el resentimiento es la enfermedad de la ira y la tristeza, como vimos; el delirio afectivo es la enfermedad de todas las pasiones; no es neurosis ni psicosis propiamente, sino un estado de hipersensibilidad afectiva que puede conducir a la neurosis de angustia o al delirio melancólico o al delirio de persecución: es el borde de la demencia. Rousseau no tenía delirio de persecución, porque de hecho era perseguido, pero sentía demasiado la persecución, lo cual es otra cosa: Hernán Benítez ha descrito este estado en dos

capítulos de su libro sobre Unamuno: “El destierro” y “Al filo de la locura”, pero nadie lo ha descrito tan bien como el mismo Rousseau en sus obras póstumas: en los papeles publicados después de la muerte.

El hiperemotivo se emociona bruscamente, explosivamente al menor pinchazo, se emociona verticalmente, es decir, de arriba abajo, está siempre rumiando sus ofensas y pensando retrospectivamente: “lo que debió haber contestado en aquella ocasión”, y cuando llega el caso de contestar no puede, porque se emociona demasiado, y las emociones con su excesiva intensidad lo manejan para la acción y se le van para adentro, convirtiéndose en tormentas. Lugones se suicidó en una tormenta de delirio afectivo; Lugones era un hombre tormentoso; también su hermano Don Santiago, a quien confesé y asistí a bien morir. Leopoldo Lugones, impasible y olímpico en su poesía; Santiago Lugones, dulce y alegre como Rousseau, y también buen poeta, eran en el fondo dos románticos y hombres de tormenta: descendientes de conquistadores, encomenderos e inquisidores.

La poesía argentina no ha salido del romanticismo, sea; la poesía argentina no tiene mensaje: un momento. No tiene filosofía todavía, desde luego: Hernández en la filosofía informe que pone en la payada del Negro y de Martín Fierro, repite de memoria viejos temas de la filosofía hispana o árabe; Lugones, fíjense, no tiene en su poesía los tres temas fundamentales, el amor, la religión, la vida política: tiene solamente el paisaje, la tradición y la tierra. Toda la obra juvenil de Lugones hasta llegar al “Romancero” y al “Libro fiel” es pura imaginación, es templar la vihuela. Las poesías amorosas de Lugones no expresan el amor, solamente lo describen, como si lo estuviera viendo en otros; la religión no está:

escribe un poema antirreligioso traduciendo a Omar-Al-Kayam y toca en otro poema, el “Canto de la angustia”, a la superstición no a la religiosidad; y finalmente su pasión política, que era vehemente, no se sublimó jamás en canto por falta de filosofía, por falta de ideas generales: “político romántico”, lo llamó con razón Ramón Doil en su libro “Acerca de una política nacional”. Cuando quiere escribir sobre política, como en “La Grande Argentina” o “La Hora de la Espada”, hace unas tremendas ensaladas románticas, henchida de conmovedor patriotismo, pero sin ningún contacto con la realidad, grandes utopías poéticas.

Sin embargo, los grandes poetas argentinos tienen un mensaje informe, que es difícil de enunciar por lo mismo que es informe: el mensaje telúrico de una nación todavía informe, la voluntad terca y ciega, como de una vaca terca y ciega, de que todo este barullo y batiburrillo informe, este carnaval y este fandango que no es una nación, sea una gran nación: que los ganados y las mieses se conviertan en

intelecto y belleza, y los criadores de vacas y cazadores de pesos dejen de ser vacas ciegas. Este es el mensaje de la poesía argentina. ¿No le interesa a Europa? No importa. Nos interesa a nosotros.

Hay que curar a los argentinos del delirio afectivo, del romanticismo, del sentimentalismo. Los remedios son los mismos que para curar a un individuo, sólo que no tengo tiempo de decirlos y además constituyen una especie de secreto profesional. No nacimos tan mal nacidos como Juan Jácome Rousseau: así que si la Pirámide de Gizeh lo permite, desde el 20 de Agosto de 1953 hasta el 28 de Diciembre de 1992 hay tiempo para curarse—o para morirse.

UN SUICIDIO HORRIBLE

Mucho me temo que esta conferencia salga bastante seca, porque trata del pensamiento y de los tres ángulos de un triángulo. Pero mucho más seco es lo que encontrarán ustedes en los tratados comunes de Psicología, como por ejemplo en el de Regis Jolivet, que acaba de ser traducido. Yo no sé: los franceses tienen, según es fama, el don de ser claros y el desdón de ser superficiales: éste es superficial pero no es claro. “El intelectualismo de Santo Tomás” de Pierre Rousselot es todo lo contrario: claro y profundo, por eso no ha sido traducido, no sirve para la Argentina. Hay otro Rousselot, que se llama Paul, que también escribió sobre Santo Tomás y sobre el intelecto y también ha sido traducido: es muy malo, casi idiota. Estos señores editores argentinos, que son casi todos extranjeros, no es que quieran idiotizar a los argentinos: lo que quieren es ganar mucha plata; y cuanto más plata ganan, más se convencen de que son ellos y no otros los que deben imponer los libros que el argentino ha de leer; y lo cierto es que lo consiguen, por virtud de las inefables leyes del capitalismo. “El mercado del libro”: el que tiene más capital domina el mercado e impone su mercadería, el libro, es decir, el pensamiento...

El pensamiento, las ideas, la inteligencia, la ciencia. El hombre es el único animal que tiene pensamiento y es, el único animal que se suicida. Dicen que el escorpión se suicida si se lo rodea de un círculo de brasas. No es verdad, se mata sin querer, en todo caso. Yo no lo he visto en el escorpión; pero sí en una víbora yarará que estábamos atormentando con palos los muchachos, después de haberle roto el espinazo con una picanilla. El animal enteramente furioso mordía en todas direcciones, ciego de ira, hasta que se agarró la cola por casualidad, se mordió y quedó instantáneamente rígido; porque el veneno de la víbora no hace mal por vía estomacal, es su jugo gástrico, pero mata, paraliza la circulación y disuelve los tejidos (los digiere), por vía sanguínea. Así se suicide aquella víbora. Pero sólo el hombre se suicida por ideas y todo suicidio en definitiva depende de una idea; por lo menos así lo piensa Dostoiewski.

El pensamiento del hombre ha creado el mundo de la ciencia, del que está orgulloso; tanto que se podría decir que la Ciencia es hoy día la verdadera religión de las masas, menos o más según las regiones, pero en todo el mundo sin

excepción. De la Ciencia se esperan milagros —“La Razón” casi todos los días cuenta un milagro de la ciencia, que ha ocurrido en Norteamérica—, como la curación del cáncer y de todas las enfermedades, la prolongación de la vida y la comodidad y la seguridad para todos; o sea, la felicidad en definitiva, el estado perfecto de la Humanidad; y la Ciencia por otro lado, con la invención de la bomba atómica, ha percutido al mundo con un estado de temor y de inquietud, que no es dominado por ninguna religión. “Dios es el miedo a la muerte, Dios es el dolor del miedo a la muerte, Dios es la invención del hombre para vencer el miedo a la muerte”, dice Kirillof, el terrible suicida de Dostoiewski. Pero ese Dios que infunde miedo y después lo sana, es hoy día la Ciencia. ¿Qué Ciencia? ¿La Ciencia de la naturaleza, la ciencia del hombre, la ciencia de Dios, la sabiduría? No: la ciencia inventora de drogas y artefactos, la Técnica. La ciencia inventora del cine hablado, coloreado, y de tres dimensiones.

Bertrand Russell (en catalán “rosillo”), que es un hombre de ciencia, es decir, un gran matemático, un erudito en Física y Biología y un sofista mezcla de Voltaire y Bernard Shaw, dice que la religión de las masas es el cine (“El panorama científico”): “Dudo mucho —dice— que todas las Iglesias juntas ejerzan tanto influjo como el cinematógrafo en la opinión de los jóvenes, sobre asuntos tan íntimos como el amor, el matrimonio y el hacer dinero. Los productores de Hollywood son los grandes sacerdotes de una nueva religión. Mostrémonos agradecidos por la pureza de sus sentimientos —pues hacen triunfar la virtud, y sucumbir al vicio, aunque tienen una mañita de retratar demasiado al vicio y de hacer a la virtud ñoña y sentimental. Pero en fin, el cine pertenece también a la gran religión de la Técnica, es una tecnificación del teatro, lo mismo que la prensa y la radio, esos otros dos grandes instrumentos de uniformar las cabezas de todos, de propaganda, de masificación. Exagera Russell: sobre el amor, el matrimonio y el hacer dinero, el primer influjo lo reciben los jóvenes en la familia. La Técnica está muy bien, yo no voy a quejarme de los pianos, las heladeras, los ascensores, y los colectivos, los cuales me llenan de admiración; pero yo no quisiera un piano que me cortara una mano, una heladera que me helara a mí, un ascensor que me ascendiera siempre para abajo, unos trasmisores del pensamiento ajeno que me volvieran cada vez más necio. *“Para que una civilización científica sea una civilización buena, es preciso que el aumento de ciencia vaya acompañado de un aumento igual de sabiduría. Esto es algo que la ciencia por sí misma no proporciona. El aumento de la ciencia por sí mismo no es por ende bastante a garantizar ningún progreso genuino”* —confiesa Russell, a pesar de su entusiasmo por la “Ciencia”.

Ciencia para Russell significa Técnica. No significaba eso para los antiguos. Es

graciosa la afirmación de Russell en la pág. 179: “la teoría de Malthus sobre la superpoblación, sea verdadera o falsa, es rigurosamente “científica”. Un hombre del Medioevo hubiese dado un salto (“¡Si no es verdadera, no es ciencia!”) y Platón, debedor de los sofistas, hubiese sonreído con desprecio. “Scientia est cognitio rerum per causas”. Ciencia es conocimiento verdadero, cierto y demostrable de las cosas por sus razones de ser. Pero la teoría de Malthus es ciencia, dice Russell, porque “se apoya en estadísticas de población y gastos de agricultura”. Es decir, que lo que hace la ciencia es la manera y no el contenido. Como si dijéramos: “Ese hombre camina muy bien... —¿Cómo camina muy bien si no sabe a dónde va y va a un abismo? —Bueno, pero camina muy bien; posa los pies con toda corrección de acuerdo a las leyes de la anatomía...” Pero sobre todo, ‘ciencia es todo lo que da poder, sea ello verdadero o falso’, es el criterio de Russell. La Psicología, por ejemplo, se reduce a Freud y a Pavlov porque dan poder; para domesticar animales y para dirigir a los hombres.

La técnica es propia del hombre, pero es lo que está más cerca de la inteligencia animal, si hay una inteligencia animal. El castor, el pájaro y la abeja poseen una técnica admirable y perfecta para hacer sus casas, y el animal es capaz incluso de un pequeño progreso en sus técnicas —muy pequeño y forzado— como probó Koehler con sus 17 experimentos con los chimpancés de Gibraltar: “*la inteligencia de los grandes inventores no se diferencia de la inteligencia de un chimpancé en naturaleza sino en grado...*”, la “boutade” de Max Scheler quiere decir eso: es falsa, desde luego, simplemente hablando, puesto que el manejo de los signos, el lenguaje y las matemáticas, es propio del intelecto humano y de su capacidad de abstracción, que es su característica propia. Pero la técnica moderna, que en 150 años ha hecho más inventos que en los 5.000 años anteriores, viene de la aplicación de las Matemáticas a la Física en orden no al saber sino al poder; es decir, es el triunfo de la voluntad sobre el intelecto, el aservimiento del intelecto a la voluntad de dominio.

No diré yo que el voluntarismo teórico y el voluntarismo práctico sean la misma cosa: que la afirmación teórica de que la voluntad prima al intelecto sea lo mismo que el subyugamiento práctico del intelecto por la voluntad, de la contemplación por la acción, y de la razón por la violencia. Son dos planos diferentes; pero están íntimamente ligados entre sí e *históricamente aparecen juntos*.

La tesis de que “en el principio era el Verbo” parece una cosa abstracta y académica, como por ejemplo disputar si “la luz del Tabor era creada o increada”. Sin embargo, no es así: es la tesis principal de la Psicología del intelecto, y errarla significa errar otra cantidad de problemas, que finalmente conducen a la

perturbación de la práctica.

Efectivamente, los tres problemas fundamentales de la Psicología del pensamiento son: el de las ideas, el de la ciencia y la creencia y el del voluntarismo: y los dos primeros desembocan en el tercero. Son simplemente las relaciones del intelecto con todo lo que tiene al lado, a saber, con la imagen, con los afectos, con la voluntad. Empecemos por el último, el cual no resolvemos dialécticamente (lo cual pertenece más bien a la metafísica de Kirillof), sino prácticamente, por el suicidio.

Kirillof quiere probar que Dios no existe por medio de un acto violentísimo de voluntad: Kirillof es el triunfo del voluntarismo. Si Dios existe o no, no es cuestión de voluntad.

Por medio del suicidio quiere destruir de una vez y para siempre la idea de Dios y redimir a la Humanidad del miedo a la muerte: es un Cristo al revés. Es ateo y ruso, es decir, ateo y religioso: de una raíz de religiosidad instintiva viene la exacerbación de su ateísmo, llevado a sus últimas consecuencias lógicas con el rigor lógico de un paranoico.

"Yo me suicido no por miedo ni por rabia, sino por una idea". Dios es la idea por excelencia, la cumbre de la Metafísica, la cual es el tercer grado de abstracción: la idea de un Ser puro Ser, sin mezcla de no-ser, o sea sin mezcla de privación y de límites, idea que encontramos en la India, en Israel y en la Grecia independientemente. El suicidio es el acto de voluntad más violento y, en cierto modo, más fuerte que puede hacer el hombre, poniéndose como era de su naturaleza pero sin llegar a afuerarse del todo, pues Kirillof no vence el temor a la muerte, chifia como un marrano y acaba por matarse de casualidad, como la víbora yarará. Triunfo del voluntarismo, no de la voluntad.

El voluntarismo es contra la natura ordenada, pero por desgracia es conforme a la natura caída: Caín es el primer voluntarista, el primer cultor de la voluntad de poder: él y sus hijos Tubal y Tubalcaín inventaron la técnica; Nemrod fundó la primera ciudad amurallada; la torre de Babel fue el primer acto de culto tecnolátrico.

El voluntarismo domina la época, empapa toda la Filosofía moderna y desde allí reina en toda la práctica, desde la técnica hasta la religión: los que mandan hoy día no son los contemplativos sino los prácticos; no los sabios, sino los expertos y astutos; no los más inteligentes, sino los más briosos y dominadores. "Dichosos los mansos porque ellos poseerán la tierra" —dijo Cristo. La tierra la poseen hoy día no los mansos sino los violentos. "Voy a destruir la tierra; porque la veo llena de

violencia” —dice Dios a Noé. La herejía voluntarista nació en la Cristiandad Occidental en los siglos XVI y XVII, aunque la tendencia a esa desordenación existió siempre, naturalmente. Lutero es voluntarista. En el ámbito de nuestra raza, el voluntarismo está representado por Francisco Suárez, del siglo XVII, que en sus “Disputationes Metaphysicae” hizo una especie de compendio de la Filosofía Cristiana, pero introduciendo en ella el voluntarismo de Duns Scoto y de William Occam. Un jesuita y dos franciscanos: la herejía voluntarista (herejía filosófica, desde luego) comenzó en la Iglesia y después se propagó al Estado. Russell cree que los jesuitas introdujeron el voluntarismo; no los primeros jesuitas ciertamente, puesto que San Ignacio fue un contemplativo, Diego Laínez un especulativo aunque mediocre, Francisco de Borja un místico; pero después vino un práctico, Claudio Acquaviva, “el segundo fundador de nuestra Compañía”, como lo llama el P. Astrain, y comenzó el dominio de los prácticos, de los “briosos sin letras”, como dice el P. Mariana. Pero eso ya no era privativo de los jesuitas sino característica de una época naciente que había de reflejar Descartes. Descartes es tan voluntarista que sostiene que “toda afirmación proviene de la voluntad y no del intelecto”, es decir que toda afirmación no es ciencia sino creencia. Si el P. Mariana hubiese sido General de la Compañía de Jesús en vez del P. Acquaviva, es probable que la Compañía de Jesús hubiese seguido la línea de San Ignacio; pero al P. Mariana lo hubiesen muerto.

¿Y qué me importa a mí que domine el intelecto o domine la voluntad? ¿Acaso eso me da a mí de comer? Mire: si domina la voluntad, entonces el hombre no es más que el animal (cuyo intelecto está envuelto en la acción, en la acción presente) y la religión es una cuestión de sentimiento, no de verdad ni de error: ¿Le importa a usted eso? —Tampoco eso me da de comer. —Bueno, veamos entonces las consecuencias extremas del voluntarismo moderno:

1°- la voluntad de producir a todo pasto, antes de ordenar la producción al consumo, el medio al fin: de donde el hombre viene a quedar subordinado a la producción, el hombre es para la producción; el Capitalismo.

2°- la voluntad de planificar para aumentar la producción; que sin la moderación de la sabiduría, viene a subordinar el hombre al plan en forma férrea y no flexible: “La Hora Veinticinco”.

3°- la voluntad de dominar férreamente una nación a otra: ¡los mercados!

4°- la voluntad de hacer dinero sin límites: el lucro para aumentar el capital: cuanto más capital más dominio, más producción, más lucro.

5°- la voluntad de destruir la producción para hacer dinero, sea volcando el vino y quemando el maíz, sea por esas grandes destrucciones colectivas que son las guerras.

6°- la voluntad de destruir el dinero para hacer producción: el monopolio arbitrario del dinero, la inflación, la deflación.

7°- la voluntad de destruir y destruirse, que es diabólica: o sea, el suicidio de Kirillof.

¿Por qué pues el hombre se entrega de esta manera absoluta y cuasi religiosa a la técnica?

Ah, es que hay allí también una raíz religiosa: conquistar la tierra es una misión del hombre. Dios puso al hombre en el Jardín del Edén para que conquistase con un trabajo suave y humano el Jardín del Edén y toda la tierra, que producía ya entonces abrojos y espinas, y la volviese jardín del Edén. El hombre abandonó su primera relación, la relación con Dios, para entregarse con furia a su segunda relación, la relación con la tierra y prefirió hacer la torre de Babel. Y lo que él prefirió no le fue negado. Está a la vista la torre de Babel; creo que en estos días están por terminarla.

Todo deriva de las ideas; porque lo primero que deriva de 1a ideas son los ideales, y los ideales gobiernan la marcha del hombre: “asigún el hombre piensa, ansina el hombre camina”, mas la herejía de la acción sin freno, del voluntarismo, consiste en caminar mucho y pensar poco. Un padre salesiano muy distinguido me decía: “Yo he viajado muchísimo: yo conozco España, Italia, Francia, Dinamarca mi patria... India, Afganistán, China, Estados Unidos, Méjico, Venezuela...”

—Yo le dije: Yo conozco Aristóteles, Santo Tomás, Platón,... Shakespeare, Dante, Cervantes,...

—Ah sí, pero todo eso no es real. Un árbol en un libro no es real; en cambio, ese árbol que tenemos allí delante...

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Se llama molle. El árbol en el libro no se seca nunca; y la rosa en mis versos no se amustia, es una rosa inmortal.

El primer problema de la Psicología del intelecto es si hay intelecto, es decir, si hay ideas. Si las ideas se diferencian esencialmente o no de las sensaciones y las imágenes; si no se diferencian, el hombre es un mero animal, un animal perfeccionado o degenerado, según los gustos; un animal que lo mejor que puede hacer es trabajar como un burro; y así trabaja en los países empiristas.

El empirismo o sensualismo o nominalismo ha existido siempre, desde los tiempos del Rey David (*“comparatus est jumentis insipientibus et factus est similis illis”*) y atraviesa toda la historia de la Filosofía, refinándose y alambicándose al infinito: hay que ver cuántas ideas abstractas son necesarias para negar las ideas abstractas, hay que ver la masa de abstracción que necesita Kant para eliminar el tercer grado de abstracción, y reducir el alcance del intelecto a la Física y la Matemática, convertidas ambas empero en productos subjetivos de la mente, o como diría él, en “realidad meramente categorial”. Kant en el fondo es un nominalista, es decir, que identifica el pensamiento con los conceptos, y los conceptos con los nombres o signos, aunque sea con unos signos internos y sutiles, creación de la mente humana, que llama “categorías”, y tratando de superar el empirismo radical de Hume no sale de su ámbito. Pero el abismo que separa al hombre del animal es tan manifiesto que no lo pueden colmar los filósofos; y todos los pueblos del mundo, para insultar a una persona, la llaman animal.

El esfuerzo que ha hecho la Psicología experimental moderna por colmar ese abismo es inmenso; hay hombres que se han pasado la vida entera persiguiendo acremente ese objetivo: véase “Animal Intelligence” de Thorndike, y la cantidad enorme de trabajo que se insumió ese sabio (claro que trabajo bien pagado por la Universidad de Yale). ¿Para qué? Para “compararse con los jumentos insipientes”. LA INTELIGENCIA ANIMAL DE THORNDIKE —el título del libro es lo más aprovechable de él. ¡Qué manera de atormentar a monos, conejos, ratas y pollos para que revelen su inteligencia creadora! Los chimpancés sabios de Koehler, apretados por el hambre y la sed, no llegan a hacer lo que hace naturalmente un año de tres años: manejar los signos, ver la relación de medio a fin, generalizar una experiencia, inventar experimentos ¡lo que no inventa un chico travieso!, y clasificar las cosas. A Martita la llevaron a los 3 ó 4 años al Zoológico: iba viendo los animales nuevos clasificándolos de acuerdo a un sistema sencillo: un cuadrúpedo pequeño era un wuau (un perro), un cuadrúpedo grande era un mu (una vaca) y un ave cualquiera era un pío (gallina), pero de repente hallóse delante de la foca, y se quedó absorta y perpleja

un gran esfuerzo intelectual, moviendo pies y manos, hasta que de repente, con

un gran grito de triunfo, dijo: “¡sapo!”. Un chimpancé no puede hacer eso; conoce y distingue mejor que un chico los animales presentes y concretos, desde luego, pero no puede ni clasificarlos ni ponerles nombres.

La abstracción (o sea la generalización, la clasificación, la significación, la síntesis y el análisis) es la propiedad del intelecto humano; propiedad que en definitiva sirve para fabricar y para dominar, pero que primordialmente es un conocer. Contemplemos el mundo de las Matemáticas, ya que ese mundo es el que nos dejan los sabios de hoy. ¿Qué vemos? Un mundo de nociones abstractas estrictamente unidas entre sí por principios irrecusables. Ese mundo es la creación más pura del intelecto humano, donde el intelecto se siente a sus anchas: le basta un solo contacto de su imaginación con la realidad cuanta para construir una figura o un número, y después puede operar con ellos tranquilamente elevándose a alturas sobrehumanas: a la órbita de los astros, al interior del átomo, en una orgía de símbolos de la cantidad, cada vez más refinados y complejos. Mas cuando descende a la realidad, la realidad responde a esos símbolos tan elaborados y complejos —la realidad material responde: la destrucción de Nagasaki e Hiroshima no es una creación subjetiva de la mente humana, una conformidad legal del pensamiento consigo mismo, como dice Kant Así que, en su ufanía de matemáticos, los psicólogos modernos han inventado maquinitas y “tests” para medir la inteligencia; y no sirven para medir la inteligencia, pero sirven para dominar al prójimo clasificándolo por grados y poniendo al que no nos gusta en el grado de “retardado mental”. Pues bien, todos esos conceptos, lo mismo que los conceptos de las ciencias naturales (primer grado de abstracción) y los conceptos de la ciencia metafísica (tercer grado de abstracción), tienen cinco propiedades de que carecen las imágenes y sensaciones:

1°- son abstractos: el triángulo no es ni blanco ni negro, ni grande ni chico, ni equilátero ni isósceles; y es todas esas cosas a la vez, potencialmente;

2°- son universales: la palabra triángulo designa toda figura cerrada de tres lados, existente o posible;

3°- son necesarios: hay un “índice de presencia” inmensamente más coactivo que en la percepción sensible misma: no una coacción de hecho sino una coacción de ley: “todos los triángulos posibles caben en una semicircunferencia; la suma de los tres ángulos es igual a dos rectos”, necesariamente;

4°- son reflejos: la imagen no se imagina a sí misma, pero el pensamiento se piensa a sí mismo, se tuerce sobre sí mismo (que eso significa reflejarse, como un

fleje) originando la conciencia: sé que sé, sé que no sé, tengo una idea de mis ideas: “en este asunto mis ideas todavía no están muy claras”, decimos;

5°- Finalmente son unos: la tendencia a la unificación alcanza su máximo en el intelecto, y si es general en el psiquismo humano, es por causa del intelecto; una insaciable sed unificadora parece la tendencia esencial de su dinamismo. Eso ustedes lo saben. Esto falta en el animal irrevocablemente... Ustedes me están culpando de hablar de balde; la culpa la tienen estos “jumentos insipientes”.

“Los tests miden lo que hay de más común en el niño y en el rudo; y fallan dondequiera entra la personalidad, que es diferenciación”.

“El gran triunfo de las pruebas fue el reclutamiento para la Gran Guerra del 14 en Estados Unidos; y después el reclutamiento de obreros y escolares. Es pues propio de la civilización de masas y de la fabricación en serie”.

“Los mejores son los más sencillos, como los de Abelson y Stern, que no se apartan mucho de su origen natural, las adivinanzas, acertijos, rompecabezas y juegos de ingenio del ‘hombre eterno’ (Castellani, Apuntes de Psicología, Cuaderno 6, 1945-1951, Psicometría).

Pero el perro de William James hizo un silogismo perfecta Me extrañaría mucho, porque en ese caso hizo algo que nunca hizo su dueño, aunque esto parezca una blasfemia contra esa cumbre de la filosofía americana. —Sí, era un “retriever” perdiguero, y una vez que James hirió de un tiro a dos perdices. —Con perdón de James, eso ningún cazador lo hizo jamás, 1a perdices no andan de a pares. —Bueno, pongamos que sean tordos o torcazas: el perro fue corriendo detrás de las dos, y como no podía correr detrás de las dos, mató a una, corrió a la otra y se la llevó viva al dueño y volvió a buscar a la muerta. Esa conducta supone el siguiente silogismo perfecto:

alive,

get away,

must kill;

o sea: "dos pájaros moviéndose - si se mueven viven - si viven puede escapar - es menester que no vivan - mataré a uno".

Como en el caso del suicidio de la yarará, ese supuesto silogismo se reduce a

cuatro movimientos instintivos sin ningún raciocinio general: es un “raciocinio particular” como decían los antiguos:

1°- *situación de perplejidad, oscura;*

2°- *exasperación, cólera;*

3°- *mordisco;*

4°- *nueva situación satisfactoria y clara.*

Si vamos a eso, yo conocí un perro que hacía silogismos más perfectos todavía: el perro de Don Babel Manitto:

1°- una vez mordió la mano de un hombre que le dio una patada, en vez de morderle el pie; tenía noción del hombre como unidad viviente.

2°- conocía y distinguía no solamente al hombre sino a los diversos sectores: a su amo, a los que eran amigos, a los que eran desconocidos, y a los ladrones por el modo de moverse.

3°- tenía vergüenza: era el perro de Don Babel Manitto; iba a robar carne a casa; entonces nosotros aprovechábamos para ir a robar limones a lo de Don Babel; el perro se enteraba y se volvía despacito y silencioso, escondiéndose y haciendo un gran rodeo, a su casilla, y salía haciéndose el inocente y ladraba furiosamente. Todo esto está al alcance del animal: se llama “vis aestimativa”. Si por esto quieren decir que el animal tiene inteligencia, tiene razón, pueden decirlo: los antiguos la llamaban “razón particular”; pero en el hombre hay más que esta razón particular, que esta “fuerza estimativa”, hay una razón general, un raciocinio. Pero los que ponen que en el hombre no hay sino esa “razón particular”, lógicamente caen en el voluntarismo; puesto que esta razón es más bien fuerza que luz (fuerza estimativa la llamaban sabiamente los antiguos), no es tanto un conocimiento como un impulso, está aprisionada siempre en un dinamismo actual y presente... Pero esa fuerza estimativa, el instinto, es lo más alto que hay en el animal; luego en el hombre de los empiristas, que no es más que un animal, los impulsos, la acción, la voluntad, PRIMAN. ¿Y qué importa que prime? ¿Qué importancia tiene eso? Espérese un momento. El segundo problema es la diferencia entre ciencia y creencia. Llámase creencia a toda afirmación en que interviene la voluntad; y son dos, la opinión y la fe religiosa. Se trata de saber si la fe religiosa pertenece a la categoría de la opinión o a la categoría del saber. Lo

que está en juego en esta cuestión, “l'enjeu de la question”, es: 1°, la fe religiosa, convertida por los sabios matemáticos en un sentimentalismo; y 2°, el valor de la afirmación científica: “todas las religiones son buenas - o todas las religiones son malas - porque al fin se trata de cuestiones de sentimiento”; algo así como en las opiniones políticas, por ejemplo. La opinión es uno de los cinco estados en que puede estar el intelecto con respecto al saber: es un medio saber, o mejor dicho un “hacia el saber”. Error, ignorancia, duda, opinión, certeza, todos estos estados se definen por el saber, un mal saber, un no-saber, un medio saber, un hacia el saber, y el saber que es la certeza. La opinión es una afirmación sin certeza. ¿Por qué la ponemos entonces? Por influjo de la voluntad. Pongamos las opiniones políticas y las fervientes afirmaciones que uno hace de ellas, en el café

—y en el té; se afirma, se disiente, se pelea, se mata— y se roba ¿Son igual que la afirmación de que “los tres ángulos de un triángulo suman dos rectos”? No, aunque se ponen a veces con mucha más fuerza, pero es fuerza de querer, de pasión, de intereses. Detrás de los muchachos peronistas y atrás de los odiosos oligarcas y atrás de los chanchos burgueses, atrás, atrás, existe un interés, legítimo o ilegítimo, personal o de clase, una masa de sentimientos, buenos o malos, una voluntad en fin, que empuja la afirmación, afirmación cálida que no surge de la fría evidencia científica. Si no, no habría por qué pelear ni discutir; los teoremas no se discuten. “Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas”:

Hacer daño a nadie, non,

Pero defenderme, sí.

Lo quiero y lo mando así,

Con razón o sin razón.

Pues bien, así es la fe religiosa según Russell. “Los que creen en Dios, creen porque les conviene que haya Dios”. “Los teólogos anglicanos creen en Dios porque les conviene”. “Yo no creo en Dios porque carezco de sentimiento religioso...” Sin embargo cree que dentro de poco, con inyecciones en el útero se podrá hacer nacer un niño que sea un gran poeta o un gran matemático, a elegir. Si dijera: “a los que creen en Dios les conviene que haya Dios”, pase. Pero “porque les conviene, creen”, no. Creen porque ven que hay. Si Dios les estorbara o los molestara, no creerían, quizá; puesto que para ver que hay Dios, a veces es necesario quitar los estorbos. No puedo entrar en la discusión técnica que establece que la fe religiosa por un lado depende de la voluntad, y por tanto es

libre; distinta de la ciencia, que no es libre; y por otro lado, es un acto intelectual, y no volitivo; un acto intelectual cierto, y por tanto distinto de la opinión, que no es un saber. Basta dar la conclusión, contenida en aquella modesta y admirable frase de San Agustín: Creemos lo que no vemos, pero no creyéramos si no viésemos que hay que creer. En la fe religiosa existe una evidencia indirecta (evidencia de los motivos de credibilidad), como cuando creo en la existencia de Pekín (“Matrimonio en Pekín”), pero al lado de la evidencia indirecta, existe una afirmación apasionada, que no existe en Pekín. —¿Cree usted que Pekín existe? Creo. —¿Ha visto usted a Pekín? —No lo he visto; ¡y pido a Dios no verlo nunca! —¿Está cierto usted de que existe Pekín? —Estoy cierto. —¿Metafísicamente cierto? —¡Estoy cierto! —¿Se dejaría matar usted por esa certeza? —Eso no. —De modo que el ejemplo de la fe humana, por la cual creemos que Pekín existe, que esta mujer es mi madre, que Bruto mató a César, e incluso creemos ¡lo que nos dicen los diarios!, no sirve del todo para el caso de la fe religiosa. Sirve para los prolegómenos de la fe. Creo que Pekín existe porque me lo testimonia una nube de testigos; creo que Cristo existió porque me lo testimonia una nube de testigos. Pero ¿creo que Cristo es Dios porque me lo testimonia una nube de testigos? Eso es otra cosa. Creo fácilmente lo que me dicen los hombres porque se trata de cosas posibles; pero el objeto de la fe son paradojas, son misterios. Por eso al objeto de la fe no basta el intelecto solo, se necesita una disposición y hasta una impulsión de la voluntad: se necesita la “voluntad de salvarse”, y por tanto el sentimiento de que uno está perdido. Por eso decía Platón que no se puede ir a Dios con el intelecto solo, sino con toda el alma. Por eso el sello de la fe es el martirio; y en cierto modo, la misma fe es una especie de martirio, porque hay que doblegar el entendimiento, hay que humillarlo, hay que amansarlo. Sólo sé que no sé nada, decía Sócrates, y ésa es la religiosidad B, la expectativa ante el misterio; la fe sobrenatural es la religiosidad C, la aceptación del misterio. Existe una religiosidad A, la religión de los paganos, de los que mataron a Sócrates por ateo, que consiste en pura mitología y sentimentalismo, como es la religiosidad de muchos cristianos de hoy... ¡Alto! No es exacto; la religiosidad de muchos cristianos de hoy no es paganismo, es una cosa más peligrosa que el paganismo, es una gran superchería: es la “fe muerta”, que dijo el Apóstol: el Cristianismo al decaer no ha vuelto al Paganismo, se ha convertido en una cosa peor. Vean un número de “El Hogar”, por ejemplo acerca de la Semana Santa o la Navidad y verán lo que es eso: mitología con sentimentalismo. La gran cuestión hoy día no es convertir a los salvajes al Cristianismo sino convertir a los cristianos en cristianos. No importa: Dios guarda en su caja de fierro una cantidad de acontecimientos importantes que van a destruir toda esta superchería. Pongamos un ejemplo de cómo funciona la fe. Supongamos un creyente que dice: “La Iglesia me ha hecho una iniquidad”, y eso no es opinión para él sino certeza. Por otra parte, dice: “La Iglesia es santa, es

divina, y está dirigida por el Espíritu de Dios”. He aquí la contradicción, objeto de la fe. El intelecto no puede engullir la contradicción, y se ve forzado a concluir así: “O el Espíritu Santo es inicuo, o no hay Espíritu Santo, o la Iglesia ya no está dirigida por el Espíritu, o no me ha hecho ninguna iniquidad”. Ninguna de esas escapatorias es viable: el entendimiento se encuentra estaqueado entre esos cuatro extremos, tirado entre cuatro caballos como Tupac-Amarú, y cualquiera de sus cuatro extremidades que mueva, le duele. Las tres primeras son contra la fe, y la última: “No hay ninguna iniquidad aquí”, es contra el sentido moral. No podemos amputar en nosotros el sentido moral, eso es ilícito: no podemos borrar la diferencia entre el bien y el mal, entre la iniquidad y la justicia, sería apagar la luz, sería paralizar el intelecto, sería un intento de suicidio psicológico que no tendría éxito, puesto que ni siquiera es posible.

Eso significa que la fe tiene que abrazar esas dos contradictorias: “Iglesia inicua-Iglesia santa” en una síntesis más alta; o sea, existe allí, en ese descuartizamiento, la solicitud a un acto de verdadera fe, de fe sobrenatural. “Creo, Señor: ayuda a mi incredulidad”. Ese acto de fe consiste en reconocerse culpable: yo soy culpable. ¿Es menester que lo diga, que salga gritando por esas plazas que yo soy un gran culpable? No. Eso sería inducir en error a los demás. Basta el silencio. El que acepta el sufrimiento en silencio, por el mismo hecho se reconoce culpable. —Pero usted no mató a Mussolini. —No, yo no maté a Mussolini, pero yo no proclamo que maté a Mussolini, ni siquiera proclamo que soy culpable. —Pero si usted calla y aguanta creerán que es culpable. —Es que soy culpable.

—Pero no es de eso que lo acusan! —¿Qué importa? —Es que creerán que ha hecho este crimen. —Peor para ellos: se equivocarán; pero yo he hecho otros pecados. —Pero ellos esos otros pecados no los conocen! —Ay, puede que el Espíritu Santo los conozca. Esto es un acto de fe. ¡Pero esto es un querer simplemente, y es una idiotez! No. Para poder creer sobre la inteligencia hay que tener inteligencia. Si Bertrand Russell dice que la fe es un acto de voluntad o de sentimiento y no un saber, está un poco justificado: en muchos que profesan tener fe, puede no haber verdadera fe. Yo estoy convencido que hay mucha gente que practica una religión, incluso sacerdotes, que no tienen fe verdadera. Es terrible en el sacerdote ese proceso por el cual la afirmación vital que es la fe se transforma en oficio, se va convirtiendo insensiblemente en hojarasca, palabrería y conceptos, sostenido todo por un interés. Bernanos ha descrito ese proceso en su novela “La Impostura”, los místicos le llaman “tibieza” y el Apóstol le llamó “fe muerta” fe sin martirio, sin sufrimiento, sin incomodidad. Y así, con multitudes de “almas muertas” se ha formado en el mundo una gran superchería, la mística ha descendido a

política, y la Iglesia parece a muchos un imperialismo más, un partido político o una gran sociedad anónima para la exportación del Cristianismo en latas. Pero hemos dejado muy atrás al voluntarismo. No importa. Vamos a verlo en acción en el suicidio de Kirillof. Voluntarismo es la supremacía de la voluntad sobre el intelecto, que termina por el atropello del intelecto. El estado de Kirillof es éste, según a mí me parece: es un hombre que con un supremo acto de voluntad quiere hacer cierta una afirmación intelectual: “No hay Dios”. Ese proceso es una inversión tremenda, una cosa contra natura. De modo que lo que dicen los infieles que nosotros los creyentes hacemos, es lo que hacen ellos: poner una afirmación a pura fuerza de voluntad, cuando toda afirmación debe proceder del intelecto. Es lo que hace también un poco la propaganda moderna: “El dentífrico Prince Albert es el mejor del mundo”, con una muchacha de Hollywood en paños menores. Hay 4 afirmaciones: Afirmaciones que proceden de sólo el intelecto: la ciencia. Afirmaciones que proceden de medio intelecto y media voluntad: opinión. Afirmaciones que proceden de todo el intelecto y toda la voluntad: la fe. Afirmaciones que proceden de pura voluntad: el error; la ignorancia no afirma y la duda vacila ante dos contradictorias.

La fe desemboca en la visión: de modo que la fe, naciendo de la ignorancia, pasando por la duda y la opinión, llega a la ciencia; pero no es la ciencia de los triángulos: es la ciencia del Amor y de la Salvación.

LA SUBLIMACIÓN

LA VIDA TORTURADA DE BAUDELAIRE

Vamos a considerar en esta clase la “sublimación” artística, con el ejemplo del poeta francés Carlos Baudelaire. La “sublimación”, nombre difundido de mala manera por Freud, introducido el siglo pasado por Ehrenfels y que se encuentra ya en el Dante:

“per la própria virtù che lo sublima”,

pertenece al estudio de lo subconsciente del intelecto, estudio que no ha hecho aún la Psicología moderna, zambullida en lo subconsciente del instinto, por obra de su malhadado voluntarismo, es decir, el error metafísico de que el fondo y el primordio del espíritu es ímpetu y no luz.

Baudelaire tiene carta de naturaleza en la Argentina porque en Bs. As. se ha hecho la mejor traducción castellana de *“Las Flores del Mal”*, libro en verdad intraducible. Nidia Lamarque, gran poetisa ella misma, ha logrado en un trabajo de años, lo más que se puede lograr en este caso, una versión que a mi juicio no puede ya ser superada. (Crean ustedes que en vista de este triunfo salió algún editor argentino y dijo a la poetisa argentina: “Traduzca usted toda, las obras de Baudelaire”? —Ni por pienso. Al contrario: otras dos obras que se han traducido fueron entregadas a alquileres. Así es servida la cultura argentina por los mercachifles no argentinos.)

“Sublimación es —dice Georges Dumas— el paso de la afectividad elemental a la afectividad superior”, definición elemental. Ese paso es debido a la inteligencia, y el ejemplo más común es el de la inteligencia artística. El arte ejercitado intensamente es catártico respecto de las pasiones.

El P. Alejandro Brou, con ocasión de las Obras Completas de Baudelaire editadas por la “Pléyade”, dijo en una nota, que debían leerlas los sacerdotes advertidos para “tener una visión exacta del alma del pecador”; el P. Brou pertenece a las almas justas y no a las almas pecadoras, o como dicen en mi parroquia “a las almas piadosas”: “se invita a todas las almas piadosas que desean la perfección del sexo femenino a los ejercicios espirituales que predicará

el P. José de Laburu”. Con la docilidad que siempre he tenido a mis Superiores, yo esperé que me ordenaran sacerdote, y esas mismas vacaciones (1931) leí todas “Las Flores del Mal” y desde entonces no he cesado de leerlas; y tengo por lo tanto, siendo sacerdote advertido, una visión exacta del alma del pecador con algunos reflejos del alma del santo; porque Baudelaire tiene el sentimiento cristiano del pecado y ése es el fondo de su obra, es decir, tiene una buena teología y tiene una fe tremenda, hasta cuando blasfema. Hace poco J. P. Sartre ha escrito un libro insultante y denigrante contra Baudelaire: es un punto a favor de Baudelaire. Baudelaire no solamente blasfema en católico sino que blasfema en Job Idumeo; y eso lo revienta al demoníaco Sartre.

Yo creo que Baudelaire se salvó y se fue al Purgatorio, donde permanece todavía, fundado en tres razones: 1º, por virtud de unos sonetos que hice en Manresa; 2º, en virtud de la teoría de un amigo mío de que todos los poetas que cumplen su deber de poetas se salvan: parodia de la teoría de San Pablo de que todas las mujeres que tienen hijos se salvan: “niulier salvabitur per filiorum generationem”, puesto que una gran obra artística chupa la sangre del autor, como un vampiro, o un hijo; y 3º, por virtud del buen fin que tuvo, aunque la Enciclopedia Espasa diga que murió en un manicomio, y las religiosas del Hospital de Bruselas lo hayan expulsado al moribundo escandalizadas de los “ternos” que profería: “Ventre-saint-gris”, y “Non, cré nom, non” y “Sacré-Saint-Ciboire”.

Murió en un sanatorio rodeado de su madre y sus amigos, afásico y semi-inconsciente; pero estas palabras “Sacré-Saint-Ciboire” no cuentan; sus verdaderas últimas palabras son: “¡Oh Dios! ¿Mi fase de egoísmo ha terminado? Mis humillaciones han sido gracias de Dios. Sin la caridad no soy más que un címbalo estrepitante”.

Los tres sonetos canonizadores son los siguientes:

EL ALBATROS

*Por divertirse, a veces, suelen los marineros
cazar albatros, grandes pájaros de los mares,
que siguen, de su viaje lánguidos compañeros,
al barco en los acerbos abismos de los mares.*

*Pero sobre las tablas apenas los arrojan,
esos reyes del cielo, torpes y avergonzados,
sus grandes alas blancas míseramente aflojan,
y las dejan cual remos caer a sus costados.*

*¡Qué zurdo es y qué débil ese viajero alado!
El, antes tan hermoso, ¡qué cómico en el suelo!
¡Con una pipa uno el pico le ha quemado,
remeda otro, renqueando, del inválido el vuelo!*

*El poeta es como ese príncipe del nublado
que puede huir las flechas y el rayo frecuentar;
en el suelo entre ataques y mofas desterrado,
sus alas de gigante le impiden caminar.*

EL MAL MONJE

En los claustros antiguos de tapias espaciosas,
exhibíbase en cuadros la sagrada Verdad,
cuyo efecto caldeando las entrañas piadosas
atemperaba el frío de tanta austeridad.

Entonces, florecida de Cristo la simiente,
más de un ilustre monje que hoy no conoce prez,
tomando por taller los campos del poniente,

a la muerte glorificó con sencillez.

—Mi alma es una tumba que, indigno cenobita,
desde la eternidad mi propio ser habita;
nada embellece el muro del claustro y sus enojos.
¡Oh tú, monje holgazán! ¿Cuándo sabré yo hacer,
del viviente espectáculo de este mi padecer
la labor de mis manos y el amor de mis ojos?

El último verso, metáfora un poco rara de ‘las alas rotas que se vuelven manos’, alude a dos conocidos sonetos de Baudelaire: “El Albatros” y el “Mal monje”. En este último soneto, que es la cifra de la misión de su vida, el poeta se reprocha no ser capaz de hacer lo que en realidad al fin de su vida dejó hecho: se tacha humildemente de haragán, cosa que no fue; y finalmente se exhorta trémulamente a cumplir con su deber, con su misión, con su terrible vocación:

*Mi alma es un sepulcro donde, mal morabito,
desde una eternidad yo demoro y me agito,
nada alegra los muros de este claustro de enojos...*
*Monje haragán, oh, ¿cuándo sabré yo hacer un día,
del viviente espectáculo de la miseria mía,
trabajo de mis manos y visión de mis ojos?*

No voy a canonizar a Baudelaire: ciertamente no es una lectura para chicas que se alimentan de bocadillos y de novelas yanquis, ni para chicas en general, ni para beatos, ni para burgueses, ni para burros, ni para sacerdotes no advertidos, ni para hombres sin percepción artística, ni para la inmensa parroquia de la moralina y de la ortodoxia infantil. Asomarse al abismo no es para todos; y el

abismo está presente en Baudelaire como en ningún otro poeta de todos los siglos.

Hélas! Todo es abismo, acción, deseo, sueño...

Baudelaire es abismalmente triste, Baudelaire pinta el amor sexual como él es, con sus éxtasis y con sus tremendas penas y degradaciones; y Baudelaire blasfema: tenía que blasfemar a causa de las almas piadosas, deseosas de la perfección del sexo femenino; es decir, quizá tenía que ser heterodoxo viril a causa de la actual ortodoxia infantil, que hace blasfemar de la religión a las almas grandes y rectas. “Malditos sean los que hacen que mi nombre sea blasfemado en todo el mundo”, dice Dios por Isaías. El fariseísmo y la majadería religiosa hacen blasfemar el nombre de Dios en todo el mundo. Baudelaire mismo, en diez líneas, hizo la defensa definitiva de su “libro atroz y dio su clave como nadie podía hacerlo, en estas palabras:

Fiel a su doloroso programa, el autor ha debido, como un actor perfecto, modelar su espíritu a todos los sofismas como a todas las corrupciones. Esta cándida declaración no impedirá seguramente a los críticos honestos de afiliarlo con los teólogos del populacho, y de acusarlo de haber deseado para Nuestro Señor Jesucristo, la Víctima eterna y voluntaria, el papel de un conquistador, de un Atila igualitario y devastador. Más de uno dirigirá al cielo la habitual acción de gracias del fariseo: ‘Gracias Dios mío por haber hecho que yo no sea semejante a este poeta infame’.

Yo no voy a canonizar a Baudelaire: aunque habría mucho que decir sobre los santos no canonizados y no canonizables: pensemos en el Mahatma Gandhi, por ejemplo: Gandhi se parece más a los grandes santos del Medioevo, a un San Bernardo, que no la Beata Madre Cabrini, o el beato Profesor Contardo Ferrini. Pensemos en Kirkegor, al cual el profesor español Aranguren, en Revista Universitaria Bs. As., dice que fue un horrible luterano y el profesor italiano Sciacca, que dentro de poco vendrá aquí a dar conferencias, dice que fue maniqueo, jansenista, calvinista y otras diabluras, y fue una cabeza y un alma que San Juan de la Cruz hubiese llamado hermano. En cuanto a Baudelaire, la Enciclopedia Espasa dice que fue un libertino, un psicópata y un “decadente”: no sé lo que quiere decir con esa palabra. ¿Me creerán ustedes si les digo que el autor del artículo no abrió la obra de Baudelaire, no la tenía, no miró la tapa? ¿No es posible, verdad? Pues bien, oíd: ¡Cree que “Las Flores del Mal” se componen de una serie de novelitas! ¡Y no es un error de imprenta! ¡No abrió el libro! ¿Quién fue este magnífico caradura? No lo sé. Creo que el R. P. José María de Aicardo S.J. Fíjense; el punquista que le saca a uno la cartera en el colectivo 39 es mucho

menos sinvergüenza que este desahogadísimo redactor de la Enciclopedia Universal Hispano-Americana: el ratero trabaja más y gana menos —por lo menos cuando me roba a mí; y además hace menos daño.

El que escribió ese artículo es un ratero, un fanático y un fariseo de una envergadura gigantesca.

Aunque habría mucho que decir acerca de los santos no canonizados ni canonizables. No voy a canonizar a Baudelaire: lo voy a tomar como ejemplo psicológico de la sublimación de los afectos por vía del arte: es decir, de cómo un hombre cargado de taras enormes, incluso hereditarias, puede, no solamente mantener el equilibrio psíquico sino conquistar el equilibrio moral, arrancando a los demonios estos dos equilibrios, por virtud de la Belleza, que es uno de los nombres de Dios. Baudelaire nació para réprobo y no murió réprobo por obra del arte.

¡Oh Dios, por qué caminos quebrados, por qué túneles oscuros y por qué máquinas de cardar lana tienen que pasar algunas de tus criaturas para llegar a Ti, todas en realidad, pero no todas en esta vida! ¡Con razón dicen que tu asiento está más alto que el sol y que toda carne se amustiará en tu presencia! ¡Oh almas naturalmente buenas, si es que tal cosa existe, cuán ñoñas me parecen vuestras fáciles virtudes al lado de esta virtud arrancada a tirones, y toda sangrienta y en un conato convulsivo no de horas sino de años, a la horda de los malos instintos!

La Sublimación: así como hay cuatro clases de contemplación, así hay cuatro clases de sublimación; puesto que la sublimación es el movimiento ascensional del alma hacia la contemplación (no olviden que “contemplación” es el nombre misterioso de la felicidad en la Filosofía aristotélica): la contemplación del místico, del metafísico, del artista, y la contemplación del hombre de bien.

Las opiniones de los psicólogos modernos acerca de la “sublimación” se pueden poner también en las dos posiciones extremas, con la posición sintética inferior (tesis, antítesis, síntesis), conforme a nuestro método, que es el método aristotélico. Esta oscilación entre dos extremos es la marcha natural del discurso humano.

Ilustremos las posiciones extremas de la Psicología freudiana y la Psicología cartesiana leyendo dos textos de George Dumas y de José Ingenieros acerca de la contemplación de los místicos:

DUMAS

Ustedes Janet, Freud, Leuba desconocen absolutamente la religión y encima la odian furiosamente. Pero también desconocen la Psicología.

El hombre es cuerpo y espíritu.

El cuerpo no se puede convertir en espíritu.

El instinto no puede volverse inteligencia.

Son contrarios.

La embriaguez del alma lírica (artistas) y la embriaguez del alma religiosa (místicos) son embriagueces pura y específicamente espirituales.

Lo que llaman ustedes “sublimación” es una conversión.

Cuando un ser se despega de los goces sensuales y concentra su inclinación en un ideal, no es que sus instintos se vuelvan ese ideal, simplemente él cambia de intereses vitales, pasa de un plano inferior a un plano superior: construye una “nueva economía del amor”.

Si ese ideal se sirve de expresiones tomadas del amor humano: “Oh scultura, tu sei la mia sola amante” (Miguelángel), eso depende de la naturaleza del lenguaje humano que es analógico. Las comparaciones tienen aquí un valor estrictamente simbólico. “Las Bodas Espirituales” de Sta. Teresa significa quién sabe qué rezos que ella hacía, de acuerdo a las costumbres de las monjas.

INGENIEROS

“Otros hechos análogos pueden leerse en la citada obra de Gilles de la Tourette, quien reunió en 1885 la más completa bibliografía sobre los trastornos tróficos de la gran neurosis. Los casos ya clásicos bastan como introducción histórica al estudio clínico de la gran neurosis. Nuestras observaciones clínicas pondrán de relieve la identidad de los estigmas de los santos con los de los poseídos y con los de la humilde clientela de nuestros hospitales. Los grandes místicos hoy día van a parar a nuestras clínicas”.

“La clínica ha descubierto los ocultos mecanismos del milagro”.

“Las obras de Santa Teresa son cartas de amor con el sobre equivocado”.

Contra estos textos incompletos está el texto un poco lírico pero exacto del fino psicólogo que es Gustavo Thibon, que también va a venir a Bs. As. este año; pero Thibon vale mucho y no habla de lo que no sabe: en realidad lo poco que uno sabe, es lo que uno ha vivido.

“La ‘sublimación’ puede ser definida como una suerte de reflujó ascencional del instinto hacia las fuentes inmateriales del ser humano; y como la integración cualitativa de los ritmos sensibles en la pura melodía de la vida intelectual. Subjetivamente, ella es acompañada de un sentimiento de equilibrio, de paz y de plenitud íntimas; de una impresión de liberanza con respecto de las servidumbres y disonancias de los apetitos inferiores; y como una transparencia espontánea de todos los hondones de la naturaleza a la luz del ideal”.

En suma, si la afectividad se compara al agua —y no hay comparación mejor— la sublimación es el arco iris, que procede igualmente del mar, del río y de la charca; pero que es luz y ya no es agua; y que es causado por el sol antes que por la charca.

En forma menos lírica y estrictamente científica lo había hallado muchos siglos antes Sto. Tomás de Aquino, no el nombre de “sublimación” —el cual se encuentra en el Dante y fue introducido por Ehrenfels en 1898— sino la cosa, en el opúsculo “De Veritate, en el artículo XXV de la q.4.: “Utrum sensualitas oboediat rationi”, artículo de gran actualidad. Resumámoslo:

1°- Reafirma el gran apotegma aristotélico de que la razón no tiene sobre las pasiones dominio despótico sino dominio político: esas palabras aristotélicas significan que la razón con respecto a la parte inferior no es como un rey absoluto sino como un rey constitucional: que reina pero no gobierna; que gobierna, pero por medio de la mayoría; y que puede derrotar a la mayoría pero agrupando a las minorías.

Santo Tomás pone después cinco razones en contra, una de ellas, la quinta sumamente actual, que dice: “El filósofo árabe IbnSinna —Avicena— ha determinado la disposición fisiológica del cuerpo en cada una de las pasiones —sangre cálida y sutil en la ira, sangre templada en el gozo, etc. Pero tal disposición fisiológica no depende de la razón. Luego la razón no puede dominar las pasiones...” Es exactamente lo que han hecho Dumas en su libro “La tristesse et la joie” y Lange-James en su teoría de las emociones... Dicen “adrenalina” en vez de “sangre cálida”, ¿qué importa? “determinación de la somatogenia de las

emociones”.

Responde Sto. Tomás que de tres maneras obedece la sensualidad a la razón; la tercera es lo que hoy llamamos sublimación:

1°- ex parte rationis: “la razón opone a la imagen de la pasión otra imagen contraria”: los “reductores” de Hipólito Taine. Ya está dicho. “Si yo hubiera podido en ese momento acordarme de mi madre, o del Infierno, no hubiera hecho ese disparate” —dice “Una Santa Criatura”, un personaje de una novelita de Gálvez. Era una maestra con malos reductores; Gálvez se la tiene con las maestras. Fue Inspector. Oponer una imagen a otra, —esto lo hizo Baudelaire.

2°- Ex parte vis motive: reprimimos las pasiones suprimiendo los gestos de ellas, que son su expresión natural: nos quedamos inmóviles y no decimos una palabra cuando nos sentimos repletos de ira, o bien HUIAMOS —huir de la ocasión — pues el acudir a la ocasión es un gesto de pasión. Esto no hizo Baudelaire, por desgracia.

3°- Ex parte voluntatis: la afectividad superior, por su mero ejercicio, reprime, regula y acaba por absorber a la afectividad inferior, “lo mismo que la séptima esfera mueve a las otras esferas”, dice el Aquinense, refiriéndose a la astronomía de su tiempo. Esto lo hizo egregiamente Baudelaire.

Es la ley de Hughlings-Jackson, que el fisiólogo inglés comprobó en la fisiología: “Toda función superior, por su mero funcionamiento, regula las funciones inferiores”. Para investigar si alguno tiene un tornillo flojo en la cabeza, los médicos tantean el “reflejo patelar” en las rodillas. ¿Qué tiene que ver? Mucho. Si el reflejo patelar, que es una función medular, se ha aflojado, denuncia un afloje de una función cerebral.

Muchas otras LEYES formuladas por la Psicología moderna más insospechable, concluyen de determinar “los ocultos mecanismos del milagro”, que dice José Ingenieros. Por ejemplo:

DUMAS (t. II pág. 227): “La fuente de toda poesía, de toda moralidad y de toda religión superior no se encuentra sino allí donde la pasión está destetada de su objeto material” —por tanto, tiene un objeto intelectual.

HÖFFDING (Tr. de Psych., 6): “La crisis más importante que pueda producirse en la evolución de un afecto o pasión tiene lugar cuando su objeto sale de la esfera de la sensación y la percepción, para entrar en la esfera de la representación y el

recuerdo...”

De esto se sigue que el amor se acendra y se mejora con ciertas discretas separaciones; así por ejemplo hay personas de quienes no podemos ser buenos amigos sino poniendo cierta distancia: eso me pasa a mí con el Arzobispo de Salta.

PAULHAN: “Las transformaciones del sentimiento”, página 42. “Nuestras tendencias y nuestros deseos nacen ya un poco espiritualizados.., y su funcionamiento los lleva a espiritualizarse más y más...”

(“Espiritualizarse” significa aquí “intelectualizarse”, ojo, lo cual no es siempre “volverse buenos” si son malos: véase la diabólica “lujuria intelectualizada” de la vieja Celestina, tan bien analizada por Menéndez y Pelayo. Azorín se ríe y dice: “Bah, Menéndez y Pelayo cree todavía en el Diablo! —Claro que cree en el Diablo; pero aquí no se trata de eso: se trata de la espiritualización de nuestros vicios, el Diablo es un espíritu: la diabolización de nuestros vicios en un hecho psicológico y una ley psicológica, exista Belcebú o no exista como persona).

Por tanto: *“todo nuestra parte tendencial es también intelectual, y tiende naturalmente a intelectuarse más y más; porque el intelecto es lo primero y lo último en el hombre”*, o como dice sobriamente nuestro amigo Von Monakof: *“Las horméteras dependen de las noushorméteras y tienden a desembocar en ellas”*.

Por tanto, aplicando al caso: Carlos Baudelaire, con la peor herencia, con las peores taras hereditarias o adquiridas y en las peores circunstancias de vida, en soledad y abandono de los suyos, en la bohemia de París, en el París caótico de 1848, en el cubil de una negra ramera y bestial, *por el afán inflexible de hacer su obra poética*, que resultó la cumbre de la lírica francesa y quizás la cumbre de la lírica universal, se libró de la neurosis, se libró de la locura, se libró del suicidio, se libró de sus vicios y pecados, se libró de la incredulidad y al final salvó su alma como podemos piadosamente creer:

Yo sé que tú reservas un lugar al poeta

En las filas ardientes de las Santas Legiones,

Donde le esperan, huésped de la fiesta secreta,

Los Tronos, las Virtudes y las Dominaciones.

Yo sé que el Dolor forma la aristocracia sola

Do no hará mella el diente del mundo y del infierno,

Sé que es preciso para fabricar mi aureola

Juntar los universos y los siglos eternos.

Baudelaire escribió un solo tomo de poesías, un tomito, “Las Flores del Mal”, que en la 1 edición 1857 tenía unas 100 pieza cortas y en la definitiva 1867 tiene 130; pero los 20 volúmenes d Hugo quedan enanos ante la calidad poética de este libro atroz de ciento y pico de páginas.

“Es un libro atroz; en él he volcado todo mi corazón” escribía el poeta al notario Ancolle, que fue su curador de por vida, que le daba cada mes la exigua renta de que gozó, porque le habían nombrado un consejo de familia que le retenía sus bienes por ley, conforme a la ley francesa. La verdad es que Baudelaire a los dos años de ser mayoría, se había gastado la mitad de la fortunita que le dejó su padre: su padre le dejó 75.000 francos y una sífilis.

Cuando se lee a los otros poetas franceses, incluso los más grandes, y la lírica francesa del XIX abunda en grandezas, Hugo, Vigny, Lamartine, Gauthier, Verlaine, parecen niños de 14 años puestos al lado de un hombre de 1.000 años, como el personaje de Bernard Shaw. No exagero; la madurez; la concentración, la altura, la altivez desdeñosa y el cansancio infinito, el dandismo, el desdén, la pose, la “nargue”, la “hauteur”, el señorío, la ranciedad —uno no sabe cómo decirlo— la EDAD, en una palabra, con que esa mirada lúcida mira todas las cosas humanas, vienen del fondo de las edades: y murió a los 45 años.

J'ai plus de souvenirs que si j'avais mille ans,

Tout: la poussière grecque et la cendre latine.

Los críticos hablan de versos de bronce; en realidad son versos de *uranio*.

¿Qué es lo que expresó Baudelaire en ese libro vitriólico que le llevó toda la vida, en ese libro crepuscular que profetiza quizás el crepúsculo de Occidente?

Hoy da nadie puede dudar que ese libro con 130 poemas cortos, sea bueno o sea malo moralmente, es lo más alto de la poesía lírica francesa; que es decir: de

lo más alto que puede dar el intelecto humano. ¿Qué es lo que contiene en pureza?

Algunos dicen que contiene una radiografía de París, de la vida monstruosa, culta y artificial, refinada y viciosa de una gran urbe moderna (Thibaudet), otros dicen que es el infierno del alma de un pecador (Alexandre Brou), otros dicen que es el alma de un neurasténico y un degenerado (el Dr. Cabanés y el anónimo de Espasa), otros que es un poema católico que contiene la Teología del pecado original (Gonzague de Reynold), otros finalmente casi hacen de él la confesión enmascarada y humilde de un santo desconocido (Stanislas Fumet). Y la verdad es que todo eso está en ella y mucho más, porque una gran obra de arte sufre infinitas interpretaciones, según sea el intérprete. Es una cosa que está allí, que tiene su propia vida, o mejor dicho su propia esencia, que siendo una esencia ideal tiene en cierto modo más consistencia y más realidad que mi propia existencia contingente y mudable —y que la existencia del poeta— y por otro lado es una mera imaginación, el vano sueño de un hombre; y un hombre existente, cualquier hombre, es siempre más que un sueño. Esa es la paradoja de las creaciones del espíritu humano: en cuanto son creaciones, relativas por tanto a la Verdad, a la Belleza y al Ser, son algo eterno; en cuanto son creaciones humanas, son un vano sueño. “Todo esto que he escrito, oh Reginaldo, me parece humo, un poco de paja”, dijo Sto. Tomás de la Summa, la cual no quiso terminar —dejó de hacer el tercer tomo. “La gloria? ¿Mi gloria? ¡Mierda!”, dijo Baudelaire cuando se estaba muriendo. Y sin embargo, el gran sostén de su vida en las tormentas de la ingratitud humana y de la miseria inhumana era que él sabía perfectamente quién era; aunque no lo decía, porque era modesto y generoso. Él sabía que era más grande que Víctor Hugo, aunque llamaba “maestro” a Hugo y le dedicaba humildemente sus cuatro mejores poemas: al solemne dios Hugo, inundado de glorias y de éxitos, mientras él no encontraba ni un solo editor para su obra maestra. Cuando estaba en Bruselas en 1859, ya presa de la peor neurastenia (“*Ayer he tenido un aviso singular: sentí pasar sobre mí el viento del ala de la idiotez*”), a un paso del derrumbe final, llegó Víctor Hugo de Guernesey, exiliado por Napoleón III, haciendo mucho ruido y desplazando mucho aire y Baudelaire lo visita y le rinde homenaje, aunque sale de cada visita lleno de irritación: “*Hugo es un genio especial; pero por otro lado es un tonto*”, dice, preunciando la famosa y exacta definición de Juan Cocteau, la vaciedad intelectual y moral de Hugo unida a sus dones poéticos extraordinarios: “*Víctor Hugo no fue Víctor Hugo; Víctor Hugo fue un loco que se creía Víctor Hugo*”. Pero Baudelaire, por más irritado que esté, no pierde nunca la lucidez y honradez de su inteligencia que funciona como un aparato de precisión. Han salido “*Les Chansons des rues et des bois*” del viejo maestro, y Baudelaire escribe a su madre: “*Enorme suceso de venta; decepción de todos los*

inteligentes. Ha querido esta vez ser alegre y ligero y enamorado, volverse joven. Es horriblemente pesado...” Baudelaire dice aquí lo que piensa, pero no todo lo que piensa. Sabe que su madre, como todas las mujeres vulgares, mide el mérito por el éxito, y tiene celos de que su idolatrada y aborrecida madre lo compare a él con Hugo y lo posponga. Su madre lo idolatraba y no lo comprendía. ¿Cómo puede ser eso? Lo sabemos ya: porque lo idolatraba y no lo quería; una cosa es el instinto maternal, y la misma cosa pero otra cosa es el amor maternal. Pero a un amigo le dice las dos cosas que a su madre calla: una es que la abundancia, “la regularidad, la amplitud de la obra de Hugo me espantan, me voltean; otra cosa que no confesaré a nadie, ni a Gauthier ni a Sainte-Beuve, que yo, obrero del verso, técnico de la métrica, no puedo atajarme de una admiración inmensa ante la técnica de este gran artista...”

La abundancia y la técnica de Hugo, no el contenido y los quilates poéticos de la obra; en eso Baudelaire se sabía con toda razón inmensamente superior. Ese “librito atroz” no escrito sino exudado penosamente como un nácar, no encontró editor: Michel Levy, que había editado los 5 tomos de traducciones de Edgar Poe, —que había de hacerse rico con sus obras completas muerto el poeta, dudaba, mañereaba y daba largas; entonces se lo editó un camarada medio tarambana, pobre y audaz, “*Coco-Mal Perché*” (Poulet Malassis) en Alençon, con grandes dificultades; y apenas salió el libro, fueron condenados los dos amigos por la Justicia Imperial “*por ofensa a la moral religiosa, a la moral pública y a las buenas costumbres*” a 900 francos de multa, con lo cual se hundió la editorial y el Pollo Malparado fue a parar a la cárcel por deuda, y con una sífilis encima.

Baudelaire aguantó una tempestad de injurias en la prensa —con las voces más nobles de Francia que se levantaron en su defensa, ahogadas— se presentó a la Academia Francesa y fue rechazado con risotadas, huyó de sus acreedores a Bélgica, donde lo acusaron de pederasta y dio tres conferencias sobre sus tres grandes descubrimientos: Edgardo Poe, Ricardo Wagner y Eugenio Delacroix con 20 auditores en la primera y 4 en la tercera, las demás se suprimieron.

Un testigo, Lemmonier, nos ha pintado a Baudelaire entrando al escenario con su elegante atuendo de dandy (frac y corbata blanca) y su porte de gentilhomme; miró la sala con 4 personas, sacó sus cuartillas, las leyó con toda animación, se levantó (y ya no quedaba ningún oyente en la sala) y saludó con tres exquisitas reverencias y una imperturbable tranquilidad. ¿A quiénes? A los millones de cabezas de la posteridad detrás de las butacas vacías; salió para morir. Volvió a París, retornó a Bélgica: “*Retorno al infierno*”, escribía Gauthier, y después de tres años infernales, en que planeó un libro tremendo contra Bélgica “*Bélgica al*

desnudo” (“*La Belgique déshabillée*”), del cual nos quedan fragmentos, el 27 de marzo de 1866, se cae redondo al suelo en la catedral de Namur: ¡la parálisis general, la hija horrenda de la sífilis! Desde la primavera siguiente, 1867, no deja la cama y en el verano (Agosto) muere, afásico y prácticamente inconsciente todo este tiempo. Pero nos quedó un cuadernito de notas “Mi corazón al desnudo”. El corazón de Baudelaire era cristiano y era hermoso, o se había hermo­seado.

He mostrado un corte de la vida de Baudelaire para dejar vislumbrar la tortura de esa vida; pero esa tortura no es concebible sino a través de su libro y solamente para quien sepa leer en el fondo; porque Baudelaire no se queja ni lloriquea como Lamartine, es impasible como un dios, ha asumido su tristeza para convertirla en obra de arte. Esa tristeza proviene de tres raíces principales, que una sola sobra­ba para volverse loco tres veces, suicidarse cinco veces y asesinar a un editor diez veces. “Señor, usted me ha faltado gravemente y por tanto le comunico que voy a tener el honor de estrangularlo”, dijo Baudelaire adolescente a su padrastro el General Aupick en un banquete y fuese hacia él; mas el General lo abofeteó, lo hizo sacar del salón con un ataque de nervios y lo envió a Calcuta por dos años:

1°- Hipersensibilidad de gran poeta, exacerbada en él por toda clase de desgracias y por la neurastenia, que sufre desde los 26 años por lo menos.

2° - Inhospitalidad de nuestra época a todos los artistas, en especial a los más grandes y en especial a éste; agravada por la incomprensión de su madre y el rencor de su padrastro el General Aupick, con el cual jamás se reconcilió a pesar de los esfuerzos de la hermosa, amable y casquivana Carolina, su idolatrada y aborrecida madre.

3°- La enfermedad, la sífilis, que sufrió por lo menos desde los 18 años, o quizá desde su nacimiento: agravada por la falta de cuidados, la falta de hogar, la soledad sórdida de los cuartos de hotel, de fondín y de pensión. A su amigo Cocó que está en la cárcel, sifilítico también, le escribe que haga como él, que se trate con ioduro de potasio y zarzaparrilla ¡Zarzaparrilla para la sífilis! Es como querer curar una úlcera al estómago con camomila. ¡Dichosos de nosotros que tenemos el 606 y los antibióticos!

No se puede ni sospechar lo que sufre una persona si no se conoce su sensibilidad. ¡La hipersensibilidad de Baudelaire, la lucidez implacable con que desde muy joven vio en un relámpago irrevocable todo su destino de sufrimientos irremediables e incurables! —y que expresó en la primera poesía de su libro,

especie de parábola profética despiadada, que sin embargo termina en un canto de esperanza loca en Dios: en una especie de cheque sin fondos girado contra la Providencia:

“Cuando por un decreto de las fuerzas supremas,
el Poeta aparece en este mundo hastiado,
espantada su madre con palabras blasfemas,
le muestra el puño a Dios que la mira apiadado.”

Esta es la primera pieza de “Las Flores del Mal”, el plano de la vida de Baudelaire, su plan quinceveinteañal. “Las Flores del Mal” son la “Divina Comedia” moderna, pero sin la segunda y tercera parte, el Infierno solo: el Infierno moderno, el Infierno interior (el infierno es interior), el Infierno del alma del pecador (el Infierno es el alma del pecador más la ausencia de Dios más el ansia infinita Dios), pero es el Infierno vencido, porque se abren esposas en él y se escapan gritos de aborrecimiento del mal y un grito de esperanza infinita y absurda. De manera que está mal: no es la “Divina Comedia” moderna con solo el “Inferno” y sin el “Purgatorio” y el “Paradiso”; el Purgatorio y el Paraíso están escondidos misteriosamente en estas flores venenosas y enfermizas. ¡El perfume es malo pero la savia es buena! En la pieza 58, “El Imprevisto”, que resume la teología de Baudelaire (la teología del pecado original), cuatro pecadores típicos y ruines, Harpagón, Celimena, un periodista y el mismo poeta, se retratan en cuatro estrofas implacables, el reloj les avisa de la muerte que viene, y entonces aparece “*Uno que todos habían negado*” y se burla cruelmente de ellos en un discursito fatídico:

*Cada uno en vuestro pecho me habéis hecho un altar,
En secreto me habéis besado el culo inmundo,
Reconoced al Diablo por su risa triunfal,
Enorme y feo como el mundo.*

Pero el poeta termina otra vez con un grito de esperanza loca:
*Bendita sea tu fusta,
Señor, que mi tortura, oh Padre, sea bendita.*

Mi alma entre tus manos no es un juguete inútil,

Y tu prudencia es infinita.

Si Baudelaire no hubiese escrito más que estas dos poesías y el “Examen de Medianoche” donde confiesa, a la manera suya, con un gesto pudoroso e irónico de dandy, la divinidad de Cristo:

“Nous avons blasphémé Jésus

Des dieux le plus incontestable...”

bien podía ser canonizado; si no hubiese escrito más que “Lesbos “Mujeres condenadas” y las “Letanías de Satanás”, podía ser quemado vivo. Pero habiendo escrito todo eso ¿qué hacemos con él?

Método aristotélico, los dos extremos y el medio: según el Tribunal de la sexta Cámara Correccional del Sena, presidente Dupaty, el Dr. Cabanés y la Enciclopedia Espasa, Baudelaire fue un psicópata, un degenerado y un amoral: vino, prostíbulos, opio, marihuana, ateísmo y blasfemia. Max Nordau tomó estos datos pintó un retrato abominable —por lo demás mediocre— en su libro mediocre “Arte y Degeneración”. Según este mal judío, resentido y pedante, todos los grandes artistas son degenerados. Si es así, él no tiene el menor peligro de ser degenerado.

Mas he aquí que Gonzague de Reynold y Stanislas Fumet escriben dos libros: “Baudelaire poeta católico” y “Nuestro Baudelaire” con una hipótesis despampanante: una especie de santo oculto e informe. Según Stanislas Fumet, Baudelaire murió virgen; contagiado de sífilis por su padre al nacer, no quiso contaminar a nadie, ni se casó, ni poseyó a una mujer: sus poesías eróticas son poesías de colegial enardecido, demasiado imaginativas para traducir experiencias reales; por otra parte, lo que nadie niega, fue un caballero, un gentilhomme, un corazón profundamente bueno, generoso, paciente, resignado, magnánimo: sus cuadernos póstumos, “*Mon Coeur mis a nu*”, no escritos para ser publicados, trasuntan las más grandes virtudes, sobre todo las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; oración, trabajo, bondad. Las virtudes morales no están: pero todos sus vicios han sido reducidos a cenizas por el sufrimiento y por la contemplación artística. Y Fumet no dice esto de balde, tiene sus pruebas.

¡Es demasiado lindo para ser cierto! Yo daría una mano porque fuese verdad,

solamente para reventar a la Enciclopedia Espasa. Los documentos encontrados parecen destruir esta hipótesis verdaderamente despampanante. Pero lo más verisímil —parecido a la verdad —debe estar en la biografía moderada y sensata de Francisco de Porché. Baudelaire fue un muchacho desdichado y abandonado, que cae como casi todos y después se levanta lentamente con esfuerzos interminables e infructuosos; fue el barragán de la mulata Juana Duval, con la cual cohabitó gran parte de su vida; pero en el pecado llevó la penitencia: esa negra lasciva, ladrona, borracha, bruta como una marrana, lo torturó más que el buitre a Prometeo encadenado. ¿Encadenado por la costumbre carnal? Ciertamente; pero sobre todo por su extraña idiosincrasia de gentilhomme. Baudelaire era hombre de cometer una falta, pero era demasiado gentilhomme para rehuir con una vileza las consecuencias de su pecado, y hoy día ser gentilhomme se paga: se paga peor que un pecado. *“Toda la vida se portó con esa Juana Duval como si hubiese sido su legítimo marido”* —*uxorius vir*, que diría Horacio; y cuando borracha, medio paralítica, arrastrándose con dos muletas, se caía en la calle, el poeta la levantaba y la llevaba al Sanatorio, gastándose en ella lo que no tenía. ¡Tremendo símbolo! Una vez la negra se trajo a un hermano de Santo Domingo (no de la Orden dominicana, por cierto), lo alojó en la casa del tronado poeta, comido de deudas y de apremios judiciales, y juntos con el usurero Arondel, le comían el riñón —y lo ofendían cada día!; y una vez que el poeta se retiró un tiempo a un hotel para poder escribir, se encontró a la vuelta con la casa vacía: ¡los dos negros le habían vendido todos los muebles!

Juana Duval fue el único pecado y la gran expiación de Baudelaire. ¡Qué decir ante esta vida que he esbozado de un modo grosero sino la exclamación que me salió al comienzo!

¡Oh Dios, por qué caminos quebrados, por qué túneles oscuros y por qué máquinas de cardar lana tienen que pasar algunas de tus criaturas para llegar a Ti, todas en realidad, pero no todas en esta vida! He aquí un hombre a quien hiciste nacer con el don más grande que existe en la natura, el genio intelectual, y la tara más grande que existe en la civilización, la sífilis, (“la llaga fiera y fea” que dice el Apokalipsis) a ver qué sucedía... Y sucedió lo imprevisible. Y vosotras, oh almas naturalmente buenas, si es que tal cosa existe, cuán ñoñas me parecen vuestras fáciles virtudes al lado de esta virtud arrancada a tirones y toda sangrienta y en un conato continuado no de horas sino de años, de la horda de los malos instintos; y lo que es peor, del demonio de la desesperanza.

Esto es “sublimación”.

Pero ahora no vayamos a imitar a Baudelaire con el designio de que nuestras virtudes ñoñas y fáciles se nos vuelvan sangrientas y heroicas, attenti. Blasfemar es fácil, pero blasfemar como Baudelaire nos es imposible. Contentémonos con nuestras ñoñerías; y huyamos cuidadosamente de los ángeles negros.

LA CREACIÓN

LA ADIVINACIÓN DE LOS SUEÑOS

Cuando llega la primavera hay que dejarse de conferencias, porque el invierno es el tiempo propicio a la meditación —y a la gripe.

Ojalá que pudiese darles un método exacto para adivinar el porvenir por medio de los sueños, o para hacer profecías o al menos interpretarlas; pero por desgracia sólo puedo darles la Psicología de estas tres cosas, que no es muy famosa: echada la red en los libros de los psicólogos de la “creación” Abel Rey, Gastón Seailles y el parlanchín de Teódulo Ribot, trae una pesca que no es milagrosa, como verán.

Hemos tocado en la conferencia anterior de un modo somero el fenómeno de la sublimación, o sea el paso de la afectividad de pasión a sentimiento, de sentimiento a contemplación, con el ejemplo de Charles Baudelaire. Un moralista diría que Baudelaire se salvó (es decir, evitó los peores desastres y mantuvo un cierto equilibrio psíquico y moral) simplemente en virtud del trabajo. Bien, pero no de cualquier trabajo. He aquí un trabajo muy especial, que agarra toda el alma y la absorbe, el trabajo de la creación artística o invención. La invención significa la aparición de algo nuevo y pertenece evidentemente a la Psicología del intelecto. La Psicanálisis ha puesto en evidencia el efecto catártico de la creación artística, o sea el papel del afecto, que ya se conocía antes de Freud pero se sabe mejor ahora; pero el mismo Freud confesó (“Ma vie et la psychanalyse”) que hay un factor intelectual en el arte, de que él no puede decir nada. ¡Ese factor es el principal!

No hemos de imitar a Baudelaire en todo, sino solamente en su trabajo. Blasfemar es fácil, por ejemplo, y poetas que se ponen a blasfemar a destajo, como Richepin, Stecchetti o nuestro Almafuerte, no por eso se vuelven “Baudelaires”. La sublimación de los afectos no tiene el mismo camino para todos, casi habría que decir que tiene un camino diferente para cada uno. Y existe el caso de la “sublimación fallida”, que da como resultado la apatía o el sentimiento mixto; porque la ley fundamental de la sublimación (ley de Baudoin) es que existe para su efectuación una distancia óptima entre la imagen real (u objeto material de la pasión) y la imagen ideal (u objeto intelectual del sentimiento), ni demasiado grande

ni demasiado pequeña. Si es demasiado grande, el salto no puede darse; por ejemplo, la devoción a la Santísima Virgen en un temperamento rudo o muy sensual no basta para producir la virtud de la castidad, como se comprueba fácilmente en los Seminarios, para quien tiene cabeza para comprobarlo. “¿Qué remedio hay para esto?”, me preguntaba anteayer una persona. “Dios”, le dije yo. “Dios está muy lejos”, me contestó rápidamente. Tenía razón: para ella estaba muy lejos. Hay que tener imágenes intermedias, escalones. Esas las suministra la educación.

Si la distancia entre las dos imágenes es demasiado corta, se puede producir una mezcla turbia, que se llama sentimiento mixto (y habría de llamarse sentimiento mestizo), de que está llena la literatura contemporánea: Marcel Proust por ejemplo, D’Annunzio, Tolstoi... Los libros más peligrosos son los impregnados de un sentimiento mixto. ¡Vargas Vila! Hemos visto el mecanismo de este fenómeno en los perros de Pavlov, el óvalo y la esfera que se mezclan produciendo la reacción contradictoria perpleja y al final la neurosis: es la “causalidad aglutinada” de Von Monakof. Un sentimiento de esta clase está en lo que llamó Freud “complejo de Edipo”, de tan larga menta, del cual hay que advertir rigurosamente dos cosas:

1°- No es una ley general psicológica, sino un caso fallido morboso de la sublimación sencilla y natural que se da normalmente del cariño a la madre al amor de la mujer. Freud ha hecho una regla general de una excepción. Libro argentino horroroso de una doctora argentina llamada Alicia Amint (?): “La Psicología del niño”.

2°- No se verifica nunca totalmente a no ser en casos de psicologías deshechas, o sea, de verdaderos locos perdidos: testimonio de Dalbiez que cita varios psiquiatras.

Pongamos un ejemplo más pulcro en el caso de la poesía y la religión. El abate Henri Brémond ha exagerado la afinidad que hay entre el don poético y el sentimiento religioso en su libro “Priére et poésie” (error que ha evitado Ernesto Palacio en su ensayo “La Inspiración y la Gracia”). La religiosidad y la poesía en un mismo sujeto pueden dar origen a cinco combinaciones diferentes, o sea, dos absorciones, una mezcla y dos separaciones.

1°- Absorción de la religión por la poesía: la “idolatría de la Belleza”, una de tantas idolatrías contemporáneas, que aquí en Buenos Aires tiene su capillita: que fue expresada por Baudelaire en su maravilloso “Himno a la Belleza”, en el cual, como él dijo que “había modelado su espíritu como un mimo perfecto a todos los sofismas como a todas las corrupciones”, podemos creer que modeló su espíritu a

ese sofisma y a esa corrupción del esteticismo:

¿Vienes del alto cielo o sales del abismo,

Oh Belleza? Tu rostro —infernally y divino,

Vierte confusamente la santidad y el crimen,

Y se te puede entonces comparar con el vino.

Y al final:

Que vengas del infierno o del cielo ¿qué importa?

¡Oh Belleza, oh enorme monstruo, ingenuo y maligno!

Si tu ojo, tu sonrisa, tu pie, me abren la puerta

De un infinito que amo y me es desconocido...

¿De Satán o de Dios, qué hay? ¿Sirena o ángel?

¿Qué importa? Si tú vuelves, hada de terciopelo,

Ritmo, fulgor, perfume, oh mi única reina,

Un poco menos pesados mis momentos,

Un poco menos horroroso el Universo.

2°- Otra absorción inferior: convertir la religión en literatura; si alguien me dijera Paco Bernárdez, yo no lo negaría. Hay una cosa que los místicos llaman “consolación sensible o devoción sensible”, que se puede fácilmente convertir en literatura, incluso en buena literatura, del mismo tipo de los poemas amorosos que escriben todos los jóvenes entre los 18 y los 30 años: exaltación imaginativa y sentimental. (El gran miedo que tenía Kirkegor de que su religión se le fuese en literatura, de quedarse solamente en “poeta de lo religioso” y no volverse nunca “caballero de la fe”!). Es cierto que la religión en un poeta puede ser volatizada y

transformada en imaginación, cuando ella debe ser una vida, y una vida interna y aun secreta, no ostentosamente exhibida al público. El poeta que se retrata con las manos juntas y en un reclinatorio, como los chicos de primera comunión, puede seguir siendo poeta pero ha dejado de ser religioso. Yo he hecho ese pecado en el “Libro de las Oraciones”, pero en fin, no lo haré más. “Sagesse” y “Amour”, los dos volúmenes de poesía religiosa que escribió Paul Verlaine en la cárcel de Mons, son buena poesía, pero no son poesía mística sino poesía devota, que es diferente, y el error fatal de Verlaine fue creer que, ya que había cantado tan bien su conversión, estaba convertido del todo. No lo estaba.

De aquí en adelante el sabio castigado

Por haber amado las cosas demasiado,

Vuelto infinitamente prudente,

Pero libre de sombríos escrúpulos...

es una hermosísima poesía con un santo programa de vida futura; pero la vida futura de Verlaine fue muy diferente de este programa lírico. Toda la obra de Jacinto Verdaguer, por ejemplo, es poesía devota. Otra cosa es la de San Juan de la Cruz. La poesía devota es lícita ciertamente, pero no es lo más alto ni de la poesía ni de la religión.

3°- Sentimiento mixto: la religiosidad se mezcla con la sexualidad o con la pasión política o con otra pasión cualquiera; no hay sublimación ni hay absorción: éste es el caso, por ejemplo, de “Parallèlement”, las poesías de Verlaine escritas a su salida de La cárcel: las pasiones sensuales arrollaron su fe endeble y niña; y la ferviente religiosidad anterior, reducida a fragmentos y a harapos, se mezcla con toda clase de afectos mundanos o inmundos. Es también el caso de Almafuerte, y el caso de D’Annunzio. “L’Episcopo Giovanni.

4°- Separación de los dos sentimientos. Hay poetas que son hombres religiosos por un lado y por otro lado poetas; que no escriben poesías sobre temas religiosos, como Cavestany, Marquina... No suelen ser ni muy religiosos ni grandes poetas. ¡Lugones! —me dirá alguno. No: en Lugones existía la idolatría de la Belleza, la idolatría de la Patria y, válgame Dios, también la egolatría.

5°- El don artístico es subyugado primero y después absorbido o sublimado por el sentimiento religioso, no sin dolorosas podas como San Juan de la Cruz. Es el

caso de Kirkegor al fin de su vida él se acusa continua y amargamente de no ser sino un poeta de

religioso, y no un hombre religioso (es decir un santo) y sin embargo no cesaba de escribir, no se hacía pastor, ni predicador, ni ermitaño; pero es que por allí estaba para él el camino de hacerse santo, conforme a la parábola de los cinco talentos y de la Antorcha y el Celemín. Si Dios le dio a uno el talento literario, tiene que hacer literatura, aunque en toda literatura haya complacencia propia y la religión sea contraria a la complacencia propia; porque ése es el camino de suprimir la complacencia propia, hacerla servir para algo, aunque sea para hacer reír: “es mejor el pecador que peca que el pecador que no peca”, habría que decir en este caso. Ya le ayudarán al escritor a suprimir la complacencia propia los mordiscos de los grandes críticos y las patadas del público en general. Kirkegor ha sido tratado de luterano y de maniqueo por el profesor Aranguren y por el profesor Sciacca... Fuera luterano y maniqueo si hubiese suprimido su obra literaria por temor religioso (como hizo por ejemplo el jesuita inglés Gerald Manley Hopkins), pero Kirkegor no suprimió su obra literaria. Vio claramente que los dones de Dios no pueden ser entre sí enemigos del todo: y eso es ortodoxísimo, es la flor de la ortodoxia. El hombre religioso tiene que tener el coraje de vivir, el coraje de existir, y de aceptar todas las maldiciones de la existencia, una de las cuales es la vocación de escritor; máxime cuando está complicada con la vocación de profeta, como es el caso de todo gran escritor, el cual no tiene más remedio que volverse pseudoprofeta o buen profeta, por lo menos en un sentido lato: soñador de sueños, intérprete de sueños, fabricante de sueños, que proyectados por él o anticipan o modelan el futuro.

Hay tres fenómenos psicológicos muy diferentes entre sí, y que sin embargo la Humanidad siempre ha considerado como parientes, que son el ensueño, la creación poética y la profecía. ¿Qué tienen de común? Lo que tiene de común es la adivinación, o sea una relación con lo futuro y con lo secreto. El psicólogo se pregunta entonces qué es eso, qué fundamento tiene, qué hay de cierto en ello, empezando por Aristóteles que escribió un opúsculo “De la adivinación por los sueños” y acabando por Freud que escribió un librote con el mismo título “Traumdeutung”; y los poetas responden que a ellos les inspira la Musa; los profetas, que a ellos los inspira Dios; y los adivinos, que en el sueño se abre una puerta a un mundo invisible, cerrada durante la vela; aunque no sea sino el mundo de la subconsciencia, el mundo de nuestro pasado, que contiene por ende nuestro Destino, y en cierto modo nuestro porvenir.

Los filósofos austeros dicen austeramente que en esos tres casos hay una

agitación de lo más profundo del alma, la cual se trasmite pasando por dos o tres estratos sucesivos y llega a la superficie traducida en imágenes, que por ser subitáneas, poderosas y cuasi impersonales le parecen al creador que provienen de otro y no de él mismo; y así, él las llama inspiración: *“yo aquí no hago nada sino recibir; alguien me dicta; Dios me habla; me gustan mis versos porque no los hago yo”*. *“Los dioses nos dan el primer verso, pero después hay que trabajar sobre él”*, etc; todas las expresiones de los poetas y profetas y la extrañeza que producen en nosotros algunos de nuestros ensueños. Preguntado el filósofo si no puede haber primero una recepción exógena de la cual provenga después la agitación del alma profunda, una semilla extraña, una palabra de afuera, un movimiento como el que hacía el ángel en la Piscina de Betesda, responde que puede ser pero que él no puede probarla ni desprobarla, porque no es de su resorte; y después se deshacen en expresiones como *“intuición”*, *“esquema dinámico”*, *“largo trabajo y esfuerzo previo”*, *“coagulación intelectual en torno a una emoción profunda”*, *“cristalización imaginativa como en el amor”*, *“unificación asimiladora de toda la vida mental”*, etc; y al fin terminan diciendo que todo eso no está bien estudiado todavía, porque la Psicología no está bastante adelantada. Eso lo psicólogos serios; mas los asocianistas se contentan con una *“asociación feliz de imágenes producto de un trabajo oculto”*; y los psicólogos románticos inventan seres mitológicos, como la Subconsciencia Colectiva, el Alma del Universo, o el Eros Cosmogónico de Klages, lo cual no es sino recaer en la solución de *“las Musas”* sin la gracia helénica de las Musas.

Una cosa hay verdadera, y es que el poeta no es del todo responsable de sus poemas, como el hombre no lo es de sus sueños: *“me gustan mis versos porque no los hago yo”*. El poeta es responsable de su vida sí; pero no de su canto; porque así como vive canta. El escritor no escribe lo que quiere sino lo que puede. A mí me revientan los que me prescriben los libros que yo debería escribir; uno no puede dar a luz un libro concebido por otro, eso es una monstruosidad biológica. El P. Arriaga, un santo varón, me fregó no sé cuánto tiempo para que escribiese *“una novela en la cual se probase la autenticidad de los Evangelios”*. Yo le decía que eso no se puede escribir; mas he aquí que de repente se escribió: un padre mejicano, llamado creo Herrera o Camacho, escribió en Norteamérica y publicó en Montevideo un bodrio fenomenal titulado: *“Memorias de un repórter de los tiempos de Cristo”* en cinco tomos, una americanada del más puro estilo tamásico. Después vino Camilo Crivelli, gran visitador de Sud América, con la pretensión de que escribiese otro tomo de *“Fábulas Camperas”*, pero sin el poder de volverme a los 20 años cuando ya tenía 36; y naturalmente, como el libro de 20 años era simplemente imposible a los 36 años, resulté poco dócil a las direcciones de los Superiores, demasiado apegado a mí propio juicio y muy alejado de la perfección

de la obediencia y de toda perfección religiosa en general. Finalmente, sale el Arzobispo de Salta con la pretensión de que haga *“La Historia de los Heterodoxos Argentinos”*. Que Dios le perdone. Los heterodoxos argentinos no tienen historia, no son historiables, porque no son dignos de la Historia. Para refutar a los heterodoxos argentinos no hay que escribir una historia sino fundar una revista humorística. *¡Un libro es un don de los dioses; y los dones de los dioses se reciben, no se comandan!* ¿Quién enseñará a todos estos eclesiásticos infieles la sagrada existencia de las musas?

Examinemos brevemente los tres fenómenos en que se pretende que hay adivinación.

El ensueño: La Sagrada Escritura prohíbe rigurosamente interpretar los sueños, pero por otro lado cuenta ensueños divinos: “No consultarás arúspices ni interpretarás tus sueños”, dice el Levítico; y el Eclesiástico dice:

Vana esperanza y trampa para el insensato,

Los sueños exaltan a los imprudentes.

Como el que manotea una sombra y persigue el viento,

Así el que hace caso a visiones mendaces...

La adivinación errónea y el augurio mendaz,

Y los sueños de los malvados son embelecocos.

Tu corazón padece antojos,

Como el corazón de una preñada...

Pero añade:

Si no hay en ellos visita del Altísimo,

No des a los sueños tu corazón.

Porque a muchos hicieron errar los sueños,

Y cayeron por confiar en ellos.

De manera que quedamos en que hay sueños con “visitación del Altísimo” y los libros sagrados cuentan como sueños divinos los sueños de los dos Josés: José de Egipto y José de Nazareth, esposo de María. A estos sueños especiales pertenecen sin duda las visiones de Teresa Neumann y otros videntes, de que hemos hablado, marcadas por señales extraordinarias; y también, extendiendo el concepto, la inspiración humana de algunos grandes poetas; y la inspiración divina en sentido estricto de los hagiógrafos.

El problema de la naturaleza psicológica del ensueño, después de atravesar toda la historia de la Psicología desde Platón, ha sido resuelto por Freud; no hay que escatimarle ese mérito: el ensueño es un despertar parcial que consiste en una construcción simbólica de engramas recientes movidos por un afecto y tendientes a una expresión subjetiva o desreal del propio Yo. Esta definición contiene todos los elementos de la Psicología del ensueño; y si no está formulada así por Freud, resume bien su teoría sin sus exageraciones; resume su libro “*Traumdeutung*”. Freud encontró ya maduro el problema, porque la Psicología actual (Max Scherner) había plantado ya todos los mojones liminares en torno del ensueño, es decir, había hecho su silueta negativa: el ensueño era una cosa que tenía límites con otros siete fenómenos psicológicos, que tenía algo que ver con:

1°- el dormir (!), naturalmente;

2°- la vigilia;

3°- la imaginación;

4°- el afecto;

5°- la poesía;

6°- la locura;

7°- la adivinación.

El ensueño es el guardián del sueño, utiliza imágenes de la vigilia próxima (imágenes frustradas que han asomado a la conciencia y han sido sumergidas), es construido por la imaginación, es movido por la afectividad, es un juego libre como la poesía, es incoherente como la locura y tiene elementos adivinatorios porque hace emerger los sustratos profundos del alma: esto es lo que sabe la ciencia de

hoy del ensueño.

Eso explica la existencia de ensueños premonitorios, es decir, que avisan de una enfermedad que se está incubando o de un suceso por venir: la superstición pagana hacía mucho caso de esto, y la religión pagana daba oficialmente diagnósticos por los sueños: en el templo de Esculapio en Roma. Es conocido el ensueño de Calpurnia, mujer de Julio César, que lo soñó en su regazo cosido a puñaladas y le avisó que no fuese ese día al Senado; fue al Senado y lo cosieron a puñaladas; y también el sueño de la mujer de Pilatos, mencionado en el Evangelio, que también le avisó a su marido “no se metiera con ese Justo”, pero los maridos no hacen caso. Estos dos ensueños son fáciles de explicar como cristalizaciones de ideas y temores diurnos, enteramente obvios en Calpurnia, por ejemplo; pero hay otros mucho más sorprendentes, como la premonición del Padre Juan de Maldonado, gran exégeta renacentista de la Sagrada Escritura, que estaba enseñando Exégesis en la Universidad de Montpellier y escribiendo su gran comentario de los Cuatro Evangelios. Había comenzado el Evangelio de San Juan, y durante tres noches soñó un anciano majestuoso que le decía: “Apuráte, date prisa”. Se dio prisa, acabó el Evangelio de San Juan en poco tiempo; y al acabarlo, murió. Sin embargo, es de advertir que estos casos de acierto absoluto y útil de un ensueño son sumamente raros, de modo que prácticamente eso no sirve para nada. Más útil resulta la premonición de aquel que dijo: *“vive cada día como si el día siguiente hubieras de morir, y verás que algún día tendrás razón”*.

Lo mismo hay que decir de la interpretación psicanalista de los sueños: hablando en general, su utilidad práctica es reducida, dudosa y es difícil. Yo he analizado cuidadosamente mis sueños durante dos años, cuando estudiaba en París y he encontrado que algunos tenían un significado claro, sexual o no sexual; otros daban un significado dudoso, y muchos finalmente eran indescifrables de todo; y que en conjunto no me enseñaron acerca de mí mismo mucho más de lo que sabía, ni lo que me enseñaron me sirvió mucho en la práctica. Mucho más enseña el examen de conciencia. En definitiva, uno va a recaer al mandato del Levítico: “No consultes adivinos y tus sueños no interpretes”.

En la poesía hay también algo de adivinación; y por eso los antiguos a los poetas los llamaban “vates”, es decir, adivinos; y los grandes profetas hebreos al fin y al cabo fueron poetas; es decir, “nabihim”, recitadores orales; no poetas de máquina de escribir y de “diccionario de la rima” y de silabas contadas con los dedos. Yo he encontrado en mis poesías (Yo, yo, siempre yo; pero ¿qué voy a hacer?), he encontrado en mis poesías, releyéndolas ahora, prenuncios o respuestas a situaciones futuras, que me han llenado de asombro, una cantidad de

desgracias que yo no podía saber entonces; eso sí, todo lo que no era desgracia no se me cumplió. Pero en realidad no es asombroso, porque se trata simplemente de un presentimiento, basado en datos racionales, que se abre paso desde la subconsciencia durante ese estado de excitación o exaltación intelectual que llamamos inspiración. Pero lo curioso es eso: que el presentimiento se estructura (se hace visión, es decir figura) por medio de la poesía; y si no, no se estructuraría. Ese es pues el mecanismo por el cual los grandes poetas adivinan: actividad intelectual profunda cargada de emoción que se vuelve imagen potente y persuasiva. ¿Qué adivinan los grandes poetas? Adivinan la época por venir; es decir, adivinan el tono profundo de su propia época, lo configuran en visiones potables y de esa manera predicen el porvenir, porque en cierta manera lo hacen; como yo predecía mis desgracias porque en cierta manera las estaba haciendo, o mereciendo. Y así los poemas homéricos predicen en cierto modo la historia de Atenas y Esparta, Dante configura a la Italia venidera, y el Myo Cid y el Romancero presiden el ciclo de la Reconquista de España y su Siglo de Oro. Baudelaire por un lado y Hugo por otro; Kirkegor por un lado y Nietzsche por otro, presiden y encabezan las dos grandes mentalidades contrarias del mundo de hoy: la mentalidad eufórica y la mentalidad contrita.

Víctor Hugo: ¡El tiempo de la nubilidad de las naciones, la llegada al mundo del ángel de la Libertad, el fin de los monarcas, los déspotas y los tiranos! —que enajenaba a Juan Cruz Varela y a Olegario Andrade:

¡Pueblos oíd! Escarmentad, tiranos,

La venganza que toman las naciones

De los que insultan sus sagradas leyes.

Es la justicia que el Omnipotente

Hace de los delitos de los reyes,

y después el Progreso Indefinido ya sin obstáculos, la Ciencia matando al dragón de la superstición, todas las tinieblas de la Edad Media vencidas para siempre, y el gran abrazo de la fraternidad de los pueblos todos, reunidos en inmortal concierto, etc, etc. Léase a Belisario Roldán. Esta mentalidad, a pesar de dos guerras mundiales e infinitos dolores, sigue siendo la de una inmensa porción del mundo contemporáneo: Hugo, ‘el emperador de la barba florida”, sigue imperando en infinidad de cabezas. He leído un libro “The Atomic Era” (Pocket

Book), del cual se han vendido no sé cuántos millones en Norte América, donde se explica la invención de la bomba atómica, la anatomía interna del átomo y las maravillas de cuento de hadas de que vamos a gozar dentro de poco gracias a la energía atómica: libro enteramente victorhuguesco: una especie de Paraíso va a caer sobre nosotros gratuitamente, o al precio baratísimo de unos cuantos miles de japoneses quemados vivos... Claro, los autores reconocen que el hombre ha inventado una cosa bastante peligrosa; pero hacen un acto inmenso de fe en la Humanidad y en el Tío Sam; gracias a cuya inmensa bondad e inmensa sabiduría, todo va a marchar muy bien y lo mejor posible, porque el Tío Sam es bueno y sabe mucho. Sin duda.

La corriente contrita del mundo contemporáneo, profetizada por Baudelaire y Kirkegor, rehúsa la “consideración histórico-mundial”, rechaza la adoración del progreso técnico, deja la política a los charlatanes y la propaganda a los venales, y descende al interior del hombre, de donde ha de venir el remedio, si hay remedio. “El progreso consiste en hacer retroceder las huellas del pecado original”, dice Baudelaire, huellas que nadie sintió tan cruelmente en sí ni supo describir mejor que él mismo. En cuanto a Kirkegor, con una cabeza de filósofo y una verba de poeta de lo más grande que ha existido, encerrado en el castillo de su “interioridad”, replegado como Job sobre la existencia, sobre su existencia, canta la fe en Dios, al mismo tiempo que lucha agónicamente por retenerla porque se le escapa, aparentemente: hijo del siglo, para poder creer en Dios de un modo existencial y no vacuo, tiene que matar dentro de sí mismo primero a Hegel y después a Lutero ¡y después a sí mismo! La descripción que hace Kirkegor del estado de la Iglesia Luterana de Dinamarca en 1853 es realmente profética, porque es el estado de todas las iglesias hoy día: muchas ceremonias y exterioridades muy poco eficaces, falta de comunión verdadera entre los fieles, el sacerdote funcional y no carismático, es decir, vuelto más o menos un oficio, una carrera o un negocio; abandono de la Sagrada Escritura, fariseísmo y burocracia impersonal e implacable en el gobierno, y en definitiva, aflojamiento de la fe sobrenatural, sustituida por mitología y sentimentalismo. “Cuando vuelva el Hijo de Hombre creéis vosotros que encontrará fe en la tierra?” Para liberar ese mensaje en libros poderosos y sapientísimos, Kirkegor tuvo que trabajar como un forzado y luchar consigo mismo y con el ambiente, con los pastores y con el demonio de la melancolía en forma tal que equivale a un martirio.

Las adivinaciones de Federico Nietzsche acerca del siglo XX, a cuyo umbral murió, son sorprendentes y conocidas: Nietzsche predijo la transformación total de la política dinástica del siglo XIX, el triunfo del Comunismo, la aparición del Estado Totalitario (un bandolero, un parásito y una fiera) e incluso las dos grandes guerras

alemanas. “Yo encerraré a Alemania —dijo— en un círculo de hierro, de donde no podrá salir sin precipitarse en una guerra universal”. En realidad no dijo: “Yo encerraré” sino “yo he encerrado porque ya estaba enteramente loco. Y Nietzsche predijo el advenimiento de un tipo de hombre que si se llega a realizar no será otro que el Anticristo. En cuanto a nuestro José Hernández ¿adivinó algo? Ya hemos dicho que el mensaje de la poesía argentina es todavía informe y balbuciente. Bella Rabinovitch, o sea Ricardo Levene, en un largo trabajo publicado en el Boletín del Instituto de Sociología, N° 2, dice que el Martín Fierro profetiza los “derechos del hombre”, a saber libertad de pensamiento, libertad de voto: libertad de repudiar los malos gobiernos. No está mal, pero hay más que eso. Dice también que Martín Fierro delante de una ley que ha recibido hecha, la cual él no ha hecho ni comprende, no le importa ser tenido por culpable, ni le avergüenza ser culpable por lo cual representa la dignidad ciudadana...

Hay más que eso en el fondo del Martín Fierro: el fondo de Martín Fierro es el antiquísimo tema poético del criminal que se regenera, y del criminal bueno, el criminal que se pone fuera de la ley menos por maldad que por las circunstancias adversas y aun por sus propias virtudes incomprendidas. Raskolnikoff y Robin Hood, la parábola del Hijo Malo y del Hijo Bueno, la relación de la moral personal con la moral social o legal. En la primera parte Martín Fierro no es que cometa delitos adrede para protestar contra una ley que no acepta, sino que es empujado poco a poco por una ley inadaptada e inicua a malearse y ponerse al margen de la ley y aun de la sociedad, huye a los indios; en la segunda parte aprende en las tolдерías que la anarquía es peor que el despotismo, que es mejor un gobierno cualquiera que ningún gobierno, que la vida en la tolдерía es simplemente infierno; y aprende sobre todo que por la virtud se puede mejorar el estatuto social o por lo menos soportarlo; puesto que si se examinan los CONSEJOS de Martín Fierro que cierran el poema, ellos contienen simplemente las cuatro grandes virtudes clásicas de Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, o sea, que en vez de exigir un bienestar gratuito fabricado por el régimen político o social, hay que aspirar a un bienestar basado en el propio esfuerzo y en la integridad moral; hay en ellos una afirmación fortísima de la verdad evangélica de que “el Reino de Dios está en vosotros”, un llamado a la interioridad. Cuando Martín Fierro dice:

Debe el gaucho tener casa,

Escuela, Iglesia, y derechos,

no dice: “Debe el Gobierno hacerle casa, escuela e iglesia”, sacándole primeramente por medio de impuestos todo lo que tiene. “Debe tener casa” quiere

decir “debe tener con qué hacerse casa, escuela e iglesia”, cosas que dice Julio Navarro Monzón que el anglosajón no permite nunca que se las haga el gobierno. La tendencia actual en todas las naciones del mundo es que el Gobierno lo absorba todo, dejándonos a nosotros el trabajo, el ahorro y la resignación. Y contra esa tendencia totalitaria profetizó José Hernández, con poco éxito hasta hoy.

Y con esto llegamos a la adivinación de los profetas propiamente dichos: eso ya pertenece a la Teología y no propiamente a la Psicología. Sin embargo, la Psicología puede decir una palabra sumamente importante y sencilla acerca de la inspiración profética:

que es una continuación de estas dos adivinaciones que hemos visto; continuación que se atribuye a una acción especial de Dios, pero que no es de naturaleza diferente. ¡Cuánto tiempo nos han hecho perder en Teología discutiendo acerca de si los libros sagrados han sido dictados por Dios o no han sido dictados; acerca de si todo lo que hay en la Escritura es infalible e inerrante, o solamente las profecías y los milagros, como dijo Lutero...! Fíjense, hay dos posiciones extremas acerca de la inspiración de Dios en los libros revelados que no se pueden mantener: una, la dictación; otra, la inspiración vaga o general:

1°- Jesucristo dijo que la Escritura toda ella es palabra del Espíritu Santo; por lo tanto Dios dictó esos libros a los profetas, y cada palabra por tanto tiene una importancia enorme (y las comas y los puntos y las letras de cada palabra, que combinan e interpretan los Kabalistas); y el hecho de que “el perro de Tobías movió la cola al ver a su amo” está inspirado por Dios y tiene una importancia enorme. Pero contra esto está que en la Sagrada Escritura hay errores, hay aporías, hay defectos, de estilo y de todas clases; hay diferentes estilos y hay diferentes métodos literarios; en suma, se ve claramente la mano del hombre y la acción del hombre: el profeta Isaías habla elegantemente como un cortesano y el profeta Ageo recita rudamente como un pastor.

2°- El péndulo se fue al otro extremo, y los protestantes liberales y los modernistas sostienen que la Escritura está inspirada más o menos como todas las otras grandes obras literarias del intelecto humano; como se puede decir que Dios inspiró a Dante o inspiró a Homero. Así por ejemplo el Padre Allo, O.P., en un enorme y eruditísimo comentario al Apokalipsis, que extravió al pobre poeta Paul Claudel, despoja al último libro de la Biblia de toda profecía concreta y lo convierte en una especie de gran alegoría, por cierto muy exagerada, de las persecuciones que ha de sufrir la Iglesia, tomadas en general. Si fuera así, los libros sagrados tendrían menos valor que Homero, Dante o Virgilio por ejemplo; porque

literariamente son inferiores; y aun serían despreciables y se podrían rechazar en bloque, como obra de hombres bárbaros, intemperantes, maleducados y enteramente diferentes de nosotros, como lo hace Aldous Huxley en su libro “The End and the Means”.

La Psicología interviene con éxito en esta discusión en ayuda de la Exégesis y en apoyo de la fe: si la creación artística es un momento de la actividad intelectual del hombre, el momento más sintético y alto y en cierto modo, el más natural a su entendimiento, nada impide que Dios eleve a ese entendimiento sin destruir ni forzar para nada su naturaleza y sus pasos; que Dios sea el saetazo invisible, hecho a la vez de emoción y de conocimiento, que precede en el poeta al poema; que Dios dé “el esquema dinámico”, como diría Bergson. Entonces resulta que todas y cada una de las palabras del libro sacro están inspiradas, incluso la cola del perro de Tobías; pero no todas y cada una de la misma manera; exactamente igual que en un soneto que sea realmente bueno: todas las palabras han nacido de la inspiración del poeta y no se puede cambiar ninguna; pero el conjunto está más inspirado que una frase y una frase está más inspirada que una palabra. Tuve un profesor de literatura, el P. Tarrats, un gran profesor, que se pasó cinco clases explicando la “Y” que está al principio de un poema de Fray Luis de León:

¿Y dejas, Pastor Santo,

Tu grey en este valle hondo oscuro,

En soledad y llanto

Y tú, rompiendo el puro

Aire, te vas al inmortal seguro?

y un alumno impertinente, Gonzalito, le preguntó: ¿Y si Fray Luis hubiese puesto “oh!”? Pero tenía razón el profesor: no podía poner oh, ese y equivale a una larga disertación y da el tono a todo el poema: esa conjunción está inspirada, lo mismo que todas las otras palabras. De modo que la teoría de los “obiter dicta” que nos enseñaban en el seminario es un disparate psicológico: que Dios no inspiró los “obiter dicta”, es decir, las cosas dichas de paso. En un poema bien hecho también las cosas dichas de paso están inspira- das; pero están inspiradas de paso.

¡Oh, quién nos dará el conocimiento de las profecías en esta época oscura, que no sabe adónde va y en esta vida cuya principal necesidad es saber adónde

vamos! De mí sé decir que ninguna cosa le pido en mi vida dura y difícil sino entender su Palabra; puesto que si no es para eso, no se entiende para qué ha hecho mi vida tan dura y difícil. ¡Oh, quién nos libraré de la multitud de pseudo-profetas contemporáneos, Lin-Yu-Tang, Toynbee y otros anglosajones pasados de Whisky, que nos asustan con sueños lúgubres o sueños eufóricos salidos del fondo herido de sus almas, y transmisibles a otros con gran fuerza, como gases venenosos! Ahí están los libros santos convertidos en libros muertos; ahí están los Evangelios no recitados, no explicados, no encamados, convertidos para la mayoría de los fieles en un libro sellado; y el Espíritu de Dios que vuela sobre las aguas parece la paloma de Noé que no encuentra dónde posarse. ¡Aquí en la Argentina no se ha producido un solo gran libro de religión, en cuatro siglos que tenemos de religión! ¿Será necesario que se convierta todo el pueblo judío para que nos enseñe los secretos de las Escrituras? Por lo menos en la Universidad de Jerusalén actualmente se estudia la Biblia en su lengua original como monumento de literatura clásica...

Pero esto de la conversión de todos los judíos es también un sueño, un sueño profético de San Pablo; y lo peor es que dicen que cuando se conviertan nos van a ser mucho más molestos de lo que son ahora.

APÉNDICE

EL ALMA

Vamos a terminar estas conferencias por donde las empezamos; por la realidad del alma o su permanencia; hay que ahondar en esta permanencia y ver, si es posible, hasta dónde y hasta cuándo es permanente el alma; ¿acaso es permanente más allá de la disolución del cuerpo? El sueño eterno que decimos ¿es un sueño eterno o es en realidad un despertar? ¿Tiene la Psicología una respuesta a esta pregunta verdaderamente capital?

Digamos modestamente que la Psicología tiene algo que decir. En la primera clase hemos establecido una cosa del todo patente e indudable, que al ser considerada de cerca se vuelve del todo admirable; ese “*stream of consciousness*” o “río de la conciencia” de que hablan los psicólogos es un río singularísimo: nadie se baña dos veces en el mismo río —dijo Heráclito, todo pasa; pero aquí este río tenuísimo y frágil como un arroyuelo, que parece un rosario de actos, como dicen los fenomenistas, al mismo tiempo que pasa queda y en cada acto están contenidos todos los demás, y en cierto modo hasta los actos futuros; esto es a la vez río y mar y fuente y nube y arco iris; y siendo frágil y débil y lábil, que se corta con el sueño, se enturbia con las pasiones y no se le puede ver el fondo, es más flexible y más fuerte que el acero, pues mantiene una continuidad a través de todas las contingencias.

En el curso de estas pobres clases, hemos ido considerando por todos lados esta permanencia singularísima de nuestro Yo o de nuestra vida, que no tiene igual en todo el mundo físico, porque parece compuesta de una serie de contradicciones:

singular y dual,

simple y múltiple,

fluyente y permanente,

bajísima y nobilísima,

débil y fuerte,

siempre por apagarse y sin embargo indestructible,

y hemos visto en acción el principio de la UNIDAD, por el cual todos nuestros actos, aun los más erráticos, son referidos a nuestro Yo; el principio de la VARIEDAD por el cual nuestro Yo aparece dividido en potencias y facultades diferentes y a veces hasta contrarias; el principio de la TOTALIDAD, por el cual cada acto engloba por decirlo así todas las potencias y las hace colaborar o converger, en tal forma que toda el alma está en cada una de sus partes, cosa absurda en el mundo físico; y hemos visto en la “integración” el poder constructivo o armonizador de un gran director de orquesta; en la “danza invisible de los gestos”, el poder copista o mimético de un gran actor que para entender las cosas se hace todas las cosas; en la Psicanálisis, los depósitos activos y vivos de un zoológico y sus peligrosas complicaciones; en los afectos, los pies de un caminante infatigable que se llama el amor, que lleva en la mano la antorcha del conocimiento, y se puede volver todo él antorcha y un conocimiento más alto; y así sucesivamente; el intelecto y sus operaciones, y su poder y su debilidad, y su sujeción a la voluntad, y su independencia y su predominio sobre todo lo demás, manifiesto en la integración de los instintos, en la sublimación de los afectos y en esa especie de adivinación que es la creación artística y toda invención en general.

Con tantos ejemplos, la pretensión de los fenomenistas de que el alma es una especie de casualidad (un ser ‘per accidens’), una serie de relámpagos yuxtapuestos o de actos que nada tienen que ver entre sí, queda reducida a polvo; y lo que llamaban los antiguos la existencia y la sustancialidad del alma queda afirmada; de la cual por lo demás ningún hombre sensato duda ni puede dudar; porque negar la existencia del alma no se puede hacer sin afirmarla.

Pero al probar la realidad del alma, uno prueba o comienza a probar su espiritualidad: en efecto, no se puede probar que una cosa existe, sin saber qué es ello en algún modo, puesto que sin tener la menor idea de una cosa no podemos probar que ella existe, el “quid” (la esencia) es necesaria para probar el “an sit”, la existencia.

* * *

Hay un problema psicológico que no puede dejar de ponerse ningún hombre y es el problema de la inmortalidad del alma. Los demás son problemas de lujo al lado

de éste.

Probar filosóficamente que el alma es inmortal es muy difícil; y sin embargo creer que el alma es inmortal es muy fácil, a juzgar por la inmensa cantidad de gente que ha creído. Inmensas muchedumbres de gentes. Basta considerar que la fe en la supervivencia es el fondo de todas las religiones; y que cuando la religiosidad se reduce a la mínima expresión, a su estado más rudimentario, es el culto de los muertos; que se encuentra en los egipcios, en los griegos y en los romanos; en los cementerios calchaquíes de Salta y en el hombre de la pre-edad de piedra que desenterraron los franceses en el Neanderthal; tanto como en la gente que lleva flores a la Chacarita o en el Derecho Canónico, que prohíbe quemar los cadáveres. Un gran antropólogo francés, Pierre Lecomte de Noüy (“L’Avenir de l’Esprit”), observando los cuidados exquisitos, costosos y de tipo religioso que el hombre paleolítico prodigaba a sus muertos, los “dólmenes”, exclama: ‘La aurora del pensamiento humano se manifiesta en un rehúse a admitir la muerte’. No es una operación instintiva, los animales huyen de los cadáveres. Se trata aquí de la inteligencia. ¿De qué inteligencia, si las más grandes inteligencias de la Filosofía contemporánea rechazan las pruebas de la supervivencia? Ah, quizá de una inteligencia que está más honda que los silogismos. (Duns Escoto, Suárez, Locke, Kant y Max Scheler dicen que no se puede probar la inmortalidad, aunque todos estos CREEN en ella; Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Hegel y el mismo Max Scheler dicen que se puede probar; porque Max Scheler tiene una posición ambigua y murió antes de poder clarificarla. Dice que no se puede probar y después se pone a probarla.)

Cuando en 1936 obtuve en un reñido “concurso”, en el cual di tres exámenes y en el cual se apeló incluso al Presidente de la República Agustín P. Justo, la cátedra de Psicología II, curso en el Instituto del Profesorado, que me rinde actualmente 477 pesos mensuales, el diario “La Vanguardia”, cuya desaparición no ha enlutado a la cultura argentina, puso el grito en el cielo clamando que habían nombrado en lugar del Dr. Aníbal Ponce a un cura que se iba a pasar las clases ¡probando la inmortalidad del alma! Pues bien, jamás lo he hecho hasta hoy, no por miedo a “La Vanguardia” sino porque lo estimo muy difícil; y hoy lo voy a hacer, no porque me crea capaz de hacer más que Platón, y que Max Scheler; sino porque ahora ya es tiempo, ya me estoy por jubilar; lo mismo que Sócrates probó la inmortalidad del alma el día en que lo estaban por jubilar. La prueba que Sócrates el día de su muerte dio a Simmias y a Kebes no me gusta: es verdad que da en el fondo el argumento válido de la inmaterialidad del objeto de intelecto y la inmaterialidad del intelecto, pero lo da mezclado a errores y a mitos que lo enferman y lo puerilizan. No, el “Fedón” no basta. Cuentan que cuando David

Strauss, el famoso autor de “La Vida de Jesús” estaba por morir, llamó a su amigo Schleiermacher y le dijo que le probase la inmortalidad del alma. Y como Schleiermacher hiciese un gesto de desánimo, le pidió que por lo menos le leyese el “Fedón” de Platón. Literariamente el “Fedón” es una joya; pero filosóficamente representa más bien un acto de fe, y un bosquejo conmovedor que no una demostración rigurosa.

Si yo detengo un momento mi vida en la soledad de mi cueva de ermitaño, y me pregunto: “¿Por qué creo yo en la inmortalidad del alma?”, no puedo responder con un hecho claro y contundente, como por ejemplo: “Yo he visto a Cristo resucitado”, o he visto a mi madre muerta en una sesión de espiritismo, porque no los he visto; ni tampoco con una razón sencilla y evidente, por ejemplo: “mi alma es permanente, porque el Yo de mi niñez es mi mismo Yo actual”; eso prueba con evidencia la permanencia de mi alma, pero no su permanencia absoluta; ni con una apelación a la voluntad, como hace Lloyd Morgan: “creo que mi alma es inmortal porque quiero que mi alma sea inmortal...”.

Tengo que responderme con una cantidad de razones entrelazadas, en las cuales intervienen nociones metafísicas difíciles; y con una convergencia de índices racionales, cada uno de los cuales no puede ser llevado a una evidencia matemática, pero cuyo conjunto produce en mí la certeza. ¿Existe tal certeza? Indudablemente, puesto que he jugado mi vida a ese número. ¿Qué índices son esos?

1°- El consentimiento universal de todos los pueblos del mundo, de todas las religiones, de todos los grandes filósofos, de todos los santos, de todos los poetas: de las cumbres de la Humanidad así como de las personas más humildes; de Santo Tomás de Aquino y de un negro zulú; de Nimio de Anquín y de un descamisado.

2°- El deseo natural de ser inmortales que hay en todos los hombres y que se manifiesta en sus conductas, deseo natural que no puede ser vano, por inmortalizarse: “M’insegnerete come l’uom s’eterna “, dice el Dante a Virgilio; y según Lord Gladstone, ése es el verso más hermoso que se ha escrito en el mundo; y que engendra todas las obras magnas que hace el hombre.

3°- El modo sorprendente cómo el hombre trata a su vida mortal, despreciándola y arriesgándola por cosas inmateriales, como el honor, la gloria, la Patria, e incluso la vanidad, como si algo en él le dijera que su vida mortal no es lo mejor que tiene; por ejemplo, Fangio.

4° - Finalmente, el pensamiento, que es el argumento psicológico rigurosamente demostrativo; mi pensamiento que se manifiesta independiente del espacio y del tiempo, es decir, de la materia; mi pensamiento, que es inmaterial; mucho más inmaterial que la sensación, enteramente inmaterial, es decir, espiritual; enteramente simple, más simple que el oro y el uranio, y por lo tanto, incorruptible.

Decía el Duque Cosme de Medicis (una palabra que Goethe amaba repetir) que los que niegan la vida después de la muerte, le parecía a él que no tenían vida ni siquiera antes de la muerte; que los adversarios de la supervivencia eran adversarios de la vivencia; palabra profunda que se verifica en los filósofos que en la primera conferencia llamamos “fenomenistas”; los cuales para negar la inmortalidad del alma se ven forzados por la lógica a negar el alma y a convertir el Yo en una polvareda de actos, en un rosario de fenómenos, en una apariencia y una ilusión: lo cual es un absurdo que no admitirá ningún nacido. El famoso libro de Lange “Psicología sin alma” es una contraprueba de la existencia y la permanencia absoluta del alma; porque si un hombre pone una afirmación y trabajando lógicamente sobre ella llega a un absurdo manifiesto, la primera afirmación es falsa; esto es la demostración matemática que se llama “reducción al absurdo”. Sí, oh Cosme de Medicis: los que niegan que el alma sobrevive al cuerpo, son almas muertas, arrastradas por un pobre cuerpo —medio muerto.

* * *

Aristóteles enseña (y lo hemos visto en todas estas conferencias que el cuerpo y el alma forman un todo único, una única sustancia viviente y pensante, un misterioso compuesto sustancial que es bipolar y uno; y no un compuesto accidental de dos sustancias como el chofer y el auto, el jinete y el caballo, el nauta y el navío, como pensó Descartes, ni siquiera como una lira y su melodía, que dice Sócrates. El psiquismo es uno y bipolar: el alma es el sentido del cuerpo y el cuerpo es la aparición del alma; y entonces ¿cómo subsistirá el alma corrompido el cuerpo? Un principio vivificante ¿cómo vivirá sin nada a quien vivificar? He aquí la principal objeción contra la supervivencia, la objeción averroísta: “El alma es la forma del cuerpo; la forma no puede subsistir sin la materia

Hay otras objeciones: la locura. Si el pensamiento fuera independiente de la materia ¿cómo es que basta una ligera lesión del cerebro para desconcertar el pensamiento y producir la miseria más grande del hombre en esta vida, la demencia? El sueño: basta que la sangre disminuya la irrigación de la corteza cerebral, y las dendritas neuronales se desenlacen o despeguen un poco, para que el hombre duerma, es decir, se convierta en un muerto que respira, desaparezca la

conciencia del Yo, el pensamiento y todo conocimiento; es decir, abolición de toda la vida psíquica. ¿Es eso una substancia espiritual? El poeta anglo-español Blanco-White ha hecho un soneto en pro de la inmortalidad que dice el poeta Wordsworth es el mejor soneto en lengua inglesa, el cual termina así:

si el sueño engaña así tan dulcemente,

¿no nos engañará la muerte igual?,

pero el sueño en vez de ser un argumento en pro, es al contrario una objeción. El poeta dice con Sócrates: “Si dormimos y despertamos, la muerte es un dormir que tiene un despertar”. Pero el filósofo averroísta dice: “*Algunos duermen y no despiertan más; la muerte puede ser un dormir sin 4despertar...*” ¡Puede ser EL SUEÑO ETERNO!

Contra estas objeciones está el hecho de que ni la locura ni el sueño suprimen el pensamiento consciente, sino solamente lo estorban o atenúan: durante el sueño tenemos una conciencia tenue, tan tenue que la olvidamos al despertar; y la prueba es que usted llama por su nombre a un dormido y se despierta, la madre se despierta al moverse el niño a su lado, y el molinero al pararse su molino. Nuestro pensamiento en esta vida depende extrínsecamente del cerebro, es decir, necesita de la imaginación y de la memoria —facultades corporales— y por eso el cerebro puede desconcertarlo, perturbarlo y suspenderlo; *pero no puede abolirlo.*

¿Y cómo sabemos que el pensamiento depende sólo extrínsecamente de las facultades corporales, como condición y no como causa, a la manera que el vuelo de un halcón depende sólo extrínsecamente de la pihuela que lleva en la pata y de la orden que le da el cazador, puesto que intrínsecamente depende sólo de sus alas?

Sabernos que el pensamiento no depende intrínsecamente del cuerpo en virtud de un análisis de sus actos, que es sutil y difícil; pero que voy a exponer aquí lo mejor que pueda, ya que a fuerza de conferencias y más conferencias, sabemos ya algo de sus actos. Hemos visto funcionar al psiquismo; y su funcionamiento tiene cualidades irreconciliables con la materia, irreductibles a la cantidad y no-positibles a la física.

El objeto del pensamiento es inmaterial y el acto del pensamiento es simple: mi entendimiento conoce lo universal, lo necesario, lo invisible y aún lo imposible; y el acto del entendimiento, que es el juicio, es una especie de relámpago donde no hay

cantidad ni extensión ni composición: una centella simplicísima. Nuestras sensaciones no nos dan sino las apariencias de las cosas, el color, el tamaño, el sonido, el gusto, la dureza; y nuestras percepciones, donde ya interviene el intelecto, no nos dan sino cosas singulares y concretas, determinadas hic et nunc es decir, sometidas al espacio y al tiempo; pero el primer acto de abstracción, que hace el niño de tres años, nos da ya una cosa diferente, un concepto, que expresa lo universal y lo expresa válidamente. La gran diferencia con el animal, que ya hemos visto, es que el animal no puede salir del ‘hic et nunc’. ‘A este perro no le falta más que hablar —dice la gente; se equivoca: el perro habla a su manera, pero su hablar no puede escaparse del “hic et nunc”, aquí y ahora. De la otra manera, con palabras que son signos de conceptos universales, cosa que hace el niño de tres años, no hablará jamás el animal, excepto el loro. Pero el loro manejará los signos del concepto sin el concepto, como el pincel de un pintor.

En la sensación ya hay un comienzo de inmaterialidad, porque la materia no puede conocer. Díganme, la imagen que el pintor traslada a la tela, ¿dónde está, en su mente o en el pincel? —En su mente. —¿No está también en el pincel? —También está en la punta del pincel, ¡a su manera! —¿De qué manera? —Pasando a golpecitos sucesivos desde la mente a la tela, “hic et nunc?”, como las sensaciones del animal. —¿Está de una manera material, en la borla del pincel hay como una imagen chiquitita toda completa? —No, está de una manera material e inmaterial a la vez, en movimientos sucesivos que en la mente del pintor son inmateriales pero en la punta del pincel son materiales; mas en la mente del pintor cuando concibió el cuadro, la imagen era una cosa enteramente inmaterial, un chispazo, un relámpago, un “esquema dinámico”, que dice Bergson. Esta es la diferencia de la sensación y el intelecto. La sensación es semimaterial; el intelecto no es material.

He hablado de una imagen, pero el mundo de lo puramente conceptual, por ejemplo, el mundo de las Matemáticas de que hablamos el otro día, es todavía más inmaterial que el “esquema dinámico” de un artista. A su primer contacto con la extensión, que es el accidente primario de la materia, el hombre (el niño de tres años) forma una serie de conceptos de unidad, dualidad, multiplicidad, adición y substracción, que son las bases de la ciencia matemática; y sobre esas bases el intelecto se va elevando por un andamiaje de leyes y demostraciones a una altura súperhumana, donde trabaja incluso con lo imposible, es decir, con cantidades irracionales; porque el análisis integral y el cálculo combinatorio, por ejemplo, ya no manejan siquiera líneas y números, sino cantidades en general que lo mismo pueden ser números, líneas, superficies o volúmenes; más aún, que ni siquiera son cantidades sino magnitudes, algo más general que la cantidad, que comprende

incluso la intensidad y el aflojamiento, el movimiento y el reposo; el hombre puede reducir todos los movimientos a una ecuación!— y después de haberse elevado a esas alturas, donde la imaginación no tiene ya agarre alguno, toma sus fórmulas conclusivas y las aplica a la naturaleza y la naturaleza obedece; el átomo de uranio se disgrega, es decir, se pone en una situación violenta próxima a la disolución; y al mandato del hombre vuelve fragorosamente a su estado primitivo, desprendiendo una cantidad de calor 200.000 veces mayor que un litro de agua hirviendo; es decir, desprendiendo todo el calor que absorbió para ponerse patas arriba o en estado de coma, como si dijéramos; es decir, en estado violentísimo. Y entonces una ciudad de 300.000 almas es abrasada y pulverizada en un minuto... Si lo propio de Dios fuera el destruir, ¡oh intelecto humano, realmente eres un dios! El intelecto humano es imagen de Dios.

El objeto del intelecto humano es inmaterial; y como el intelecto conoce haciéndose lo que conoce, y no recibiendo pasivamente lo que conoce, como hemos visto, haciéndose él mismo lo que conoce, el intelecto es inmaterial. El intelecto al conocer se vuelve una cosa inmaterial y el intelecto se conoce a sí mismo en ese momento per la reflexión. Para entender la reflexión les pondré un ejemplo sencillo tomado de las Matemáticas. Fíjense: si yo tomo dos números de los enteros, el 4 y el 5 por ejemplo, puedo intercalar entre esos dos números una serie de quebrados tan grande como yo quiera, 4,1; 4,2; 4,3... una serie que es infinita porque por chica que sea la fracción, yo puedo hacerla más chica, la mitad, por ejemplo; y esta serie infinita corresponde a la serie infinita de los números enteros, como un mundo infinito dentro de otro mundo infinito; y tomando dos números de la serie interior, entre ellos dos puedo entonces poner otra serie infinita de quebrados, que corresponde a las dos series; y así sucesivamente; de manera que puedo incluir una infinidad de mundos infinitos dentro de dos números enteros. ¿Qué es esto? ¡Esto es un absurdo enorme! ¡Esto no se puede imaginar ni pensar!...

¡Imaginar, no! ¡Pensar, sí!

El filósofo norteamericano Josiah Royce, que he estado leyendo estos días, se hace un gran lío con este ejemplo y no lo sabe explicar; y eso por no leer Aristóteles, Física, n° 1.036. Pero tiene una observación exacta en el lío que se hace, que es comparar este ejemplo matemático con la reflexión del intelecto humano, que es una de las cualidades inmateriales del intelecto, que más vivamente prueba su independencia de la materia. El intelecto puede conocer su conocimiento, reflejar sobre su propio acto, no a la manera de una hoja de papel que se dobla sobre su mitad, sino a la manera de una luz que penetra un cristal

siendo ella misma ese cristal; y después puede penetrar esa misma penetración; y después penetrar esta segunda penetración y así sin cesar; y así nace el objeto abstractísimo de la Metafísica, más abstracto que el de la Matemática. En una sola frase limpia y simplicísima, el entendimiento puede expresar la síntesis de miles y miles de pensamientos, de miles y miles de libros. Por ejemplo esta frase de Nimio de Anquín: *“En la Metafísica antigua el ser venía primero que el conocer; en la Metafísica postcartesiana, el conocer ha sido antepuesto al ser”*, es una frase nítida que puede entender un niño; pero ella resume una masa enorme de pensamiento, miles de racionios, de sistemas y de libros; y siendo simplemente verdadera, contiene dentro de sí, como el espacio entre 4 y el 5, mundos infinitos de frases verdaderas.

La materia no puede hacer esto: la materia es extensa y la extensión consiste en “partes extra partes”, es decir, que una parte no puede ser el todo ni puede ser la otra parte; pero en lo intelectual cada parte es todo y cada todo es parte; y por eso el intelecto está fuera del espacio y del tiempo. Un día de 1931 estaba yo en Ostia Tiberina esperando al P. Ludovico García de Loydi, muy aburrido, sentado en las ruinas del Templo de Neptuno, donde había un pequeño anfiteatro griego y una estatua: una estatua rota sin cabeza ni pies. A la fuerza de mirar aburridamente a ese dios griego mutilado, “probablemente Apolo, probablemente de la escuela de Praxíteles, probablemente del período alejandrino, probablemente de un escultor heleno y no romano, etc.”, de repente vi que la estatua era muy bella, y después comprendí su significado, comprendí qué es lo que había querido expresar el artista, y finalmente vislumbré el alma del artista, su carácter; como uno tiene ja intuición del alma de una persona hablando con ella. En suma, la estatua me habló. Y entonces, con un sentimiento de inmenso asombro yo dije: “El alma del hombre es inmortal”. El hombre que hizo esta estatua está a 22 siglos de distancia de mí, es un hombre de otra raza, de otra lengua, de otra religión, o mejor dicho, no es NADA, es ahora un puñado de polvo, ni siquiera eso; y sin embargo me habla y yo lo entiendo, saltando por encima del espacio y del tiempo. ¿Cómo es posible que el alma sea una resultante de energías materiales, un equilibrio o armonía de fuerzas físico-químicas, como dicen hoy los organicistas, si el alma puede hacer esto? ¿Cómo es posible que el alma sea menos fuerte que sus productos, porque esto no es un alma actual, es un producto, un artefacto, un armadijo hecho por un alma en otro tiempo para expresarse, un armadijo que atraviesa vivo a través de los tiempos llevando en sí la expresión de un alma particular, individual, de un carácter parecido al mío! Si yo puedo convivir con Cervantes, convivir con Shakespeare, convivir con Homero y Aristóteles, y a veces mucho más que con todos los hombres conque hoy convivo, mi padre o mi hermano, ¿no es necesario que lo que produce esta convivencia, la vida de su intelecto, no esté esclavizada al espacio,

no esté esclavizada al tiempo, no esté esclavizada a este cuerpo mortal?.

Esto no es un argumento, esto es un ejemplo; pero toda la Filosofía que yo había estudiado se concretó en ese instante de exaltación en esa estatua rota, cuyo cuerpo estaba roto, pero cuya alma de belleza y gracia palpitaba todavía. Y palpitará eternamente.

* * *

Segunda prueba. Si el intelecto del hombre nos suministra una prueba de la inmortalidad del alma, su voluntad nos suministra otra prueba porque la voluntad es libre y la libertad del albedrío es otra cosa enteramente inconciliable con la materia.

Como dijo el correntino, sacando el cuchillo:

“¡En Corriente la libertad é libre; y yo no me he de morir sino por mi voluntad!”

Yo he dejado a un lado la conferencia sobre la voluntad, que estaba en el programa para hablar sobre la inmortalidad del alma, porque era una conferencia árida y poco útil; pero retengo los ejemplos de paráliticos eficientes que tenía en ella, es decir, de casos en que la voluntad humana se eleva soberanamente sobre la naturaleza en una forma que parecería imposible, y esos ejemplos tomados no de las vidas de los santos sino de hombres y mujeres sin fama de santidad.

Bergson ha probado minuciosamente, en su libro sobre “Lo datos inmediatos de la conciencia”, en un análisis magnífico, que lo que niegan la libertad humana, es decir, los deterministas o fatalistas, lo hacen porque consideran la voluntad como algo material que se puede descomponer en partes: es decir, cortan en cuatro o cinco partes un acto de voluntad ya realizado y dicen: “¿Ven? En ninguna de estas partes puede hallarse la libertad”, lo mismo que aquel médico que decía que nunca había encontrado el alma al hacer una autopsia. Bergson demuestra que el acto de voluntad es simplicísimo y sin partes, y que la libertad es una cualidad metafísica de todo el acto y no una parte de él; cualidad de la cual tenemos una conciencia tan inmediata y fuerte, que se le pueden arrancar a un hombre todos los dientes y las muelas antes de arrancarle la conciencia que tiene de ser libre y no determinado fatalmente en sus actos, en tal forma que algunos pretenden dominar hasta la muerte. “En Corriente la libertad é libre; y yo no me he de morir sino por mi voluntad”. De la demostración de Bergson: “los que niegan la libertad son los que ven como una cosa material”, se sigue la contraria: “los que afirman la libertad no pueden considerar a la voluntad como una cosa material”. Ahora bien, los que afirman ¡a libertad es todo el género humano.

Charles Lummis, un escritor norteamericano autor de “*Los Conquistadores Españoles*”, un precioso libro de vindicación de España, cayó doliente de una ataxia neurálgica que le hacía sentir tremendos dolores al querer moverse. Entonces pidió que lo llevaran, así paralizado como estaba, a un poblado de indios mejicanos y lo abandonaran allí; a fin de que la necesidad lo obligara a moverse duela o no duela. Así lo hicieron, y por medio de un ejercicio heroico de tragar dolores físicos fue recobrando poco a poco el uso de sus miembros hasta la salud total. Volvió a su patria y siguió escribiendo su libro y recayó en la ataxia. Se hizo llevar de nuevo al poblado indio y recobró de nuevo, al cabo de años y de infinitos espasmos de dolor, el movimiento de sus miembros. Esto es voluntad; y no tanto lo que la gente vulgar cree, que suele confundir la voluntad con la prepotencia. Sobre eso quería hacer mi conferencia: la gente llama hombres de voluntad de acero a los mandones, a los tercos, a los obstinados, a los prepotentes y a los violentos por ejemplo a Napoleón Bonaparte y al hombre de Pergamino que aprendió a pintar paisajes en un grano de arroz y en una cabeza de alfiler. No digo que esto no sea voluntad, pero la soberana voluntad es la que desafía y vence al dolor. Santo Tomás dice que la fortaleza del alma se muestra mucho más en el sufrir que en el hacer. Ahora bien, el dolor es la muerte.

Mi amigo el pastor Rotgers me contó que fue discípulo en Londres de una señora Mary Brown que pasó casi toda su vida paralizada en una cama; y desde esa cama desarrolló una acción de una eficiencia extraordinaria, dirigiendo tres obras: una obra para suministrar trabajo y ayuda a pobres vergonzantes; otra obra destinada a proteger a las muchachas pobres en peligros de corrupción; y una tercera encaminada a poner letreros, carteles y volantes, con textos de la Biblia por los lugares públicos, en los tranvías, en los colectivos, y por todo donde se pudiera: típicamente inglés. Esta mujer carecía de todo placer, sufría grandes dolores y trabajaba como tres mujeres; y cuenta Mr. Rotgers que una vez le dijo “El dolor no es más que un molde en el cual Dios arroja nuestra alma; y algún día veremos que ese molde nos ha dado una sobrehumana hermosura”. En realidad para tener esa fuerza, es menester haber comenzado ya a percibir una sobrehumana hermosura.

Yo creo este caso que me contó el pastor Rotgers (un profesor de inglés que anda con una cantidad de Biblias en el bolsillo y que se la sabe de memoria a la Biblia) porque he contemplado un caso parecido, el Hermano Querada en la enfermería del colegio Salvador el año 1924: tenía tuberculosis ósea y vivió largos años inmóvil devorado por el terrible “mal de Pott”: cuando tenía dolores agudos se quejaba suavemente o pedía que nos marcháramos. No dirigía tres sociedades

desde su cama; pero hacía algo mejor, mantenía la paz en el Colegio, porque ahogaba rencores, desarmaba rencillas, calmaba envidias y descontentos con una clarividencia especial con la cual entendía los asuntos y las dificultades de todos. Sufriendo horribilmente, vivía sin embargo para los otros y no para él mismo. De modo que este paralizado era útil al Colegio y al mundo en general, quizá más útil que el Rector ¡qué! muchísimo más útil que el Rector sin duda alguna, 20 ó 50 veces más útil que el Rector.

Si la voluntad del hombre vence al dolor es señal que la voluntad humana vence a la muerte; porque el dolor no es otra cosa que la muerte, el mensajero de la muerte; o mejor dicho el dolor es, exactamente hablando, el grito de alarma de la naturaleza avisando que la muerte está aquí. Si me machucan a mí un tejido (o mejor dicho si le machucan a usted un tejido), si le aplastan a usted un pequeñísimo nervio sentirá un dolor insoportable y todo el cuerpo y la lengua y la voz y los pulmones se pondrán en actividad frenética al instante sin mandárselo; eso significa solamente que allí hay vida, y que la vida rehúsa desaparecer; dicen los psicólogos, pero cuando sobrevienen los grandes dolores morales, las angustias y las tristezas peores que la muerte, eso tiene que significar que hay en mí una capacidad de vida que todavía no se ha desarrollado, hay un margen de vida, y por tanto de dicha, que está en mí aletargado, anestesiado y todavía no desplegado, y el dolor es el molde y el fórceps de Dios. Es de creer que Dios “nos manda tribulaciones para volvemos más inteligentes”, como me dijo en Génova un monseñor que no era muy inteligente, pero cuando nos manda verdaderas muertes en vida, es para volvemos más vivos por lo menos en la otra vida, y el triunfo sobre la muerte de la voluntad humana es que no solamente llega a aceptar sino a escoger y desear esas muertes. El verdadero misterio de la Redención del hombre está en que Dios se haya hecho hombre para sufrir; es decir, que un hombre haya podido escoger deliberadamente lo que hay de más contrario a la naturaleza carnal del hombre, el dolor y la muerte, la muerte en crudo. Los predicadores ponderan el Viernes Santo cuánto sufrió Cristo, “aquel cuerpo sensibilísimo, aquella alma nobilísima, aquella faz en que se miran los ángeles del cielo cubierta de escupidas, de sudor y de sangre...” Hacen llorar a la gente, lo cual está muy bien; pero el misterio no está ahí: el misterio está en que Dios se haya hecho hombre para sufrir; y si usted no cree que Cristo haya sido Dios, entonces el misterio es mayor, el misterio está en que un hombre haya visto venir la muerte de cruz y no la haya evitado (le bastaba decir una palabra), no la haya rehuido (le bastaba escapar otra vez al Egipto no la haya temido: haya ido al encuentro de ella como quien va a sus bodas. Pues bien, muchísimos otros seres humanos han hecho después de Cristo la misma cosa, en menor grado sin duda, pero la misma cosa: el P. Damián que se fue a curar leprosos a las islas Hawaii, aceptó el peligro de contraer la lepra y la

contrajo. Es decir, que la inmortalidad del alma, que es el dogma filosófico más difícil de probar, es el número al cual se han jugado más apuestas en este mundo; y cada apuesta es una vida. ¿Creen ustedes que la parte mejor y más excelente de la Humanidad ha perdido la apuesta?

El hombre trata a su vida mortal como si su vida mortal no fuese lo mejor que tiene; pero si no hay otra vida, la vida mortal es lo mejor que tenemos y lo único que tenemos. El navegante solitario Vito Dumas, el desocupado que se trepó al obelisco, y la señorita que quiso escalar el Aconcagua y murió helada a la vuelta ¿no son locos? Ahí está Fangio: exponer la vida, lo único que tenemos, para ver si un Masseratti corre más que un Alfa Romeo. —¡Ah no, pero es que Fangio gana mucha plata! —Bueno, tomemos al que llega último a la meta, a ese volante pertinaz que va siempre en la cola meta rebenque y se presenta a todas las carreras, ¡y son justamente los que se matan! —casi siempre matando a 6 ó 7 espectadores al mismo tiempo. —¡Viva la muerte!, dicen éstos, lo mismo que los requetés en la guerra civil española. Yo no digo que esto pruebe directamente la inmortalidad, este desprecio de su vida mortal de que siempre ha dado muestras el hombre; pero digo que es una seña de algún oscuro instinto o convicción subconsciente natural que tiene el mortal de que su vida mortal no es lo mejor que tiene; y este instinto o conocimiento natural, que se manifiesta en obras sorprendentes, desde el alpinista que se descuelga a pulso por un abismo hasta el sabio que consume su vida por escribir un libro que nadie le va a agradecer y que van a alabar después que él ya no sea, este instinto natural no puede engañar. “*Desiderium naturale non potest esse inane*”, dice el Filósofo. Adán, el primer día del Paraíso, cuando estaba sin Eva, deseó a Eva. Y ese deseo natural no podía ser vano; porque si fuese vano, su misma naturaleza estaba mal hecha.

Si la inmortalidad no existe, nuestra naturaleza es un absurdo, dice Unamuno.

* * *

¿Qué hay después de esta vida? ¿Cuál es el estado del alma separada? Aquí la Filosofía puede decir muy poco. ¿Cómo? ¿No hay aquí a la vuelta una “*Escuela Basilio*” con un letrero que dice: “El espiritismo es ciencia”, en la cual saben lo que hacen las almas de los muertos, y me pueden decir a mí al momento, por medio de golpes de las patas de una mesa, qué está haciendo ahora el alma de mi padre, de mi madre, de mi tía, de Mahoma y de Mamerto Esquiú? No señor, no son las almas de los muertos las que golpean la mesita, puede ser cualquier cosa menos las almas de los muertos, y eso lo sabe con certeza la Filosofía. Pero ¿no serán las almas de los muertos malos, como dice Sócrates en el *Fedón*, que por

no haberse limpiado del todo de la materia —por medio de la Filosofía, dice Sócrates, llevan al otro mundo un trozo de materia que las molesta, y así andan errantes por lugares donde murieron, sobre todo si murieron de muerte violenta; y son vistas a veces en forma de sábanas blancas o de neblina o de ectoplasma y hacen ruidos de cadenas en las casas viejas y malditas, y responden a la evocación de los hechiceros, como respondió el fantasma de Samuel a la evocación de la pitonisa de Endor? No señor; no son las almas de los muertos malos ni de los muertos buenos. ¿Cómo lo sabe usted? Mire: el alma del hombre no puede actuar sobre la materia sino por medio del cuerpo material que ella informa; no puede directamente. ¿Y cómo el ángel puede? El ángel puede porque es más fuerte.

Después de la muerte ¿qué pasa? Desaparecen los sentidos a imágenes y los recuerdos concretos o sensitivos; y permanecen los recuerdos intelectuales, los hábitos, las ciencias y los amores, junto con la conciencia del Yo —y sobre todo permanece la última orientación decisiva de la vida, y eso ya decisivamente, inexorablemente, irremediabilmente: esto dice Aristóteles y sus discípulos. O sea, el alma cae en un inmenso sueño para todo lo material, y en un inmenso despertar para todo lo inmaterial; de modo que lo que has hecho de bueno en tu vida lo ves dentro de ti como una inmensa hermosura; y lo que has hecho de malo, lo ves como un inmenso horror; —esto dice Sócrates y su discípulo Platón.

Esto es muy seco: de manera que les voy a contar un sueño que expresa esto mismo.

Una persona que estaba enferma soñó que le oía decir al Dr. Cardini: “Délen todo lo que pida” y le entró una tremenda preocupación: “¿Querrá decir que ya no tengo cura?” La preocupación empezó a crecer y a crecer, y a complicarse con todas sus otras preocupaciones, que eran muchas, sobre todo la vieja preocupación de si Dios le había perdonado o no sus crímenes; hasta que se convirtió en una tormenta deshecha, como le solía pasar siempre que estaba enferma del hígado. Empezó a pensar que toda su vida era un desastre y un engaño, una serie de engaños, una continua maldición, pero aceptó ese pensamiento que la torturaba con un gran acto de paciencia. Y entonces notó que todas las preocupaciones se alejaban de golpe; pero no se alejaban en la distancia, achicándose, sino que quedando allí se iban desliendo, disolviendo, volviéndose tenues y débiles, que ya no le pesaban ni le afectaban, aunque allí estaban. Entonces sintió unas voces lejanas que le tocaban las manos, los pies y la cara; y el tacto que la tocaba era fresco y suave, pero no veía nada; mejor dicho quiso abrir los ojos con gran esfuerzo y no pudo; y al hacer ese gran esfuerzo algo se rompió con una especie

de chasquido y desaparecieron las voces, los tactos, las preocupaciones, las imágenes todas, y sintió que caía rápidamente en una caída oblicua. Se agarró con toda su fuerza a una balaustrada, que le pareció de un balcón y a lo mejor era la sábana o el barroto de la cama, y desde ese balcón vio el panorama de su vida pasada súbitamente, toda junta y con una claridad increíble. En un solo instante.

¿Panorama? No.

No veía su vida como se ve un mapa o un panorama desde un balcón o un avión. No, de otra manera. Inexplicable. Toda en movimiento, como desarrollándose; pero no desarrollándose cronológicamente, desde la infancia a la vejez o viceversa, sino como siguiendo las líneas de fuerza, todos los hechos parecidos que respondían por ejemplo a un rasgo de su alma, se enhilaban en collar sin orden de tiempo sino de importancia, un collar subitáneo de rostros, de figuras, de lugares, de diálogos, de acciones que el alma volvía a hacer, por decirlo así; y todas las líneas de fuerza se desarrollaban al mismo tiempo y se entrelazaban entre sí. Y esto fue en un solo instante, en un relámpago, y en ese instante esa persona eligió, o mejor dicho, dio su consentimiento a una dirección de su vida y rechazó a la otra. Y en ese momento desaparecieron todas las imágenes y sintió que caía rápidamente en una caída oblicua; y sintió una especie de chasquido y se sintió en un mundo muy grande y del todo diferente. Y ese mundo inmenso era su propio Yo. Lo que siguió fue más misterioso. Voy a decirlo rápidamente.

Ese mundo inmenso inmenso estaba lleno lleno de otros mundos, estaba lleno de conocimientos, pero de conocimientos por decirlo así personales, no conocimientos de cosas: por ejemplo, las personas que ella había amado estaban allí en forma real, más real que en el mundo, de tal manera que ella se podía acercar a ellas, alejarse, dar vueltas alrededor y lo que es más raro, fundirse con ellas y volverse a separar; y cada una de esas personas que estaban en ella eran como un mundo. Y he aquí lo más incomprensible:

había otro mundo mucho mayor rodeando a todos esos mundos y no rodeando solamente sino penetrando; y en ese mundo mayor que tenía una tensión y una presión inmensa quería ella unirse, disolverse e identificarse; pero no le era posible ni imposible tampoco (¡que lo entienda Vargas a esto!); y porque no le era posible ni imposible tampoco deshacerse a sí misma en ese otro mundo, ella se deshacía en amargas lágrimas: lloraba no solamente por los ojos sino también por los oídos, por las manos y por los pies y por los codos. Y conoció que ese mundo infinito, infinitamente deleitoso en el cual no le era posible disolverse ni tampoco le era

imposible, era lo que siempre había llamado Dios. Y conoció que sus infinitas y amarguísimas lágrimas eran también Dios...

Entonces exclamó con fuerza: “Así debe de ser el morir”. Y despertó.

Bueno, éste no es un sueño mío sino un sueño arreglado. Una vez el año pasado tuve un sueño misterioso, suave y feliz y exclamé al despertar: “*Así debe de ser el morir*”; pero lo he arreglado literariamente, de acuerdo a las indicaciones de la Filosofía aristotélica, porque aquel auténtico sueño fue mucho más sencillo. Ese es el estado del alma separada, según la filosofía.

“*Mane nobiscum Domine quoniam advesperascit.*” Para mí ya está atardeciendo y sé casi con certeza que voy a durar poco ya; por tanto tengo que decir a Cristo, que pasa por la vida de todo hombre disfrazado de pasajero y haciéndose el apurado, como los discípulos de Emmaús: “Quédate conmigo, Señor, porque ya anochece”.

Laus Deo

A.M.D.G.